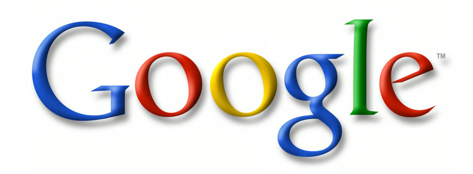
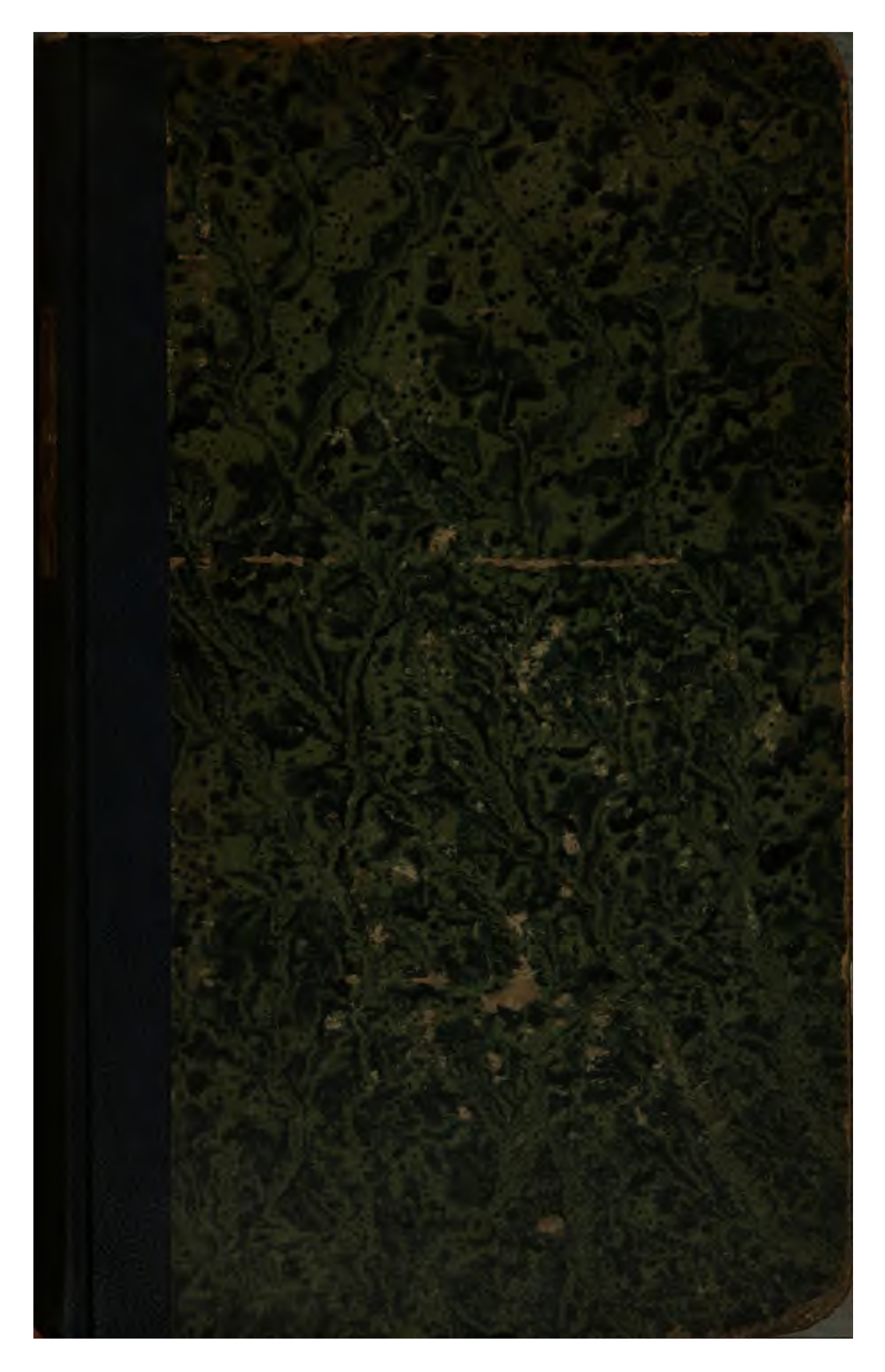


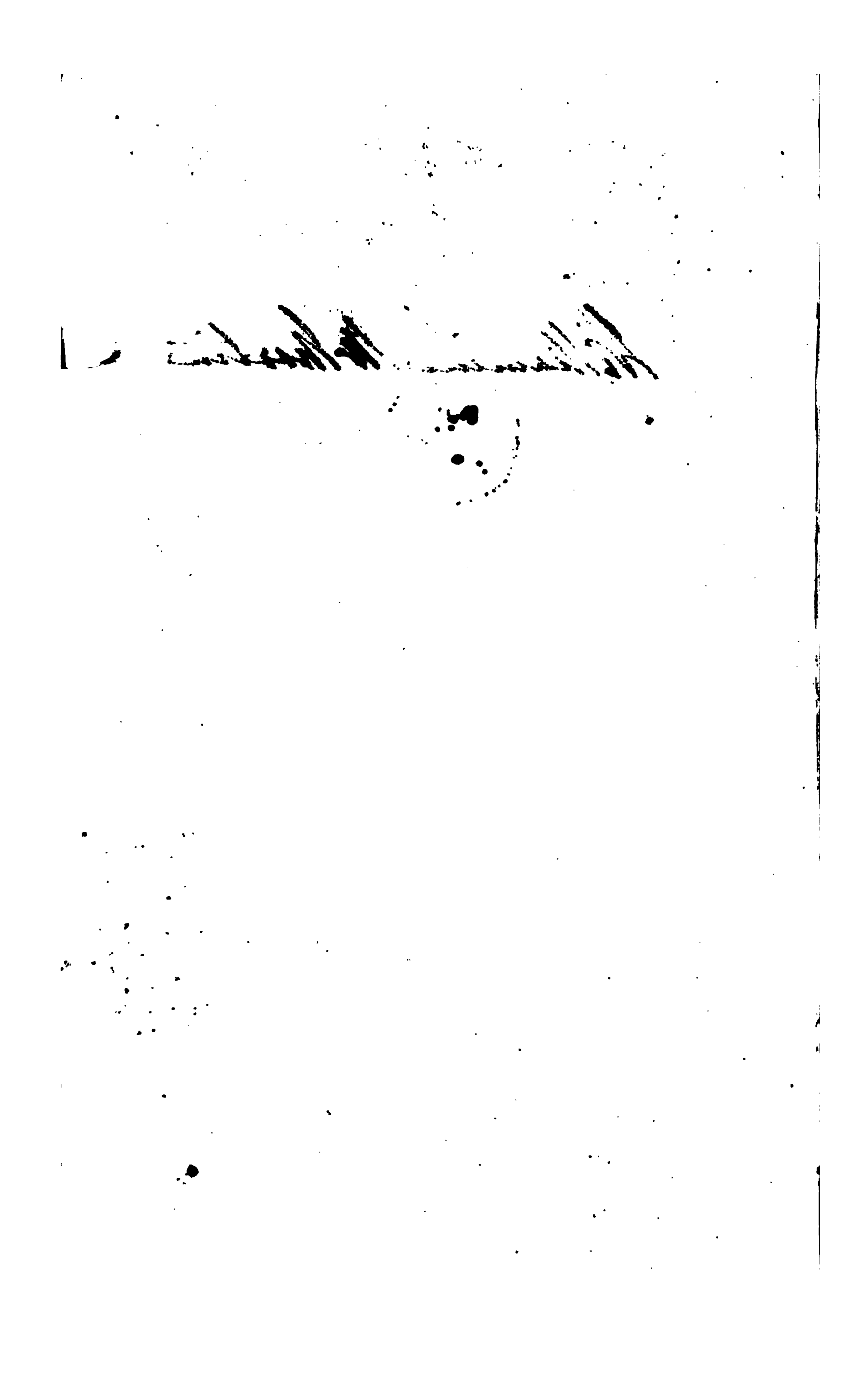





DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



[illegible]



OBRAS
DE MORATIN.

OBRAS

DE

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

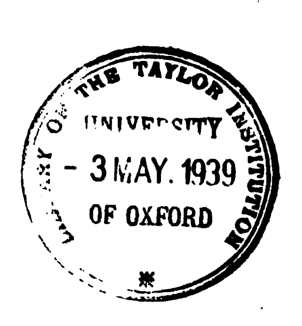
NUEVA EDICION.



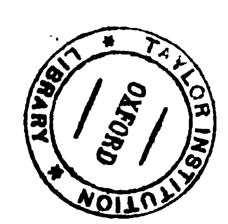
BARCELONA,

IMPRENTA DE A BERGNES Y Cª., Y SE HALLARA EN PARIS
EN LA LIBRERIA EUROPEA DE BAUDRY,
CALLE DU COQ SAINT-HONORÉ, Nº 9.

1835.



LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
- 3 MAY. 1939
OF OXFORD



TAYLOR INSTITUTION LIBRARY
OXFORD

Las **OBRAS DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN** merecen ya un crédito igual á las mas célebres de nuestro siglo de oro. Ricas de filosofía é ingenio, no menos dignas de encarecimiento por el deleite que inspiran que por la moral consoladora de que abundan, así se recomiendan á la delicadeza del gusto como á los movimientos del corazon. Las ediciones á que hasta ahora han dado lugar, aunque notables por el lustre, la correccion y el ornato, pecaron en el inconveniente de poco cómodas para los verdaderos apasionados del Autor. La division en varios tomos las ha destinado al crédito y complemento de una biblioteca particular, no empero á ser inseparables compañeras del que apetece el puro recreo de tan sabrosa lectura. Era pues de razon el reunirlas con tal arte en un solo volúmen, que se ofreciesen claras, elegantes y limpias á la vista menos perspicaz. De esta suerte se hermanaba la comodidad con la baratura; y unas obras destinadas por su costo á personas pudientes, podian ser fácilmente adquiridas por las de escasos haberes. Tal es el objeto de la edicion que ofrecemos al Público.

La justa celebridad de este famoso árcade, y la especie de predominio que logra entre naturales y estranjeros, dispensa á los Editores del correspondiente encomio. Solo se atreverán á indicar que al paso que en este período de regeneracion física é intelectual, los genios laboriosos estudian el sutíl artificio de las máquinas fabriles, y contemplan los que aspiran al laurel de Apeles los animados lienzos de Juanes, Murillo y Velazquez, los que hacen gala de contribuir al brillo de la locucion castellana buscan la belleza de sus giros y la grata redundancia de sus cláusulas en los claros varones que alcanzan el raro mérito de haber contribuido á la restauracion del buen gusto. Ellos son los que en festivas comedias, en ardientes odas, ó en flexibles sá-

tiras, lucen modos de decir tiernos y delicados, rasgos numerosos, rotundos, imágenes sencillamente hermosas ó artificiosamente gallardas. Y cuando se empeñan algunos en deslucir el vigoroso carácter de nuestra habla, desataviándola de su robustez, variedad y cadencia, no menos útiles deben considerarse los libros que tienen por objeto la investigacion de verdades recónditas, que los que distraen provechosamente el ánimo, y sostienen los fueros de nuestro elegante idioma en la redundancia de los períodos, en la pureza genuina de las voces, en las sales en fin que con oportunidad recuerdan la delicadeza ateniense y la gravedad romana. Y tales son los inapreciables dotes de las obras de Moratin : deleitan con el ingenio, enseñan con el precepto, consuelan con la moral.

La Comedia Nueva.

El Viejo y la Niña.

PERSONAS.

DON ROQUE.	DOÑA ISABEL.	MUÑOZ.	GINÉS.
DON JUAN.	DOÑA BEATRIZ.	BLASA.	

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de don Roque.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas: una del despacho de don Roque, y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y concluye antes de medio dia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz!

MUÑOZ, *responde desde adentro.*

Señor!

D. ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ, *saliendo.*

Ved que queda abandonada
La puerta y zaguan.

D. ROQUE.

¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

D. ROQUE.

Pues no hay que recelar nada
Mientras á la vista estamos:
Y si Bigotillos ladra,
Al instante bajarás.

MUÑOZ.

¿Y á que fin es la llamada?

D. ROQUE.

A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario, y escucha.

MUÑOZ.

Guardo, y escucho.

D. ROQUE.

Escusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga.....

MUÑOZ.

Y bien, le he comido, ¿y qué?

D. ROQUE.

Digo que esto solo basta

A que tú, reconocido,
Cuando yo de tí me valga.....

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

D. ROQUE.

Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por donde parta,
Es ese don Juan. ... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

D. ROQUE.

Jurara.....

MUÑOZ.

(*Ap.* Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.

D. ROQUE.

Digo
Que el autor de mi desgracia
Es ese don Juan, que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa.....

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.
¿Quien os metió.....

D. ROQUE.

No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana.....
Ya te acuerdas. Murió el tio:
Fuerza fue, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
A Cádiz..... Mas ¿quien juzgara
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A que fin....? Ni fue mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

D. ROQUE.

Sí lo estoy; pero aun me falta
Que decir, porque esta noche
Al pasar yo por la sala
Noté que en el gabinete
El y mi muger estaban.

MUÑOZ.

Bueno!

D. ROQUE.

Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal don Juan
Como que la regañaba;
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atrás,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¡Que prontitud de demonios!

D. ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,

Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos.....

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pie de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La muger mocita y guapa.....
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso.....

D. ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara,
Sin decirme.....

MUÑOZ.

Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no pensé
Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

D. ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora.....
Bien dicen: toda es mudanzas
Esta vida..... ¡Que consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aquí!
¡Que prodigios, que alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese:
«Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mugeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto.»

D. ROQUE.

Muñoz,
Olvida cosas pasadas:
Díme lo que debo hacer.

MUÑOZ.

¡Parece cosa de chanza!
¡Un setenton enfermizo
Casarse! Y ¿con quien se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y despues, sin advertir
El riesgo que le amenaza,
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

D. ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

Toma! ¿Con que no sabeis
Quien es ella?

D. ROQUE.

Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.
Tambien sabréis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
Con el sobrino dichoso.
El no es mucho que pagara
Las visitas. ¡Ya se ve!
Es atento..... Se formaba
La tertulia, y entretanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez: si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasara
A otra cosa (que en la edad
Que tienen no será estraña),

Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

D. ROQUE.

¡Ay, Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se ve, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara.
Trataba de mis negocios
Con don Alvaro..... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo menos,
Llevan de amor.

MUÑOZ, *hace que se va.*

Cosa es clara.

D. ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

D. ROQUE.

No, Muñoz:
Díme lo que se te alcanza
En este asunto, y qué puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor don Roque, guardadla;
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamás la consentiréis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto..... pero al cabo,
Siempre.... En fin, no digo nada.
Ello..... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.
(*Quiere irse y don Roque le detiene.*)

D. ROQUE.

Aguarda,
Muñoz. ¡Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata
Aquí su conservacion,
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantarémos nada.

D. ROQUE.

No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que haréis
Esa espulsion?

D. ROQUE.

Sin tardanza;
Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?

D. ROQUE.

Ello ha de ser; es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
Eh! ya podeis empezar:
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

Dª. BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,

Que las pastillas del arca
Se acabaron.

D. ROQUE.

¿Se acabaron?

Dª. BEATRIZ.

Sí; ¡como quedaron tantas!

D. ROQUE.

Pues señor, ¿quien se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto va malo, Beatriz.
Jamás he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas;
Déjame con mi muger,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla.....
En fin, á mangonear
Unicamente: escusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitara
En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casámos pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloraras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir.....

Dª. BEATRIZ.

Y díme,
¿Toda esa arenga, en sustancia,
Es porque me vaya?

D. ROQUE.

Sí.

Dª. BEATRIZ.

Sí? Pues no me da la gana.

D. ROQUE.

¿Y por qué?

Dª. BEATRIZ.

Porque conozco
Mejor que tú las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma, y despues
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha:
Y no lo merece, á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en ti
El cariño que mostrabas
A Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:
Mas estimacion merece.
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí
Como en su amiga y su hermana;
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava.....
Roque, ten juicio, por Dios.

D. ROQUE.

Pero ¿quien te ha dicho nada
De eso, muger? ¿Quien la oprime,
Quien la riñe, quien la casca?
¿No la mimo, no procuro.....?

Dª. BEATRIZ.

Sí, procuras apurarla
El sufrimiento; y no sé,
De veras, como te aguanta.

D. ROQUE.

Hola! ¿Quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo muger en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras.....

Dª. BEATRIZ.

No quiero tal.

D. ROQUE.

Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Digecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

D.ª BEATRIZ.

¿Quien te dice que tal hagas?

D. ROQUE.

Vosotras; que todas sois
Ligeras y casquivanas.

D.ª BEATRIZ.

Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

D. ROQUE.

Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

D.ª BEATRIZ.

Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. ROQUE.

Beatriz....

D.ª BEATRIZ.

Eh! Déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

D. ROQUE.

Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay señor!

(*Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va por la del lado izquierdo.*)

(*Ap.* ¡Si no he de poder echarla!)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

D.ª BEATRIZ.

¿A quien buscas?

GINÉS.

A mi amo.

D.ª BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV.

DON JUAN, GINÉS.

(*Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.*)

D. JUAN.

Corre, Ginés;
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal
Que es capitan de navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

D. JUAN.

Y díle que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy;
Pero solo deseara
Saber si en estos encargos,
De la partida se trata
Que pensais hacer de Cádiz.

D. JUAN.

Ya es cosa determinada,
Y hoy mismo quiero salir;
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y á donde irémos?

D. JUAN.

A donde
Lejos esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

D. JUAN.

Aquí solo
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy estraña
Resolucion me parece.

D. JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada:
Bien sabes que desde niños
Nos quisímos, que la amaba
Mas que á mi vida.... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid: yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él.... ¿Y quién juzgara
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. Ah! falsa,
Engañadora! Llegámos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;
Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quien, ni como la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglara
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa muger. Dí mil trazas
Para lograr este fin;
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Que lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio: llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su muger.
Viene al fin, acompañada
De doña Beatriz. Si vieras....
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular: fueron vanas
Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí: no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado

Con ella á solas?

D. JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con que halago en sus palabras,
Que hermosa, que fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Como puede
Decir que tuvo constancia
Ni que amó de veras? Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada
Por su tutor.... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.

D. JUAN.

¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla:
Soy infeliz.... Pero yo,.
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo: ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso?.... Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS, *le da la carta á don Juan.*

¿Qué pensais hacer?

D. JUAN.

No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Vé adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja,
Que ya tengo en el baul
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,
Gustoso os acompañara
Al cabo del mundo: solo
Me aflige vuestra desgracia.

D. JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallaréis mudanza:
Siempre os he querido bien.

D. JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

D. JUAN.

Señor don Roque, supuesto
Que están ya verificadas
Nuestras cuentas, entraréis
Para firmar la cobranza:
Veréis los vales.

D. ROQUE.

¿Que es todo
En papel?

D. JUAN.

¡Si no se halla
Dinero! Además que, ¿como
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

D. ROQUE.

(*Ap.* Como tú te vayas
Todo va bueno.) Decia
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre; siempre de chanza.
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

D. JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

D. ROQUE.

Sí? No es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho; y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomaréis casa,
La pondréis á la moderna,
Buenos trastos; y mañana
Os casais; y la muger,
Que tampoco irá descalza....
Viviréis como un señor.
¿Y cuando, cuando se trata
De buscar casa?

D. JUAN.

(*Ap.* ¡Que tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
(*Ap. y mirando á la puerta del lado izquierdo.*
Allí viene.... No he de hablarla.)

D. ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?

D. JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel!

D.ª ISABEL.

Señor!

D. ROQUE.

¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

D.ª ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

D.ª ISABEL.

Sí señor; decidla vos
Que se quede.

D. ROQUE.

Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan en frente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.

D.ª ISABEL.

Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

D. ROQUE.

¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

D. ROQUE, D.ª ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.

D. ROQUE.

¿Cuantas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido....

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?

Si no es esa la embajada
Que ha traido. (*Ap.* La paciencia
De un santo no me bastara.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El ingles Anson.... Manson....
¿Qué sé yo como se llama?
El inglés. .

D. ROQUE.

Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

D. ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes:
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito;
Y yo....

MUÑOZ.

¿Pues, pese á mi alma,
No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana
De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre que caiga,
Con esa pata de gallo!

D. ROQUE.

Muñoz, ¿por eso te enfadas?
Lo dije porque si fuera
Posible que me aliviaras
En ciertas cosas...

MUÑOZ.

¡El diantre
De la invencion! Vaya, vaya.

D. ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojes.
Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
Del polvito! Tengo aquí.

D. ROQUE.

Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Así me gusta.

D. ROQUE.

Este es
De aquello bueno de marras,
Del Padre de la Merced.
¿Te acuerdas?
(*Le da la caja: Muñoz la abre, y hallándola vacía se la vuelve.*)

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

D. ROQUE.

Es verdad: se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré despues.

MUÑOZ, *ap. y yéndose.*

¡Mala centella te parta!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Este Muñoz es fatal.

Dª. ISABEL.

Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.

D. ROQUE.

Es su genio. (*Ap.* No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
El peluquin. Esta bata
(*Harán lo que denota el diálogo.*)
Y el gorro ponlos allí:
Que sepa volviendo á casa
Donde lo he de hallar. Ayer
Casi toda la mañana
Anduve buscando el gorro,

Porque mi señora hermana
Me le guardó, tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.

Dª. ISABEL.

La caja
Del peluquin no la encuentro.

D. ROQUE.

¡Válgate Dios! Ahí estaba
Debajo de ese bufete.
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Así está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca:
Tráelo todo...

(Se va doña Isabel por la izquierda. Don Roque, en justillo, se pasea por el teatro.)

Esta muchacha...
¡Ay señor! y lo peor
Es que mi don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos. ¡Buena va la danza!
Unicamente Muñoz...
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
Isabelilla! despachas?

Dª. ISABEL, *sale con los vestidos.*

Estaba todo revuelto.

D. ROQUE.

Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el paraje
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos... Ah! si vieras...

(Dirá esto mientras se viste, ayudándole doña Isabel.)

Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa,
¡Que puntualidad! que aseo!
Era una muger muy guapa.
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió, nunca, nunca
La pobrecita pensaba...

Dª ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

D. ROQUE.

No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
¡Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
Qué! jamás.

D. ISABEL.

¿Traigo el capote?

D. ROQUE.

Como?

Dª. ISABEL.

¿Si quereis que traiga
El capote?

D. ROQUE.

El redingot.

Dª. ISABEL.

Pues bien: eso preguntaba.

D. ROQUE.

Sí señor, muy hacendosa;

(Dirá esto mientras doña Isabel le acepilla el vestido.)

Continuamente aplicada
A la labor, eso sí;
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas:
A su marido y no mas.
Ya se ve, buenas cristianas.

Dª. ISABEL, *ap. al irse por la izquierda.*

¡Dios me dé paciencia! Ay triste!

D. ROQUE.

Si esta muger no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que...

Dª. ISABEL, *sale con el capote y se le pone á don Roque.*

¿Falta
Alguna cosa?

D. ROQUE.

No mas.

Haz que limpien esta sala;
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé como mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡Estremada
Era en la limpieza! Cuando
Quieras puedes preguntarla
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy muger ¡oh! aquella.
(*Se entra en el despacho.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

Dª. ISABEL.

¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¿No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan?

Dª. ISABEL.

Yo no sé. ¿Pues como?

BLASA.

He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos
Y á toda prisa los guarda.
Él, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra
Me ha querido responder:
Pero se van.

Dª. ISABEL.

Que se vayan:
¿Que cuidado te da á tí?

BLASA.

Ninguno: solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

Dª. ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿Quien sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

D. ROQUE, *al salir del despacho.*

No hay remedio, erre que erre:
(*Ap.* Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo:
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. (*Vase.*)

Dª. ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio; siempre me habla
Con ambigüedad; me observa...
Ya se fue. Soy desgraciada.
(*Mirando á la puerta por donde se fue don Roque.*)
¿En qué le pude ofender?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D. JUAN.

¿Aun está aquí?
(*Al salir don Juan del despacho ve á doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar: doña Isabel le detiene.*)

Dª. ISABEL.

No te vayas,
Solos estamos. ¡Ay Dios!
¿Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?

D. JUAN.

¡Tu Isabel!
¡Que dulce espresion!

Dª. ISABEL.

Declara
A quien te quiere tu enojo...
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero escúchame, sabrás...

D. JUAN.

¿Qué he de saber? Que eres falsa,

Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.

Dª. ISABEL.

¡Don Juan!

D. JUAN.

Ingrata!

Dª. ISABEL.

Oyeme. ¿Tan poco puedo
Contigo?

D. JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde: se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

Dª. ISABEL.

¿No bastan
Estas lágrimas?

D. JUAN.

Fingidas.

Dª. ISABEL.

No lo son.

D. JUAN.

Déjame, aparta,
Isabel.

Dª. ISABEL.

Cruel! ¿Qué quieres
De una muger humillada?

(Doña Isabel le deja y se va despechada á un estremo del teatro. Don Juan la sigue.)

D. JUAN.

¿Qué he de querer? ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta al pie de los altares;
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon;
Que niña, desamparada
Y oprimida, al fin cediste;
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira: todo,
Todo es inútil; no alcanza
A disculparte; no es cierto
Que me quisiste... Inhumana!
¿Tú sabes que golpe es este
Para mí?

Dª. ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras. Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurara
Contra mí... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas
En mi daño conjuradas,
Los celos pudieron solo
Conseguir que me olvidara
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fue
Ingratitud; fue venganza.

D. JUAN.

Isabel! celos! de quien?
¿Con que motivo? Me engañas.

Dª. ISABEL.

No te engaño.

D. JUAN.

¿Pues qué fue,
Isabel? ¿Quien envidiaba
Mi fortuna? ¿Quien te pudo
Persuadir? Dimelo.

Dª. ISABEL.

Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte: entonces me dijo
Que era fuerza me casara
Con don Roque: repugné,
Él instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda...

Fingió dos cartas...

D. JUAN.

¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Sí, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
Él dispuso que llegaran...

D. JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

Dª. ISABEL.

Hizo que las viera yo:
Logró su astucia villana.
Ay! una muger amante
Como se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

D. JUAN.

Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

Dª. ISABEL.

Señor! ay de mí! Ya es tarde.
(*Deteniendo á don Juan.*)
¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí:
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz muger
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas:
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

D. JUAN.

¡Ay Dios! ay Dios! ¿Donde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aquí!
¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber: harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.

Dª. ISABEL.

No, don Juan; si así te ausentas,
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.

D. JUAN.

¡Que ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz: no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Como quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Como quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?
¿No basta, díme, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Celos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay Dios! Déjame.

Dª. ISABEL.

¿Te vas?
¿Así te vas? ¡Que villana
Accion! ¿Me dejas?

D. JUAN.

No sé.
Fuerza será que me vaya...
El único medio es este
De impedir una desgracia
Próxima, terrible... A entrambos
Nos está bien evitarla.

(*Don Juan se va por la puerta de la derecha; doña Isabel por la izquierda.*)

Dª. ISABEL.

Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Solos parece que estamos.
(Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo; se acerca despues á la puerta de la derecha, y llama á Muñoz.)
Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

D. ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Que encargo?

D. ROQUE.

¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

D. ROQUE.

Don Juan é Isabel;
Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.

D. ROQUE.

No?
¿Con que don Juan se fue presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

D. ROQUE.

Ya; pero ¿en ese intermedio
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

¿Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Si los dos.....

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado casi durmiendo.

D. ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

D. ROQUE.

Hombre! nada? Pues es cierto
Que se puede descuidar.....
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

D. ROQUE.

¿Que entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni que misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger:
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger; encarga
Para apurar sus recelos
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien: observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,

Gritos..... La muger conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur:
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada..... Viene la señora:
El se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué se yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveydile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amen, no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

D. ROQUE.

Hombre! por amor de Dios.....

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,
No puedo: no hay que moler,
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tús tús.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz,
Coge un cordel.....

MUÑOZ.

¿A que efecto?

D. ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

D. ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

D. ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste.....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Que maldita
Condicion!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me sisa los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

D. ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quien dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije:
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,

Y juzgando..... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

D. ROQUE.

Pensé que el medio
Mas prudente era observar.....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses deciais:
«Muñoz, ya este es otro tiempo:
Ya enviudé; ¡que bien estoy
Sin desazones ni enredos!»
Diez meses ha, no hará mas:
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,
Lleno de desasosiegos;
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: «Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio.....» ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casasteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

D. ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? Eh? Me alegro.
¿Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella.....

D. ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.
Separarnos! No señor.
Vaya: por ningun pretesto.
El mal era para mí
Entonces..... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes, esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver que pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar.
El, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte.....

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

D. ROQUE.

De suerte que yo no sé
Como salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entretanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas: fui allá;
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa: es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

D. ROQUE.

Que es menéster que me ayudes,
Muñoz; por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

D. ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

D. ROQUE.

Como?

MUÑOZ.

Qué lo digais presto.

D. ROQUE.

No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy;
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz; las dos..... En suma,
De esta manera sabrémos
Cuanto hay que saber..... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y que mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

D. ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene?..... Dale
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,
Si señor.

D. ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite: una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se ve, no es esencial.

D. ROQUE.

¿Y que cosa?

MUÑOZ.

El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

D. ROQUE.

Es verdad:
Se me fue del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy fácil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(*Se va y vuelve despues.*)

D. ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz..... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?

D. ROQUE.

Que es preciso....

MUÑOZ.

Ya lo entiendo:
Es preciso, bien está.

D. ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero...!
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un....

D. ROQUE.

Muñoz.
Mira, Muñoz: ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡Que ley! que ley! Yo creí

Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre, era apariencia
Nada mas.... ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo dijeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto!....
¡Que ingratitud! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

D. ROQUE.

¡Pues qué! ¿No sabes las mandas
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

D. ROQUE.

Toma! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien....

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

D. ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

D. ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios; tambien te dejo
La caja de plata: en suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?
En fin, se acabó: yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo?.... Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

D. ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

No, no gusto de rodeos:
(*Suena la campanilla al lado derecho. Muñoz quiere irse, y don Roque le va deteniendo.*)
Dí lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Que.... verémos.

D. ROQUE.

No hay verémos. Habla claro.

MUÑOZ.

¡Si voy á abrir!

D. ROQUE.

No; primero
Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo
Que sí lo haré.

D. ROQUE.

Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

D. ROQUE.

¡Ay qué Muñoz! ¡Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará.
(*Sale don Juan.*)
Y bien, don Juan, ¿qué hay de bueno?

D. JUAN.

Nada ocurre.

D. ROQUE.

Cansadillo
Vendréis de correr el pueblo
Buscando casa. Es un diantre,
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agujeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones.... y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

D. JUAN.

Ya lo veo.

D. ROQUE.

¿Qué deciais?

D. JUAN.

Solo digo
Que teneis razon en eso.

D. ROQUE.

Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aquí...
Vaya, es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis; para poneros
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa; y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada...
(*Aparte, al entrarse en el despacho.*)
Nada: como
Si se lo dijera á un muerto.)

ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

D. JUAN.

¡Que indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.

D.ª BEATRIZ.

Ginés ha guardado ya
Todos los trastos, y creo,
Segun las señas, que os vais.
Si en algo á servirte acierto,
Manda con satisfaccion:
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y solo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida: sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento.
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;
Mas si te quieres quedar
En Cádiz (que no lo apruebo),
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos
(*D. Juan se sienta en una silla.*)
A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No dés
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla: ya es casada;
Ya no es tuya.

D. JUAN.

Si un perverso
No usara de astucias viles,
No la viera yo en ageno
Poder, ella fuera mia.

Si para amarse nacieron
Nuestras almas y debian
Unirse con nudo estrecho,
Ay! ¿quien pudo desatarle?
¿Quien le rompe? ¡Que tormento!

D.ª BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,
No estraño que digas eso;
Pero al fin....

D. JUAN.

¿Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion? ¡Valerse
De la autoridad que dieron
Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor!
¡Que atrocidad, que violento
Sacrificio! Ella turbada
Entre el pudor y el respeto,
Tímida, engañada y sola...
Ya se ve, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno.
Ella celosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias. Desgraciada!
¡Que afliccion, que desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.

(*Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.*)

D.ª BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
Juanito! que descompuesto,
Que perdido estás!

D. JUAN.

Ginés!

D.ª BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Debe conocer....

D. JUAN.

Ginés!

D.ª BEATRIZ.

¿No me escuchas?

ESCENA IV.

D. JUAN, D.ª BEATRIZ, GINÉS.

D. JUAN.

Vuelve presto.
Mira....

GINÉS.

Señor.

D. JUAN.

Ve á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podrémos
Salir hoy mismo.

GINÉS.

No acabo
De entender....

D. JUAN.

Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar; pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo,
Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entretanto al puerto,
Y aquí me hallarás.

(*Ginés se va. D. Juan, despues de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.*)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

D. ROQUE.

Beatriz!

D.ª BEATRIZ.

¿Qué ocurre?

D. ROQUE.

Saber deseo

Cuando me dejas en paz,
Cuando mudas de aposento:
Mas claro, cuando te vas
A tu casa.

D^a. BEATRIZ.

Estoy en ello:
Lo pensaré.

D. ROQUE.

No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que estan las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi muger no necesita
A su lado consejeros:
Con que así, fuera.

D^a. BEATRIZ.

Está bien:
No te has de enfadar por eso.

D. ROQUE.

Pero vete.

D^a. BEATRIZ.

Ya me iré,
Déjalo estar.

D. ROQUE.

Es que quiero
Que te vayas al instante.

D^a. BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Que empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan: quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;
Y si te da la morriña
(Que dura meses enteros),
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia:
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus estrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás como, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto:
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
A Dios.

ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Beatriz! A otra puerta.

Pero no perdamos tiempo:
Esta es la ocasion. Muñoz!
(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
Lo primero es lo primero.
Muñoz!

MUÑOZ.

Vaya.

D. ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes;
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡que pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

D. ROQUE, *se encamina hácia el canapé.*
(*Muñoz se está quieto.*)

Despacha. Por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

D. ROQUE.

Hombre...

MUÑOZ.

Dale: si es inútil
Todo. ¿Qué pensais que harémos
Con el escondite? Nada,
Nada: si lo estoy ya viendo.
¿A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho
Que los tres quedamos solos:
Las inquietudes, los celos
No se acabarán jamás.

D. ROQUE.

Porque?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:
No señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas;
Preparar polvos y ungüentos;
Parches, cataplasmas; digo:
¿Como la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento...

D. ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos,
Billeticos, tercerias...

D. ROQUE.

En parte; Muñoz, comprendo
Tu razon: su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros:
Las muchachas, trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo

En que dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud; y ella entretanto
Piensa en su lindo don Diego.
Pues no digo nada, el suyo,
Que anda, que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga: «Ce, caballero.»
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
Mas ¿porque no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
Porqué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio:
Porque cada cual se arrima
A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo:
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó.
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

D. ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo!

D. ROQUE.

Pues ¿qué mas has de decir?
Mal haya amen...

MUÑOZ.

El camueso
Que..

D. ROQUE.

Calla.

MUÑOZ, *hace que se va y vuelve.*

Callo y me escurro.

D. ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

D. ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, ¿*quid faciendum*?
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres...

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

D. ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,

Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En donde?

D. ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo
Que disparate mayor...

D. ROQUE.

Muñoz, lo dicho : acabemos,
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Si...

D. ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

D. ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.

(Empieza Muñoz à meterse debajo del canapé.)

D. ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

D. ROQUE.

¿Qué, no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

D. ROQUE.

Como?

MUÑOZ.

Que allá lo verémos.

D. ROQUE.

Parece que viene gente.

MUÑOZ.

Esta es otra.

D. ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aquí te quiero, escopeta.

(No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.)

D. ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo
Ir adelante ni atrás,
Mas que venga un regimiento.

D. ROQUE.

Pues haz por salir; á ver.

MUÑOZ.

No hay que tirar tan de recio.

D. ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

D. ROQUE.

¡Terrible aprieto!

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

¿Si habrá visto... Pero no.

Dª. ISABEL.

¿Me llamabais?

D. ROQUE.

No por cierto.
(*Ap.* Esta es escusa.) Parece
Que los huéspedes se fueron.

Dª. ISABEL.

Pienso que sí.

D. ROQUE.

¿Qué me dices
De ese don Juan? Ves que atento,

Que entendido, que buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le ve... Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.
(*Ap.* ¡Como calla la bribona!)
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De don Alvaro, en su casa.

Dª. ISABEL.

Es verdad.

D. ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
¡Que traviesos erais todos!
¡Que chillidos y que estruendo
Andaba en la sala oscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino don Pedro,
Don Andres y don Martin
De Urquijo!¡Que hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
Lloras?

Dª. ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Yo veo
Que lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aquí. Dí ¿por qué lloras?

Dª. ISABEL.

No lo estrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decís,
De aquel venturoso tiempo...

D. ROQUE.

De aquel tiempo cuando os ibais
A retozar...

Dª. ISABEL.

No por cierto.

D. ROQUE.

Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...

Dª. ISABEL.

No es eso.

D. ROQUE.

De don Blas, y en la cocina
No dejabais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...

Dª. ISABEL, *aparte.*

¡Ay triste!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, Dª. ISABEL, GINÉS.

D. ROQUE.

Hola! (*Ap.* Recado tenemos,
Y billetico tambien:
Yo he de verle.) ¿Adonde bueno,
(*Ginés sacará una esquela en la mano: durante la escena se la da á don Roque, quien la lee y se la vuelve á Ginés.*)
Señor Ginés?

GINÉS.

A buscar
A mi amo.

D. ROQUE.

(*Ap.* Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?

GINÉS.

Sí señor.

D. ROQUE.

¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.

GINÉS.

Bueno es eso.
Si no es para vos.

D. ROQUE.

No importa.

GINÉS.

Advertid.

D. ROQUE.

Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.

GINÉS.

Ahí le teneis, si es empeño.

Dª. ISABEL, *aparte.*

¡Qué dirá el papel!

GINÉS, *aparte.*

El hombre
Gasta mucho cumplimiento).

Dª. ISABEL, *aparte.*

Llena de temor estoy.

D. ROQUE.

Pues toma: llévale presto,
Que importa.

GINÉS.

Si no está en casa,
Aquí á la puerta le espero.

D. ROQUE.

Harás bien.

GINÉS.

Agur, señores.

D. ROQUE.

A Dios, amigo.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

En efecto
Se va don Juan.

Dª. ISABEL.

Como? Adonde?

D. ROQUE.

(*Ap.* ¿Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Yo nada.

D. ROQUE.

El viento
Es propio para salir:
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí
Si se da por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va; que no es lerdo.
¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Nada, señor.

D. ROQUE.

Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en estremo
Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

Dª. ISABEL.

No hay duda, señor, es cierto.

D. ROQUE.

¿Estás triste?

Dª. ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

¿Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huésped?

Dª. ISABEL.

A mí
¿Qué se me puede dar de eso?

D. ROQUE, *sacando el reloj.*

Dices bien. Hola! ya es tarde.

Dª. ISABEL.

¿Salis otra vez?

D. ROQUE, *se pone el capote y el sombrero.*

Sí, tengo
Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
O si alguien llama. A Dios, chica.
(*Aparte al tiempo de irse por la derecha*).
Tú caerás en el anzuelo.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

Dª. BEATRIZ.

¿Vienes adentro, Isabel,
O te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?

D.ª ISABEL.

¡Ay, Beatriz!

D.ª BEATRIZ.

Dejemos eso,
Isabelita.

D.ª ISABEL.

¡Ay de mí!

D.ª BEATRIZ.

Vamos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en ti?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el estremo
De que lo sepa mi hermano?

D.ª ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.

D.ª BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

D.ª ISABEL.

Nada; pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y celoso de don Juan.

D.ª BEATRIZ.

No lo estraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.

D.ª ISABEL.

Ya la ha resuelto
Él mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.

D.ª BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer,
Y á tí te importa en estremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuanto
Le obliga el honor; ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento:
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.

D.ª ISABEL.

¡Que bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

D.ª BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala
A tu retiro darémos
Disculpa, ven.

D.ª ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D.ª ISABEL.

Gente viene; mas ¿qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.

D. JUAN.

Isabel!

D.ª ISABEL.

Si venís
O enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el Cielo,
Y os lleve con bien.

D. JUAN.

Venia...

A solo decirte vengo....

D.ª ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo.

D. JUAN.

Ah! que no sabes la pena....

D.ª ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo:
Vete, y déjame morir.

D. JUAN.

¡Ay Isabel! ¡Para esto
Volví á Cádiz! para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo!
Ay! que tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?....

D.ª ISABEL.

Yo desfallezco.

D. JUAN.

Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos....

D.ª ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

D. JUAN.

Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Éramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño.
Ya solo la muerte aguardo.

D.ª ISABEL.

Oh! no lo permita el Cielo!
Yo sí, moriré de angustia;
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.

D. JUAN.

A Dios: ya no nos verémos
Otra vez. De tí apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvímos los dos.
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí:
Tal vez hallaré consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
Mas ¡qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas;
Amale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

D.ª ISABEL.

Señor!

D. JUAN.

¿Qué dices?

D.ª ISABEL.

Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
Ah! si vieras como tengo
El corazon!

D. JUAN.

Ah! si vieras.....
Pero, á Dios, y este postrero
Abrazo confirme.....

(*Quiere abrazarla y doña Isabel se retira.*)

D.ª ISABEL.

Aparta.

D. JUAN.

Huyes?

D.ª ISABEL.

Sí, de tí me alejo;
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

D. JUAN.

Cruel!

Dª. ISABEL.

¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? si el Cielo
Lo ordena así: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo.....
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me dés mayor tormento:
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de tí
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan:
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero,
Si á costa de tanta pena
Pura mi opinion conservo.

D. JUAN.

¡Ay querida de mis ojos!
¿Quien te ha dado tal esfuerzo?

Dª. ISABEL.

¡Oh virtud! oh dolorosa
Virtud!

(*Se va por la izquierda, D. Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.*)

ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:
Llegó el caso. No hay que darle
(*Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.*)
Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay qué boda! ¡Ay qué don Juan!
Muñoz, ánimo y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!
(*Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.*)

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá adentro.
Vaya, que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo
Como don Roque le aguanta.

BLASA.

Como? Bien fácil es eso;
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio;
Porque es ruin como su amo;
Porque le ha cogido miedo;
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo,
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno;
Porque le sirve de espía;
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya pícaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos.....

GINÉS.

Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

Sí? como?

GINÉS.

Como nos vamos
Allá..... ¿qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuando?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

Dª. ISABEL.

Blasa!

BLASA.

Señora!

Dª. ISABEL.

Prepara
Mi bastidor.

BLASA, *yéndose.*

Voy corriendo.

Dª. ISABEL.

¿En donde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.

Dª. ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!

(Vase Ginés por la izquierda.)

No hay que hacer, se va en efecto.
¿Que precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?

(Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.)

Esto importa. Ginés, díle
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo.....

Dª. ISABEL.

Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion;
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

Dª. ISABEL.

Mísera ¡ Corre..... ¡Ay de mí!

ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.

(Saca la cabeza, y sale despues sacudiéndose.)

Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Pues el otro
Bribon! ¡Y como me he puesto
De basura!.... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Que buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D.ª BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir:
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De tí: nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
Él te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.

D.ª ISABEL.

Sí, Beatriz, así lo haré:
Tú mi timidez ahuyentas.
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
Oh! que mal hice en llamarle!

D.ª BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas.
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

D.ª ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(*Aparte en ademan de irse.*
Alguien viene; él es sin duda.)
¿Adonde iré?

D.ª BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?
¿Porque te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D. ROQUE.

(*Ap.* ¿Que entruchadas serán estas
De volver y de tornar?)
¿Donde está la bata vieja?
¿Cuanto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?

D.ª BEATRIZ.

Si dijiste
Ayer que te los pusieran;
No ha habido tiempo de hacerlo.

D. ROQUE.

Idos de aquí.

D.ª BEATRIZ.

(*Ap.* Ya nos echa.)
¿Te quedas sin desnudar?

D. ROQUE.

¿Que don Juan?

D.ª BEATRIZ.

¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

D. ROQUE.

Cuando la quiera
Yo sabré llamar.

D.ª BEATRIZ.

¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?

D. ROQUE.

No señora.

D.ª BEATRIZ.

Pues, hombre, ¿qué te molesta?

D. ROQUE.

Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?

(Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha llama á Muñoz.)

D.ª BEATRIZ.

Ven, Isabel.

ESCENA III.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas....

MUÑOZ.

¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

D. ROQUE.

¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ.

Que venga.

D. ROQUE.

¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.

Eso mismo.

D. ROQUE.

¿Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ.

Cierto.

D. ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

No que no.

D. ROQUE.

¿Y que otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

D. ROQUE.

¿Con que, en efecto, estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ.

Y postema.

D. ROQUE.

¿Y cenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

D. ROQUE.

¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

D. ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

D. ROQUE.

Pues Isabel....

MUÑOZ.

Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fue la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que....

D. ROQUE.

Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

D. ROQUE.

De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion.... Infame!....
Si estoy por ir y cogerla
(*Paseándose inquieto por la escena.*)
De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa....
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz;
Si al fin se marcha y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

D. ROQUE.

Pues en tal caso ¿qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

D. ROQUE.

Hombre, por san Juan bendito
Te suplico....

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

D. ROQUE.

Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante
(*Don Roque se distrae sin atender á lo que Muñoz le dice.*)
Porque no huele y acecha;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y.... ¿Qué, no me oís?

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

D. ROQUE.

¿Ya no te acuerdas?

MUÑOZ.

¿De qué, señor?

D. ROQUE.

Es verdad.
¡Si estoy loco!

MUÑOZ.

¿Quien lo niega?

D. ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar:
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Donde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cual, señor?

D. ROQUE.

Aquella vieja.

MUÑOZ.

Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.

D. ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.

D. ROQUE.

No importa nada:
Tráeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y que nueva
Invencion?

D. ROQUE.

Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

D. ROQUE.

¡Ay señor! esto va malo,
(*Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.*)
Malo, malo. Picaruela!..
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido... Si fuera
Decir.... pero sí, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas....
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre don Roque, que buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Que lograra.... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

D. ROQUE.

¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

D. ROQUE.

No?
Pues anda y dila que venga.

MUÑOZ.

¿A quien?

D. ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña
Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
¿Pues qué pretendeis con ella?

D. ROQUE.

Entablar este proyecto,
(*Poniéndose el capote.*)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece
Que viene.

D. ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; ¿y qué hará?
Lo que hizo Cascaciruelas.

ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

D. ROQUE.

Oyes, Blasita.

BLASA.

Señor!

D. ROQUE.

(*Ap.* Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media

No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

D. ROQUE.

Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA.

Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

D. ROQUE.

Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotras encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamás
Damos por ahí una vuelta.

D. ROQUE.

Las mugeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se estan en casa, y no son
Busconas ni callejeras.
En casa, en casa. (*Ap.* Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)

BLASA.

Digo, señor! ¿y el sombrero?
Señor! Sí.... ¡Que paso lleva!
Señor! ¿Cuanto va que pierde
Este viejo la chabeta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(*Vuelve don Roque. Blasa le da el sombrero, y él se va.*)
Tomad el sombrero.

D. ROQUE.

Venga.

ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA.

¡Que singular es el hombre!
¿Y que haya muger que quiera,
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda Pablo! Mejor es
Morir de puro doncella,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo....

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

¿Con que os estorbo? ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¡Que ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir,
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ, *amenazándola.*

Calla.

BLASA.

Sí, quiero
Hablar. Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira....

BLASA.

Cara de laceria.

MUÑOZ.

Sí...

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.

ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ.

Picarona! Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza,
Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya, yo no entiendo
Como he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

D. ROQUE, *saliendo por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.*

Muñoz, ya estamos de vuelta.
Buena prevencion ha sido
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado:
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó,
Sin duda á llevar las nuevas
A don Juan, ó don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se grangea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña;
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces...

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

D. ROQUE.

La cosa está ya dispuesta...
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, *aparte.*

Mucha diversion me espera.

D. ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Hácia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

D. ROQUE.

¿De qué te asustas?

Dª. ISABEL.

Presumí que estabais fuera,
Porque Blasa...

D. ROQUE.

Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Nada.

D. ROQUE.

Qué?

Dª. ISABEL.

Nada, señor.

D. ROQUE.

No se pierda
El tiempo.
(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

Dª. ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! La llave...

D. ROQUE.

Deja
La llave: nada te importa
La llave.

Dª. ISABEL.

Pero ¿á qué es esta
Prevencion?

D. ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas:
Él va á venir.

Dª. ISABEL.

Señor!

D. ROQUE.

Calla:
No me grites, que lo echas
A perder. Él va á venir:
Yo me escondo en esa pieza;
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa; que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse;
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa...
Pero á la puerta han llamado.
(*Suena la campanilla hácia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.*)
Siéntate; la silla vuelta
Hácia este lado.

Dª. ISABEL.

Advertid...

D. ROQUE.

Escusadas advertencias.

Dª. ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

D. ROQUE.

Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendrémos que sentir.

Dª. ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡Que funesta
Situacion! Pero, es posible...

D. ROQUE.

Presto: vamos, que ya llega.

Dª. ISABEL.

Escuchadme.

D. ROQUE.

Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.
(*Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.*)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

Dª. ISABEL.

Ay! desgraciada de mí!
¡Ay que angustia! ¡Quien pudiera
Avisarle! No hay remedio.

D. JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca?
¿A que fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
Pero ¿que pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas; en ellas
Harto me dices; no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta;
Pero...

Dª. ISABEL.

Don Juan, ¿qué decís?
¿Qué decís? Idos, no sea
Que mi esposo...

D. JUAN.

No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

Dª. ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfía...

D. JUAN.

Cielos! ¿que mudanza es esta?
¿Que lenguaje, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...

Dª. ISABEL.

¿Yo os llamé?

D. JUAN.

¿Qué, me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues...

Dª. ISABEL.

Callad.

D. JUAN.

Tú haras que pierda
El sentido, ingrata. ¿Como
Cupo en tí tanta fiereza?

Dª. ISABEL.

Ignoro lo que decís.

D. JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

Dª. ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo:
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

D. JUAN.

¡Ah fementida
Muger! ¡Que así mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? ¿Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
Pérfida!

Dª. ISABEL.

Mirad, señor,
Lo que decís; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta...
Mi esposo...

D. JUAN.

Si, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema;
Que el amor que me juraste
Fue mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿que disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?

Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? A Dios.
Voy á morir: nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta:
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños...
Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan... Yo las creí
Alivio de mis tristezas...

(Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo, en vano, contenerle.)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!
Míralas: tuya es la letra...
No quede memoria alguna...

Dª. ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

D. JUAN.

No, deja,
Déjame.

Dª. ISABEL.

Cielos! Señor!..

D. JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

Dª. ISABEL.

Infeliz!
¿Que nueva desdicha es esta?
Idos, señor.

D. JUAN.

Sí, cruel.

Dª. ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.

(Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se vá.)

ESCENA XI.

D. ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.

(Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.)

Hasta que embarcar le vea...
Vamos allá, no se escurra
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

Dª. BEATRIZ.

Espera.

D. ROQUE.

Voy de prisa.

Dª. BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta...
La pregunto y no responde;
Solo suspirando alienta...
¿Qué ha habido aquí?

D. ROQUE.

Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.

(Vase al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personajes.)

Dª. ISABEL.

¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

Dª. BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

Dª. ISABEL.

Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué harémos? Llama. No; deja,

Es mejor que... Yo no sé.
No estoy en mí.

D.ª BEATRIZ.

Escucha, espera,
¿A donde vas?

D.ª ISABEL.

A evitar
Que le mate.

D.ª BEATRIZ.

¿A quien? Sosiega
El temor.

D.ª ISABEL.

¿Pues no ha salido
Detrás de él? No me detengas:
Déjame que vaya...

D.ª BEATRIZ.

¿A qué?

D.ª ISABEL.

A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay muger á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino...

D.ª BEATRIZ.

¿Qué dices?

D.ª ISABEL.

Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. Él se aleja
Culpando mi ingratitud.
¡Ay Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dije, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera...
Mísera! ¿qué pude hacer?

D.ª BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura
Que acaso tu propia aumentas
Con tu temor.

D.ª ISABEL.

Es verdad.
¿Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
Qué le diré? ¿Quien podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Como hay en mí resistencia?

D.ª BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro; que no es bien
Esponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

D.ª ISABEL.

Bien dices.
Vamos..... ¡El tiro de leva!
(Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.)
¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mio!

D.ª BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.
Isabel!.... ¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique.... Blasa!
Estas resultas esperan
Tales casamientos. Blasa!
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. Isabel!

D.ª ISABEL.

¡Ay de mí!

D.ª BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.

D.ª ISABEL.

No, espera,
No te vayas.

D.ª BEATRIZ.

No me iré.
Apóyate en mí.

D.ª ISABEL.

¡Que pena!

D.ª BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.

D. ISABEL.

¡Que funesta
Venida!

D.ª BEATRIZ.

Isabel, por Dios.....
¿Otra vez de eso te acuerdas?

D.ª ISABEL.

Ya se fue; ya se acabó
El afan.

D.ª BEATRIZ.

¡Que así te quieras
Atormentar!

D.ª ISABEL.

Ya se fue.
¡Triste de la que se queda!
No volverémos á vernos
Jamás. ¿Quien me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.

D.ª BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

D.ª ISABEL.

Ay! ¿tú me dejas?

D.ª BEATRIZ.

No: descansa.

D.ª ISABEL.

En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece.....
Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fue de tus finezas
Isabel: ay! la vida
La ha de costar esta ausencia.

D.ª BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece
(*Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.*)
Que ha entrado. No te detengas.

D.ª ISABEL.

Desgraciada! ¿Adonde, adonde
Irémos que no me vea?
¿Como evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!

D.ª BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

D.ª ISABEL.

Si fuera
Posible..... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este:
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido
¿Que peligro le amedrenta?
Quita; ya no voy contigo;
Aquí le aguardo.

D.ª BEATRIZ.

¿Qué intentas?

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

D. ROQUE.

Es que quiero que las veas,
A ver por donde las toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa.....

D. ROQUE.

¡Buena pieza!
Ya se fue don Juan; cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,

Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas,
Y las tuyas. Sí por cierto,
Me ha enseñado la esperiencia.

D.ª BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

D. ROQUE.

Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.

D.ª ISABEL.

Sí señor;
Bien decís. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed.....

D. ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negaras!

MUÑOZ.

Pues digo,
Que se morderá la lengua.

Dª. ISABEL.

Sabed que yo, desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan..... Sí, señor,
Le quise, fue verdadera
Nuestra pasion.

D.ª BEATRIZ.

Isabel!
¿Qué es lo que dices?

Dª. ISABEL.

No fuera
Justo engañaros; le amé.
Así lo quiso mi estrella.
Él igualmente..... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

D. ROQUE.

Digo, ¿y como
Entonces que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

Dª. ISABEL.

¡Ah, señor! Con tantos años
¿Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y..... No importa;
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo..... ¡Ay triste!
No soy yo sola: no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

D. ROQUE.

Muy bien. Y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

Dª. BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Que mas disculpa deseas?

Ya no hay motivos de enojo.

D. ROQUE.

Cierto; es una friolera;
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada, eh! ¡Parlera
De Satanas!

Dª. ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero
El Cielo ve mi inocencia.
Él sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuantos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. Ah! Ya se fue:
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡que golpe
Tan terrible! ¡Que violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera:
Sí, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento;
Si es vida lo que me resta.
Allí...

Dª. BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

D. ROQUE.

Muger, ¿qué clausura es esa?
Qué? No señor, en mi casa
La tendrás. ¡Pues era buena
La invencion!

Dª. BEATRIZ.

Hermana!

Dª. ISABEL.

No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Como quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá: por mas que quiera
Tranquilizarle, jamás
Faltarán celos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí: su edad, su genio...
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico, si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

D. ROQUE.

Vamos.
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y..

Dª. ISABEL.

No, no señor, es fuerza

Que esta merced me otorgueis.

D. ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

Dª. BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamás; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

D. ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?
Isabel!

Dª. ISABEL.

Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad:
El sigilo y la presteza
Convienen.

D. ROQUE.

Teneis razon:
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

Dª. ISABEL.

No, vivid, señor; y sea
Con mucha felicidad,
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

Dª. BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

D. ROQUE.

Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

D. ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal:
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda;
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se va?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamás
Esa cara, está contenta:
Con que, abreviarlo y agur.

D. ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?
Isabel!

(*Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.*)

Dª. ISABEL.

No, no os escucho.

D. ROQUE.

Pero ¿es posible que quieras?....

Dª. ISABEL.

No me sigais: apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una muger
Desesperada y resuelta. (*Vase.*)

Dª. BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

D. ROQUE.

Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz,
Dejadme... y Dios la haga buena.

Dª. BEATRIZ.

Pero...

D. ROQUE.

Sí, mañana mismo
Harémos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

¡Válgame Dios que muchacha!
(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

D. ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon: pero deja
Que reniegue de mí mismo;
Pues yo, por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.



La Comedia Nueva.

La Comedia Nueva.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. DON HERMOGENES. DON PEDRO. DON ANTONIO. DON SERAPIO. PIPI.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPI.

(*Don Antonio sentado junto á una mesa: Pipí paseándose.*)

D. ANTONIO.

Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ.

Señor.

D. ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No señor: poetas.

D. ANTONIO.

¿Como poetas?

PIPÍ.

Sí señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, uh!

D. ANTONIO.

¿Y con que motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO.

¿Con que han hecho una còmedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

¿Pues qué, nó lo sabia V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario.*

D. ANTONIO.

En efecto, aquí está. (*Leyendo en el Diario, que está sobre la mesa.*) COMEDIA NUEVA INTITULADA: EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí!

cuanto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire V., la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa....

D. ANTONIO.

Como?

PIPÍ.

Así, de versos.... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO.

Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos....

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! cuantos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

Oiga! ¿Tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es muger del autor de la comedia.... Qué! Si V. viera.... Unas décimas componia de repente.... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se ha estado jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una decima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada.... oh! aquella sí. Mire V. lo que es.... Ya se ve, en teniendo vena....

D. ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quien es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

Oh! ese es don Serapio.

D. ANTONIO.

Pero ¿qué es? que ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es.... mire V., á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO.

Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quien dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.

Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

D. ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le dén por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

Sí, serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPÍ.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

Ah! Pues si don Serapio lo dice no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien donde les aprieta el zapato, y cual comedia es buena, y cual deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces.... Mire V., no hay paciencia. Ayer, qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias: vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y.... Deje V.: las.... ¿Si me acordaré? Las.... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las.... las reglas.... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre, difícil es esplicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los estranjeros, particularmente los Franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Sí tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire V., ¡reglas! No faltaba mas. ¿A qué no tiene reglas la comedia de hoy!

D. ANTONIO.

Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad V.?

D. ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No señor.

PIPÍ.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá V. cuantas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces.... ¡ya se ve! mire V. si con un buen situado podia él....

D. ANTONIO.

Cierto. (*Ap.* ¡Que simplicidad!)

PIPÍ.

Entonces escribiria. Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias.... Como es tan hábil....

D. ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

Toma! Poquito le quiere el segun-

do barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas: pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan.... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire V. si ellos.... ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje V., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo.... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

Pues ya se ve: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. PEDRO.

Café.

(*Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.*)

PIPÍ.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No... Basta.

PIPÍ.

¿Quien es este?

(*Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.*)

D. ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. SERAPIO.

¡Pero hombre, dejarnos así!

(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á V. ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada; la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO.

Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantar-

la, si V. me apura. ¿Que dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cual ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO.

¡El diantre es V., hombre! Todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase V.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.*)

D. SERAPIO.

Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase V.; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí!

PIPÍ.

Señor!

D. SERAPIO.

Palabra.

(*Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

D. ANTONIO.

¿Como va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

D. PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en V. Va bien.

D. ANTONIO.

¿V. á estas horas por aquí? Se me hace estraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que V. tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la Corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace V.?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de V. le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces.....

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de V. Todos aprecian su talen-

to, su instruccion y su probidad; pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y porque? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridicula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿que plan tiene V. para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá V. á ver la pieza nueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

¿Pero, porque? Vea V. sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

D. PEDRO.

¿Y V. me pregunta porqué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

D. ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez.....

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á V. le divierte. *(Guarda don Eleuterio papel y tintero: se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.)* Yo no sé: V. tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero V. es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce V. y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace V. creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, V. dirá que se divierte; pero, amigo.....

D. ANTONIO.

Sí señor que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni como es posible persuadirles.....

D. ELEUTERIO.

No, pues.... Con permiso de Vds. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede V. ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con don Eleuterio.)

PIPÍ.

El mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quien es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor, es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces.....

D. ANTONIO.

Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole: lo cual formará juego de teatro.)

D. ELEUTERIO.

Pues mire V., aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que..... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas..... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, saínetes..... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quien ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la Corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve V. como están los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia.....

D. ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya V. á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y que remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es escelente, y para mí tengo que.....

D. ELEUTERIO.

¿La ha leido V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. ANTONIO.

Qué! No señor. Si le digo á V. que es cosa muy buena. ¿Y donde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la.....

D. PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

D. ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.....

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

D. ELEUTERIO.

Véala V. aquí.

(*Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.*)

D. ANTONIO.

Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA..... «Salen el emperador Leopoldo, el Rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el Emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unímos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.»

¡Que estilo tiene! Cáspita! ¡Que bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,

Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.»

D. ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á V. bien? (*Hablando á don Pedro.*)

D. PEDRO.

Eh! á mí, que.....

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á V. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele V..... áhí..... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

Muerta?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, muerta.

D. ANTONIO.

¡Que situacion tan cómica! Y estas esclamaciones que hace aquí, ¿contra quien son?

D. ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. ANTONIO.

Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado: eh?

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara: ¿es verdad?

D. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Altò, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga V., don Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios; no lo lea V.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso.

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya.

D. ELEUTERIO.

Buena versificacion.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que.....

D. ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oirle.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*)

EMP. Y en tanto que mis recelos.....
VISIR. Y mientras mis esperanzas.....
SENESC. Y hasta que mis enemigos...
EMP. Averiguo.
VISIR. Logre.
SENESC. Caigan.
EMP. Rencores, dadme favor.
VISIR. No me dejes, tolerancia.
SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
TODOS. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO, *se levanta impaciente, en ademan de irse.*

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama V.?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.*)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es tambien demasiado! Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia. Cierto que me ha chocado. Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la espresion! Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los estranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. Disparates! ¡Cuidado que...

PIPÍ.

No haga V. caso.

D. ELEUTERIO, *hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor.....

PIPÍ.

Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Como me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas.....
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! á que buena ocasion llega V.!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la órden de V.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan*

los demas.) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras agenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

V. me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. V. solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de V., el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos V. lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

Disparatada? ¿Y quien ha prorumpido en un aserto tan...

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos V. lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

D. ANTONIO, *siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*

Yo reviento.

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

Mythoi eisin yparchousin.

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á V. se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria esplicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero..

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el orígen del teatro, hallarémos que los Megareos, los Sículos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallarémos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á V. que...

D. HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

D. PEDRO, *se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*

A Dios, señores.

D. ANTONIO.

¿Se va V., don Pedro?

D. PEDRO.

¿Pues quien, sino V., tendrá frescura para oir eso?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento; probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO.

Pues yo delante de V. la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser V. el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento; y que V. es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, señores.

(*Hace que se va y vuelve.*)

D. ELEUTERIO, *señalando á don Antonio.*

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quien es; pero si Vds., como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle Vds. que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la Nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que...

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epístolas que V. es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, PIPI.

D. HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia*

la puerta por donde se fue don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover....

D. HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de V., señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. ANTONIO.

Sí señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento : sí, vaya V.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir que no haga V. caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve V. si yo sé algo....

D. ELEUTERIO.

Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que....

D. ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como V., ninguno.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. Eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

Picardía! ¿Y V. qué hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que V. se anime, y le aseguro que los aplausos que.... Pero, dígame V., ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á V. á cuenta de los quince doblones

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe V. las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítiea para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando....

D. ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro, es regular que me dén el dinero: pagarémos á ese bribon; y si tiene V. algun pico en la hostería, tambien se....

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldrémos de apùros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa V. Mariquita, como V. sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: Vds. estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, V. saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á V.: ¿no es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mugeres ya estarán....

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del Poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

¡Pues, no le digo á V.! Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces, oh! entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el Cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame V., es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

Dª. AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

Dª. MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas.....

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al celebro.....

Dª. AGUSTINA.

Pero ¿V. hace caso de ella? ¡Que tontería! Si no sabe lo que se dice.... Y á todo esto, ¿que hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán... Deje V. Podrán ser ahora...

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

Dª. AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente. (*Siéntanse todos, menos don Eleuterio.*)

D. SERAPIO.

¿Que gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia..... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

Dª. AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se ve... comedia nueva, autor nuevo, y.....

Dª. AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos..... Pero ¡como los hice rabiar! y que.....

D. ELEUTERIO.

Soy con Vds.; voy aquí á la librería, y vuelvo.

Dª. AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué

que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que.....

Dª. AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO, *yéndose.*

Al instante.

Dª. MARIQUITA.

¡Que inquietud! que ir y venir! No pára este hombre.

Dª. AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

Dª. MARIQUITA.

¿Y quien sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

Dª. AGUSTINA.

Pero ¿porque la han de silbar, ignorante? ¡Que tonta eres, y que falta de comprension!

Dª. MARIQUITA.

Pues; siempre me está V. diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me..... ¡Ay, don Hermógenes! no sabe V. qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

Dª. MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quien le creyera á V.!

D. HERMÓGENES.

Pues ¿quien ama tan de veras como yo? Cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mio?

Dª. AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto

Dª. MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

Dª. AGUSTINA.

¡Me desespera!

Dª. MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire V., para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Así que su hermano de V. coja esos cuartos, verá V. como todo se dispone; porque la quiero á V. mucho, y es V. muy guapa muchacha, y tiene V. unos ojos muy peregrinos, y..... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

Dª. AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

Dª. MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire V. qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

Dª. AGUSTINA.

¡Que ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á V. Es menester que V. se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad,

esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como V. habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mugeres instruídas es un tormento la fecundidad.

Dª. MARIQUITA.

Tormento! ¡Vaya, hermana, que V. es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

Dª. AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos y algo de la estática; despues.....

Dª. MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! Para qué? para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *gacetas* y *mercurios* para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones..... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á V. que comímos el domingo pasado, don Serapio?

D. SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Como quiere V. que...

Dª. MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

Dª. AGUSTINA.

Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos cómo yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razon

mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los esperimentos cotidianos nos enseñan que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamador *pollex*, *index*, é *infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas dificil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

D.ª MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que V. quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez *(angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

D.ª MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

D.ª MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontrámos en la botillería. ¿Se acuerda V., hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia la lengua.

D. SERAPIO.

Alto? uno alto, eh? Ya le conozco. *(Se levanta.)* ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra Compañía. Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al.....

D.ª MARIQUITA.

¿Que tonterías está V. ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge.....

D.ª MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y que mala vida dió á su muger! Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

D.ª MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que V. nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera..... eh!... Pero el otro dia ¡que cosas le dijímos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra Compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben Vds. *(Vuelve á sentarse.)* por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están parlando en el

recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

D.ª MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

Dª. AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la Dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame V. un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche V. un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé V. una vuelta por la cocina, y vea V. si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita es preciso que..... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á impòner taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

Dª. AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese V. una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego, y un ajusticiado: figúrese V. si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

D.ª MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO, D.ª AGUSTINA, D.ª MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES.

Dª. AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora.....

Dª. AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido..... ¿Cuando se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah! y cuide V. (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

Dª. AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

Dª. AGUSTINA.

Pues irán vendidos..... quinientos ejemplares.

D. SERAPIO.

¡Que friolera! Y mas de ochocientos tambien.

D.ª AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

D.ª AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

D.ª AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!....

D.ª MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

D.ª MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie V. el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

D.ª MARIQUITA.

Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la órden de Vds., señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues como tan presto? ¿No dijo V. que iria á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

D.ª AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que V. se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase V. con nosotros, y todos nos acomodarémos.

D.ª AGUSTINA.

Sí, puede V. venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á V. mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que....

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

D.ª MARIQUITA.

¿Qué dice V.?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

D.ª AGUSTINA.

¿Pues como han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

D.ª AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán....

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

D.ª MARIQUITA.

Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de V. está siempre en las tres y media.

D.ª AGUSTINA.

A ver.... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.*) Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral....

D.ª MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho V. perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

D.ª AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de.....

D.ª MARIQUITA.

Vamos pronto..... ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán Vds. al segundo acto.

D.ª MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes....

D.ª AGUSTINA.

Quede V. con Dios, caballero.

D.ª MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan Vds. con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en....

D.ª MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPI.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la muger del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Que paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos, es un despropósito: pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. ANTONIO.

Calle! ¿Ya está V. por acá? Pues y la comedia ¿en que estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable V. de comedia (*Se sienta.*), que no he tenido ra to peor muchos meses ha.

D. ANTONIO, *sentándose junto á don Pedro.*

Pues ¿qué ha sido ello?

D. PEDRO.

¡Qué ha de ser! Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de V.) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen..... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario me llenan de, de..... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare V. nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame V., el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no-

me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice V.?

D. PEDRO.

Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las estravagancias.

D. PEDRO.

Pero ¿no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la Nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los estranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni V. ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué harémos? Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿que novedad es esta?

ESCENA VI.

D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?
(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! (*Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Porque no mira V.?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de Vds. que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, estracto, aroma, álkali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

Dª. AGUSTINA, Dª. MARIQUITA, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, D. SERAPIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. ELEUTERIO.

Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(*Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.*)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ.

Qué! si está en un camarachon que...

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y verémos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si Vds.....

D.ª AGUSTINA.

No, no es menester.

Dª. MARIQUITA.

¿Se siente V. mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

Dª. AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

D. ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber que especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que... Vaya! No me hable V. de eso, porque... Picarones! ¿Cuando han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

Dª. MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegámos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, déme V. pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo..... El patio estaba tremendo. ¡Que oleadas! que toser! que estornudos! que bostezar! que ruido confuso por todas partes!.. Pues señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á Vds., la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumen-

ta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que..... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que...

(*Siéntase junto á doña Agustina.*)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, V. bien sabe lo que es la pieza; informe V. á estos señores... Tome V. (*Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.*) Léales V. todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea V., lea V., y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre la mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos verémos otro dia, y...

D. ELEUTERIO.

¿Se va V.?

Dª. MARIQUITA.

¿Nos deja V. así?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de Vds., no me moveria de aquí; pero...

Dª. MARIQUITA.

No se vaya V.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia V. eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fue para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si V. conocia que era mala, ¿porque no se lo dijo? ¿Porque, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba V. el ingenio del autor, y le persuadia que era escelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

Dª. AGUSTINA.

¿Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice V.?

D.ª AGUSTINA.

V. se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

D.ª AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que V. nos lo venga á repetir de ese modo. V. será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero....

D. PEDRO.

Si V. es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala V. callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

D.ª AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quien le ha dicho á V. que....

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de V.

D. HERMÓGENES.

Piense V. lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de V., y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas....

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que V. me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con V.; si V. ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si V. me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si V. me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho V. creer que yo era un grande hombre, ¿como me dice V. ahora eso? ¿Como ha tenido V. corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

V. es pacato y pusilánime en demasía.... ¿Porque no le anima á V. el ejemplo? ¿No ve V. esos autores que componen para el teatro, con cuanta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir.... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

D.ª MARIQUITA.

¿Y qué quiere V. (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere V. decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez....

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

D.ª AGUSTINA.

Vaya V. con Dios, y haga V. cuenta que no nos ha conocido. Picardía! No sé como (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él.... Váyase V.

D. HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

D.ª AGUSTINA.

Váyase V.

D. ELEUTERIO.

Picaron!

D. HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

D. ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Despues *(Se sienta con ademanes de abatimiento.)* de lo que hemos hecho por él!

D.ª MARIQUITA.

Ya ve V., hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon.... Mire V. qué hombre: despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon...... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar: por el maldito empeño de Vds. de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho.... Mire V. lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele V., señorita, que todo se compondrá. V. tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

D.ª AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia *(Se levanta con viveza.)* la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

D.ª AGUSTINA.

Pero hombre, ¿que no has de reflexionar....

D. ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien....

D. SERAPIO.

No señor: el mal ha estado en que nosotros no lo advertímos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame V. á mí: la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y....

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me....

D. PEDRO.

¿Todavía está V. en esa equivocacion?

D. ANTONIO, *aparte á don Pedro.*

Déjele V.

D. PEDRO.

No quiero dejarle: me da compasion.... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Que motivos tiene V. para acertar? ¿Qué ha estudiado V.? ¿Quien le ha enseñado el arte? ¿Que modelos se ha propuesto V. para la imitacion? ¿No ve V. que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por donde V.,

que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? ¿Qué, no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de V. ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame V.), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, señor: será todo lo que V. dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia....

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea V., no se venderá, y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que Vds. quieran: seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos: me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que V. tenga, y arreglándose á una buena economía.

D.ª AGUSTINA.

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; despues me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y....

D.ª MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

D. ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas....

D. ANTONIO.

¿Cuantas tiene V.?

D. ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO, *aparte con ternura.*

¡Hijos tiene! ¡Que lástima!

D. ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso....

D. PEDRO.

(*Ap.* Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de V. pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame V.: ¿sabe V. contar? ¿Escribe V. bien?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo..... porque yo, señor, he sido paje..... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernabá la casa: como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso si, lo que es honradez y.... vaya! Ninguno ha tenido que....

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía.... Aquí tengo.... Vea V.... *(Saca un papel y se le da á don Pedro.)* Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana.... ¡Ay, Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las....

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se deje V. de esas tonterías.

(Volviéndole el papel.)

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo....

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de V. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á V. sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que V. tenga.

D. ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice V.?

D. AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

Dª. MARIQUITA.

¿De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. V. si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede V. contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á V. le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. V., señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si V. disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de Vds. todo el bien que pueda; no hay que du-

darlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la Corte, y... Créanme Vds., soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

D.ª MARIQUITA.

¡Que bondad!

(*Don Eleuterio, su muger y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba, y los abraza cariñosamente.*)

D. ELEUTERIO.

¡Que generoso!

D. PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á V. tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si V. me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone V., señor, las locuras que he dicho y el mal modo....

D.ª AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! que leccion me ha dado V. esta tarde!

D. PEDRO.

V. se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su carácter de V. me confunde.

D. PEDRO.

Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

¿Quien no querrá ser amigo de V.?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja V. esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*), amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

D.ª MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

D.ª AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Así debe ser. V., amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á V. una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como V., le imitaran en desengañarse!

El Baron.

El Baron.

PERSONAS.

DON PEDRO. ISABEL. EL BARON. PASCUAL.
LA TIA MONICA. LEONARDO. FERMINA.

La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO.

Sí, Fermina: yo no sé
Que estraña mudanza es esta;
Ni apenas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte
De favorable en adversa.
¿Que misterios hay aquí?
¿Porque su vista me niega
Isabel? ¿Porque su madre,
Que me ha dado tales pruebas
De estimacion, me despide,
Me injuria?... Oh! cuanto recela
Un infeliz!... Pero, díme,
Ese Baron que se hospeda
En esta casa...

FERMINA.

¿El Baron?

LEONARDO.

Sí: ¿que pretende? ¿Qué ideas
Son las suyas?

FERMINA.

No es posible
Que un instante me detenga.
(*Mirando adentro con inquietud.*)

LEONARDO.

Pero díme...

FERMINA.

Es que si viene
Mi señora y os encuentra,
Habrá desazon.

LEONARDO.

Despues
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Dí...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta.
Ya sabeis que hace dos meses
Con muy corta diferencia

Que el Baron de Montepino
Se nos presentó en Illescas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras... bagatelas
Y chismes de vecindad:
Vino hasta media docena
De veces á casa, y luego
Fue la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el Rey,
De sus mulas, et cetera.
Mi señora le escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza
Ir á ver á vuestro primo;
Que, á la verdad, no pudierais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca
De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon.....

FERMINA.

Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia:
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda,
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja,
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento: está la muger
Que no vive ni sosiega
Sin su Baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa,
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del Baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias
Para que su señoría
Coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo:
Se le han cedido las piezas
De arriba; viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,
Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; despues
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,
Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice...
¡Para el tonto que lo crea!
No sé que lance de honor
De aquellos de las novelas:
Persecuciones, envidias
De la Corte, competencias
Con no sé quien, que le obligan
A andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces, y...

LEONARDO.

Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca.....
¡A su pesar!... Pero ¿quien
Me asegura su firmeza?

¿Quien sabe si, ya olvidada
Del que la quiso de veras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?...
A Dios... *(Hace que se va, y vuelve.)*
Pero tú que sabes
Cuanto mi amor interesa,
Haz que yo la pueda hablar:
Díla el afan que me cuesta...
Díla, en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos,
Desengaños no merezca. *(Vase.)*

FERMINA.

Pobrecillo! Mucho temo
Que el tal Baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos,
Tanto rondar á la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Fermina, ¿díste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?

FERMINA.

Sí señora.

TIA MÓNICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Si es un pelma.

TIA MÓNICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

¡Cierto que es buena
La curiosidad!

FERMINA.

Señora!
¿Pues á qué santo es la fiesta?
¡No es cosa! la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales!...

TIA MÓNICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¡Válgame Dios! si lo viera
El difunto!

TIA MÓNICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA.

Quien?

FERMINA.

Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusierais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA.

Si no callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.

FERMINA.

Yo...

TIA MÓNICA.

Bribona.

FERMINA.

Si...

TIA MÓNICA.

¿Que palabras son esas?..

FERMINA.

Señora, si él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan...
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas
Que alborotaba la casa,
Y os llamaba majadera...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Y...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

ESCENA III.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, FERMINA.

D. PEDRO.

Hola! ¿quien riñe?

TIA MÓNICA.

Es con esta
Picudilla.

FERMINA.

Mi señora
Me pone de vuelta y media
Porque digo la verdad,
Y porque.....

TIA MÓNICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo.....

TIA MÓNICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MÓNICA.

No vuelvas
Sin que te llame; y cuidado
No te plantes á la reja.

ESCENA IV.

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

D. PEDRO.

Con que, mi señora hermana,
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa
(*Se sienta.*)
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.

TIA MÓNICA.

Solo quisiera
(*Sentándose junto á don Pedro.*)
Que me dieras unos cuartos.

D. PEDRO.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

Para una urgencia.

D. PEDRO.

¿Urgencias tú?...Bien está:
¿Como cuánto?

TIA MÓNICA.

Si tuvieras
Cien doblones...

D. PEDRO.

Sí, los tengo;
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste;
Si la mitad se cercena,
Quedan seis mil, nada mas.

TIA MÓNICA.

Ya lo sé.

D. PEDRO.

Pues bien, receta:
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.

TIA MÓNICA.

No, todo no, cien doblones
Me darás.

D. PEDRO.

¿Con que hay urgencias?

TIA MÓNICA.

Sí señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y porqué.

D. PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.

TIA MÓNICA.

¿Decirlo yo? No lo creas.

D. PEDRO.

No? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.

TIA MÓNICA.

¡Bueno fuera
Que, siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia.

D. PEDRO.

No dices mal.

TIA MÓNICA.

Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡Buena aprension!

D. PEDRO.

Sí por cierto:
Y á fe que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.

TIA MÓNICA.

¿No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa?

D. PEDRO.

Sí;
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.

TIA MÓNICA.

Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.

D. PEDRO.

Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas,
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un Baron.

TIA MÓNICA.

Es verdad:
Ya entiendo tus indirectas.
Sí señor, le tengo en casa;
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aquí;
Le regalo, y le quisiéra
Regalar con tal primor,
Que en vez de sufrir molestias,
No echára menos su casa,
Su fausto y sus opulencias.

D. PEDRO.

¡Sus opulencias!... ¡El pobre
Baron!... ¿Y que mala estrella
Redujo á su señoría
A ser vecino de Illescas?
¿De que enfermedad murieron
Sus lacayos? ¿En que cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La Chispa y la Vandolera?
¿Que gitanos le murciaron
El bagaje? ¿Que miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?...
¿No podrás satisfacerme
A estas dudas?

TIA MÓNICA.

No tuviera
La menor dificultad.

D. PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

TIA MÓNICA.

Sí; piensa de él lo que quieras,
Nada importa.

D. PEDRO.

¿Y en efecto,
Hermana, hablando de veras,
Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA.

De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las cortes estranjeras,
Primo de todos los duques.

D. PEDRO.

Oiga!

TIA MÓNICA.

Y es por línea recta

Nieto de no sé que rey.

D. PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA.

Si le trataras, verias
Que conversacion tan bella
Tiene, que cortés, que afable,
Que espresivo con cualquiera,
Y que desinteresado.

D. PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA.

Pero el pobre caballero
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias.....

D. PEDRO.

¿Que desgracias?

TIA MÓNICA.

Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra.....
Ello es en Indias; y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Le ha puesto en mal con el Rey.

D. PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MÓNICA.

Y por esta
Calumnia se ve obligado
A disfrazar su grandeza
Y andar de aquí para allí:
Pero Dios querrá que venga
A saberse la verdad,
Y entonces..... ¡Pero si vieras
Cuanto favor le merezco
Al buen señor! Él me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, paraque sepa
Lo que dicen, las esplica
En español todas ellas.
Pero ¡que cosas le escriben!

D. PEDRO.

¿Que cosas?

TIA MÓNICA.

Cosas muy buenas.

D. PEDRO.

Ya.

TIA MÓNICA.

Le dicen que se vaya
A Lóndres, ó á Inglaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas.....
Pero él no quiere salir
De España.

D. PEDRO.

Pues no lo acierta.
¿Porque no se va al instante
A tomar esas monedas?
¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA.

No, que segun las postreras
Noticias, van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia,
Que al que levantó el embuste
Quizás le echarán á Ceuta.

D. PEDRO.

Eso es natural..... Y dime,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas
Y conviene tratar de ella,
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MÓNICA.

Nada.

D. PEDRO.

Nada? ¿Estás dispuesta
A casarla con Leonardo?
Lo supongo.

TIA MÓNICA.

No, no es esa
Mi intencion.

D. PEDRO.

Calle ! ¿Y porque
Se ha mudado la veleta?

TIA MÓNICA.

Porque sí.

D. PEDRO.

Ya : ¿con que quieres
Hacerla morir doncella?

TIA MÓNICA.

¿Que prisa corre el casarla?

D. PEDRO.

Oiga ! ¡No es mala la idea !
¿Que prisa corre? ¡Ahí es nada !
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Que prisa corre ! ¡Es muy buena
La especie, por vida mia!

TIA MÓNICA.

Digo bien.

D. PEDRO.

Vamos, ya empiezas
A delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.

TIA MÓNICA.

Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.

D. PEDRO.

Muy bien; pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchacho
De talento y buenas prendas;
Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo
Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz),
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel..... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y.....

TIA MÓNICA.

Sí;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y..... Vamos..... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
A predicar.

D. PEDRO.

Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija.
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de estinguir en un dia
Una inclinacion honesta
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.

TIA MÓNICA.

No temas
Nada..... Yo me entiendo.

D. PEDRO.

A Dios.

(*Se levantan los dos.*)

TIA MÓNICA.

Anda con Dios.

D. PEDRO.

(*Ap.* ¡Que cabeza!)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
A mas ver.

TIA MÓNICA.

¡Que mosca lleva!

ESCENA V.

LA TIA MONICA, EL BARON.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MÓNICA.

Estoy á vuestra obediencia,
Señor Baron.

BARON.

Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.

TIA MÓNICA.

¡Qué, no señor!... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero.
Y la calor la desvela
A una, de modo que.....

BARON.

Cierto....
Aquí faltan unas piezas
De verano..... Ya se ve:
¡Estas casas tan mal hechas!
¿Estuvisteis mucho tiempo
En Madrid?

TIA MÓNICA.

Muy poco: apenas
Estuve un mes.

BARON, *paseándose.*

De ese modo
Es casualidad que vierais
Mi casa.

TIA MÓNICA.

¿En que calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra
Disforme.

TIA MÓNICA.

¿En que calle?

BARON.

Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.

TIA MÓNICA.

Porqué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MÓNICA.

Será lástima.

BARON.

No tal:
Además, que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo
Por mucho, mucho, que pueda
Gastarse, vendrá á costar
Tres millones..... y aun no llega.

TIA MÓNICA.

¿Y hácia adonde está?

BARON.

He pensado
Reducirle cuanto sea
Posible; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia,
Queda mas chico y mejor.
Una colunata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio.. Y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estatuas, templos, ruinas...
En fin, cuatro frioleras
De gusto... Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! que grandeza!

BARON.

Todo es vuestro: allí estaréis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

TIA MÓNICA.

Señor,
Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;

Que habeis sido en mi desecha
Fortuna el iris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no están bien),
Un jóven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿Quien puede ser? Él es nuevo
En el lugar.

TIA MÓNICA.

De manera,
Señor Baron, que...

BARON.

Esta noche...
No sé si estabáis despierta...
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galan le desdeña.
¿No me diréis...

TIA MÓNICA.

Sí señor...
(*Ap.* ¡Válgame Dios! yo estoy muerta!)
Por mas que procuro...

BARON.

En fin,
¿Podré yo saber quien sea?

TIA MÓNICA.

Si señor, sí... Ya se ve,
Como él es de aquí...

BARON.

¿De Illescas?

TIA MÓNICA.

Sí señor, y ha vuelto ahora
De Toledo... Pero ella...
No señor... nunca...

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Él es un tonto, y se empeña
En que... Vaya! Lo primero
Que la dije: cuando vuelva,
Cuidado, no ha de ponerme
Los pies en casa.

BARON.

¡Discreta
Prevencion! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA.

¡Que ha de querer! No señor,
Nada de eso. ¿Pues no fuera
Un disparate?.. No digo
Que la muchacha merezca
Un marqués...

BARON.

¡Merece tanto,
Doña Mónica!.. Es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho, lo que me interesa
Su felicidad... A Dios,
(*Asiéndola de la mano, y apretándosela con espresion de cariño.*)
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

ESCENA VI.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA, *se pasea con inquietud; se pára; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*

No hay que dudar; él está
Perdido de amor por ella:
Es claro, es claro... ¡Y el otro
Picaruelo!.. Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro... ¡Que dicha!
Pero ¿quien me lo dijera
Dos meses ha? quien? Y ahora
Las señoronas de Illescas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
Fermina!

FERMINA, *responde desde adentro, y sale despues.*

Señora!

TIA MÓNICA.

¿En donde
Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza
De comer.

TIA MÓNICA.

Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MÓNICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar...

TIA MÓNICA.

¿Y á qué es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MÓNICA.

Porqué?

FERMINA.

Porque... yo no sé
Porque... Locuras, rarezas,
Juventudes.

TIA MÓNICA.

¿Con que tú
No sabes de qué procedan
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MÓNICA.

Pues dílo: ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometais oirme
Con mucho amor.

TIA MÓNICA.

No me tengas
Impaciente.

FERMINA.

Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongais como un trapo...

TIA MÓNICA.

Vamos.

FERMINA.

Que no haya quimeras
Y...

TIA MÓNICA.

Despacha.

FERMINA.

Y venga yo
A pagar culpas agenas.

TIA MÓNICA.

¿Has acabado?

FERMINA.

Ya empiezo,
Puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;
Y ya que esplicarme deba
Claramente, vos teneis
La culpa de su dolencia.

TIA MÓNICA.

Yo?

FERMINA.

Sí señora: Leonardo...

TIA MÓNICA.

No me le nombres; no quieras
Que me irrite.

FERMINA.

Bien está:
Si os enfada, no se vuelva
A mentar. Aquel mocito,
Hijo de doña Manuela,
Que en otro tiempo os debió
Mil cariños y finezas;
Aquel, como, ya se ve,
Tiene bonita presencia,
Es halagüeño y cortés,
Y sabe esplicar sus penas,

Prendó á la niña... Esto es cosa
Muy regular y muy puesta
En razon, y el que lo estrañe
Poco entiende la materia.
¡Ahí es nada! juventud,
Discrecion, obsequio, prendas
Estimables, juramentos
De amor y constancia eterna.
¿Y esto no ha de enamorar?
Pues, digo, ¿somos de piedra?
Despues...

TIA MÓNICA.

No me digas mas.

FERMINA.

Callaré como una muerta:
Y si los demas callaran
Tambien... pero sí, ya es buena
La gente de este lugar.

TIA MÓNICA.

¿Pues qué?

FERMINA.

Nada.

TIA MÓNICA.

No me vengas
Con misterios.

FERMINA.

Como hay tantos
Bribones, malas cabezas,
Dicen que... Pero chiton:
No quiero ser picotera.

TIA MÓNICA.

¿Qué dicen?

FERMINA.

Esta mañana,
Ahí al lado de la iglesia,
Cierto conocido vuestro...
El nombre nada interesa
Para el caso... me llamó,
Y me dijo: Picaruela,
Que no nos has dicho nada...

ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

¿A qué vienes tú? ¡No es buena
(*Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademan de volverse por la puerta que entró.*)
La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Muy bien está.

TIA MÓNICA.

Para eso tienes la pieza
De los perros.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con alguien: cuenta con ella.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

¡No es mala maña!

PASCUAL.

Bien, yo, como...

TIA MÓNICA.

Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.

Un rebujo.

TIA MÓNICA.

Qué?

PASCUAL.

Un papel.

TIA MÓNICA.

Pero ¿quien.... Llámale, lerda.
(*Fermina va hácia la puerta para detener á Pascual.*)
¿Qué es eso?

PASCUAL.

Es un cucurucho

De papel.

TIA MÓNICA.

¡Mira que flema!
A ver.

PASCUAL.

Me voy con los perros.

TIA MÓNICA.

Yo he de perder la paciencia.
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.

Si señora.

TIA MÓNICA, *quitándole el papel de la mano.*

Pues, ¿qué esperas?
Dámele acá, y vete.

PASCUAL, *aparte, al tiempo de irse.*

Siempre
Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA.

¿Qué rezas?

PASCUAL.

Cuando... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Prosigue.

FERMINA.

Pues me decia:
¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita?
Yo, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
¡Que no sabes! á tu abuela.
Tú callas porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta
Llevada del interés.
¿De donde la vino á ella,
La locona, emparentar
Con marqueses ni princesas?
¿De donde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Porqué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener
Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illescas
Quien es, ni de donde vino,
Ni á donde va, ni qué espera?
Galopin! que ha de ser él
Baron! como yo abadesa.
Desarrapado! que vino
Sin calzones y sin medias,
Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. Badulaque!
¡Ay, si alzara la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera!
Pobrecito! no murió
De gota, murió de aquella
Maldita muger, que fue
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja...

TIA MÓNICA.

Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran:
(*Paseándose con inquietud.*)
Eso es envidia y no mas.

FERMINA.

(*Ap.* No has llevado mala felpa.)
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA.

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.

Ya se ve.

TIA MÓNICA.

No necesito

Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.

FERMINA.

Seguro.

TIA MÓNICA.

Si están que se desesperan
Los picarones... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte
De ellos, y que nunca vuelva
A este maldito lugar.

FERMINA.

Sí? ¡Válgame Dios, que buena
Determinacion, señora!
¿Y á donde irémos?

TIA MÓNICA.

¡Que necia
Eres! A Madrid.

FERMINA.

¡Que gusto!
A Madrid... ¿Con que, de veras,
A Madrid? ¿Con el Baron?

TIA MÓNICA.

Pues ya se ve.

FERMINA.

¡Que contenta
Se pondrá la señorita!
¡Que felicidad la nuestra!
¡A Madrid! (*Aparte.* ¡Pobre Isabel!
Ya está dada tu sentencia.)
El Baron, señora.

TIA MÓNICA.

Vete.
Ah! mira: sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX.

LA TIA MONICA, EL BARON.

(*El Baron saldrá muy pensativo, con unos papeles en la mano*)

TIA MÓNICA.

Vaya, me alegro. ¿Que nuevas
Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay, señor!

BARON.

¡Como se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sugeto de quien
Os dije veces diversas
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Ve á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.

TIA MÓNICA.

Sí? ¿Y ha traido
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana:
Si quereis, podeis leerla.

(*La da uno de los papeles, y lee la tia Mónica.*)

TIA MÓNICA.

«Mi querido hermano: he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envias de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envio por ahora cosa ninguna, para que no juzgue que aspiro á pagar sus espresiones y la merced que te hace, con dádivas que, por muy esquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabelos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesi. Mil espresiones del Condestable y del marqués de Famagosta su cuñado. Ya puedes considerar cual habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El Rey desea verte, lo mismo tus amigos, y deudos, y mas que todos tu querida hermana

La Vizcondesa de Mostagan.»

¡Válgame Dios, que fortuna!

(*Le vuelve la carta.*)
Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay, señora!

TIA MÓNICA.

¿Que pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta
Para mí... Ved esa carta,
Y hallaréis mi muerte en ella.

(*Da otro papel á la tia Mónica, que lee tambien.*)

TIA MÓNICA.

«En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del Rey: declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpetua en el castillo de las Siete-Torres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entretanto no puedo menos de recordarte que tu boda con doña Violante de Quincozes, hija del marqués de Utrique, capitan general de las islas Filipinas y costa Patagónica, concluido este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, gefe de escuadra del Emperador (que se halla en Madrid de vuelta de los baños de Trillo), será el padrino; y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio en que tanto interesan las dos familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima

El príncipe de Siracusa.»

¿Con que, segun esto...

BARON.

¿Veis

(*Toma el papel, y se le guarda con los demas.*)

Como se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas;
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir á mis castillos
De plata y mis bandas negras
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras,
¡Por eso yo he perder
Mi libertad!.. Si pudiera
Resolver... ¿Y porque no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El Senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre... Pero,
¿Qué he de hacer en tan estrecha
Situacion? En un lugar
Miserable... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni... Vaya! es cosa perdida...
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entonces....

TIA MÓNICA.

¿Y entonces?

BARON.

Yo resolviera.
Yo evitara que me hallasen
Aquí: dejara dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA.

Quien?

BARON.

¿Pues no adivinais quien sea

El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MÓNICA.

Señor!..

BARON.

Por ella
Todo lo despreciaré.

TIA MÓNICA.

Permitid...
(*Quiere arrodillarse, y el Baron lo estorba.*)

BARON.

¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo.... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia
De mi pasion: tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero ¿ha llegado á entender
Isabel cuanto la aprecia
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuanto su favor desea?
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA.

Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino así, por indirectas...
Ya se ve, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON.

Y vuestro hermano ¿qué piensa
De mí? ¿Qué dice? ¿Ha sabido
Algo?

TIA MÓNICA.

A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso...
Vaya!.. Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada:
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre estravagante, y...

BARON.

Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello, sin darle cuenta.
Además, que yo conservo
Una especie.... y no debierais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijisteis que quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote.... ¿cuánto?

TIA MÓNICA.

Puede
Darla mucho si él quisiera.
Oh! si....

BARON.

¿Pues qué, no querrá?

TIA MÓNICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!...

TIA MÓNICA.

Señor,
No os altereis, son rarezas:
Cosas suyas.

BARON.

Pues no importa:
Es menester que lo sepa.

TIA MÓNICA.

Inútil será.

BARON.

Porque?
Conviene que yo le vea:
Yo le hablaré.

TIA MÓNICA.

Bien está;

Pero no espereis que ceda.
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren; que se llena el pueblo
De látigos y libreas;
Que mi primo el Archiduque,
No habrá remedio, me lleva
A la Corte.... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
¡Que chiquito que se queda!
¡Maldito dineró! amen.

TIA MÓNICA.

Si para la fuga vuestra
Bastaran.... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofreceroslo. Aqui tengo
Cien doblones; si os sirvieran....
(*Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron, y le guarda.*)

BARON.

A verlos.... ¿y en oro? Bien....
Muy bien.... Iré como pueda.
En una mula.... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa : estaréis
Prevenidas, de manera
Que salís de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy ligera
Mi capellan; nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA.

Pero señor....

BARON.

¿Qué os inquieta?

TIA MÓNICA.

Nada.... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene
Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia....
Y.... á Dios.

TIA MÓNICA.

Bien está....
(*Aparte, al tiempo de irse.* No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí.... Loca, loca.... y tiemblo
Toda, de pies á cabeza.) (*Vase.*)

BARON, *paseándose.*

Cansado estoy de mentir.
Por mas que diga esta vieja....
Sí, yo he de verle.... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa.... Se toman
Los cuartos, y á Dios, Illescas;
A Dios tontos, que me voy
Adonde jamás os vea.
Sí.... caramba!.... Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

(*Saca Fermina varios vestidos de muger, que pondrá sobre una silla : se acerca á la puerta de la derecha y llama.*)

FERMINA.

Pascual!

BARON.

Oiga! ¿Que galas son esas?

FERMINA.

Son vestidos de mi ama,
Que con suma ligereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan

Nuevecitos.... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo.... ¡Buena droga! ¿Pues qué,
No hay sastres? ¡Como receta!

BARON.

¡Pobre Fermina!

FERMINA.

Pascual! (*Llama.*)
Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlo Magno.
Pascual! (*Llama.*)

BARON.

Le diré que venga.

FERMINA.

No señor, yo iré.

BARON.

Sí voy
A salir, nada me cuesta
Decírselo.

FERMINA.

Muchas gracias.

ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

(*Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.*)

BARON.

Díme, Pascual, ¿será esta
Buena ocasion para ver
A don Pedro?

PASCUAL.

De manera
Que como suele acostarse
Despues de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras.... Ello, buena
Hora es de verle.

BARON.

Si?

PASCUAL.

Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entonces.... Pero
Si no ha vuelto, de por fuerza
Él....

BARON.

Ya estoy.

PASCUAL.

De juro....

BARON.

A Dios.
¡Famosas esplicaderas! (*Vase.*)

PASCUAL.

¿Me llamabas?

FERMINA.

Sí: al instante,
Aprisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.

Allá voy. (*Hace que se va y vuelve.*)

FERMINA.

Oyes, badea,
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar, ¿á qué es esa
Locura?

PASCUAL.

A que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.

FERMINA.

Díle que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Sí.

FERMINA.

Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL.

Fermina, Leonardo viene:
Le he visto desde la reja,
Y va á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú.... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien.... En ese

Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
O alguno viene de afuera,
Y avísame: no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...
Amiga, no te detengas:
A Dios.

FERMINA.

Voy allá.

ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO.

Isabel!

ISABEL.

Leonardo! quien lo dijera!....
Leonardo!

LEONARDO.

¿Y quien, al dejarte
Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
Tantos males á su vuelta?
¡Este breve tiempo ha sido
Bastante....

ISABEL.

¡Fatal ausencia
La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo
De una vez cual es mi pena,
Cual es mi suerte.... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿Dime si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan?....
¿Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fe
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Están por demás las quejas.
Yo te he querido, y te quiero....
Sabe Dios cuanta violencia
Padezco al decirlo, y cuanto
Sufre una muger honesta
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero.... y voy á perderte.

LEONARDO.

¿Eso dices?.... ¿Nada esperas
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora
Fue temor, ya es evidencia;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y.... Pero ¿qué mas? si ahora
Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido....
¡Mísera yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar.... Está ciega,
Fuera de sí..... ¿Qué podemos
Hacer? ¿Que esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mio,
¡Que estraño dolor te aqueja!
¿Tú infeliz, viviendo yo?...
No así de temores llena
Me quites todo el valor:
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre; y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá

Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿Qué le diré? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
A una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí.....
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia;
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de tí, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga
El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño, no basta
Que engañe, seduzca y mienta:
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto
Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor..... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren..... Voy á hablarla.
A Dios..... La desgracia nuestra,
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas
A irritar, no á convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces
Su obstinacion.

LEONARDO.

Cuando sea
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema:
Vale mucho mi Isabel
Para esponerme á perderla.

(*Cogiéndola con ternura de la mano, y besándosela.*)

ISABEL.

Leonardo, mi bien..... No sé
Qué decir..... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga:
Yo, infeliz! ¿qué he de saber?
Llorar..... A Dios: él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afan alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fue de los osados
La fortuna compañera;
El cobarde que la teme,
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!
(Se sienta junto á una mesa, en que habrá dos luces.)
Cuando no nos hace falta,
A las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
Oh! si á cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
Onzas!... Gran golpe!... Es verdad
Que el tal abuelito es caña:
Muy socarron....

ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

(Leonardo sale hablando entre sí: al ver al Baron esclama complacido de hallarle.)

LEONARDO.

¡Que muger,
Que carácter, que ignorancia....
Que insensible!... Ah!...

BARON, *aparte, con timidez.*

Malo! ahora
Este demonio me envasa.

LEONARDO.

Señor Baron!

BARON, *levantándose.*

Oiga! ¿Qué
Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentaos;
Que no es bien que.....

LEONARDO.

Nada, nada:
Estoy bien así..... ¿Sabeis
Quien soy?

BARON.

Yo no; pero basta
Veros, para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. *(Vuelve á sentarse.)*

LEONARDO.

Ya he dicho
Que no.

BARON.

Bien.

LEONARDO.

A mí me llaman
Leonardo; soy un vecino
De este pueblo. Esa muchacha
Me quiere.....

BARON.

Quien?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

Ya.

LEONARDO

Yo la quiero: se trata
De violentar su albedrío;
Y á mí, de veras, me enfada
Este proyecto. La niña
Os aborrece de ganas;
Y pensar, ni por asomo,
Que porque su madre es fatua,
Y vos un señor, ó un pillo
(Que de esto no sé palabra),
Por eso ella y yo debemos
Tolerar ofensa tanta,
Es locura. De los dos
Un solo ha de lograrla:
Con que, si sois... ¿quien lo duda?...
Caballero, y os agravia

El que intenta disputaros
El cariño de una dama,
Esta noche á media noche
Os espero en esas tapias
Cerca del camino. Allí
Verémos quien.....

BARON.

¡Que bobada!
Eh! no señor, yo no quiero
Mataros, no.

LEONARDO.

Muchas gracias;
Pero ha de ser.

BARON.

¿Ha de ser?
¿Y á media noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

¿Allí en las tapias de.....

LEONARDO.

Sí;
Cosa de un tiro de bala
De aquí..... Pero, si quereis,
Yo os esperaré en la plaza;
Irémos juntos.

BARON.

No tal:
Yo iré solo..... Ello me causa,
Cierto, me da compasion,
Así, por una niñada.....
¡Qué diantres!... quitar la vida
A un hombre de circunstancias
Como vos.

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

¿Que edad teneis?

LEONARDO.

La que basta
Para no temer la muerte.

BARON.

¿Teneis madre?

LEONARDO.

Sí, y hermanas...
¿Y vos qué teneis, cordura
O miedo, ú como se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera
Suceder.

BARON, *levantándose con viveza.*

¡Que petulancia!
¡Que insulto!

LEONARDO.

¿No le teneis?
Pues bien, espero que vaya
El señor Baron.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada
Para vos..... Iré á las doce.

LEONARDO.

A Dios.

(*Hace que se va y vuelve.*)

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta
Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que si no vais, la burla
Os ha de salir muy cara;
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte..... en casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III.

BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!...

Y el tal hombre tiene trazas
(*Paseándose.*)
De hacer lo que dice..... ¡Yo
Salir!... Saldré; pero falta
Saber por donde..... Sí, el aire
Seco de Illescas me daña.....
Cosa de miedo no tengo.....
Él me conoció en la cara
Que no soy espadachin.....
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito, es chanada.
Eso no..... ¿Pues qué, en Illescas
Se sabe mas que en Triana?
(*Saca el reloj.*)
Las ocho... Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego y me..... ¡Cosa mas rara!
Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON.

BARON.

Si os ha dicho la criada
Que os fui á buscar, seria
Mejor que á mí me avisaran,
Y hubiera pasado allá.

D. PEDRO.

A mí no me han dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado:
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar.....
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
Cosas que..... vaya!

BARON.

Y en fin,
¿Qué ha sido?

D. PEDRO.

Nada en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas; tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
A decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.

BARON.

Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones; y el verla
Oscurecida, eclipsada
En un lugarote, espuesta
A que la entreguen mañana
A un rústico labrador
Sin modales, ni crianza,
Ni estudios, da compasion.
Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá estraerla
De esta atmósfera, elevarla
A mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que lo fortuna contraria
Les negó.

D. PEDRO.

¡Que tontería!
No señor, no es desdichada
Tanto como vos decís,
Ni tan oscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto..... Qué! No señor.
En este lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aquí (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fatua,
Como la que he visto yo
Ir bailando contradanzas
Allá en la puerta del Sol.
De eso no tenemos nada.....

Pero hay jóvenes honrados,
Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas;
Que á las mugeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman; que si ignoran
Las locas estravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda.....
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,
Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.
Tiene un novio que la quiere;
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero
Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda..... Tendrémos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y orchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo
De pensar.

D. PEDRO.

Y á mí me pasma
(*Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.*)
El vuestro. ¿Quereis que sea
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

D. PEDRO.

Pues si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionara
Otro destino mejor.....

D. PEDRO.

¿Mejor que verse casada
A su gusto en su lugar?
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.

D. PEDRO.

Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error, no es cosa dificil:
Y á pesar de su ignorancia,
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quien la engaña.

BARON.

¿Pues quien se atreve?.....

D. PEDRO.

Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decis?

D. PEDRO.

Sí señor;
Pero á bien que están tomadas
Las callejuelas, y espero.....

BARON.

Pero ¿qué ha sido? qué pasa?

D. PEDRO.

No es cosa: un cierto sugeto
Que ignora, segun la traza,
Con quien las ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos..... Pero el tal
Picaron que así nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.

BARON, *con turbacion.*

Oiga!... Pues... Señor don Pedro,
Si me permitís que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
A buscaros... solo para
Tener el gusto de veros,
Y... pues...

D. PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna, si quereis
Valeros de mí, me holgara
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga
A vuestros fines.

D. PEDRO.

Lo estimo.

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pero Nuñez de Vargas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que.....

D. PEDRO.

Calle!

BARON.

Sí, la misma gracia
De mirar, la ceja corva,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y.....

D. PEDRO.

¡Cierto que es buena
Fatalidad! ¿Quien pensara
Que.....

BARON.

Como?

D. PEDRO.

Digo que es fuerte
Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

D. PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba
En onzas de oro mi primo
El duque de..... por la tabla
No mas.

D. PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,
Sin el marco.

D. PEDRO.

¡Pieza rara
Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo
Todo lo mejor de Italia.....

D. PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.
Repito lo dicho, y.....

D. PEDRO.

Gracias,
Señor Baron.

BARON, *aparte, tomando una de las luces, y yéndose por la puerta del foro.*

Este viejo
Es un talego de maulas.

ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

D. PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Nuñez..... ¡Que charla
Tiene! y.....

ISABEL.

Señor!

D. PEDRO.

Isabel!
¿Qué es eso? ¡Que acongojada

Estás, que triste!

ISABEL.

¿Quereis
Que no lo esté? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision, ni el llanto,
Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
Persuadirla y moderarla:
Mas la irritó.

D. PEDRO.

Ya lo sé;
Ya me lo ha dicho..... Y estaba
Enfadadillo además.
En la juventud nos falta
Moderacion..... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se ve ofendido; mi hermana
Es terca; no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
A parar en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad; bien lo temí.....
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.

D. PEDRO.

Y bien,
¿Como ha de ser? Es desgracia
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿Sabeis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa...
Si muere..... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡que infausta
Victoria! ¡Que objeto horrible
Para mi!

D. PEDRO.

No temas nada,
Isabelita: valor.
¿Presumes tú que llegara
A tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas:
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
Ahí afuera. Esta seria
Resolucion temeraria
Y necia en otra ocasion,
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya
O que desista, y nos diga
Claro y en pocas palabras
Que es un tunante, conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro:
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo;
Ten segura confianza
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera
Tenerla.

D. PEDRO.

Verás burlada
La malicia de tu huésped;
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta donde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por estraña
Que fuese, que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papá? que has sido
Alivio de mis desgracias?
Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada

Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Sí señor, lo sé.

D. PEDRO.

Pues calma
Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría,
(Besando la mano á don Pedro, y acariciándole.)
Ternura, dulce esperanza,
Y agradecimiento.

D. PEDRO.

Vamos;
Un mimito: ¡eso faltaba!

ISABEL.

¡Querido padre!

D. PEDRO.

¡Hija mia!

ISABEL.

¿Me quereis?

D. PEDRO.

Pregunta es vana.
¿No te he de querer? ¿No ves
Que á mí tambien se me arrasan
Los ojos?.. Pero tu madre
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda
Su vista; pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, ISABEL.

TIA MÓNICA.

Oiga!.. Los dos en consulta.
¿Que negocios de importancia
Tendrán que tratar? ¿No he dicho
(A Isabel.)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera?

ISABEL.

Yo salí...

TIA MÓNICA.

Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,
Si...

TIA MÓNICA.

Vete. Tú la levantas
De cascos; tú me la pierdes.
(Isabel hace una cortesía y se va.)

D. PEDRO.

¿Yo muger?

TIA MÓNICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas
Diciéndola?

D. PEDRO.

Que te sufra.

TIA MÓNICA.

Habrás venido á inquietarla,
A llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga
Cosa que la mande yo.

D. PEDRO.

No tal; he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron: me preguntan
A mí que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz...
¡Es fuerte cosa! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero;
Y á mí no mo dices nada
De este bodorrio!

TIA MÓNICA.

A su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán despues si se engañan,
O aciertan.

D. PEDRO.

Pero si vieras

Que risa les da, y que ganas
Me dan á mí de rabiar.
¿Quien ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad;
Si quieres ver acalladas
Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra tí, cásala presto.

TIA MÓNICA.

Presto será.

D. PEDRO.

Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas
Las cabezas.

TIA MÓNICA.

Cuando quiera
Hallará la puerta franca.

D. PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MÓNICA.

Si no
Quiere, no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he de debido tantas
Atenciones, ¿te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.

D. PEDRO.

En efecto,
La tal noticia no es falsa. (*Se sienta.*)

TIA MÓNICA.

¿Que noticia?

D. PEDRO.

La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara
No se dará!.. ¡Vanidad
Maldita, que así nos saca
De juicio y nos pierde!.. Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Biznieto de doña Urraca,
Y chozno del rey don Silo,
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija...
¡Que desatino!

TIA MÓNICA.

¿A qué llamas
Desatino? ¿Por ventura
Te parece cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una muger humilde?
¿Quien ignora lo que arrastra
Una pasion?

D. PEDRO.

¡Que pasion,
Muger, ni que calabaza!
¡Cuidado que... ¿Donde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores, hay celos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios así:
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

TIA MÓNICA.

No?

D. PEDRO.

Jamás.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla bien carada,
Huérfana, plebeyá y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No señor; los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada;
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco; sacan
El total al pie, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia gibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna;
Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra;
Con amor ó sin amor...
¡Bendígalos Dios! se casan.

TIA MÓNICA.

Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:
Déjame en paz, nò me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas estravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella.. Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.

D. PEDRO.

¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconocido,
Trapalon, tuno de playa?..
¡Y tú tan boba!.. ¿No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves?

TIA MÓNICA.

No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme: tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.

D. PEDRO.

Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor; que él y el Rey
Meriendan juntos: ¿qué sacas
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MÓNICA.

¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?

D. PEDRO.

Sí.

TIA MÓNICA.

Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.

D. PEDRO.

Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon:
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman doñas; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,

Eres tú capaz, no solo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

TIA MÓNICA.

Yo?

D. PEDRO.

Tú... ¡Que ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento en que
Oigas que todos te llaman
Escelencia, que ñoría
Es cosa bien ordinaria?
¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,
Brillantes, sedas y holandas,
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca,
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor, canalla...
¿No es ese tu plan? ¿No es esta
(*Levantándose.*)
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?....
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?

TIA MÓNICA.

¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

D. PEDRO.

¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA.

Hombre, por Dios no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MONICA, DON PEDRO.

BARON.

(*Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.*)
¿Permitís
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA.

No era cosa de importancia;
Y aunque lo fuese....

BARON.

Me alegro
De hallaros juntos.... Yo estaba
Indeciso.... Pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes, esplicarme
Con claridad, no dar causa
A disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
Que acaso sabeis, me ví
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria....
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en varias
Partes nombre y calidad;
Y cuando despues de tantas
Desventuras ví lucir
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo, creyendo
Que estar á poca distancia
De la Corte me seria
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla:
Me hospedó aquí, donde á fuerza

De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel.... ¿Como pensais
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?.... Yo os ruego
Que no os altereis : me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendréis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla,
Traté de hacerla mi esposa,
En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdierais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza:
Hay alguno que desprecia
Mi carácter, que me trata
De seductor, y....

D. PEDRO.

¿Por quien
Lo decís?

BARON.

Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas....
Con dos renglones pudiera
Confundir á quien me agravia,
Y.... no lo haré.... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la Corte; mi contrario
Está preso, el Rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches) pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé,
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca;
Y aunque en el pueblo quedara
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los pies. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
A esta union abominada,
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla....
Yo la quise hacer dichosa,
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! pero....

BARON.

No,
No os canseis.

TIA MÓNICA.

¡Fuerte desgracia
Es esta!.... Porque otros digan....
Mientras yo no he dado causa;
Mientras la niña está pronta
A lo que su madre manda....
¡Animas benditas, pues
Cierto!.... ¿Y tú qué dices?

D. PEDRO.

Nada.
Que el Baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple debemos
Darle todos muchas gracias....
Y que me voy á acostar.

TIA MÓNICA.

¡Que necedad, que ignorancia!
¡Si es muy tonto!.... Pero yo,
Señor, porque....

D. PEDRO.

Consoladla,
Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MÓNICA.

¡Que muger tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo así,

Lo exigen las circunstancias;
Mi estimacion es primero
Que mi amor.

D. PEDRO.

(*Ap.* ¡Que zalagarda
Me ha querido armar!....) A Dios,
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca....

BARON.

Sí.

D. PEDRO.

¿Os iréis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

D. PEDRO.

¿Y no volveis
Aquí?

BARON.

No.

D. PEDRO.

¿Y así que os traigan
El equipaje, los tiros
Y las carrozas de nácar,
Os vais?

BARON.

Me iré.

D. PEDRO.

Lindamente.
(*Ap.* Pues con todo, no me engañas.)

ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi alma,
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA.

¿Qué decís?

BARON.

Ficcion ha sido:
Jamás han salido vanas
Mis promesas, no temais.

TIA MÓNICA.

Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta.... Si quisieran
Sangrarme, no me sacaran
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo.
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA.

Bien,
Bien hecho.

BARON.

Fue necesaria
Precaucion.... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta.
Mañana pasaré el dia
En el meson; cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al Arcediano la mula,
Tomo su coche, y me plantan
Las colleras de un tiron,
Antes que anochezca, en Parma,
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lúnes, bien; estoy
El miércoles en mi casa:
Juéves, viérnes.... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado sin tardanza
Ninguna, recibiréis
A media noche una carta,
Que os dará mi mayordomo;
Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salís
Adonde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el domingo

Se logran mis esperanzas.
¿Con que, estais? A media noche...

TIA MÓNICA.

Sí, sí, ya estoy enterada;
El sábado. Bien está.

BARON.

Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA.

¿Pues
Señor, temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pie y descalzas,
Fuéramos; vivid seguro.

BARON.

Podeis llevar la criada
Tambien, para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña:
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estais algo delicada
Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA.

Así
Lo haré.

BARON.

Si esto se llegara
A saber, tal vez seria
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del Papa;
Su primo duque de Ultonia;
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque espriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil, pues, renunciar
A este enlace sin que haya
Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mí, con varias
Escusas que fingiré.
De esta manera se gana
Tiempo... Pero á nadie, á nadie
Habeis de decir palabra.

TIA MÓNICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabeis nada.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Disimulad
El corto tiempo que falta;
Idme á buscar: logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Despues veréis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperais.

TIA MÓNICA.

Pues señor, ¿qué mas?..

BARON.

Pensaba
En no decíroslo; pero
Hablemos en confianza.
¿Vos, que edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

TIA MÓNICA.

¡Ay señor,
Que no es la vejez la causa!
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres...

BARON.

Mi hermana
La Vizcondesita cumple
Veinte y dos años por Pascua,
Y está lo mismo que vos,
Y porque no se la caiga
Un diente que la ha quedado,
Solo come cosas blandas:
Sémola, huevos megidos,
Puches, y así... La obstinada
Tos que padeceis, los flatos,
La debilidad y nauseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os dén, se disipa
La hinchazoncilla que carga
A las piernas, y en dos dias
Os hallaréis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

TIA MÓNICA.

¿Quien, yo?.. Pero señor... Vaya!
¡Jesus, que calor!

BARON.

Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes pasan
Muchos trabajos... A ver
Un polvo.

TIA MÓNICA.

Y en la de plata.

(Saca una caja y se la da al Baron, el cual despues de tomar un polvo se la guarda como distraido.)

BARON.

Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos: si muere,
Todos sus estados pasan
A un estranjero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA.

Cierto,
Siendo un nacion...

BARON.

Yo tomara
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es que, además de estranjero,
Es hereje.

TIA MÓNICA.

¡Virgen santa!
Hereje!

BARON.

Pues ved que gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin,
Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

TIA MÓNICA.

¡Que canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA.

Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla: el tio
Está en lo mismo, y se allana
A todo. El fin es casarle;
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta:
No la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas.
Con que ved si...

TIA MÓNICA.

Yo, señor,
Aunque á la verdad estaba
Bien agena de pensar
En eso... pero se trata
De serviros, y podeis
Mandarme como á una esclava.
Y en todo aquello que yo
Pueda y...

BARON.

Bien.

TIA MÓNICA.

Si estoy turbada,
Señor, y no sé...

BARON.

Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al Príncipe vuestro esposo,
Que está esperando con ansia
La resolucion.

TIA MÓNICA.

Decidle
Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Y gracias
Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré á dormir.

TIA MÓNICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana,
He comido bien.

TIA MÓNICA.

Siquiera
Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MÓNICA.

O un huevecito escalfado.

BARON.

No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
A Madrid, y así que él parta,
Me voy al meson... A Dios.
Un abrazo. (*Abrazándose.*)

TIA MÓNICA.

Y mil.

BARON.

Honrada
Dueña.

TIA MÓNICA.

Servidora vuestra.

BARON.

A Dios... La ausencia no es larga.

TIA MÓNICA.

Con todo, señor, si ahora
No llorase, reventara.

(*Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.*)

BARON.

Hasta el domingo... ¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Alumbraros.

BARON.

No faltaba
Mas.

TIA MÓNICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amen!
¡Con que respeto me trata
El pobrecito!.. ¡Que humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre... Pero no dice

Bien; no señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas,
Gracias á Dios... ni me huele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Bueno fuera
Que nos viniese de estranja
El otro bribon, aullando
En su lengua chapurrada!
Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha.
No señor, todo á los niños.....
¡Ay hijos de mis entrañas!
Angelitos!... ¡Sí, pues poco
Los querrá su padre! vaya!

ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MONICA.

PASCUAL.

Pues señor, ya fuí allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.

TIA MÓNICA.

¿A quien?

PASCUAL.

Al sastre.

TIA MÓNICA.

¿Despues de dos horas largas,
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues
Fuí y dije, digo: el ama
Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta
Que vaya, y.....

TIA MÓNICA.

Bien: ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quien, él? Él no ha dicho nada.

TIA MÓNICA.

¿Pues qué, no le has visto?

PASCUAL.

Yo?
No por cierto.

TIA MÓNICA.

¿Qué, no estaba?

PASCUAL.

Sí señora.

TIA MÓNICA.

¿Y no le dieron
El recado?

PASCUAL.

La Colasa
Se le dió.

TIA MÓNICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¡Que ha de venir!

TIA MÓNICA.

Pues acaba,
¿Porque no viene?

PASCUAL.

Porque
Parece que esta mañana.....
Pues señor, el pobre sastre
Subió á poner unas tablas
Al palomar, y una red
Para tapar la ventana,
Y estando allí se le fue
La cabeza, como andaba
Clavando clavos, y el pelo
Se le enredó en una escarpia.....
Y desde alli se cayó
Sobre el palo donde enganchan
La garrucha cuando tienen
Que subir sacos de paja,
Y desde allí se cayó
Al tejado de la Marta,
Y desde allí cayó al suelo,
Y desde allí por la trampa
De la cueva, zas, cayó
A la cueva, porque estaba
Sin cerrar, y desde allí
Se cayó en una tinaja
De aguardiente..... Y desde allí
Le llevaron á la cama,

Y mientras esté acostado
No quiere salir de casa.....
Con que no puede venir.

TIA MÓNICA.

Soy en todo afortunada :
Porque tanto cuando yo
Le llamo, se descalabra.
Toma esa ropa..... Cuidado,
(*Harán lo que denotan los versos.*)
Y llévala adentro..... Aguarda,
¿No ves que lo arrugas todo?

PASCUAL.

Es porque no se me caiga.

TIA MÓNICA.

¡Mira que aliño!

PASCUAL.

Si.....

TIA MÓNICA.

Suelta;
Fermina vendrá á doblarla:
Déjalo.

PASCUAL.

Bien.

TIA MÓNICA.

Oyes, dí,
¿Porque dejaste que entrara
Leonardo esta tarde?

PASCUAL.

Yo?
Porque..... Luego se me pasa
Todo..... Ya no sé porque.

TIA MÓNICA.

Cuidado con que le abras
La puerta otra vez..... Estás?

PASCUAL.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Mientras no le llaman,
No hay paraque venga. Dile
Si vuelve otra vez, que el ama
Te ha dicho que no le dejes
Subir, que está fastidiada
Dél, que no quiere ni oirle
Ni verle mas, que se vaya.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Pues ya se ve
Que lo entiendo. Si yo estaba
En lo propio, y cuando vino
Dije, digo: no está en casa
El ama, y él dice: tonto,
Si la he visto á la ventana.....
Con que entró, y aquí se estuvo.
Salió despues..... Yo pensaba
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se pára
A la puerta, y dice..... No:
Entonces no dijo nada;
Cogió y se entró derechito
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le ví
Así, que no preguntaba
Cosa ninguna.....

TIA MÓNICA.

¿Dos veces
Estuvo?

PASCUAL.

Dos..... Pues si anda
Siempre... Toma!... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y.....

TIA MÓNICA.

Bien,
Ya lo sé.

PASCUAL.

No era guitarra,
Era otra especie de.....

TIA MÓNICA.

Sí,
Ya estoy.

PASCUAL.

De instrumento.

TIA MÓNICA.

Calla.
Picarones!..... todos, todos
Son contra mí, todos tratan
De burlarme; pero yo
Les prometo.....
(*Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.*)

ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba
Unas coplas..... Eso sí,
Las coplas eran muy guapas,
Y..... Calle! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta muger..... ¡Ay, que rico

(Se acerca adonde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.)

Zagal!..... No señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas..... ¡Anda
Majo!... ¡Y como cruje!... Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mugeres
Que cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota..... Probemos

(Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mugeriles.)

A ver..... Qué! si está cortada
Para mí..... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra!..... ¡Ay que guapo! Así va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, así.

ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MONICA.

FERMINA.

¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!

PASCUAL.

Ay! que susto
Me has dado!

FERMINA.

Vamos, despacha.

(Harán lo que indica el diálogo.)

Ropa fuera..... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!

PASCUAL.

Vaya,
No te enfades..... tira.....

FERMINA.

Poco
A poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de.....

PASCUAL.

No te enfades,
Muger.

TIA MÓNICA, *llamando desde adentro.*

Fermina!

FERMINA.

Ay! que llama.

PASCUAL.

¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?

FERMINA.

Me alegrara.

PASCUAL.

Como está sobre la chupa
Se arruga todo y se atasca.

TIA MÓNICA, *vuelve á llamar desde adentro.*

Fermina!

PASCUAL.

¡Válgate Dios!
Tira, muger.

FERMINA.

Si no alargas
Un poco el brazo... Ay! que viene.

PASCUAL.

Ya se ve que viene.

FERMINA.

Marcha,
Corre.

PASCUAL.

Adonde?

FERMINA.

¿Qué sé yo?
Al desvan.

PASCUAL.

Arriba patas,
Al desvan..... Oyes, por Dios
Que no digas.....

(Hace que se va, y vuelve.)

FERMINA.

Corre y calla.

(*Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.*)

ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Donde estás, sorda, que grito
(*Sale.*)
Como una desesperada,
Y no respondes?

FERMINA.

Aquí,
Doblando esta ropa.

TIA MÓNICA.

Acaba
Presto, y danos de cenar.

FERMINA.

¿Son las nueve?

TIA MÓNICA.

Poco falta.

FERMINA.

¿Pero no he de hácer la sopa
De almendra?

TIA MÓNICA.

No, que no baja
El señor Baron. Está
Escribiendo, y cuando haya
Cerrado sus pliegos, quiere
Recogerse.

FERMINA.

¡Cosa estraña!
Sin cenar..... no lo acostumbra.

TIA MÓNICA.

Oyes, mira que mañana
A eso de las cinco debe
Salir. Tenle preparada
La manteca, el chocolate,
Bollos, agua de naranja,
En fin, lo que toma siempre:
Estás?

FERMINA.

Bien.

TIA MÓNICA.

Deja entornada
La ventana, que si no
Cuando estás entre las mantas
Y á oscuras, eres un tronco.

FERMINA.

¿Con que en efecto se marcha
El Baron? ¿Y qué, no lleva
Una tortilla con magras,
O un poco de....

TIA MÓNICA.

Si no sale
Del lugar.

FERMINA.

Ay desdichada!
¿Con que vuelve?

TIA MÓNICA.

No por cierto.
Nos deja, se va de casa
Y no vuelve mas.

FERMINA.

Agur,
¿Pero como.....

TIA MÓNICA.

Ya me enfada
Tanto preguntar. Recoge
(*Ladra un perro á lo lejos.*)
Esos vestidos, y saca
La cena, y déjame en paz.
Pero..... ¿qué es eso?

FERMINA.

Que ladra
El Turco.

TIA MÓNICA.

Si aquel zopenco
De Pascual... No hay quien les haga
Entender..... Le tengo dicho
Que me le deje en la cuadra
Encerrado..... Él se alborota
Con un mosquito que pasa.
(*Vuelve á ladrar.*)

FERMINA.

Ladra mucho..... No haya gente
En el corral.

TIA MÓNICA.

Pues si estaba
Durmiendo el señor Baron,
Cierto que..... Mira quien anda
En la escalera.

FERMINA.

¿Quien es?

ESCENA XIV.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

PASCUAL.

¿Quien ha de ser? La fantasma.

TIA MÓNICA.

¿Pues de donde vienes?

PASCUAL.

Yo
Lo diré..... Porque la gata,
Como maya tanto..... digo:
Si se queda allí encerrada
Y empieza á rabiar..... Con que
Fuí..... ¡Pero qué! si se escapa
Y..... vete á cogerla..... ya!
Michita, michita, nada:
Miz, miz, miz..... Un arañazo
Me tiró que..... (*Ladra el perro.*)

TIA MÓNICA.

¿Como ladra
Tanto ese perro?

PASCUAL.

Sí..... Calle!
Lo mejor se me olvidaba:
¿Pues no ha de ladrar el pobre
Chucho? Yo tambien ladrara:
Toma!... Y cuenta que es verdad
Que desde aquella ventana
De arriba..... no la grandota
Donde están las alcarrazas,
Sino la de mas allá.....

TIA MÓNICA.

¿Y bien, qué?

PASCUAL.

Se descolgaba
El Baron, poquito á poco.

TIA MÓNICA.

Calla, bruto.

PASCUAL.

¡No, que es chanza!
Si le he visto yo.

FERMINA.

¿De veras?

TIA MÓNICA.

Anda, ve, mete en la cuadra
El perro, y duerme, que estás
Perdido de vino.

PASCUAL.

Vaya
Con Dios..... pero yo le ví.

TIA MONICA.

¿Qué has de ver, tonto?

PASCUAL.

Si estaba
Yo en el desvan y le ví.
Dale!... Y con la soga larga
Del tendedero, á la cuenta,
¿Qué sé yo?... debió de atarla.....
Ello yo le ví, y el pobre
Turco se desgañifaba:
Huauh, huauh, huauh.....

ESCENA XV.

ISABEL, LA TIA MONICA, FERMINA, PASCUAL.

ISABEL.

Madre, ¿no habeis
Sentido el rumor que anda
En la calle? Gritos, golpes.....
Yo estoy atemorizada.
Parece que alguno de ellos
Iba huyendo, y le acosaban
Otros...

TIA MÓNICA.

Y bien, ¿qué tenemos?
Serán los mozos, que pasan
De ronda.

FERMINA.

¡Válgame Dios!

(*Suena á lo lejos un pistoletazo.*)

¿No ha sonado un tiro?

ISABEL.

Calla.

FERMINA.

¿Qué será?

PASCUAL.

¡Que miedo!

ISABEL.

Vamos
A la reja de la sala.

TIA MÓNICA.

Alguna quimera, que
Al cabo no será nada...
Vamos.

(*Suenan golpes á la puerta.*)

PASCUAL.

Ay!

ISABEL.

¡Que golpes!

TIA MÓNICA.

Lleva
Esa luz, mira quien llama.

PASCUAL.

¿Y he de abrir?

TIA MÓNICA.

Si no conoces
Quien es, no... Fermina, baja
Con él.

PASCUAL.

Mucho miedo llevo:
Fermina, no te me vayas,

(*Fermina tomando una de las luces, se va con Pascual, y continúan los golpes á la puerta.*)

Los dos juntitos.

FERMINA.

¡Que prisa
Tienen! Ya van.

TIA MÓNICA.

¡Es desgracia
Por cierto! Precisamente
Esta noche que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir,
Y ha de recogerse para
Madrugar... ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto... Si anduviese
Por el lugar una sarta
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.

ESCENA XVI.

LA TIA MONICA, ISABEL, DON PEDRO, FERMINA, PASCUAL.

(*Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante con la luz.*)

D. PEDRO.

Hermana,
Isabel, albricias: nuestro
Huésped cumplió su palabra.

TIA MÓNICA.

Como?

ISABEL.

¿Qué decís?

D. PEDRO.

Que ya
No teneis Baron en casa.
Tal prisa lleva, que habiendo
Puerta, eligió la ventana
Para salir; y pudiendo
Irse en carrozas doradas
Con tiros napolitanos,
Lacayos, pajes y guardias,
Por el camino de Esquivias
Va, que el diablo no le alcanza.
Pacorrillo el sacristan,
Y el chico de la Tomasa
Nuestra vecina, que son
Dos galgos si se desatan,
Le siguen; pero yo temo
Que su diligencia es vana.
Él al principio se quiso
Hacer el guapo; dispara
Una pistola; erró el tiro;
Y á consecuencia, descargan

Dos ó tres palos en él,
Tan fuertes, que si le plantan
Otro igual... Bien que no quiso
Su fortuna que acertaran.
Entonces, tirando al suelo
Ese hatillo que llevaba,
Dió á correr; y segun va,
Sus pies no son pies, son alas.

TIA MÓNICA.

Fermina, ven que me quieren
Volver loca, ven.
(*Coge una de las luces, se va apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detrás.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, ISABEL, PASCUAL, LEONARDO.

D. PEDRO.

Desata
Ese rebujo, y veamos
El equipaje y las galas
(*Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.*)
De aquel caballero... ¿Y tú,
Niña, no me dices nada?

ISABEL.

Confusa estoy... De alegría
No acierto á decir palabra.
Pero... ¿y Leonardo?

D. PEDRO.

Leonardo
No se ha muerto, ni le matan,
Ni corre peligro... Mira,
(*Saldrá Leonardo fatigado y lleno de polvo y se sienta.*)
Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha
Ese corazon... ¿Que nuevas
Nos das?

LEONARDO.

Que el Baron se escapa:
Tal ligereza de piernas
Jamás la ví.

D. PEDRO.

Que se vaya
Enhorabuena... ¡Quien sabe!
Tal vez el susto que acaba
De llevar será su enmienda.
Así el infeliz se salva
De un presidio, en donde lejos
De reprimirse las malas
Inclinaciones, se aumentan;
Donde los delitos hallan
Castigo, no correccion.

ESCENA XVIII.

LA TIA MONICA, FERMINA, D. PEDRO, ISABEL, LEONARDO.

(*La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento, se sienta.*)

FERMINA.

¡Marchóse por la ventana
El pícaro! Allí no hay mas
Que una chupa desgarrada,
Un sombrero viejo, un par
De calcetas... nuestra bata
De boda en una gatera,
Cubierta de telarañas,
La cuerda que le ha servido
De escalera, y unas chanclas.

D. PEDRO.

Aquí debe parecer
Lo demas. Mira, una caja;
(*Irá mostrando lo que dicen los versos.*)
Y esta es la tuya: un pedazo
De galon; una cuchara
De plata...

FERMINA.

¡Que picardía!
La que le dí esta mañana
Con el vaso de conserva.

D. PEDRO.

Un estuche, dos barajas,
Un anillo..... tambien tuyo.....
Y aquí hay dinero..... Él estafa,
Pero restituye.

FERMINA.

Es hombre
De conciencia delicada.

TIA MÓNICA.

Bien está : dejadme sola,
Idos, que ya es tarde.... Baja,
Pascual, y cierra las puertas.
Idos.

D. PEDRO.

¿Que pasion te afana?

TIA MÓNICA.

Picaron!.... maldito!.... ¡Y yo
Tan sencilla, tan bonaza....
¡Y burlarme así!

ISABEL.

¡Querida
Madre!

LEONARDO.

No es tiempo de tanta
Afliccion.

D. PEDRO.

Un error breve,
Que no ha producido infaustas
Resultas, puede ser útil,
Porque instruye y desengaña.
Quisiste salir de aquella
Humilde esfera en que estabas,
Y te espuso esta ilusion
A un abismo de desgracias.
Horror me da contemplar
Cuantos males preparaba
Tu ceguedad.

TIA MÓNICA.

Ya lo veo,
Y eso me angustia y me mata.

D. PEDRO.

Mira tu consuelo aquí.
Sobrina, llega y abraza
A tu madre.

TIA MÓNICA.

¡Ay Dios!

(Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro, asiendo de la mano á Leonardo, le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrodillan á los pies de la tia Mónica.)

D. PEDRO.

Tus hijos
Son estos, y solo aguardan
Tu bendicion para ser
Felices.... No temas nada,
Leonardo; llega, que ya
Mudaron las circunstancias.

TIA MÓNICA.

Es verdad.... ¡Ay hija mia!
(Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.)
Y tú.... perdóname tantas
Locuras, Leonardo.... tuya
Es Isabel.

LEONARDO.

Madre!

(Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.)

ISABEL.

¡Amada
Madre!

TIA MÓNICA.

Perdonadme.

(Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos la recibe y habla cariñosamente.)

D. PEDRO.

¿Ves
Como á este placer no iguala
Otro ninguno? Esta es
La felicidad mas alta:
Esta.... y los sueños que escita
La ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
De tu familia, estimada,
Querida y en dulce paz;
Que el fausto, la pompa vana
De las riquezas no pueden
Hacer que disfrute el alma
Estas dichas.... ¡Infeliz
El que no sabe apreciarlas!

La Mojigata.

La Mojigata.

PERSONAS.

DON LUIS.	DOÑA CLARA.	DON CLAUDIO.	PERICO.
DON MARTIN.	DOÑA INES.	LUCIA.	EL TIO JUAN.

—

La escena es en Toledo, en una sala de casa de D. Luis.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se vá á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de D. Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto:
Dejémoslo.

D. LUIS.

Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,
Regañas, gritas....

D. MARTIN.

¿Y como
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y como
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿No eres tú
Mi hermano?

D. LUIS.

Nadie lo niega;
Pero pues yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.

D. MARTIN.

Es verdad.... ¡Y la gobiernas
Perfectamente!.... ¿A qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio á Toledo;
Se han visto ya: pues ¿qué esperas?
Cásalos.

D. LUIS.

Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto;
Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo;
Yo, que me acordaba apenas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo

Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;
Pero despues, tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
O seriedad. Yo, entretanto,
Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza....
Esta noche no ha dormido
En casa.... Yo sé que juega....
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva,
Y sobre todo saber
Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

D. MARTIN.

Es una cosa muy puesta
En razon.... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre....

D. LUIS.

Esa autoridad se templa
En estos casos; pues todo
Lo demas fuera violencia
É injusticia.

D. MARTIN.

Sí, blandura,
Mimo, cariñitos.... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

D. LUIS.

Quien te oyera
Hablar así, pensaria,
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchacha camina
A su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

D. MARTIN.

Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
A servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

D. LUIS.

Eso sí.

D. MARTIN.

Pues ya se ve
Que sí.

D. LUIS.

¿Pues quien te lo niega?

D. MARTIN.

Es que yo sé bien porque
Lo digo.... Hay gran diferencia
De prima á prima.

D. LUIS.

¿Y quien dice
Que no?

D. MARTIN.

Por mas que lo quieras
Negar.

D. LUIS.

¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se va,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita....

D. MARTIN.

No hay tal.

D. LUIS.

Sí hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á oscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado.

D. MARTIN.

No hay tal cosa.

D. LUIS.

Sí hay tal cosa. Como emplea
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamás, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda muger,
Y deja el encargo de ellas
A su prima, pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
A las cosas de la tierra.
Cuando su padre la ve,
Libros devotos hojea;
Cuando queda sola, entonces
Es la lectura diversa:
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas ligeras,
Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.
Estas obras de moral
Don Benito se las presta:
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

D. MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

D. LUIS.

Pues todo es verdad.

D. MARTIN.

¡Perversa
Envidia!

D. LUIS.

No hay tal envidia.

D. MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras:
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

D. LUIS.

No la he visto profesar.

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

Bien pudiera
Ser, pero.....

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

No seré yo quien lo crea.

D. MARTIN.

Profesará, sí señor,
Profesará.

D. LUIS.

Si te empeñas
En que ha de ser.....

D. MARTIN.

Y será;
Porque yo quiero que sea,
Y será.

D. LUIS.

Bien, no te enfades.
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Que chasco para quien piensa
Heredarla en vida!

D. MARTIN.

No:
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

D. LUIS.

Ello así parece; pero
Haces muy mal en creerla.

D. MARTIN.

Porqué?

D. LUIS.

Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú; si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á tí
Te enamora y embelesa.

D. MARTIN.

¿Fingida virtud?

D. LUIS.

Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, escelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las mas ligeras
Faltas: gritabas, no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha....
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;
La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza
Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

D. MARTIN.

Bien! muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.

D. LUIS.

¿Te vas?

D. MARTIN.

Se acabó el sermon
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!... ¡Qué tres!

(*Se va don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.*)

ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. LUIS.

Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardámos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vímos..... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

D. CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y.....

D. LUIS.

Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas
Y que te lleven los trastos
Al meson..... ¡Pero que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fue la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demas, no dar respuesta
Con tino ni reflexion.
¿Qué gracias eran aquellas

Tan pesadas que dijiste?
¿Quien te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y.....

D. CLAUDIO.

De esa manera,
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
De libertad...

D. LUIS.

Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

D. CLAUDIO.

Yo no sé como entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
A decir que es un huron;
Si no calla...

D. LUIS.

Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demas te demuestra
Que fuiste poco gracioso,
¿Porque repites la escena?
¿Porque quieres que á tí solo
Te escuchen? ¿Porque no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(*Hace que se va y vuelve.*)

D. CLAUDIO, *aparte.*

Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.

D. LUIS.

Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu cántico infernal;
Que despues de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO, *saliendo por la puerta del lado derecho.*

Señor!

D. CLAUDIO.

Periquillo! Como?..

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estabais fuera...

D. CLAUDIO.

Sí, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin
No es la prision muy estrecha
Cuando hay asuetos nocturnos.

D. CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno
Por Ocaña? ¿Como dejas
A mi padre?

PERICO.

Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.

D. CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?

Ni el valor de una peseta.
Dice que yo no le sirvo,
Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.

D. CLAUDIO.

Bien dicho, pero no tengo
Un maravedí.

PERICO.

¡Pues fuera
Cosa de ver!.. ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí...

D. CLAUDIO.

Sí, amigo.
Qué quieres: á uno le tienta
El diablo, y...

PERICO.

¿Que mayor diablo
Que tener mala cabeza?

D. CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

D. CLAUDIO.

Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

Bueno!

D. CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catujilla,
Y aquella moza trigueña.

PERICO.

¿La Virtudes?

D. CLAUDIO.

Esa misma;
Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

D. CLAUDIO.

¡La Catuja,
Hombre, que chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

D. CLAUDIO.

Pues merendámos:
Y para alegrar la fiesta,
Un sargento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quien es
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

D. CLAUDIO.

Pues amigo; sacó
La barajilla: se empeña
El juego, y... vaya!.. Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero despues se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
Él echó cuatro por vidas;
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde;
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas
Tambien?

D. CLAUDIO.

Puse yo por ellas,
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

D. CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

D. CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir
A ver si don Luis encuentra
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

D. CLAUDIO.

Toma! Pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

D. CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

D. CLAUDIO.

Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste:
Pues de la propia manera
Ha seguido..... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO.

¡Que desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero.....

D. CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

D. CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.)

Quisiera
Ver si..... No..... Bien puede ser;
Pero..... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

D. CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Veréis que idea.
¿Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin?

D. CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Despues de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror... ¿Qué sé yo?
Casas, molinos, jaciendas,
Jolivas..... En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
Él por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el Beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
¿Esta Clara se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima, ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

D. CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablar-
Se ha mostrado muy risueña; [la
Pero como yo no hacia

Intencion.....

PERICO.

¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella:
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y.....

D. CLAUDIO.

¡Que pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.

D. CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas.....

PERICO.

Yo? ¿Pues me he de casar yo?

D. CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza....
Vergüenza no, sino así
Como.....

PERICO.

¡Pues cierto que es buena
Ocasion de timideces,...
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal.

D. CLAUDIO.

¿Pues y si luego nos echa
Noramala?

PERICO.

Probarémos.
Háganse las diligencias,
Y si da en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.

D. CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,
El señor Juan de Corella,
Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche..... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza
Mientras se va.

(*Vase don Claudio por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO.

¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela
Traigo para don Martin.
¿Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

¿Sois de la casa?

PERICO.

¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro allí
Un instante.....

PERICO.

¿Y la parienta?
Siempre tan robusta, eh! vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por cuaresma.

PERICO.

Hombre!

TIO JUAN.

Toma!... Yo no sé
Si aquí os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar.....
Es sobre aquello de Illescas.

PERICO.

Sí, de Illescas..... Por aquel
Censillo de las bodegas.

(*Quitándole al tio Juan el papel de la mano.*)

Bien, pues yo se la daré

Á don Martin cuando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Sí, y el irá
Por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvide.

PERICO.

Quedo en ello.

ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

(Despues de haber leido el papel, hace estremos de alegría.)

Lindo!

D. CLAUDIO.

¿Que locura es esa,
Hombre, que.....

PERICO.

¡Santo papel,
Que así nuestro mal remedias!

(Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.)

«J. M. y J. — Mi señor don Martin: á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia de que V. nos habia hecho la caridad (Dios se lo pague) de cobrarnos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado órden á don Lorenzo el mayordomo paraque pasase á ver á V. y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. V. perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia paraque le sirva. — B. L. M. de V. su mayor servidora. — Juana María de la Resurreccion del Señor, abadesa indigna.»

D. CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso!

PERICO.

¡Ahí es una friolera!
¿Este don Martin me ha visto?

D. CLAUDIO.

¿Yo, qué sé?

PERICO.

Vamos con flema.
Cuando llegámos de Ocaña
Un mes ha, ¿no estaba él fuera?

D. CLAUDIO.

En Madrid, que luego vino.

PERICO.

Muy bien: y antes de su vuelta
¿No me fuí yo?

D. CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

¿Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?

D. CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé....
Y don Martin, por mas señas,
¿No es medio cegarro?

D. CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde.... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea....
Por otra parte, las madres.

No han de ser tan avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta
Y voy á Madrid....

D. CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias
Sobre el pleito.

D. CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues bien,
Me voy; y aunque el hombre vuelva,
¿A quien dirá el desdichado
Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo; vuelta
A escribir y á responder;
Los canso, se desesperan....
Y si el asunto va mal,
Que me escriban á Ginebra.
Además, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entonces.... Pero ella viene.

D. CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas
Este lance.

PERICO.

¿Pero vos
Teneis trabada la lengua?

D. CLAUDIO.

Ya viene. A Dios.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

PERICO.

¿No hay remedio?
Pues buen ánimo, y á ella.
(*Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si cre yese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*)

ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

¡Válgate el diantre la niña,
Que presto ha dado por tierra
Con mi buen señor!

D.ª CLARA.

Perico!

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda
Esperanza.... pobrecito!....
De que se seque y se muera.
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamás.

D.ª CLARA.

¿Si será por mí?

PERICO.

¡Ay amor! ¿Y no valiera
Mas decírselo? ¿Ha de ser
Tan cruda, tan indigesta,
Que viendo á aquel infeliz....
No puede ser, aunque fuera
Un serpenton.

D.ª CLARA.

Periquillo!

PERICO.

¿Quien ha de haber que consienta
Que un muchacho, tan muchacho,
Y de casa solariega,
Se nos muera tontamente,
Sin motivo de mas fuerza
Que porque la tal Clarita
Es graciosa y pispireta,
Y porque tiene la boca
Coloradilla y pequeña,
Y porque tiene los ojos
Negritos, y.... Pues por esa
Razon, ella ha de curarle,
Ya que el mal nos vino de ella.
Señora!
(*Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á doña Clara.*)

D.ª CLARA.

¿Qué, ya has venido
De Ocaña?

PERICO.

Y aun mejor fuera
No haber venido.

D.ª CLARA.

Porque?

PERICO.

Por nada.... ¡Si lo supiera!....

D.ª CLARA.

¿Estás malo?

PERICO.

No señora.

(Se va retirando, y finge hablar entre sí algunas espresiones, segun lo indica el diálogo.)

Me voy....

D.ª CLARA.

Adonde?

PERICO.

A la iglesia,
A rezar.

D.ª CLARA.

¿Porque yo vengo
Te vas?

PERICO.

Pero ¿qué se arriesga?

D.ª CLARA.

¿Qué dices?

PERICO.

Si el desdichado
Pierde su salud por estas
Timideces, para mí
Será un cargo de conciencia.
Señora, si me quereis
Escuchar....

D.ª CLARA.

Dí lo que quieras.

PERICO.

¿Estamos solos?

D.ª CLARA.

Parece
Que sí.

PERICO.

Yo tiemblo....

D.ª CLARA.

No temas.

PERICO.

Si me prometeis callar....

D.ª CLARA.

Estraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y....

D.ª CLARA.

¿Qué intentas?
¿A qué quieres atreverte?

PERICO.

No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.

D.ª CLARA.

En fin ¿qué quieres?

PERICO.

Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña, no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
Él no quiere á doña Inés,
La aborrece.

D.ª CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.

D.ª CLARA.

¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.

PERICO.

No señora,
No es de allí.

D.ª CLARA.

¡Pues qué! ¿Pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo.... y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.

PERICO.

¿Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y....

D.ª CLARA.

Como?

PERICO.

Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.

D.ª CLARA.

¡Que osadía!
Pues.... Vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.

PERICO.

De vos
No esperaba otra respuesta.
Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega....
Quedad con Dios. (*Hace que se va.*)

D.ª CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Que vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.
(*Hace que se va.*)

D.ª CLARA.

Mira.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

D.ª CLARA.

¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

¡Ay señora! ¿Lo dudais?

D.ª CLARA.

¿Pues quien me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

D.ª CLARA, *riéndose.*

¡Ah bribon!....

PERICO.

Pero si se considera,
Yo no sé que inconveniente
Puede haber...

D.ª CLARA.

Calla, que empiezas
A irritarme.

PERICO.

Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal;
Pero vos... Ah! si yo os viera
Casada con él... casada,
Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas
Como su madre!

D.ª CLARA.

Perico
Vete... ¡Ay Dios! toda me inquietas..

PERICO.

Aunque mireis con horror
El matrimonio, pudiera...

D.ª CLARA.

No, yo no le tengo hórror.

PERICO.

¿Pues que detencion es esa?
Él es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...

D.ª CLARA.

Eso sí; no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad: ¿no le quisierais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?

D.ª CLARA.

Sí, déjame.

PERICO.

Pobrecillo!
¡Que desesperadas nuevas
Le voy á dar!.. Es inútil
Hablar mas de la materia.
(*En ademan de irse.*)

D.ª CLARA.

¿Te vas?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

D.ª CLARA.

Atiende.
Díle...

PERICO.

Sí, que nunca os vea.

D.ª CLARA.

No es esò.

PERICO.

Que si quiere
Morir de amor, que se muera.

D.ª CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Como quereis que os entienda?

D.ª CLARA.

Díle... Que es un atrevido...
¡Ay, Periquillo! me cuesta
Tanto rubor!

PERICO.

¡Que locura!
Vaya! Sobre que se juega
Limpio.

D.ª CLARA.

Díle que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo, que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.

PERICO.

Oh! bien. A mi cargo queda.
Pero, ¿no le digo mas?

D.ª CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

D.ª CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no
Me le riñais cuando venga.
No?

D.ª CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.
(*Vase por la derecha.*)

D.ª CLARA.

A Dios, picarillo, á Dios.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LUCIA.

D.ª CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCÍA.

¿Pues que novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.

D.ª CLARA.

Sí; pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado
De mí.

LUCÍA.

Calle!

D.ª CLARA.

Sí; y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño muy de veras.
A la siesta nos verémos
Para tratar lo que deba
Disponerse, y...

LUCÍA.

Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la Escribana.

D.ª CLARA.

Anda, ve, y díle que vuelva
Despues, ó no venga mas.

LUCÍA.

Es ingratitud muy fea.

D.ª CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;
Pero ya tiene licencia
De mudarse.

LUCÍA.

Yo no alcanzo
Porque con tal ligereza
De ese don Claudio os fiais.

D.ª CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima:
En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo, que no soy muy lerda...
Ayer mismo me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta mano, y la apretó
Tanto, y dijo: «¡Ay, Clara bella,
Monilla, guapita!»

LUCÍA.

Y vos
¿Qué dijisteis?

D.ª CLARA.

¿Qué pudiera
Decirle estando allí todos?
Me puse... así... muy contenta.
Le miré, y no mas.

LUCÍA.

El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, vèr á los viejos.

D.ª CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?
Y sobre todo, primero
Soy yo.

LUCÍA.

¿No temeis la fiera
Condicion de don Martin?

D.ª CLARA.

¿Y porque debo temerla?

LUCÍA.

Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga.
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica...

Dª. CLARA.

Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Despues de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme, y de vivir.

LUCÍA, *mirando adentro.*

Vuestra prima.

Dª. CLARA.

Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella...
Y al arrimon le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INES.

Dª. INÉS.

Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?

Dª. CLARA.

Que me saques de una estrema
Inquietud.

Dª. INÉS.

¿Cual es la causa?

Dª. CLARA.

Como tu bien me interesa
Tanto... Díme, este don Claudio,
Que segun todos sospechan
Ha venido á ser tu novio,
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?

Dª. INÉS.

Yo? No por cierto.
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?

D^a^. CLARA.

¡Lindamente
Disimulas!

D^a^. INÉS.

¡Que simpleza!

D^a^. CLARA.

¿Con que no le quieres?

D^a^. INÉS.

No.
Porque no hay cosa que vea
En él que no me disguste.

D^a^. CLARA.

¿Y si tu padre se empeña
En ello?

D^a^. INÉS.

No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.

D^a^. CLARA.

No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses así. Yo estaba
En estremo descontenta,
Temiendo que ibas á hacer
Una locura.

D^a^. INÉS.

No temas.

D^a^. CLARA.

Él, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea,
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¡Y que figura tan rara!

D^a^. INÉS.

En eso, prima, no aciertas;
Que es buen mozo.

D^a^. CLARA.

Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.

D^a^. INÉS.

Pero ¿qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera
Para decir la verdad?
Él me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle; pero
Es buen mozo.

D^a^. CLARA.

No hay belleza
Sino en Dios: las criaturas
Todas somos imperfectas.

D^a^. INÉS.

¿Ya empiezas con eso?

D^a^. CLARA.

En fin,
Si este partido desprecias,
¿Quien sabe que no te inclines
A la religion, y seas
Monja tambien?

D^a^. INÉS.

Prima, yo
Soy muy profana, muy lega,
Y algo apegadilla al mundo.

D^a^. CLARA.

¿Pero no ves que nos cercan
En el siglo mil peligros?

D^a^. INÉS.

Sí, ya lo sé; ¿pero piensas
Que en la soledad tambien
Mil peligros no se encuentran?

D^a^. CLARA.

Practicando la virtud...

D^a^. INÉS.

Practicándola, en cualquiera
Estado serás feliz...

D^a^. CLARA.

Pero no dudes que aquella
Vida penitente, humilde,
Es mas pura y mas perfecta.

D^a^. INÉS.

Sí, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;

Y si no, despues de amarga
Vida ¡que suerte la espera!

Dª. CLARA.

Eso sí, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.

Dª. INÉS.

¿No he de aprobarla?
Sí, prima; y no te parezca
Que yo la repugne en tí
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.

Dª. CLARA.

Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

Dª. INÉS, *con ironía.*

¡Que bien haces!

Dª. CLARA.

Allí viviré contenta.

Dª. INÉS.

Y aun aquí no vives triste.

Dª. CLARA.

Como?

Dª. INÉS.

Digo, que no dejas
De procurar distracciones...

Dª. CLARA.

¿Qué quieres decir?

Dª. INÉS.

Honestas,
Se supone.

Dª. CLARA.

Pero...

Dª. INÉS.

Anoche,
Con aquel tiple y aquellas
Coplas..... ¡Tal cual! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas;
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta.....
Y hubo tosecilla y.....

D.ª CLARA.

Calla,
No me apures la paciencia;
Mira que.....

D.ª INÉS.

¡La santa!

D.ª CLARA.

Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INES.

(*Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo, y cojeando.*)

D. MARTIN.

Entrad, caballero. Niñas.....
(*Vanse doña Clara y doña Inés.*)

PERICO.

Pues aquí teneis la esquela.
(*Le da la esquela á don Martin.*)

D. MARTIN.

Si me permitís.....

PERICO.

Leed.
(*Lee don Martin. Perico se pasea, y se limpia el sudor con un pañuelo.*)

D. MARTIN.

¡Válgame Dios!

PERICO.

¿Qué os inquieta?

D. MARTIN.

¿Con que el pobre don Lorenzo...

PERICO.

Sí, amigo, ¡quien lo dijera!
Despues de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse..... ¡Es mucho trago!

Y ahí es decir que me queda
Otro hermano.

D. MARTIN.

¿Luego vos
Sois su hermano?

PERICO.

Un mes me lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa; mi parienta
Se llama doña María
Godinez Ribadeneira;
De mis hijas, la mas gorda
Se llama doña Teresa;
La menor, doña Guiomar;
Y entrambas por consecuencia
Son sobrinas del difunto.

D. MARTIN.

Murió?

PERICO.

No; pero sospechan
Que morirá... Si quereis
Entregarme lo que reza
El papelito.

D. MARTIN.

Al instante,
Voy allá...
(Hace que se va y vuelve.)
Pero ello es fuerza
Que hiciese algun disparate
Al comer.

PERICO.

Si no que sea
Que ayer tarde merendó
Un cochinillo con setas ..

D. MARTIN.

Eso basta.

PERICO.

Ya se ve
Que basta y sobra; y pudiera
Ser suficiente á matar
Al Convidado de piedra.

D. MARTIN.

Cierto que ha sido un...

PERICO.

Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensámos que se fuera
Por la posta..... Convulsiones,
Hipo, delirio..... ¡ Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta.....
Juntáronse tres doctores,
De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas
De difuntos las iglesias.....
Todo se volvió visajes,
Y polvos, y citas griegas;
Pero viendo que el paciente
No mejoraba con ellas,
Le recetaron la uncion,
Y..... tomaron las pesetas.

D. MARTIN.

¡ Que desgracia!

PERICO.

La mayor
Que sucedernos pudiera.....
Si me quereis despachar.....

D. MARTIN.

(Hace que se va y vuelve.)
La pobre doña Vicenta
¿Como está?

PERICO.

¿Como ha de estar?
Traspasada..... Si quisierais
Despacharme.....

D. MARTIN.

Sí, al momento
Iré, si me dais licencia,
A buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAUDIO.

(*Estarán cerradas las ventanas, y el teatro oscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan hácia la puerta del cuarto de don Claudio.*)

D.ª CLARA.

Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.

LUCÍA.

Mucho temo que nos pillen.

D.ª CLARA.

Chito.

LUCÍA.

Si apenas resuello.

D.ª CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCÍA.

Allá voy.

(*Lucía se adelanta, llama, y sale don Claudio.*)

Si sale el viejo
Y en estos malos fregados
Coge á la niña, ¡que bueno!
Don Claudio!

D. CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCÍA.

Salid.

D. CLAUDIO.

Ya te sigo; pero llevo
Un miedo que es un horror.

LUCÍA.

No temais, que á mayor riesgo
Nos esponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco
Treinta palos mas ó menos.
Aquí está.

D.ª CLARA.

Señor don Claudio.

D. CLAUDIO.

Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho.....

D.ª CLARA.

Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo á perder.

(*Lucía se retira.*)

Periquillo.
Me habló del cariño vuestro.
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre... que un caballero
De prendas, así varíe
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es menos linda que yo?

D. CLAUDIO.

Es que no consiste en eso,
Sino...

D.ª CLARA.

Pues ¿en qué consiste?

D. CLAUDIO.

Yo, acá, bien me lo comprendo;
Pero no me sé esplicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta:
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio;
Pero...

D.ª CLARA.

Ved que vuestro padre

Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.

D. CLAUDIO.

Pero bien, si no la quiero.

D.ª CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

D. CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...

D.ª CLARA.

Mucho arriesgais,
Don Claudio; pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.

D. CLAUDIO.

¿Y qué importa?

Dª. CLARA.

Y daréis un sentimiento
A mi prima.

D. CLAUDIO.

Eh! Doña Inés,
Segun lo que en ella veo,
No podrá sentirlo mucho.

Dª. CLARA.

¿Porque no?

D. CLAUDIO.

Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.

Dª. CLARA.

Si á vuestros merecimientos
Igualara su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien
Para amar entendimiento.

D. CLAUDIO.

¡Oh, si fuera como vos!

Dª. CLARA.

Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el genio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sugetos
De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que, ingrata á su amor, hallaron
Solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este trage
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun así... ¡Somos tan malos!...
Mas no todas hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo.
Jesus! eso no.

D. CLAUDIO.

Es verdad,
Pero acá bien conocemos
Lo que va de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,
Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡es mucho bueno!

Dª. CLARA.

Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edád (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del esceso,
Lo escandalosó del vicio...
¡Ay, mi don Claudio, que tiempos
Alcanzamos!... Ya se ve,
¡El mundo, el mundo!

D. CLAUDIO.

Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman...
(*Ap.* Si dura el sermon reviento.)

D.ª CLARA.

Por eso, no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un claustro fue mi eleccion.

D. CLAUDIO.

Con que al fin...

D.ª CLARA.

Antes de veros.

D. CLAUDIO.

¿Y despues?

D.ª CLARA.

Mucho os estimo,
Don Claudio.

D. CLAUDIO.

Pero pensemos....

D.ª CLARA.

Si es verdad que me quereis....

D. CLAUDIO.

¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
Toma! ¿Quereis que lo jure?

D.ª CLARA.

Jurar! ¡ay Dios! No por cierto:
Vaya! jurar!

D. CLAUDIO.

Pues amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto
De tal manera....

D.ª CLARA.

Hablad quedo.

D. CLAUDIO.

Que importa la diligencia
Y.... Vaya! Como estan ellos
En que os habeis de....

(*Sale Lucía apresurada: al quererse entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se va.*)

LUCÍA.

Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

D.ª INÉS.

¿Quien anda aquí?
¿Es Clara?

D.ª CLARA.

Callad.

D. CLAUDIO.

Me alegro.

(*D. Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no acierta á su cuarto.*)

D.ª INÉS.

¿Quien es?

D. CLAUDIO.

Ya he perdido el tino:
Me pillaron, esto es hecho.

D.ª CLARA.

Callad.

D. MARTIN.

¡Que no han de dejarme
(*Al oirse adentro las voces de don Martin, suena ruido de abrir ventanas.*)
Nunca dormir con sosiego!

D.ª CLARA.

Mi padre.... Somos perdidos,
Ya no hay escape.... Este viejo
De.... ¡Por vida!....

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

(*Al salir don Martin abre una de las ventanas, y se ilumina el teatro.*)

D. MARTIN.

¿Que bolina
Anda por aquí, que estruendo?

¡Hola, don Claudio! ¿Qué haceis
Aquí?

D. CLAUDIO.

¿Yo que culpa tengo?....
(Vase, y entra en su cuarto.)

D. MARTIN.

¡Que respuesta!.... ¿Y la Inesita?

D.ª INÉS.

Si acabo de entrar.

D. MARTIN.

Lo creo.
¿Y tú?

D.ª CLARA.

Lo mismo.... Yo acabo
De entrar.... Estaba leyendo
En Kempis, y al escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quien era.

D. MARTIN.

¿Ello, al cabo,
Inesita, no sabrémos
La verdad?.... ¿Pues quien estaba
Aquí? quien? Dílo

D.ª INÉS.

Yo entiendo
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.

D.ª CLARA.

¡Bueno es eso!
Inés, yo?....

ESCENA IV.

LUCIA, D.ª CLARA, D.ª INÉS, D. MARTIN.

LUCÍA.

¿Qué ha sido?

D. MARTIN.

Nada;
Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á oscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio.
¡Que libertades! que escesos!
Y echa la culpa á su prima.

D.ª CLARA.

¿Piensas de mí?....

D. INÉS.

Yo no pienso
Mal de nadie; pero digo
Las cosas como las veo.

D. MARTIN.

¿Con que habrá sido esta niña?

D.ª INÉS.

Puede ser.

D. MARTIN.

¡Que atrevimiento!
(Se encamina colérico hácia doña Inés, y doña Clara le detiene.)
Mira....

D.ª CLARA.

Dejadla.... Bien haces,
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima, muy mala.... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.

D. MARTIN.

¿Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?....

D.ª INÉS.

Si yo....

D.ª CLARA.

No os enfadeis, dad asenso
A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
Para probarme.... Creed
Cuanto dice.... O á lo menos
Perdonadla, perdonadla,
(Se arrodilla, y llora.)
Querido papá.

D.ª INÉS.

¡Que estremo
De iniquidad!.... ¿Es posible,
Clara?..

D. MARTIN.

Vete, que no quiero

Verte, picarona.... Vete.

D.ª INÉS.

Advertid....

D. MARTIN.

Huye al momento
De mi presencia.... Embustera!
Basilisco!.... Alza del suelo,
(*Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.*)
Hija de mi corazon.
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud.... ¡Que envidia
La teneis todos!

D.ª INÉS.

No puedo
Sufrir mas. (*Vase.*)

D. MARTIN.

Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre.... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá sin remedio,
(*Abre Lucía la otra ventana.*)
Lo sabrá.

D.ª CLARA.

No, padre mio,
Por Dios....

D. MARTIN.

Vamos allá adentro,
Niña, vamos...
(*Cogiendo de la mano á doña Clara.*)
Lo sabrá,
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.

D.ª CLARA.

Señor...

D. MARTIN.

Yo se lo diré.

ESCENA V.

LUCIA, DON CLAUDIO.

LUCÍA.

¡Que enredo
De los diantres inventó!

D. CLAUDIO, *asomándose á la puerta de su cuarto.*

¿Se han ido ya?

LUCÍA.

Ya se fueron,
¿No lo veis?

D. CLAUDIO.

¿Y en qué quedamos?

LUCÍA.

En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que va el padre hecho un veneno,
Créyendo que doña Inés
Fue la culpada.

D. CLAUDIO.

¡Que ingenio
Tiene! Vaya, si es muy guapa...
Con que dí, ¿como podrémos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.

LUCÍA.

Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...

D. CLAUDIO.

La dirás
Que estoy á todo dispuesto,
Que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...

LUCÍA.

Bien.

D. CLAUDIO.

Pues bien.

LUCÍA.

¿Veis este pañuelo
Que roto y que malo está?

D. CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCÍA.

¿Estais en que os serviré
Con solicitud y esmero?

D. CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCÍA.

¿Que mediaré

Siempre con igual empeño
En vuestro favor?

D. CLAUDIO.

Se entiende.

LUCÍA.

¿Y que guardaré el secreto?

D. CLAUDIO.

Preciso.

LUCÍA.

Pues si tuvierais
Ahí á mano algun dinero...
Poco... como medio duro...

D. CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

No, de veras.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos
(*Saca el bolsillo y cuenta unos cuartos.*)
Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCÍA.

¡Que tiñería!

D. CLAUDIO.

¿No los quieres?

LUCÍA.

Sí, los quiero,
(*Toma los cuartos y se los guarda.*)
Vengan... ¿Pero me daréis
Despues...

D. CLAUDIO.

Sí, yo te lo ofrezco.

LUCÍA.

¿El medio duro?

D. CLAUDIO.

Un doblon
Te tengo de dar lo menos,
Cuando mi padre me envie
Algun socorro.

LUCÍA.

Ya entiendo.
Pues cuidado. Agur.

D. CLAUDIO.

A Dios.

ESCENA VI.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO.

¡Hombre, que falta me has hecho!

PERICO.

He tenido ocupaciones
Muy graves... Ahí os entrego
La citada carta. (*Le da una carta.*)

D. CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

Item mas: vuestro prendero
¡Gran picaron! me ha leido
Una lista de tres pliegos,
En que consta lo vendido,
Prestado, empeñado, y resto.

D. CLAUDIO.

¿Hay hombre mas fastidioso?

PERICO.

Como pide su dinero,
No es estraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
Yo tambien quiero pediros
(Aunque os fastidie por ello)
Alguna ayuda de costa.

D. CLAUDIO.

Vamos, calla, no gastemos
El tiempo.

PERICO.

Es que me debeis
Catorce duros, lo menos.

D. CLAUDIO.

Ya me enfadas.

PERICO.

Es que salgo
Mañana de aquí, y no puedo
Esperar.

D. CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

Es que desde el mes de enero
Del año pasado, estoy
Como un esclavo sirviendo
Al señor don Claudio Perez,
Y me ha dado en este tiempo,
A cuenta de mis salarios,
Percances y emolumentos,
La cantidad de cuarenta
Y dos reales; añadiendo
A esta suma unos calzones
Verdes, que segun sintieron
Los peritos...

D. CLAUDIO.

Si no callas,
Una zurra te prometo
Solemne.

PERICO.

Zurra? Acabóse.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon...

D. CLAUDIO.

¿Qué dices?

PERICO.

Por legítimo derecho
Habidos...

D. CLAUDIO.

Calle! ¿Con que...

PERICO.

Y no me pagais, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y...

D. CLAUDIO.

Periquito!

PERICO.

Ya caigo.
Periquito! y á buen tiempo.

D. CLAUDIO.

Si..

PERICO.

No señor, se acabó:
(*Quiere irse, y don Claudio le va deteniendo.*)
Soy un bergante.

D. CLAUDIO.

Dejemos
Eso, y dime...

PERICO.

Picardía!
¡A un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!

D. CLAUDIO.

Aunque no me lo dés todo...

PERICO.

Todo? Sí, ya estoy en eso.

D. CLAUDIO.

Pero siquiera...

PERICO.

Este mozo
Necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.

D. CLAUDIO.

Entremos
A mi cuarto, y me dirás
Por donde ha venido el cuervo,
Y... Vamos, allí se hará
La distribucion.

PERICO.

Verémos.

D. CLAUDIO.

¿Pues qué, no has de darme?

PERICO.

Poco.

D. CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero
Es causa de muchos vicios,
Nos hace ingratos, soberbios,

Insufribles, tontos...

D. CLAUDIO.

Alguien
Viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Por Dios no dejes
De...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII.

PERICO, DON LUIS.

D. LUIS.

Oiga! ¿Ya estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Como dejas
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

D. LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.

(*Entrase Perico en el cuarto de D. Claudio.*)

D. LUIS.

Bien.

ESCENA VIII.

DON LUIS, LUCIA.

D. LUIS, *sentándose junto á una mesa.*

No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es .. La criada
Podrá servir á mi intento,
La sorprenderé... No es cosa
Antes de saber si es cierto...
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen... Lucía! (*Llama.*)
¡Cual será mi sentimiento!
¡Oh juventud! oh temible
Juventud!.. Disimulemos.

(*Sale Lucia.*)

LUCÍA.

¿Qué mandais, señor?

D. LUIS.

Te hago
Salir aquí porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.

LUCÍA.

Sí señor, bien os podeis
Fiar de mí.

D. LUIS.

Así lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña á Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto
De esta venida; aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos,
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre;
Porque si á Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
Y tal vez podrá creer
Que esta boda se ha deshecho
Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo... ¿Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio...
¡Sacrificar á su hija
De ese modo!.. Te confieso

Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano...

LUCÍA.

Ya se ve,
En siendo un partido bueno...

D. LUIS.

Pues estamos... ¿Y cual puede
Hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

D. LUIS.

Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre; disimula...
¿Y qué ha de hacer?

LUCÍA.

¡Tal empeño
De señor! ¡Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro!
Pero sí, lo que ella dice:
Un año falta lo menos
Para profesar, y un año
Da lugar á mil proyectos.

D. LUIS.

Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,
Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?

LUCÍA.

Así es.

D. LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fue temeridad
Esponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA.

¡Ay, señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!

D. LUIS.

Ya se ve, como no tienen
Ocasion..... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devaneos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fuí
Ningun padre del desierto.

LUCÍA.

Ella está que se desvive
Por él.

D. LUIS.

Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;
Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...
¿Y cual es su pensamiento?

LUCÍA.

Como salió don Martin
A lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.

D. LUIS.

Ya lo sé.

LUCÍA.

Jamás ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...

D. LUIS.

Ya se ve... Pero el criado
¿Qué ha de saber? ¿Que talento

Tiene, ni qué... No señor,
Así no va bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.

LUCÍA.

Os prometo
Que no chistaré.

D. LUIS.

Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que si no se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio:
Ya lo he dicho.

LUCÍA.

Bien está.

D. LUIS.

Pues vete, no te echen menos
Tus amas.

(*Vase Lucía.*)

Cayó en el lazo.
Así podré contenerlos.
No se determinarán
A un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretesto
Para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!.. Harto dificil
Ha de ser... Pero ¡que enredos

(*Levántase.*)

De niña! ¡Que educacion!
¡Que frutos vamos cogiendo!
¡Y Inés! Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

D. LUIS.

¿Está adentro
Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,
Sí señor; está leyendo
Un libro...

D. LUIS.

¿Que libro?

PERICO.

Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandais algo?

D. LUIS.

Nada; que te vayas presto.

PERICO.

Con vuestra licencia...

(*Haciendo cortesías.*)

D. LUIS.

Vete.
No gusto de cumplimientos.
Vete.

(*Vase Perico por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN.

¿Has salido de casa?

D. LUIS.

Si quieres algo, voy luego
A salir.

D. MARTIN.

Solo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada:
Ya está visto... Si á don Diego
El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene

Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo
De las cuentas del monjío...
¡Es buena cosa por cierto!
A Dios.
(*Hace que se va y vuelve.*)
Pero ¿que salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve: los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre... no hay remedio:
¿Qué ha de resultar?... Preciso:
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...

D. LUIS.

Mejor es
Callar.

D. MARTIN.

Y procedimientos
(*Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.*)
De libertinaje... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...
Ya se ve, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es estraño
Que incurra en mil desaciertos,
Y haya educado tan mal
A tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar... Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,
¡Que lástima no aplicarlos
A rectores de colegios!

D. LUIS.

Vamos, Martin, no me apures
La paciencia... ¿No podrémos
Vernos jamás sin que haya
Quimeras y sentimientos?

D. MARTIN.

Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...

D. LUIS.

Dejemos
Eso por Dios.

D. MARTIN.

Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto
Callaré.

D. LUIS.

Sí, me molestas.

D. MARTIN.

Pues de hoy mas alto silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo;
A bien que á mí no me importa.

D. LUIS.

¿Y que cosa?

D. MARTIN.

Un chisme, un cuento.

D. LUIS.

¿Será algun otro delito
De Inés?

D. MARTIN.

No, del caballero
De Ocaña don Claudio.

D. LUIS.

¿Y qué?

D. MARTIN.

Ayer encontré á un sugeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera; dice
Que entre los bailes, el juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y escesos

Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ageno;
Que le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?

D. LUIS.

Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.

D. MARTIN.

Yo celebro
Mucho tu serenidad.

D. LUIS.

¿Qué quieres, que alborotemos
La casa?

D. MARTIN.

No; pero...

D. LUIS.

A mí
Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.

D. MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. A Dios.
(*Hace que se va.*)

ESCENA XI.

DOÑA INES, DON LUIS, DON MARTIN.

D.ª INÉS.

Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.

D. MARTIN.

Sí? Pues nos verás
Separados al momento.
(*Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.*)

D.ª INÉS.

No señor, no os vais: delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.

D. MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo
A tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo:
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

D.ª INÉS.

Esperad.

D. MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII.

DON LUIS, DOÑA INÉS.

D. LUIS.

¿Lloras, Inés?

D.ª INÉS.

¿Pues señor,
No he de llorar? ¿Como puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...

D. LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De le envídia, la venganza,
Y el encono mas perverso.....
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo

D.ª INÉS.

Padre!

D. LUIS.

¡Mi querida Inés!
(*Abrazando á doña Inés.*)

D.ª INÉS.

Pero ¿sabeis el suceso?

D. LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.
Todo cuanto me dijeron
Contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho,
¿Quieres mas?

D.ª INÉS.

Eso me basta.

D. LUIS.

Era imposible un esceso
Tan culpable en tu prudencia,
En tu decoro, en tu honesto
Proceder..... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento:
A no ser que..... Pero no.

D.ª INÉS.

¿Qué decís?

D. LUIS.

Que fueran celos.

D.ª INÉS.

Celos! ¿Y de quien? ¿De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De estravagancias?

D. LUIS.

Seria
Mucha locura en efecto.

D.ª INÉS.

Bien sabeis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta, y que solo
Pudiera vuestro precepto
Obligarme.....

D. LUIS.

No, hija mia.
Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz..... Ni debo
Corresponder de otro modo
A tu amor y tu respeto.
No te casarás con él,
No será tu esposo un necio,
Sin virtud y sin honor.
Él sale.

D.ª INÉS.

Me voy adentro,
Si lo permitís.

D. LUIS.

¿Ni verle
Quieres?

D.ª INÉS.

Señor, no lo puedo
Remediar, es insufrible.

ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO, *aparte.*

¿Aun no se ha marchado el viejo?
¡Que posma!

D. LUIS.

¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?

D. CLAUDIO.

Que se ha resuelto
A venir, y que mañana
Por la noche nos verémos,
O esotro dia á comer.

D. LUIS.

Gran placer me da con eso.

D. CLAUDIO.

Y á mí.

D. LUIS.

Somos muy amigos.....
Y habrá diez años, lo menos,
Que no le he visto..... sí habrá.

D. CLAUDIO, *aparte.*

¿Porque no se estará quieto
En su lugar?

D. LUIS.

¿Qué decias?

D. CLAUDIO.

Nada, que estoy muy contento.

D. LUIS.

Pues es menester que tú,
Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo y vayas
A recibirle. Este obsequio,
Como que sale de tí,
Le agradará.

D. CLAUDIO.

Ya lo veo,
Pero yo..... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.

D. LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

D. CLAUDIO.

Es que el cura es algo nuestro:
Como primo de mi madre
Viene á ser..... Sí, dicho y hecho,
Primo...No hay mas que son primos.

D. LUIS.

¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana?

D. CLAUDIO.

Es que si..... Pero no puedo
Ciertamente, porque.....

D. LUIS.

¿Tienes
Que visitar el enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo..... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos
Te los daré.

D. CLAUDIO.

¿Para qué
Tengo de llevar los perros?

D. LUIS.

Para cazar.

D. CLAUDIO.

Yo no gusto
De cazar.

D. LUIS.

Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.

D. CLAUDIO.

¿No es mejor estarnos quedos,
Si él al cabo ha de venir?

D. LUIS.

Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle:
Si no viniera, ¿á que efecto
Era el salir?

D. CLAUDIO.

(Aparte. ¡Que manía!)
Si estoy sin botas.

D. LUIS.

Yo tengo
Botas, y te las daré;
Y espuelas, y silla, y freno,
Y látigo..... No hará falta
Nada, nada.

D. CLAUDIO.

Lo agradezco.
¿Y donde he de hallarle?

D. LUIS.

Tú
Sigue el camino derecho,
Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo:
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozas el fresco
De la mañana.

D. CLAUDIO.

Si está
Nublado.

D. LUIS.

No tengas miedo.

D. CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?

D. LUIS.

Llevad las capas.

D. CLAUDIO.

Estoy
Tan malo.....

D. LUIS.

¿De qué?

D. CLAUDIO.

Del pecho.

D. LUIS.

Aprension! Luego que salgas
Al campo te pones bueno.
(Vase por la puerta del lado derecho.)

—

ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

D. CLAUDIO.

Se fue... ¡Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!

D.ª CLARA.

Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.

D. CLAUDIO.

Pero ¿y don Martin?

Dª. CLARA.

Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.

D. CLAUDIO.

No volvamos
A la de marras.

Dª. CLARA.

Ya dejo
Centinela.

D. CLAUDIO.

Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito.....

D.ª CLARA.

Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.

D. CLAUDIO.

Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué harémos?
Mi padre viene..... Por fuerza
Viene..... Toma! Ya le siento
Llegar.

Dª. CLARA.

Por eso conviene
Aprovechar los momentos.

D. CLAUDIO.

Pero si quiere que salga
Mañana.

D.ª CLARA.

Yo ya le entiendo.
Él nos quiere separar:
Es malicioso en estremo.....
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.
Pero en fin, á vos os toca,
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.

D. CLAUDIO.

Ya se ve, que aquí no vamos
A hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Solo que yo me recelo.....

Dª. CLARA.

¿Qué recelais?

D. CLAUDIO.

¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y despues
Lo huelen..... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como.....

D.ª CLARA.

¡Que necios
Temores en un amante!

D. CLAUDIO.

Y como despues me quedo
Solo, porque Periquillo
Se va sin falta.

D.ª CLARA.

¿A que efecto
Se va, ó adonde?

D. CLAUDIO.

A Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos
Que importa que no se pierdan.
Porque como tiene el pleito
Con el Alcalde mayor
Dos años ha sobre aquello
De la viña del juncar.....
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,

Quiere que Perico vaya
A ver.....

Dª. CLARA.

¿Y lo dejarémos
Así, don Claudio? Y si el otro
Se va, ¿no tendréis aliento
Para nada?

D. CLAUDIO.

Sí señora;
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quidam,
Para que le consultemos......

D.ª CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia.....

D. CLAUDIO.

Prudencia!
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra.... Pero el diablo
Lo enreda, y....

Dª. CLARA.

Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre: á mí me quieren
Sepultar en un convento....
No nos verémos jamás,
Y me perderéis, y os pierdo.

D. CLAUDIO.

Pues bien, al instante voy
A salir, á ver si encuentro
A ese muchacho.

Dª. CLARA.

Avisadme
De lo que hubiereis dispuesto.

D. CLAUDIO.

De preciso.

Dª. CLARA.

No perdais
La fortuna que os ofrezco;
Hagamos las diligencias,
Y obre Dios.

D. CLAUDIO.

¡Es gran proyecto!
Pero no se ha de lograr.

Dª. CLARA.

Y si nosotros queremos,
¿Quien lo ha de impedir? Mi padre
Se pondrá furioso, y luego
Habrá de ceder.... Si acaso
Temeis que os azote el vuestro....

D. CLAUDIO.

¿Qué me ha de azotar?... Sí, toma!
Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas, y anegado en pleitos
Que le desuellan..... Don Luis
No sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la cárcel presos,
Y luego sudan..... ¡por fuerza!
Para salir, no hay remedio.....
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.

Dª. CLARA.

Pues bien, ¿qué os detiene?

D. CLAUDIO.

A mí
Me detiene..... Yo me entiendo,
Porque al cabo es un embrollo
Del demonio, y tengo un miedo
De que.....

Dª. CLARA.

Bien está, don Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
Él diera resolucion
Para mayores empeños.
Ya os conozco: bien está.
(En ademan de irse: don Claudio la detiene.)

D. CLAUDIO.

Clarita, vaya.

D.ª CLARA.

Perverso!

D. CLAUDIO.

Morenilla!

Dª. CLARA.

Seductor!

D. CLAUDIO.

Oye.

D.ª CLARA.

No, no quiero veros.

D. CLAUDIO.

Calla, pobrecita mia.

Dª. CLARA.

Dejadme. A Dios.

D. CLAUDIO.

Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.

Dª. CLARA.

Ay! ¡Como puedo
Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho!
¡Que lejos estaba yo
De saber amar, que lejos!
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisonjeros
Que ofrece el mundo, ¿quien pudo
Hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí;
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡Que desengaño!... ¡Y que tarde
Viene!... Pero ¿á quien me quejo?
Yo soy la culpada..... Quise
A un hombre, y este es el premio...
Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos, *(Llora.)*
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.

D. CLAUDIO.

Por san Pedro,
Que no sé lo que me pasa,
Ni á qué son esos estremos.
Si digo que voy allá,
Que entre los dos..... En efecto,
Ello hoy mismo se ha de hacer:
Y aunque despues eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,
Y don Luis se caiga muerto;
Si nos casamos, de todo
Lo demas se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
Así, que ya me enternezco.....
Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo
Hasta ver en qué quedamos.....
Voy á la consulta, y vuelvo.

(Se va don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.)

Dª. CLARA.

Anda con Dios..... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. ¡Que malditas
(*Siéntase.*)
Callejuelas! Empinadas,
Tuertas, angostas..... ¡Por cierto
Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco!... Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito.
¡Oh señorita!
(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

Dª. CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio,
Que me dijo.....

Dª. CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba.....

Dª. CLARA.

Pues no ha venido.

PERICO.

A buscarle.
(*Hace que se va y vuelve.*)

Dª. CLARA.

Pero ¿en que estado se hallan
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.

¡Ay señora de mi alma!
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.

Dª. CLARA.

No temas nada.

PERICO.

¡Ay señora! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra..... Hemos corrido
La ciudad y su comarca
Buscando á un cierto don Lúcas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien, si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablámos, nos dió un consejo,
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.

Dª. CLARA.

Pues á mí
Me ocurre..... Sí..... Y eso basta.
Una obligacion.....

PERICO.

Seguro.

Dª. CLARA.

De matrimonio, firmada
Por los dos.....

PERICO.

Pues si es la idea
De don Lúcas.

Dª. CLARA.

Si llegara
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel.....

PERICO.

Hatillo, y salto de mata.

Dª. CLARA.

Bien que..... Mira, de ningun
Modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

Dª. CLARA.

Y si nos apuran,
Fuga, depósito ....

PERICO.

¡Oh Clara,
Prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.

Dª. CLARA.

Si le falta
Dinero ....

PERICO.

¿No ha de faltarle?
¿Pues bolsa mas apurada
Que la suya quien la vió?

Dª. CLARA.

Yo tengo algunas alhajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza:
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca.....

(*Al ver doña Clara á don Martin que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.*)

Solo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.

PERICO.

¿Y á que demonios
Viene... ¡Hay hembra mas bellaca!
(*Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.*)
Y dice bien que es locura.
Una niña delicada
Como vos .... Eh! no señor:
Las penitencias relajan
La salud siendo escesivas.
Ya probaréis lo que anda
Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, veréis
Que trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anís!

Dª. CLARA.

Con ese lenguaje engaña
El enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y ardua
La senda del bien, y así
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

D. MARTIN, Dª. CLARA, PERICO.

D. MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos estremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre fray Gil... ¡No es nada!
¡Capuchinita se quiso
Meter! Es cosa muy santa,
¿Quien lo duda? Pero debes
Considerar que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y tan continuada
Como allí se necesita.
¿Qué la sucedió á sor Blasa
De la Trasverberacion?
Bien te acuerdas que muchacha
Tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran,
Ya va mejor, ya peor;
Al año y medio que estaba
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla:
Desimpresionadla bien.

D. MARTIN.

¿Quien eres tú?

PERICO.

Soy de casa,
Periquillo.

(*Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.*)

D. MARTIN.

Ah! sí, el criado
De don... A Dios. Buena traza
Tiene ese mancebo.. No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, eh! que estás
Tristona y desmejorada
De pensar en eso: entiendes?

Dª. CLARA.

Sí señor.

D. MARTIN.

Despues que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieces
Luego con estraordinarias
Penitencias á afligir,
No señor... Ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras, tratar
A las otras como hermanas...

Dª. CLARA.

Si lo son en el Señor.

D. MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas
Mucho... Y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla: sí, pues en esto
Estriba ser buena y santa.
Porque sino, el enemigo...

Dª. CLARA, *fingiendo escesiva timidez.*

¡Ay, el enemigo...

D. MARTIN.

Aguarda
La ocasion, y...

Dª. CLARA.

¡Dios nos libre!

D. MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

Dª. CLARA.

Como el traidor solo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
¡Ay papá!

(*Asiendo de las manos á don Martin.*)

D. MARTIN.

Calla, hija mia,
No te atemorices, calla:
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.

Dª. CLARA.

¡Somos
Tan débiles!

D. MARTIN.

Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que...(*Ap.* Pobrecita!..) Eh! voy
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
A mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar antes que las traiga.

Dª. CLARA.

La mano, papá.

(*Se arrodilla, y le besa la mano.*)

D. MARTIN.

A Dios, niña.

Dª. CLARA.

Él nos conserve en su gracia.
Voyme á la oracion mental,
Que hoy viérnes será muy larga.

ESCENA III.

DON MARTIN, DON CLAUDIO.

D. MARTIN.

Esto se llama virtud,
Lo demas es patarata.
Ya se ve, todo consiste
En una buena enseñanza.

(*Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio, que sale apresuradamente.*)

¡Hombre, que... Pero ¿porque
No miras?..

D. CLAUDIO.

No reparaba.

D. MARTIN.

Reparar.

D. CLAUDIO.

Vengo de prisa.

D. MARTIN.

Calavera!

D. CLAUDIO.

Como entraba
De prisa.

D. MARTIN.

¿Y á qué vendrán
Esas prisas?

D. CLAUDIO.

¿Quien pensara
Que estuvierais tan al paso?

D. MARTIN.

Badulaque! (*Vase.*)

D. CLAUDIO.

Nada falta
Sino que Perico venga
Y acabemos la maraña.
Periquillo, ¿estás ahí?

(*Se entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, DON LUIS.

Dª. CLARA.

Don Claudio... digo... Yo entrara,

(*Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda y observa por un lado y otro si alguien la ve.*)

Pero... Cerró... No, no puede
Ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... ¡Que vida
Esta tan desesperada!
Presa, oprimida, estudiando
Templum templi y *laudo laudas*,
Y *quis vel qui*... Pero no,
No perdamos la esperanza;
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues, ¿no lo dije?

(*Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues don Luis.*)

D. LUIS.

¿Qué buscas?

Dª. CLARA.

¡Válgame Dios!

(*Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse, y don Luis la detiene.*)

D. LUIS.

Qué?

Dª. CLARA.

Buscaba
Una estampa muy devota
Que me dió el padre Berlanga,
Y ni sé donde la... ni...
¡Cuanto siento no encontrarla!

D. LUIS.

¿Te vas? Ven aquí.

Dª. CLARA.

Señor.

D. LUIS.

Ven acá. ¿Porque te estrañas
Así? Cuando nos juntamos
En la mesa no me hablas,
Y despues, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas,
Huyes de verme... ¿Qué es esto?
¿Conmigo tan enfadada?

Dª. CLARA.

Enfadada? No señor.

D. LUIS.

¿Al tiempo que te separas

De tu familia, y nos dejas
Para siempre, así me tratas?

D.ª CLARA.

Perdon, mi querido tio,
Perdon.

(*Quiere arrodillarse, y D. Luis lo estorba.*)

D. LUIS.

¡Ay niña! levanta,
Que no gusto de eso. Díme...
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?

D.ª CLARA.

Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Esplicarle con palabras.

D. LUIS.

Yo presumí que el temor
A tu padre fuese causa
De callar y darle gusto,
Aunque hubiese repugnancia
En tí.

D.ª CLARA.

Como! No señor.

D. LUIS.

Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.

D.ª CLARA.

En mí falta
Ese mérito.

D. LUIS.

Porque?

D.ª CLARA.

Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre, y sigo
Mi vocacion.

D. LUIS.

¡Cosa estraña!

D.ª CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.

D. LUIS.

Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada
Su fortuna, ¿se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio, ó es
Muy embustera ó muy santa.
Pero díme, si no es esa
Tu inclinacion, ¿porque engañas
A quien te puede servir,
A quien te quiere en el alma
A pesar de tus defectos?
¿Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad?

D.ª CLARA.

Pero ¿quien os dice...

D. LUIS.

Ingrata!

D.ª CLARA.

¡Por cuantos medios procura
El enemigo que caiga
En el pecado!... Pues no,
No ha de rendir mi constancia;
Que Dios...

D. LUIS.

Oyes, niña, mira
Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... Eh! no me hagas
Enfadar. Si yo te falto,
¿Quien con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la estraña
Tenacidad de tu padre,
Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor? Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, hacien-
La gazmoña y la beata, [do
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo como salgas:

Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa;
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contemplativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Como buena madre, y buena
Esposa, y buena cristiana.

D.ª CLARA.

Yo! ¿Qué decís?...

D. LUIS.

Si no quiere
Entenderlo, si desbarra
Como suele, en mi tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mojigata,
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas y no fingirlas.

D.ª CLARA.

Pero señor...

D. LUIS.

Si llegaras
A ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana
Con diabólico artificio,
Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
Infeliz! á Dios no engañas.

D.ª CLARA.

Pero ¿no sabré de donde
Nace este error? ¿Que malvada
Lengua os informa de mí?
¿Quien me calumnia y me infama?
Pero no... Yo la perdono:
Es mi prima y eso basta,
Y antes perderé la vida
Que ofenderla.

D. LUIS.

¿Que artimaña
Es esa? ¿A qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada?

D.ª CLARA.

Es muy diverso su modo
De pensar; es muy contraria
A su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga
De sus deslices.. ¡Que mal
Me conoce! ¡Que mal paga
Mi cariño!... Pues si somos
Frágil barro, ¿quien estraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido, y caiga?
Y cuando para sufrirla
Los vínculos no bastaran
De la sangre, ¿olvidaria
Yo la caridad cristiana?...
¿No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla?

D. LUIS.

Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas.

(Doña Clara hace una reverencia en ademan de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con espresion cariñosa.)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco, y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio
Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza;
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
A vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallarémos
Para tí.

Dª. CLARA.

¡Que temeraria
Proposicion!

D. LUIS.

Como?

Dª. CLARA.

¿Yo,
Señor?...

D. LUIS.

¡Pues qué!

Dª. CLARA.

¿Yo casada?

D. LUIS.

¿Con que no?

Dª. CLARA.

Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

D. LUIS.

Bien está.
(Inquieto y reprimiendo el enojo.)

Dª. CLARA.

Que no se cansa
De amar.

D. LUIS.

Muy bien.

Dª. CLARA.

Y con premios
Eternos corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.

D. LUIS.

Sí? Pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra...

D.ª CLARA.

Bien, señor.
(Hace una cortesía y se va.)

D. LUIS.

Nunca, porque
No sé si tendré templanza
Para sufrirte... Embustera!
¡Oh virtud, como te ultrajan!

ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta
A un mozo con esta carta
(Le da una carta.)
De parte de... ¿Como dijo?
De...

D. LUIS.

¿De don Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... que ha venido inclusa
En otra que le enviaba
El mismo sugeto.

D. LUIS.

Sí.

PERICO.

Que perdoneis la tardanza,
Porque hoy ha comido fuera,
Y no ha vuelto por su casa
Hasta las tres.

D. LUIS.

¿No te ha dicho
Don Claudio...

PERICO.

¿Lo de la marcha?
Sí señor, si ya está todo
Prevenido.

D. LUIS.

La criada
Se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
Con él. Entiendes?
(Vase don Luis por la puerta del lado izquierdo.)

PERICO.

Ya estoy.

ESCENA VI.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Calle! que tiene cerrada
La puerta.
(Se acerca á la puerta de don Claudio, y hallándola cerrada llama.)

Señor!.. Perico.

D. CLAUDIO.

Vamos, que ya te esperaba
Con impaciencia.

PERICO.

¿Y qué ha habido?

D. CLAUDIO.

Qué está la paz ajustada
Con el prendero. Él se lleva
Las cosas algo baratas,
Pero al cabo yo no habia
De poder desempeñarlas,
Con que... Y sobre todo, habiendo
Apuros, nadie repara.
¿Y la vieja?

PERICO.

Mi señora
Doña Brígida Menchaca,
Viuda reverenda, dice:
Que hará lo que se la manda,
Por caridad, por serviros,
Porque no quiere que haya
Escándalos...

D. CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero,
Digo que allí no se trata
Mas de que por una noche
Tenga la niña posada
Segura, y al otro dia
Testigos, clérigo, y arda
Bayona.

D. CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo
Que tenemos despachada
La escritura del papel.

D. CLAUDIO.

Aquí está.
(Da un papel á Perico.)

PERICO.

¡Viveza estraña!

D. CLAUDIO.

Ahí he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.

PERICO, *lee el papel y le guarda.*

«Yo, don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bustillo, doncella toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amen. Y amen de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, etc. —Yo don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña.»
Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿Son estas las frioleras?
(Don Claudio saca un envoltorio de papel y Perico le guarda.)

D. CLAUDIO.

Esas son.

PERICO.

Pues á buscarla.
(En ademan de irse.)

ESCENA VII.

LUCIA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCIA.

Solo

Deciros que doña Clara
Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCÍA.

Dice que si habeis resuelto
Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta
Ya sino...
(*Hace que se va y vuelve.*)
Dí, ¿la Inesita
Y su padre están de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana?

LUCÍA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor
Don Luis, con aquella pausa
Le tengo un miedo cerval.

LUCÍA.

Cuando he venido quedaba
En su cuarto; doña Inés
Está cosiendo en la sala
Del jardin.

PERICO.

Sí? Pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCIA.

LUCÍA.

¿Y qué habeis dispuesto?

D. CLAUDIO.

Yo,
Muger, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.

LUCÍA.

Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.

D. CLAUDIO.

Bien.

LUCÍA.

Ya lo sabe
Todo, y como...

D. CLAUDIO.

¡Que desgracia!

LUCÍA.

Lo sabe; pero...

CLAUDIO.

¿Lo sabe?
Vamos, ya me...

LUCÍA.

Es que mi ama...

D. CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdi-
Preciso... Salto de mata... [dos.
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCÍA.

Pero escuchad lo que pasa,
Y despues...

D. CLAUDIO.

Cierto; y despues
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me meten
Entre puertas, y...

LUCÍA.

No hay nada
De eso. Al contrario. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caseis.

D. CLAUDIO.

Pues ya estoy;
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada
De Inés, y yo no la quiero.

LUCÍA.

Si no es eso.

D. CLAUDIO.

¿Y lo callabas,
Muger?.. ¿Y no me lo has dicho
Dos horas ha?.. Corre, llama
A Perico.

LUCÍA.

Si no es eso.

D. CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas... Sí, vamos,
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.

LUCÍA.

Si no me quereis oir.
Si es locura declarada
La que teneis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casarais
Con ella. Si me mandó
Que no os dijera palabra,
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?

D. CLAUDIO.

A que pensaba
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.

No señor.

D. CLAUDIO.

¿Con que es verdad?

LUCÍA.

Yo se lo he dicho á mi ama...

D. CLAUDIO.

¿Y qué dice?

LUCÍA.

Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer.

D. CLAUDIO.

Pues ya se ve que eso es maula.

LUCÍA.

No señor.

D. CLAUDIO.

Pues yo te digo
Que sí.

LUCÍA.

Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.

D. CLAUDIO.

Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son
Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX.

PERICO, LUCIA, DON CLAUDIO.

PERICO.

Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama
Para no sé que envoltorio:
Corre.

LUCÍA.

Allá voy.

D. CLAUDIO.

Mira, aguarda.

(Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.)

LUCÍA.

¿Qué mandais?

D. CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA, *aparte.*

Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.

D. CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

¡Que guapa
Estaré con él!

D. CLAUDIO.

Quisiera...
Es verdad que doña Clara...

LUCÍA.

¿Y qué tiene que ver ella

Con eso?

D. CLAUDIO.

Ya; pero...

LUCÍA.

Vaya,
Señor, si ha de ser.

D. CLAUDIO.

Al cabo
Ello...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

D. CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.
Vete, vete.

LUCÍA.

¡Haya pelon!

ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

D. CLAUDIO.

¿Y qué te dió?

PERICO.

Véislo aquí.

(*Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.*)

¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.

D. CLAUDIO.

Bien... Pero ¿qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

D. CLAUDIO.

¿Y si don Luis
Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras.
Que está bien, que es grande idea,
Que sin que él os lo mandara
Lo hubierais hecho, que apenas
Haya luz saldréis de casa.

D. CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,
Buenas noches, y á la cama.
Y despues, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos,
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos..... ¿Qué será? Si es flato,
Si es cólico, si es terciana.....
Y cuando amanezca Dios
(Esto es, á las once dadas)
Os sentís algo mejor,
Comeis poquito y sin ganas,
Hablais con voz enfermiza,
Dormís una siesta larga,
Y os quedais como si todo
Hubiera sido una chanza.

D. CLAUDIO.

Oh! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os atasqueis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.

D. CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas..... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye..... Ahí en la esquina
Le ví que se encaminaba
Hácia aquí: pude lograr,

Diciéndole no sé cuantas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la rauta,
Entonces, ancha es Castilla.....
Ah! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

D. CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(*Vase al cuarto de don Claudio.*)

ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

D. LUIS.

(*Don Luis saca un papel en la mano.*)
Mucho sentirá mi hermano
Esta novedad..... ¿Tú estabas
Aquí?

D. CLAUDIO.

Sí señor..... ¿Qué diantre
De papel será el que saca?
¿Cuanto va.....

D. LUIS.

Déjame solo.

D. CLAUDIO.

¿Cuanto va que la muchacha
Se le ha dejado pillar?
(*Don Claudio se entra en su cuarto.*)

D. LUIS.

No sé que medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene
Ni tolera las desgracias.....
Él viene aquí.

D. MARTIN.

Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla..... Yo no entiendo.....
A mí no me escriben nada,
Ni una letra.

D. LUIS.

Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista..... ¿Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla?

D. MARTIN.

No por cierto.
Solo le escribí que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta á empezar muy pronto
Su noviciado, y que.....

D. LUIS.

Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.

D. MARTIN.

Con que..... Vaya!
Pues..... A ver.....

D. LUIS.

Toma.
(*Le da el papel á don Martin.*)

D. MARTIN.

En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre..... Siempre fue
Medio loco.....
(*Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*)
¿Quien pensara
Esta salida, despues
De tanto esperar y tantas
Promesas?... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas

De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas,
Y arreglado el testamento;
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que..... Yo
Respondí dándole gracias
Como era razon.....

D. LUIS.

Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, seria
Inútil favor nombrarla
En el testamento; y quiso
Que su prima Inés gozara
De esta merced, pues está
Sin colocar..... No es estraña
Resolucion.

D. MARTIN.

Dices bien.
No hay cosa mas acertada.....
Y la niña lo merece,
Lo merece..... Bribonaza!
Desenvuelta!... Así va el mundo.
¡La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada!.....
¡Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zanguanga
De que no lo necesita!
¿Y qué, á mí no me hace falta?

ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

D. MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda
Venir la madre Abadesa
A decir á doña Clara
Que mañana por la tarde
La Aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava.....
Es aquel de: *Pastorcillo*,
Pastorcillo, *come y calla*,
Come y calla..... Con que dijo
Que viniera y avisara
Para que.....

D. MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero ¿qué
Diré?

D. MARTIN.

Que bien, que mañana
Irá por allá.

TIO JUAN.

(*Hace que se va y vuelve.*)
¿Os han dado
Una esquelita firmada
De la Abadesa?

D. MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo porque haga
Falta, sino.....

D. MARTIN.

Ya llevó
El dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga
La Abadesa.....

D. MARTIN.

¿Qué encargó?

TIO JUAN.

Que os dijera que no es tanta
La urgencia, que haya de ser
Hoy mismo.

D. MARTIN.

¡Desatinada
Prevencion!... Si ya le he dado
El dinero.

TIO JUAN.

¿A quien?

D. MARTIN.

Machaca!
A don Sempronio.

TIO JUAN.

¿Y quien es
Don Sempronio?

D. MARTIN.

¡Que pesada
Taravilla de preguntas!
¡Vaya que el hombre me cansa
De veras!

TIO JUAN.

Pero.....

D. MARTIN.

Al hermano
De don Lorenzo..... Aun no acaba
De entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene
Tal hermano.

D. MARTIN.

Es que me enfada
De veras el señor Juan.
Váyase de aquí, ¿qué aguarda?

TIO JUAN.

Señores, llévame Dios
Si yo entiendo una palabra.....
Sobre que no hay tal hermano.

D. MARTIN.

Sobre que viene con ganas
De impacientarme..... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿Qué replica?... Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

Gangoso!... Si en esta sala
Di yo el papel á un mocito.....
La verdad, yo estoy en brasas.....
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo, que estabais
Fuera; dije, que vendria
Despues; dijo, que escusara
El venir, porque estas noches
No soleis cenar en casa,
Y no os venís á acostar
Hasta las doce muy largas.
Con que yo.....

D. MARTIN.

Pero ¿no ves
Cuanto disparate ensarta
Este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro
Fue quien me dijo.....

D. LUIS.

Apostara
Que te han hecho alguna burla.

D. MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.

D. LUIS.

Calla,
Que hemos de ver si..... Perico!

PERICO, *desde adentro.*

Señor!

D. LUIS.

Perico!

ESCENA XIII.

PERICO, D. LUIS, D. MARTIN, EL TIO JUAN.

PERICO.

¿Quien llama?
(*Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademan de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.*)

TIO JUAN.

Él es sin duda..... No hay mas,
Que es él.

PERICO.

No sé donde paran
Estas espuelas.....

D. LUIS.

Escucha
Un recado.

PERICO.

Están atadas
Con un cordel.

(*Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.*)

D. LUIS.

Oye aquí
Primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

D. LUIS.

¿Quien es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La Abadesa?

PERICO.

Yo, señor,
¿Qué ha de saber? No sé nada.

D. LUIS.

¿Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

D. LUIS.

Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.

¿No mas?

D. LUIS.

Dílo al instante.

D. MARTIN.

Despacha.

PERICO.

¡Ah, demandadero indigno,
Qué banderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

D. LUIS.

Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿á quien dió
La esquela?

PERICO.

Bien escusada
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?
A mí.

D. MARTIN.

¿Y el otro fantasma
Que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fuí.

D. MARTIN.

¿Con aquella pata?

PERICO.

Sí señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.

D. LUIS.

Picaron!... Cosa mas.....

D. MARTIN.

Dí,
¿Y el dinero en donde pára?

D. LUIS.

¿Qué hiciste de él?

PERICO.

¿Qué sé yo?

TIO JUAN.

¡Vamos que el mocito es caña!

D. MARTIN.

¿Qué has hecho de él?

PERICO.

No le tengo
Aquí: dejadme que vaya
A casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.

D. MARTIN.

Pues corre.

(*Don Martin le da un embion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.*)

D. LUIS.

No hay que soltarle.

PERICO.

Pero iré bajo palabra
De honor.

D. LUIS.

O entrega el dinero,
O vas á pagar tus maulas
A un calabozo.

PERICO.

¡Que empeño!...

D. LUIS.

Y en tanto que el señor llama
A la justicia.....

TIO JUAN.

Allá voy.
(*Hace que se va y vuelve.*)

PERICO.

Aquí está el dinero.
(*Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero y se lo guarda.*)

D. MARTIN.

Daca,
Ratero.

PERICO.

¡Ratero á mí!

D. MARTIN.

¿Y está todo?

PERICO.

Lo que falta
Don Claudio os lo pagará,
Que yo no me pringo en nada.

D. MARTIN.

Vamos á ver.

D. LUIS.

Pues, amigo,
Ya habeis visto lo que pasa;
Y así diréis á las madres
Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.

TIO JUAN.

Está bien.

PERICO.

La del humo.

ESCENA XIV.

D. LUIS, D. MARTIN, PERICO, D. CLAUDIO.

D. LUIS.

¡Buena alhaja
De mozo nos ha venido!
¿Y en estos enredos anda
Tu señor?

D. MARTIN.

¿Pues qué creias?

D. LUIS.

Nunca pensé que llegara
A tal.

D. MARTIN.

Si, que el jovencito
Es sugeto de esperanzas.

D. LUIS.

Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y que... Llama
A ese muchacho.

PERICO.

¡Don Claudio!
¡Señor don Claudio!

D. LUIS.

Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy seria para dejarla
Así.

PERICO.

Si pudiera yo
Entretanto.....
(*En ademan de quererse ir por la puerta del lado derecho.*)

D. LUIS.

No te vayas.....
Quieto.

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO, *saliendo de su cuarto.*

¿Qué ocurre?

D. LUIS.

¿Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedaje,
La amistad, la confianza,
¿Se pagan así?

D. MARTIN.

Bribon!

D. CLAUDIO.

Toma, ¿pues qué.....

D. MARTIN.

¡Le matara
De un golpe!

D. CLAUDIO.

Maldito sea
El papel y..... Yo pensaba
Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto.....

D. LUIS.

¡Es buena gracia
Por mi vida! ¿Te parece
Que es para menos la chanza?

D. CLAUDIO.

Ya; pero en cumpliendo como
Hombre de bien.

D. LUIS.

¿Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Despues de hacer una infamia?
¿Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa? ¿No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre?

D. CLAUDIO.

¡Vaya,
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!
¿Cuanto va que no se enfada?

D. LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

D. CLAUDIO.

Pues digo bien: ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡Mi padre!... Pues apostara
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo..... ¡Cuidado
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo!... Oh! pues yo
Por bien soy como una malva;
Pero por mal..... ¿Si querrán
Que me acoquine y les vaya
A pedir perdon?..... Parece
Que es alguna cosa estraña
Segun se ponen..... La quiero:
Ya se ve, me da la gana
De quererla; ella me quiere
Tambien á mí; con que pata.
Toma!... El papel ya está hecho:
Su padre quiso encerrarla;
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.

D. MARTIN.

Como? Qué?... ¿Qué ha sido?

D. LUIS.

Calla,
Déjale hablar.

PERICO.

Si mi amo
Está diciendo patrañas,
Si sueña.

D. LUIS.

Calla, ó te mando
(Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.)
Tirar por una ventana.....
Vete de aquí.

D. CLAUDIO.

Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba.
Ella quiso..... ¿Yo, qué habia
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?
Y al cabo que.....

D. MARTIN.

Pero cómo.....

D. CLAUDIO.

El cómo es cosa muy larga
De contar.... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras.....
Y lo que ha de ser por fuerza,
Tomarlo de buena gana.

D. MARTIN.

Si.....
(Lleno de turbacion y de inquietud, llama acercándose á la puerta del lado izquierdo.)
¡Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede..... Clara!

ESCENA XV.

Dª. CLARA, D. LUIS, D. MARTIN, D. CLAUDIO.

D.ª CLARA.

Señor..... Padrecito mio,
¿Me llamais á mí?

D. CLAUDIO.

Te llama
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
A sermones..... El papel
Nos le han pillado, eso pasa.

D. MARTIN.

Ya lo comprendo..... ¡Dios mio!
Déjame, que he de matarla.

(*Huye doña Clara, y se pone al lado de don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.*)

D. LUIS.

¿Qué vas á hacer?

D.ª CLARA.

Claudio, presto,
Sácame de aquí.

D. MARTIN.

Malvada!...
¡Hija inobediente!... ¿Así
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.

D.ª CLARA.

Al instante
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?
El papel le tengo yo,
Tu muger soy, no tu dama;
En cualquier parte hallarémos
Proteccion..... Nada nos falta,
Mientras yo viva á ninguno
Necesitas.

D. MARTIN.

Desgraciada!

(*Don Martin, sintiéndose desfallecido, se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.*)

No puedo estar.....

D. LUIS.

Mira, vete
Allá adentro..... No adelantas
Nada con verla.

D. MARTIN.

Es verdad.....
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

D. LUIS.

Bien.

D. MARTIN.

Que no
Me pongan los pies en casa
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO.

Vamos.

(*Don Claudio y doña Clara hacen ademan de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.*)

D. LUIS.

Como?
¿Y adonde iréis?

D.ª CLARA.

Él lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

D. CLAUDIO.

Si aquí nos halla,
Puede hacer un desatino.
Vamos.

D. LUIS.

¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habeis hecho?

D.ª CLARA.

Estoy muy harta
De sufrirle..... ¿No habeis visto
Cuanto le irrita que haya
Pensado en casarme, como
Cualquiera muger se casa?

¿No ha de tener esto fin?
¿He de vivir siempre esclava?...
Chico, vámonos..... Y no,
No temais que esto dé causa
A escándalos. Hay papeles,
Prendas, testigos que bastan
A probar que es mi marido
Y yo su muger. Mañana
A las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entonces.....

D. CLAUDIO.

Entonces?
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

D. LUIS, *con mucho enojo.*

Pícaro!

D. CLAUDIO.

Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene, y en habiendo plata...

D. LUIS, *tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*

Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

Dª. CLARA.

¿Qué es esto?.. ¡Ay de mí! ¿Es posible?..
Moriré desesperada.
¡Inés la heredera!

D. LUIS.

Sí.
El Cielo quiere premiarla,
Y á tí te castiga.

D. CLAUDIO.

Calle!
Pues cierto que...

Dª. CLARA.

Desdichada!

D. LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

Dª. CLARA.

¡Que miseria nos aguarda!
¡Que afrentas! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.
Ay! mi padre vuelve... ¿En donde
Me ocultaré?

(*Don Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA XVII.

D. MARTIN, Dª. INES, D. LUIS, Dª. CLARA, D. CLAUDIO.

D. MARTIN.

No, te cansas
En balde... No quiero verla.

Dª. INÉS.

Pero señor...

D. MARTIN.

Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.

D.ª INÉS.

Pobre, abandonada
De su padre, ¿adonde irá?

D. MARTIN.

Que no me mire á la cara
Nunca.

D.ª INÉS.

Prima, ven aquí,
(*Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.*)
Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.

D. MARTIN.

Quita.

D.ª INÉS.

Por mí, señor.

D. MARTIN.

Vete, aparta,
¡Hija indigna!

D. LUIS.

Pero, hermano,
Es menester perdonarla...

¿Qué quieres hacer?

D. MARTIN.

Que vea
Cuantas desdichas arrastra
Su delito.

D.ª INÉS.

Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿He de tolerar que salga
De aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias?
Hambre, desnudez la aguardan,
Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras,
Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta;
Que no, no quiero riquezas
Si no he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡Oh maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda!

D. MARTIN.

¡Inés, sobrina!

(*Don Martin y don Luis espresan su sorpresa y su ternura.*)

D. LUIS.

¡Querida
Inés!

D. MARTIN.

¡Tú sí que eres santa!

D.ª INÉS.

No señor, soy compasiva
Nada mas... Pero se pasa

(*Va á donde está doña Clara, y la trae de la mano.*)

El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

D.ª CLARA, *besando las manos á doña Inés.*

Inés, yo he sido
Para contigo muy mala;
Perdóname.

D.ª INÉS.

¡Que locura!
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

D. MARTIN.

Yo sí me acuerdo,
Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Muger!

D. LUIS.

¡Como te arrebata
El furor!.. Pero conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés: con ella reparta
Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido y basta.
Así podrá contenerlos
En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla,
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la estravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interés
Lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
A la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

(*Don Claudio se acerca: él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.*)

D. MARTIN.

Bien... Alzad,
Hijos... Y no me hableis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡Que mal pensaba

De ti!.. Bendita!.. ¡Hija mia!
¡Querida Inés!

D. LUIS.

Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
Oh! quiera el Cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga!

Dª. INÉS.

Sí señor, sí, vivirémos
Siempre amigas, siempre hermanas.
(*Doña Inés y doña Clara se abrazan.*)

D. LUIS.

Lo espero así...
(*Asiendo de las manos á doña Ines, con espresion de ternura.*)
Pero tú
No sabes como se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por ti, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocara
La dicha de ser tu padre
Por el trono de un monarca.
¡Ojalá fuese el ejemplo
Público!.. Si esto miraran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la virtud
Verdadera de la falsa.



El si de las niñas.

PERSONAS.

DON DIEGO. DOÑA IRENE. RITA. CALAMOCHA.
DON CARLOS. DOÑA FRANCISCA. SIMON.

—

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

D. DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse V. dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado V. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo... Ello tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho..... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí señor.

D. DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Porque?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Escelente.

D. DIEGO.

¿Con que al instante has conocido...

SIMON.

¿Pues no es claro?... Vaya!... Dígole á V. que me parece muy buena boda: buena, buena.

D. DIEGO.

Sí señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace V. muy bien.

D. DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

Locura? ¡Buena locura!..... ¿Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo: he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que V. tiene ¿para quien ha de ser?

D. DIEGO.

Dices bien..... ¿ Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y vivirémos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que diran; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

D. DIEGO.

¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

¿Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

¿Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó V. no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al revés..... En suma, esta doña Paquita ¿con quien se casa?

D. DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con V.?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

D. DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

¿Pues qué creias? ¿Para quien juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Cárlos, su sobrino de V., mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

¡Mire V. que idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y.....

SIMON.

Valor! ¿Todavía pide V. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó V. entonces del valor de su sobrino; y yo le vi á V. mas

de cuatro veces llorar de alegría, cuando el Rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO.

Sí señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está V. bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre.....

D. DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de escelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija: pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena.....

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como V. apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

D. DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Sí señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabello-

nes... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á V. pesadumbre...

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quien sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener paraque le engañe.

D. DIEGO.

Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y díle que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberémos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se vá por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

Dª. FRANCISCA.

Ya estamos acá.

Dª. IRENE.

¡Ay que escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

Dª. IRENE.

¿Con que V., á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

D. DIEGO.

No señora. Luego, mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y que mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire V., mire V. (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de san Benito, una pililla de cristal... mire V. que bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuanto viene aquí! ¡Tantas cosas!

D.ª IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

D.ª FRANCISCA.

¡Como me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!..... Es ya muy viejecita.

D.ª IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á V.

D.ª FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia, ¿porqué no ha venido aquel señor?

D.ª IRENE.

El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

D.ª FRANCISCA.

Toma, (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y*

con las mantillas al cuarto de doña Irene.) guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! Eh! ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

D.ª FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

D.ª IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

D.ª IRENE.

¡Y que fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... *(Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.)* Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe V. particulares obligaciones.

D.ª IRENE.

Sí, la tia de acá está muy contenta; y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto V. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda V. de lo espresiva que estuvo, y...

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

D.ª IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

D.ª IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre...

D.ª FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

(Se levanta y vuelve á sentarse.)

D.ª IRENE.

No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde V. la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá V. visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

D. DIEGO.

Ya.

D.ª IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fue un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

D.ª FRANCISCA.

Válgate Dios que moscas tan...

D.ª IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

D.ª IRENE.

Si señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere V.? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quien sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

D. DIEGO.

Si, pues ya se ve. Todo se imprime.

D.ª IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

D.ª IRENE.

Si señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

¿Y de que edad murió el venerable?

D.ª IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

D.ª FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

D.ª IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, que prisa tienes!

D.ª FRANCISCA.

Quiere V. *(Se levanta, y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene y se va al cuarto de esta.)* que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

D. DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

D.ª FRANCISCA.

Mire V., así.

D. DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

D.ª FRANCISCA.

Para V. una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

D.ª IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata.

D.ª IRENE.

¿Qué quiere V.? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de V., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

D.ª IRENE.

Oiria V. lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

D.ª IRENE.

No tenga V. sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase

V. cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre, yo le quiero á V.

D. DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de esplicarse...

D.ª IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de V., y en todo manifiesta el particular cariño que á V. le tiene... ¡Con que juicio hablaba ayer noche despues que V. se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

D.ª IRENE.

¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO.

Calle! ¿Eso decia?

D.ª IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quien ha de gobernar la casa? ¿Quien ha de mandar á los criados? ¿Quien ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

D.ª IRENE.

Lo que sé decirle á V. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el Cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á V., ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad..... No era un niño, pero.....

D.ª IRENE.

Pues á eso voy..... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la gineta... no señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casámos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los

siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

Oiga!... Mire V. si dejó sucesion el bueno de don Epífanio.

Dª. IRENE.

Sí señor, ¿pues porque no?

D. DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fue niño ó niña?

Dª. IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

Dª. IRENE.

¡Ay señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

Dª. IRENE.

Sí señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia y...

Dª. IRENE.

¿Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Dª. IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á V. que...

ESCENA V.

SIMON, Dª. IRENE, D. DIEGO.

SIMON, *sale por la puerta del foro.*

Señor, el mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá... Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. *(Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.)* ¿Con que supongo que mañana tempranito saldrémos?

Dª. IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á V. le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

D. IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Dª. IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

Dª. IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... Rita!... Me le habrán dejado morir. Rita!

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

Dª. IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí señora. Mas ha comido que un

avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

D^a. IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de V. ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

D^a. IRENE.

¿Y aquella chica qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

D^a. IRENE.

¡Que pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

RITA.

¡Que chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salímos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Que poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! *(Entrase en el cuarto de doña Francisca.)*

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!... Y que agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... *(Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.)* Oiga!... Seguidillitas?... Y no canta mal..... Vaya, aventura tenemos... Ay! que desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... *(Forcejeando para echar la llave.)* Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta V. de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!... Rita!

RITA.

Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Que hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adonde fue, ni con quien habló, ni como lo dispuso: solo sé decirte que aquella tarde salímos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegámos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallámos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar

chasquidos..... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi tèniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¡Que gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?... Friolera!... El moro Gazul fue para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Como te hallo aquí? ¿Con quien estás? ¿Cuando llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen..... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallámos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogímos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejámos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldrémos. Por esta casualidad nos....

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormirémos

esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudímos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA.

¿Y adonde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo..... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!.. Mira, díle en caridad que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida.

(*Entrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¡Que malo es!.. Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!.. Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*) Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?.. Quererlos: no tiene remedio, quererlos..... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

(*Sale doña Francisca.*)

Dª. FRANCISCA.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado V.?

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre..... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles..... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él..... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija V.

Dª. FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada.. Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon.

(*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quien sabe?.... ¿No se acuerda V. ya de aquel dia de asueto que tuvímos el año pasado en la casa de campo del Intendente?

Dª. FRANCISCA.

Ay! ¿como puedo olvidarlo?.. Pero ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir que aquel caballero que vímos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

Dª. FRANCISCA.

¡Que rodeos!.. Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fue acompañando hasta la ciudad...

Dª. FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces..... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Porqué, señora!..¿A quien dímos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con V., mediaba entre los dos una distancia tan grande, que V. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita..... Mire V. que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda V. de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

Dª. FRANCISCA.

¡Ay Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

Dª. FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Que bobería! Desengáñese V., señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía..... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe V. que no vímos en él una accion descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?.. Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!.. Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No señora, no ha dicho eso.

Dª. FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero...

(*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

Dª. FRANCISCA.

¿Adonde vas?

RITA.

Quiero ver si...

Dª. FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

Dª. FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto..... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Dª. FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Si señora... Y le ha ido á buscar para...

Dª. FRANCISCA.

¿Con que me quiere?.. ¡Ay Rita! Mira tú si hicímos bien de avisarle... ¿Pero ves que fineza?.... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme..... porque yo se lo mando!.... ¡Que agradecida le debo estar!.. Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Dª. FRANCISCA.

Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente..... ¿Y como has de avisarme?.. Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

Dª. FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar..... Además, que si está allí don Diego...

Dª. FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

Dª. FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

Dª. FRANCISCA.

¡Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que V. lo jure, lo creo.

Dª. FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

Dª. FRANCISCA.

Ah!.... Pues mira como me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve.*) ¡Que impaciencia tengo!.. Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Dª. IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

Dª. FRANCISCA.

Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Dª. IRENE.

¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Dª. FRANCISCA.

Me parece que no.

Dª. IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

Dª. FRANCISCA.

Bien; sí señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

Dª. IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos, botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida..... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

Dª. FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

Dª. IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!.. En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*)

Dª. IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en todo la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á V. tanto daño...

Dª. IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

Dª. FRANCISCA, *aparte á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

Dª. IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿que has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

Dª. FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

Dª. IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartámos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

Dª. IRENE.

No, nada mas..... Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

Dª. IRENE.

Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda V.?

Dª. IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede..... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo: lo entiendes?

RITA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

Ah! mira.

RITA.

Otra.

Dª. IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Que noche tan mala me dió!.. ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!.. Ello por otra parte divertia, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Dª. IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! tan atento! tan bien hablado! ¡Y con que garbo y gene-

rosidad se porta!.. Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y que casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Que ropa blanca! que batería de cocina! y que despensa, llena de cuanto Dios crió!.. Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Dª. FRANCISCA.

Sí señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á V.

Dª. IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra..... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Dª. FRANCISCA.

Mamá, no se enfade V.

Dª. IRENE.

¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?.... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?.. ¡Perdóneme Dios!

Dª. FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe V.?

Dª. IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

Dª. FRANCISCA, *aparte.*

¡Perdida soy!

Dª. IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire V. que juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué..... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo V., si no lo sabe.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á V.

Dª. IRENE.

Sí, que no sé yo...

Dª. FRANCISCA.

No señora, créame V. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Dª. IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

Dª. FRANCISCA.

Sí señora, que yo no sé mentir.

Dª. IRENE.

Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde..... Cuidado con ello.

Dª. FRANCISCA, *aparte.*

¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

Dª. IRENE.

¿Pues como tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el Rector

de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿como va?

Dª. IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

¿Y doña Paquita?

Dª. IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

Dª. IRENE.

¿Qué se admira V.? Son niñas..... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria V. al convento de buena gana?.. La verdad.

Dª. IRENE.

Pero si ella no...

D. DIEGO.

Déjela V., señora, que ella responderá.

Dª. FRANCISCA.

Bien sabe V. lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice V. tan afligida y...

Dª. IRENE.

Si es natural, señor. ¿No ve V. que..

D. DIEGO.

Calle V. por Dios, doña Irene, y no me diga V. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Dª. FRANCISCA.

No señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO.

¡Mandar, hija mia!.. En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!.. ¿Y quien ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?.. ¿Pues cuantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?.. Eh! No señor, eso no va bien... Mire V., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad..... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cual seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apeteci-

ble que yó? ¡Y en Madrid! figúrese V, en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en V. todo cuanto yo deseaba.

Dª. IRENE.

¿Y puede V. creer, señor don Diego, que...

D. DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme V. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como V. las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa V. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á V., Paquita, sinceridad. El cariño que á V. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de V. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si V. no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame V., la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Dª. IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

Dª. IRENE.

Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede V. mandárselo, porque á ella la toca responder..... Con ella he de casarme, con V. no.

Dª. IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En que concepto nos tiene V.!.. Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pásan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?.... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Dª. IRENE.

Sí señor que tiene que ver, sí señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á V. que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña..... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleíllo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á V., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á V. la deba disgustar.

Dª. IRENE.

Pues ¿no quiere V. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... ¡válgame Dios!.. la mataba á golpes, mire V..... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en

Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice, y...

D. DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que V.

Dª. IRENE.

Respóndele.

Dª. FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si Vds. se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia; esto es dar alguna espresion á lo que se dice: pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Dª. IRENE.

Sí señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que V. nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco..... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Dª. IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Dª. FRANCISCA.

Sí señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

Dª. IRENE.

No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

Dª. FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!..

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á V. digna todavía de mayor fortuna.

Dª. IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*)

Dª. IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

Dª. FRANCISCA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

¿Y cuanto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada antes que yo falte?

Dª. FRANCISCA.

Bien lo conozco.

Dª. IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

Dª. FRANCISCA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Dª. FRANCISCA.

¿Pues qué, no la quiero yo á V.?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Dª. IRENE.

Si, dice V. bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... señorita...

Da. FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

Da. FRANCISCA.

Como?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de V., y ya sube por la escalera.

Da. FRANCISCA.

¡Ay Dios!.. ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!.. Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire V. que en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Da. FRANCISCA.

Sí... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente..... Valor, señorita, y resolucion.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

Da. FRANCISCA.

No, no, que yo tambien..... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

D. CARLOS, Da. FRANCISCA.

(*Sale don Cárlos por la puerta del foro.*)

D. CARLOS.

Paquita!.... vida mia!.... Ya estoy aquí.. ¿Como va, hermosa, como va?

Da. FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

¿Como tan triste?.... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Da. FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí.... Sabe V... Sí, bien lo sabe V..... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

¿En donde?

Da. FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

D. CARLOS.

Sola?

Da. FRANCISCA.

No señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo.

(*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*)

Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Da. FRANCISCA.

Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa V. hacer?

D. CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad..... Pero tiempo hay.... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de V., ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de V. merece la primera atencion.

Da. FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

Dª. FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Cual?... No. Eso no.

Dª. FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen.....

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Dª. FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me.....

D. CARLOS.

¿Y V. que esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Dª. FRANCISCA.

Ingrato!... ¿Pues no sabe V. que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Dª. FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.*)

Dª. FRANCISCA.

¿Pues de quien ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! ¡Que dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿V. me llama paraque la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de V. sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para V. algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

Dª. FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Dª. FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra... Pero V. debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Dª. FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer paraque á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena..... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé que camino ha de hallar V. para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene V. confianza en mí?

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa V. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si V. no hubiese veni-

do, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero V. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

D. CARLOS.

¡Que llanto!... ¡Como persuade!.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á V. de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quien puede oponérsele? Nada hay que temer.

Dª. FRANCISCA.

¿Es posible?

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por V. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante.. Y V., señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Dª. FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia verémos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

Dª. FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Acuéstese V., y descanse.

D. CARLOS.

¿Descansar con celos?

Dª. FRANCISCA.

¿De quien?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma V. bien, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios, vida mia.

Dª. FRANCISCA.

A Dios.

(*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

D. CARLOS, *paseándose con inquietud.*

Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo.... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. CARLOS.

Vamos... ¿Y adonde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quien quiere sopas?

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Entrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) Eh! chit, digo...

D. CARLOS.

Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve V. lo que viene por allí?

D. CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quien diablos le....

D. CARLOS.

¿Y qué harémos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da V. licencia paraque......

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CARLOS.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. ¿Como va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¡Cuanto me alegro de...

D. CARLOS.

¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues que novedad es esta?

SIMON.

Oh! que estaba V. ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

D. CARLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quien me habia de decir á mí..... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y V. de cada vez mas guapo... ¿Con que V. irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y que calor traje, y que polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir..... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que V. viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va V. allá?

D. CARLOS.

Adonde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salímos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí señor, voy á decir á V..... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

D. DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba, y se aparta á un estremo del teatro.*)

D. CARLOS.

¡Mi tio!...

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

D. DIEGO.

Simon!

SIMON.

Aquí estoy, señor.

D. CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... ¿Quien es?

SIMON.

Un amigo de V., señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto.

D. DIEGO.

¿Cómo un amigo?... Qué?... Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tio!

(*En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

D. DIEGO.

Quítate de ahí.

D. CARLOS.

Señor!

D. DIEGO.

Quítate. No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Si V. se altera y...

D. DIEGO.

¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

D. DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... *(Acercándose á don Cárlos.)* ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porque estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A tí no te pregunto nada. ¿Porque has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porque te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. *(Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.)* Dime qué ha sido.

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO.

¿Y que otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas señor.,

D. DIEGO.

¿Pues que desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á V. en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

¿No hay mas?

D. CARLOS.

No señor.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quien ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar..... Vamos,... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere V., tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus

soldados. El Rey le tiene allí paraque los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

D. CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de V. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero *(Alza la voz, y se pasea inquieto.)* yo tomaré mis medidas paraque estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. V. no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos *(A Calamocha.)* y con las maletas al meson de afuera... V. *(A don Cárlos.)* no ha de dormir aquí... Vamos *(A Calamocha.)*, tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... *(A Simon.)* ¿Que dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.)

D. DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... *(A Calamocha.)* ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú *(A Simon.)* vé con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

D. DIEGO.

Tome V. *(Le da el dinero.)* Con eso hay bastante para el camino..... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. *(A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.)* Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí señor, haré lo que V. manda.

D. DIEGO.

Muy bien... A Dios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

D. DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede V. con Dios.

(Hace que se va y vuelve.)

D. DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tio, eh?

D. CARLOS.

No me atreví.

(Besa la mano á don Diego y se abrazan.)

D. DIEGO.

Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

¿Qué dice V.? No lo permita Dios.

D. DIEGO.

¿Quien sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. CARLOS.

No señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.

No señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso..... Con que, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

D. CARLOS.

No señor. Porque V. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado..... A Dios...

D. CARLOS.

¿Queda V. enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me dés que sentir. *(Poniéndole ambas manos sobre los hombros.)* Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude V.

D. DIEGO.

Como oficial de honor.

D. CARLOS.

Así lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Cárlos. *(Abrazándose.)*

D. CARLOS, *aparte, al irse por la puerta del foro.*

¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que..... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

D.ª FRANCISCA.

Se habrán recogido ya..... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

D.ª FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

D.ª FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje V., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea V. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

D.ª FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA.

¿A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

D.ª FRANCISCA.

Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y vé con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire V. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

D.ª FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

D.ª FRANCISCA.

Yo pensé que estaban Vds. acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

D.ª FRANCISCA.

¿Que gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

D.ª FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

D.ª FRANCISCA.

¿Quienes dice V. que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

D.ª FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí señora, ahí en ese cuarto.

D.ª FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Dª. FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?.. No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

Dª. FRANCISCA.

¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje V., que todavía no creo lo que he visto..... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Dª. FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí señora. Los dos.

Dª. FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Dª. FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

Dª. FRANCISCA.

Indigno!.. ¡Hombre indigno!

RITA.

Señorita!

Dª. FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á discurrir que motivos ha podido haber para esta novedad.

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?.. ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

Dª. FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fue con otro designio, no me parece natural..... Celos... ¿Porque ha de tener celos?.. Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Dª. FRANCISCA.

Te cansas en vano. Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Dª. FRANCISCA.

Sí, vámonos..... Vamos á llorar..... ¡Y en que situacion me deja!... Pero ¿ves que malvado?

RITA.

Sí señora, ya lo conozco.

Dª. FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!.... ¿Y con quien? Conmigo..... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?..... ¿Mereció mi cariño este galardon?.. ¡Dios de mi vida! ¿Cual es mi delito, cual es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se..... ¡Como ronca este!.. Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta:*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Que estaba V. ahí, señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion. Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice V. bien..... ¿Y que hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido..... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si V. viera que apesadumbrado le dejé ¡que triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

¿No ves que venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de V., sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo..... Me parece que el castigo no pasará adelante, eh?

D. DIEGO.

¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver..... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fue me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas; y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quien será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?.... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos..... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á V. que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

D. DIEGO.

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere V. que nos asomemos un poco, á ver...

D. DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*)

SIMON.

Señor!... Eh! Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

Dª. FRANCISCA.

¿Siguiendo la pared no voy bien?
(*Vuelven á probar el instrumento.*)

RITA.

Sí señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Dª. FRANCISCA.

No te muevas..... Deja..... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Dª. FRANCISCA.

Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡Dios mio!... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Vé, responde..... Albricias, corazon. Él es.

SIMON.

¿Ha oido V.?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

Dª. FRANCISCA.

(Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que V. acaba de hacer?.... ¿Que fuga es esta?..... Rita, *(Apartándose de la ventana, y vuelve despues.)* amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame..... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela V... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á V. tan tímido..... *(Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.)* No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene V. para dejarme muriendo?.... Sí, yo quiero saberlo de su boca de V. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿como le parece á V. que estará el mio?..... No me cabe en el pecho... Diga V. *(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)*

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Dª. FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... *(Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.)* Ay!

Dª. FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

¿Que grito fue ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, señor. *(Tentando por el suelo cerca de la ventana.)*

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí... ¿Que amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. *(Halla la carta y se la da á don Diego.)*

D. DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz..... En la caballeriza, ó en la cocina.... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. *(Vase Simon por la puerta del foro.)*

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quien debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quien, sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé repri-

mir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Que esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Que felicidades me prometia!... Celos!... Yo?... ¡En que edad tengo celos!..... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Como he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!..... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

D. DIEGO, *acercándose.*

Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí señor, porque...

D. DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba .. Yo le diré á V... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire V. (*Alza la jaula que está en el suelo.*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya..... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

Ah! Deje V., encenderémos esta (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*), que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Si señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO.

Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Dª. FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No señora.

Dª. FRANCISCA.

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber que disculpa darles.

(*Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

Dª. FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana..... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

Dª. FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses..... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

Dª. FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

Dª. FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fue preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con que temor me habló, que agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo.... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

Dª. FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á V. de esa manera...

Dª. FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?..... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?..... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

D. DIEGO, SIMON, Dª. FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que dés, los alcanzas..... ¿Las dos aquí, eh?..... Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Sí señor.

D. DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

Dª. FRANCISCA.

No señor..... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

¿V. no habrá dormido bien esta noche?

Dª. FRANCISCA.

No señor. ¿Y V.?

D. DIEGO.

Tampoco.

Dª. FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

¿Está V. desazonada?

Dª. FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

¿Qué siente V.?

(*Siéntase junto á doña Francisca.*)

Dª. FRANCISCA.

No es nada..... Así un poco de..... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será; porque la veo á V. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene V., Paquita? ¿No sabe V. que la quiero tanto?

Dª. FRANCISCA.

Sí señor.

D. DIEGO.

Pues ¿porque no hace V. mas confianza de mí? ¿Piensa V. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Dª. FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene V. un amigo, no desahoga con él su corazon?

Dª. FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de V.

Dª. FRANCISCA.

No señor, V. en nada me ha ofendido... No es de V. de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

¿Pues de quien, hija mia?... Venga V. acá..... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame V., ¿no es cierto que V. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuanto va que si la dejasen á V. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Dª. FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

¿Será posible que V. no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como V. merece?

Dª. FRANCISCA.

No señor, no señor.

D. DIEGO.

Mírelo V. bien.

Dª. FRANCISCA.

¿No le digo á V. que no?

D. DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve V. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

D.ª FRANCISCA.

Tampoco, no señor..... Nunca he pensado así.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas..... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. V. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. V. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿que llanto es ese? ¿De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de V. en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

D.ª FRANCISCA.

Y ¿que motivos le he dado á V. para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de V. sigue aprobándola, y llega el caso de....

D.ª FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con V.

D. DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

D.ª FRANCISCA.

Despues..... y mientras me dure la vida seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar..... Pero si V. me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame V., estos titulos ¿no me dan algun derecho para merecer de V. mayor confianza? ¿No he de lograr que V. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

D.ª FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

D. DIEGO.

¿Por qué?

D.ª FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

D. DIEGO.

¡Pero que obstinado, que imprudente silencio!... cuando V. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

D.ª FRANCISCA.

Si V. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe V., no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será V. mi muger.

D.ª FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá V. infeliz.

D.ª FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento,

la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

D.ª FRANCISCA.

Es verdad.... Todo eso es cierto.... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que V. se anime..... Si la ve á V. su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?..... Mire V. que ya parece que se ha levantado.

D.ª FRANCISCA.

¡Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que V. vuelva un poco sobre sí..... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire V. que desorden este! que agitacion! que lágrimas! Vaya, ¿me da V. palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

D.ª FRANCISCA.

Y V., señor... Bien sabe V. el genio de mi madre. Si V. no me defiende, ¿á quien he de volver los ojos? ¿Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de V... Yo... ¿Como es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

(*Asiéndola de las manos.*)

D.ª FRANCISCA.

¿De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce V. mi corazon.

D.ª FRANCISCA.

Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

D. DIEGO.

¿Qué hace V., niña?

D.ª FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Que poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con V.!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que V. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa..... Pero V., inocente, V. no ha tenido la culpa.

D.ª FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene V.?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

D.ª FRANCISCA.

Vaya V. presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*)

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí están, señor.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que V. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y V. no queria que le viesen.

D. DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion!... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

D. DIEGO.

Díle que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

D. DIEGO.

Venga V. acá, señorito, venga V... ¿En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

D. CARLOS.

Sí señor, entré en la ciudad y...

D. DIEGO.

¿A qué?... Siéntese V.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto...

(*Siéntase.*)

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo..... ¿Porque no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe V., ¿para qué me llama? ¿Porque no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni V. ni yo quedarémos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de V. lo que hay en esto, y quiere que V. se lo diga.

D. CARLOS.

¿Para qué saber mas?

D. DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. CARLOS.

Bien está.

D. DIEGO.

Siéntate ahí... *(Siéntase don Cárlos.)* ¿En donde has conocido á esta niña?... ¿Que amor es este? ¿Que circunstancias han ocurrido?... ¿Que obligaciones hay entre los dos? ¿Donde, cuando la viste?

D. CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeámos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que escitó en mi una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dijo entre otras cosas... burlándose.. que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de V... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separámos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á V. refiriéndole...

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que, como V. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender..... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á V., ni quise esponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser

adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos..... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe V., no hay para qué decírselo.

D. DIEGO.

¿Y que proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á V., echarme á sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella..... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo..... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que.....

D. CARLOS.

Pero no el corazon.

(*Levántase.*)

D. DIEGO.

¿Qué dices?

D. CARLOS.

No, eso no..... Seria ofenderla..... V. celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... V. se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte V. jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

¿Que temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

D. CARLOS.

Ya se lo dije á V..... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle..... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva V. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar..... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que V. me perdona.

D. DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Porque?

D. CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

D. DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir mas adelante.*)

D. CARLOS.

Nada..... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO.

Cárlos!.. ¡Que horror!.. ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro, Don Diego va detrás de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede V. con Dios.

D. DIEGO.

¿Adonde vas?.. No señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser...... Entra en ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si.....

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.

(*Entrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Dª. IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza V.?

D. DIEGO, *paseándose con inquietud.*

Sí, para rezar estoy ahora.

Dª. IRENE.

Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?..... ¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

Dª. IRENE.

Pues qué..... Dígalo V. por Dios... ¡Vaya, vaya!.. No sabe V. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

Dª. IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese V..... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo

diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos. ... Su hija de V. está enamorada...

Dª. IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme V. hablar.

Dª. IRENE.

Bien, vamos, hable V.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero nó está enamorada de mí.

Dª. IRENE.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Lo que V. oye.

Dª. IRENE.

Pero ¿quien le ha contado á V. esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Dª. IRENE, *llorando.*

¡Pobre de mí!

D. DIEGO.

¿A qué viene eso?

Dª. IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora doña Irene...

Dª. IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quien lo creyera de V.?.. ¡Válgame Dios!.. ¡Si vivieran mis tres difuntos!.... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

Dª. IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno; y un dia del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

Dª. IRENE.

Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretestos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

Dª. IRENE.

Diga V. lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Dª. IRENE.

No señor, ya no lloro.
(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco

mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

Dª. IRENE.

Pero ¿no conoce V., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Dª. IRENE.

¿Que ha de saber V., señor, ni que traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe V. el genio que tiene su tia... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene: se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de V. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que todas las tias, y las parientas, y las madres, y V., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; V. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea V. ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.*)

Dª. IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... Francisquita!.... ¡Virgen santa!..... Rita! Francisca!

D. DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

Dª. IRENE.

Sí señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es V.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

Señora!

Dª. FRANCISCA.

¿Me llamaba V.?

Dª. IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Que amores tienes, niña? ¿A quien has dado palabra de matrimonio? ¿Que enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes..... ¿Quien ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

Dª. FRANCISCA.

¡Que maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple V. su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la

culpa... Venga V. aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y V., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme V. ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda V. de las tres palmadas de esta noche.

Dª. FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) «Bien mio: si no consigo hablar con V., haré lo posible paraque llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de V., encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix.... Don Diego es mi tio. Viva V. dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo — *Cárlos de Urbina.*»

Dª. IRENE.

¿Con que hay eso?

Dª. FRANCISCA.

¡Triste de mí!

Dª. IRENE.

¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

Dª. FRANCISCA.

Madre!... Perdon.

Dª. IRENE.

No señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

¿Que locura es esta?

Dª. IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

D. CARLOS.

Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Dª. FRANCISCA.

Cárlos!

D. CARLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule V. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

D.ª IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quien es V.?... ¿Que acciones son estas?... ¡Que escándalo!

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de V. está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger.

(*Don Cárlos va adonde está doña Francisca, se abrazan. y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*)

D.ª IRENE.

¿Con que su sobrino de V.?

D. DIEGO.

Sí señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

Dª. FRANCISCA.

¿Con que V. nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

Dª. IRENE.

¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Cárlos!... Paquita! ¡Que dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS, *besándole las manos.*

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

Dª. IRENE.

¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

D. DIEGO.

Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

D.ª IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen..... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle.... (*Abrázanse don Cárlos y doña Irene: doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo V., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

Dª. FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?.. Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor.... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

La Escuela de los maridos.

La Escuela de los maridos.

PERSONAS.

DON GREGORIO.	DOÑA LEONOR.	COSME.	UN LACAYO. } No hablan.
DON MANUEL.	JULIANA.	UN COMISARIO.	UN CRIADO. }
DOÑA ROSA.	DON ENRIQUE.	UN ESCRIBANO.	

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del Comisario Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque V. es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de V. ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

D. MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

D. GREGORIO.

¿Y quien se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

D. GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

D. MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos

años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... ¿Pues qué, la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo tódo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberémos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean; y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un orígen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que.....

D. GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

D. MANUEL.

Sí; pero me parece á mí...

D. GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que V. no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta: séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA, DON GREGORIO, DON MANUEL.

(*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*)

Dª. LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Que fastidio!

Dª. LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

Dª. ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que...

D. GREGORIO.

Oiga! ¿Y á donde van Vds., niñas?

Dª. LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldrémos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entrarémos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

D. MANUEL.

Sí por cierto: vàmos allá.

Dª. LEONOR.

Y mire V.: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que porqué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla: con que, si V. quiere, irá conmigo esta tarde; merendarémos, nos divertirémos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse á donde guste: V. puede ir con ella... Tal para cual. V. puede acompañarlas si lo tiene á bien; y V. á casa.

D. MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

D. GREGORIO.

A mas ver. (*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.*)

D. MANUEL.

La juventúd necesita...

D. GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

D. MANUEL.

Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL.

Considera que...

D. GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande..... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA, *aparte.*

¡Tuerto maldito!

Dª. ROSA.

No creo que tiene V. motivo ninguno para...

D. GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la esplicaré yo á V. si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

Dª. LEONOR.

Pero ¿qué quiere V. decir con eso?

D. GREGORIO.

Señora doña Leonor, con V. no va nada. V. es una doncella muy prudente. No hablo con V.

Dª. LEONOR.

Pero ¿piensa V. que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO.

¡Oh, que apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están*

los demas.) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que V. la hace me agradan poco, y el mayor favor que V. puede hacerme, es el de no volver por acá.

D^a^. LEONOR.

Mire V., señor don Gregorio, usando con V. de la misma franqueza, le digo que yo no sé como ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que V. la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre Turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa V. que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea V.; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como V. y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobraban los deseos.

D. GREGORIO.

Todo eso que dices no vale nada.

(Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

D. MANUEL.

Será lo que tú quieras..... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones,

que baile, que frequente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) contribuye mucho á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO.

¡Que blandura, que suavidad! Todo es miel y almibar... Pero permítame V. que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá V. sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL.

Y ¿porque ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO.

Porque?

D. MANUEL.

Sí.

D. GREGORIO.

No sé. Si V. no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

D. GREGORIO.

Calle! ¿Con que si V. se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL.

¿Y porque no?

D. GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y...

D. MANUEL.

Sin duda.

D. GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio, y...

D. MANUEL.

Cuando ella quiera.

D. GREGORIO.

¿Y tendrá V. conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

D. MANUEL.

Preciso.

D. GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

D. MANUEL.

Si no es sorda.

D. GREGORIO.

¿Y V. callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL.

Pues ya se supone.

D. GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco..... Vaya V. adentro, niña: V. no debe asistir á pláticas tan indecentes. (*Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.*)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

D. MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad ho-

nesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO.

Oh! que gusto he de tener cuando la tal esposa le...

D. MANUEL.

Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO.

¡Que gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y verémos entonces cual de los dos tiene mas gana de reir.

Dª. LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que V. le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que V. se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si V. hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como V., pan bendito.

D. GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

Dª. LEONOR.

Pero ¿no irá V. por mí?

D. MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. A Dios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de V.

(*Don Manuel y las dos mugeres se van por una de las calles.*)

D. GREGORIO.

Yo no soy criado de V. Vaya V. con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan..... ¡Que familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza ni..... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla..... Pondrémos remedio..... Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

(*Salen los dos primeros de la casa de don Enrique, y observan á don Gregorio, que estará distante.*)

COSME.

¿Es él?

D. ENRIQUE.

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO.

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres...

D. ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*), no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinaje y...

D. ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(*Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.*)

D. GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la Corte no pudiera menos de...

(*Estornuda y se suena.*)

D. ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO.

Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese V.

D. GREGORIO.

¿Quien va? (*Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á.... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

D. GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

D. ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á V. de sus meditaciones.

D. GREGORIO.

En efecto.

D. ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á V., que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

D. GREGORIO.

Bien.

D. ENRIQUE.

Y de manifestarle á V. con la mayor sinceridad cuanto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO.

Lo estimo.

D. ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de V.,

en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona.....

D. GREGORIO.

Muy bien.

D. ENRIQUE.

¿Y sabe V. las noticias que hoy tenemos? En la Corte aseguran como cosa muy positiva...

D. GREGORIO.

¿Qué me importa?

D. ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

D. GREGORIO.

Eh!

D. ENRIQUE.

Realmente (*Despues de una larga pausa prosigue don Enrique. Se pára, deseando que don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!..... Y V. ¿en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO.

En mis negocios.

D. ENRIQUE.

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace V.?

D. GREGORIO.

Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de V. en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si V. no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de V., y...

D. GREGORIO.

Agur..

(*Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE.

Ah! ¡Yo me desespero!

COSME.

¿Y porque?

D. ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á V. le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa V., señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una muger á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la

martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame V.: la aspereza del consabido tutor le facilitará á V. los medios de enamorar á la pupila.

D. ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la Corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla; y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que V. pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

D. ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte, que ella todavía no sabe que V. la quiere?

D. ENRIQUE.

No sé qué decir. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Márcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al Cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quien sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Sí, discurramos.

D. ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estámos bien. A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que...

COSME.

No ve V. que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra..... No, no, á casa... Y despacito, como que...

D. ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(*Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.*)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Salen los dos de casa de don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quien es el sugeto.

(*Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve despues.*)

D.ª ROSA.

Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

D. GREGORIO.

¿No dices que has oido que se llama don Enrique?

D.ª ROSA.

Sí, don Enrique.

D. GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(*Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entretanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.*)

D.ª ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

(*Al salir Cosme da un gran tropezon con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

¡Que bruto de.....

¡No ve V. que modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(*Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.*)

D. ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

D. GREGORIO.

Ah! precisamente es V. el que busco.

D. ENRIQUE.

¿A mí, señor?

D. GREGORIO.

Sí por cierto... ¿No se llama V. don Enrique?

D. ENRIQUE.

Para servir á V.

D. GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues señor, si V. lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á V. en algo?

D. GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle á V. un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

D. ENRIQUE.

¿Y V. venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO.

Sí señor..... ¿Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE.

¿Pues no quiere V. que me admire, y que envanecido con el honor de que...

D. GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

D. ENRIQUE.

Pero tómese V. la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO.

No hay para qué.

D. ENRIQUE.

Si, si, V. me hará este favor.

D. GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE.

Oh! No es cortesía permitir que V...

D. GREGORIO.

Pues yo le digo á V. que no quiero moverme.

D. ENRIQUE.

Será lo que V. guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(*Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; despues se detiene dudando lo que ha de hacer.*)

D. GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á V. decir lo que...

D. ENRIQUE.

¿De pie? Oh! no se trate de eso.

D. GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

D. GREGORIO.

No le traiga V.

D. ENRIQUE.

Pero seria una desatencion indisculpable...

D. GREGORIO.

Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con V.

D. ENRIQUE.

Ya oigo.

(*Don Enrique hace ademan de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.*)

D. GREGORIO.

Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere V. oirme?

D. ENRIQUE.

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO.

Dígame V.: ¿sabe V. que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

D. ENRIQUE.

Sí señor.

D. GREGORIO.

Pues bien, si V. lo sabe, no hay para qué decírselo... ¿Y sabe V. que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi muger?

D. ENRIQUE, *con sorpresa y sentimiento.*

No sabia eso.

D. GREGORIO.

Pues yo se lo digo á V. Y además

le digo, que si V. gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE.

Quien?... ¿Yo, señor?

D. GREGORIO.

Sí, V. No andemos ahora con disimulos.

D. ENRIQUE.

Pero ¿quien le ha dicho á V. que yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

D. ENRIQUE.

Pero repito que...

D. GREGORIO.

Dale!... Ella misma.

D. ENRIQUE.

Ella?

(*Se admira, y manifiesta particular interés en saber lo restante.*)

D. GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á V. que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á V. que ha entendido muy bien lo que V. quiere decirla con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de V.; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que V. se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE.

¿Y dice V. que es ella misma la que le ha encargado...

D. GREGORIO.

Sí señor, ella misma, la que me hace venir á darle á V. este consejo saludable, y á decirle que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de V., le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa V. que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene V. un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á V.

(*Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.*)

D. ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á V. pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de V. la que le envia ese recado.

D. GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(*Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita..... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(*Mientras don Gregorio se pasea y hace*

ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á doña Rosa.)

Dª. ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

D. GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla... Calle! ¿Que estabas aquí?... Ya despaché mi comision.

Dª. ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

D. GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

Dª. ROSA.

¿Eso dice V.? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

D. GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

Dª. ROSA.

Apenas habia V. salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y..... ¿Qué le parece á V. que era?

D. GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

Dª. ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.)

D. GREGORIO.

Calle!

Dª. ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

D. GREGORIO.

Oiga!

Dª. ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como V. la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

D. GREGORIO.

¡Picardía como ella!.... ¿Y el muchacho?

Dª. ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire V., el corazon le tengo tan oprimido, que...

D. GREGORIO.

Bien te lo creo.

Dª. ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que V. mismo...

D. GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa ma-

nera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

D^a. ROSA.

Pues tome V.

(*Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta: doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*)

D. GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez. — *Enrique de Cárdenas.* ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

Dª. ROSA.

Ay! No por cierto: no la abra V.

D. GREGORIO.

¿Y qué importa?

Dª. ROSA.

¿Quiere V. que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion alguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO.

Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado, y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

Dª. ROSA.

Pero si V. tiene gusto de leerla...

D. GREGORIO.

No, nada de eso.

Dª. ROSA.

Léala V. si quiere, como no la oiga yo.

D. GREGORIO.

No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leerémos un par de horas en *Desiderio* y *Electo*... Eh? A Dios.

Dª. ROSA.

Venga V. pronto.

(*Se entra doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

D. GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No señor, las mugeres son lo que se quiere que sean. (*Va á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME.

¿Quien es? ¡Oh señor don...

D. GREGORIO.

Tome V., dígale V. á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire V., cerrada viene. Dígale V. que por ahí podrá conocer el

buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que V. ha enviado á doña Rosita...

(*Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

D. ENRIQUE.

Yo?..

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á V. sin haberla querido abrir... Lea V. pronto, y verémos si mi sospecha se verifica.

D. ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá á V. sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de V. el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea V. que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en V., las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinacion.. .. En V. consiste que yo pueda cuanto antes llamarme suya; pues solo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. A Dios, y considere V. que el tiempo vuela, y que dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse.»

COSME.

¿No le parece á V. que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor?

D. ENRIQUE.

¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecèn la que yo la tengo (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Despues se acerca.*); y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura...

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra V. lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME.

D. GREGORIO.

Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame V., caballerito, ¿volverá V. á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? V. pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya ve V. el chasco que le ha sucedido..... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, á V. no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

D. ENRIQUE.

Es verdad, su mérito de V. es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á V. por competidor.

D. GREGORIO.

Ya se ve que era una locura.

D. ENRIQUE.

Oh! yo le aseguro á V. que si hubiese llegado á presumir que V. era ya dueño de aquel corazon, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

D. GREGORIO.

Yo lo creo.

D. ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renuncio á una felicidad que estando V. de por medio, no es para mí.

D. GREGORIO.

En lo cual hace V. muy bien.

D. ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á V., ¿cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

D. GREGORIO.

V. dice bien.

D. ENRIQUE.

No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con V. un amante infeliz (*Don Enrique dará particular espresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas*), de cuya afliccion es V. la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

D. GREGORIO.

Sí, bien está, se lo diré.

D. ENRIQUE.

Que como era tan voluntaria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud si el cariño que á V. le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

D. GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que V. me lo dice.

D. ENRIQUE.

Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de V., no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

D. GREGORIO.

V. habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto V. me encarga... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero créame V., don Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡ Qué diantre! V. es mozo y sugeto de circunstancias: con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... Eh! A Dios.

(*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

D. ENRIQUE.

¡ Que necio es!

ESCENA VIII.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Llama don Gregorio á su puerta y sale doña Rosa.*)

D. GREGORIO.

Es increible la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su eleccion es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo cuanto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba el oirle..... Con que y tú ¿qué dices á esto?

Dª. ROSA.

Que no puedo sufrir que V. hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon, y que si V. me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

D. GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

Dª. ROSA.

¿Y le parece á V. honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse conmigo por fuerza sacándome de su casa de V., como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

D. GREGORIO.

Oiga! Con que...

Dª. ROSA.

Sí señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto..... Yo no sé quien le da noticia de los secretos de esta casa, ni quien le ha dicho que V. pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que el quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡Tiemblo de horror!

D. GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

Dª. ROSA.

Sí, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡Válgame Dios! ¿Y V. le disculpa?

D. GREGORIO.

No por cierto; si él ha dicho eso realmente, procede mal, y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quien te ha venido á contar á tí esas...

Dª. ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

D. GREGORIO.

Ahora?

Dª. ROSA.

Sí señor, despues que V. le volvió la carta.

D. GREGORIO.

Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

Dª. ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese V., bajé tan alegre... Mi

fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quien es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo : «Señorita, mi amo sabe que vive V. cautiva en poder de ese bruto que se quiere casar con V. en esta semana próxima. No tiene V. que desconsolarse; don Enrique la adora á V., y es imposible que V. desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva V. prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á V. en una casa de satisfaccion, y...» Yo no quise oir mas, me subí muy queditito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

D. GREGORIO.

Ese era el bribon del lacayo.

Dª. ROSA.

A la cuenta.

D. GREGORIO.

Pero se ve que este hombre es loco.

Dª. ROSA.

No tanto como á V. le parece. Mire V. si sabe disimular el traidor, y fingir delante de V. para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías..... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

Dª. ROSA.

No: esto pide una buena resolucion. Es menester que V. le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

D. GREGORIO.

Bien, pero no te desconsueles así, mugercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

Dª. ROSA.

Dígale V., si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á V. esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de V. le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

D. GREGORIO.

Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

Dª. ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

D. GREGORIO.

No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

Dª. ROSA.

Pues bien. Mire V. que le aguardo con impaciencia; despáchese V. á venir. Cuando no le veo á V., aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

D. GREGORIO.

Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... Ay! ¡Que ojos!... Eh! A Dios... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo; no puede haberle... (*Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría; despues llama á la puerta de don Enrique.*) Digo,

señor caballero galanteador, ¿podrá V. oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

D. ENRIQUE.

Oh! señor vecino, ¿que novedad le trae á V. á mis puertas?

D. GREGORIO.

Sus estravagancias de V.

D. ENRIQUE.

¿Como así?

D. GREGORIO.

Bien sabe V. lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que V. fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto V., con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿como ha de sufrir uno lo que V. hace sin saltar de cólera? ¿No tiene V. vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? Eh! que eso es indigno.

D. ENRIQUE.

¿Y quien le ha dado á V. noticias tan agenas de verdad, señor don Gregorio?

D. GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á V. que su eleccion es irrevocable, que sus planes de V. la ofenden, la horrorizan, que si no quiere V. dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo.

(*Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.*)

D. ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

D. GREGORIO.

¿Con que V. duda que sea verdad?

D. ENRIQUE.

¿Qué quiere V., señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

D. GREGORIO.

Venga V. conmigo.

(*Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras adonde está don Enrique, paraque le siga.*)

D. ENRIQUE.

Porque al fin, como V. tiene tanto interés en que yo me desespere y....

D. GREGORIO.

Venga V., venga V.... Rosa!

D. ENRIQUE.

No es decir esto que V....

D. GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que V. se desengañe... Rosita! Niña!

D. ENRIQUE.

¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

D. GREGORIO.

V. lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

Dª. ROSA, D. ENRIQUE, D. GREGORIO, COSME.

Dª. ROSA.

¿Qué es esto?.. (*Sorprendida al ver á don Enrique.*) ¿Viene V. á interceder por él, á recomendármele para que sufra sus visitas, para que cor-

responda agradecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

Dª. ROSA.

¿Pues no le he manifestado á V. ya cual es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De que manera debo decírselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de V., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que V. le pronuncie delante de mí.

Dª. ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á V. ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á V. los íntimos afectos de mi corazon.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

Dª. ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

Dª. ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V? .. Sí, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

Dª. ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(*Manifiesta en la espresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

Dª. ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad.....

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

Dª. ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mia..... Sí, morenilla de mi alma.

Dª. ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aquí, perlita (*Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda,*

y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.); consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha..... Vamos, no te me angusties: calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*), ya lo ve V. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora; V. se ha esplicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

Dª. ROSA.

No puede V. hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

Dª. ROSA.

¿Le ofendo á V. en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera..... Una aversion tan escesiva...

Dª. ROSA.

Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

V. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de V. una persona que tanto la ofende.

Dª. ROSA.

Vaya V. con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á V. este mal rato; pero...

D. ENRIQUE.

No, no crea V. que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de V.

D. GREGORIO.

Vaya V. con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa.

(*Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

Dª. ROSA.

Ande V., que no merece tanta como V. piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demás, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedarémos casados, y...

Dª. ROSA, *turbada.*

Mañana?

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

Dª. ROSA.

Pero...

D. GREGORIO.

Sí, amiguita, mañana serás mi mu-

ger. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. A Dios, hechicera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.)

Dª. ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

✱✱

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

Dª. ROSA.

No hay otro medio..... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana..... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... *(Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana: se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.)* Vamos, pero... Gente viene... Y es él... Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quien está ahí, eh? Calle! Rosita! ¿Pues como? ¿Que novedad es esta?

Dª. ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

Dª. ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.)

D. GREGORIO.

¿Pues no he estrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

Dª. ROSA.

Estoy tan confusa y...

D. GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué hā sido?

Dª. ROSA.

¿Se enfadará V. si le digo...

D. GREGORIO.

No me enfadaré. Dílo presto. . Vamos.

Dª. ROSA.

Sí, precisamente se va V. á enojar; pero... Pues tenemos una huéspeda.

D. GREGORIO.

Quien?

Dª. ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

Como!

Dª. ROSA.

Sí señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa; porque al cabo, estando ella

conmigo..... como es una muger de tanto juicio, y...

D. GREGORIO.

Pero ¿que enredo es este, señor, que hasta ahora llévame el diablo si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

Dª. ROSA.

Ha venido... Mire V., le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar V., no?

D. GREGORIO.

Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

Dª. ROSA.

Yo se lo diré á V... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

Dª. ROSA.

Sí señor. Hace mas de un año que se quieren, y casi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fue la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuantas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

Dª. ROSA.

Yo le dire á V. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de Guerra, con quien la vió una tarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas, y desde entonces no ha querido volverla á ver. Pareciòle conveniente además pagar con celos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á V. lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese..... ¿Qué hubiera V. hecho en este apuro? ¿No hubiera V. hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que... Adelante.

Dª. ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de V., cuanto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; V. no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á V. aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe V.; pero falta decirle que así que V. me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á V. la afliccion que

manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

D. GREGORIO.

Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

Dª. ROSA.

Amenazarla de que V. y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO.

¿Y ella?

Dª. ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Que en hablando con D. Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á V., ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas.... Pero ¿como he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que.... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

Dª. ROSA.

No señor, por Dios, no entre V. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que D. Manuel estrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va hácia su casa y vuelve.*)

D. GREGORIO.

Muy bien, aquí espero á que salga.

Dª. ROSA.

Pero no se descubra V., no la hable, no se acerque, no la siga.... Si le viese á V. seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente.... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese V. y no trate de molestarla.

D. GREGORIO.

¡Marta la piadosa!.... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

Dª. ROSA.

Es mi hermana.

D. GREGORIO.

¡Y que poco se parece á tí la dichosa hermana!.. Vamos, entra, y verémos si logras lo que te propones.

Dª. ROSA.

Yo creo que sí.

D. GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

Dª. ROSA.

No será menester. Voy allá... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero repito que no se descubra V., ni la hostigue, ni...

D. GREGORIO.

Bien, si, la dejaré que se vaya adonde quiera.

Dª. ROSA, *se encamina hácia su casa y vuelve.*

Ah! mire V. Así que ella salga, én-

trese V. y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

Dª. ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á V. que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

D. GREGORIO.

A-Dios, Rosita... Pero mira que si no sale...

D. ROSA.

Yo le aseguro á V. que saldrá.

(*Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.*)

D. GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion..... ¡La niña y su alma!.... Bien que ¿como habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... Mugeres! que mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon..... ¿Como he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lúnes y cada mártes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que..... Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

Dª. ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho.... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

D. GREGORIO.

En efecto la echa de casa..... (*Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y adonde irá la doncellita menesterosa?.... Ganas me dan de.... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

D. ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí señor.

D. ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME.

¡Noche toledana!

D. ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo serémos felices.

(*Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel: don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

Dª. ROSA.

Él se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

D. ENRIQUE.

¿Quien es?

Dª. ROSA.

Yo.

D. ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

Dª. ROSA.

Yo soy.

D. ENRIQUE.

A mi casa.

Dª. ROSA.

Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

D. ENRIQUE.

La que debe V. esperar de un hombre de honor.

Dª. ROSA.

Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

D. ENRIQUE.

Está V. conmigo..... Pasará V. la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez, y á él, á don Manuel, á su tutor de V., y á todo el mundo, les diré que es V. mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga V.

(*Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.*)

Dª. ROSA.

Allí está.

D. ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

Dª. ROSA.

Allí, allí.

D. ENRIQUE.

Sí, ya le distingo..... No hay que temer, quieto se está... ¡Y que bien hace en estarse quieto!... Adentro.

(*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.*)

D. GREGORIO.

Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡que regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!..... Vamos á darle la infausta noticia.... *(Se encamina á casa de don Manuel; despues se detiene.)* No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo..... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el Comisario...

(*Va en casa del Comisario y llama.*)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(*Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*)

COMISARIO.

¿Quien anda ahí?

D. GREGORIO.

Ah! ¿No es V. el señor Comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de V.

D. GREGORIO.

Pues señor... Oiga V. aparte... *(Se aparta con el Comisario á poca distancia de los demas.)* Su presencia de V. es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce V. á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

D. GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

Oiga! ¿Es V. su hermano?

D. GREGORIO.

Para servir á V.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

D. GREGORIO.

Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.

Calle! Don Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.

D. GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya V. conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

D. GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé que papel de matrimonio; pero no ignora V. de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

D. GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar..... Con que, señor Comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve V.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos..... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil... (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el Escribano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy oficioso.*) Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano Real.

D. GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

D. GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

D. GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Cocido en testamentarías, subastas, inventarios, despojos, secuestros y.....

D. GREGORIO.

No, ahí no hallará V. cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

D. GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

D. GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien.

(*Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

D. GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contarémos la amarga historia... (*Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) Está? Que

baje inmediatamente, que le espero aqui para un asunto de mucha importancia... ¡Bendito Dios! ¡En lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Que lástima de tutor! Vaya si... majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡Oh, señor hermano!

(*Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.*)

D. MANUEL.

Pero ¿que estravagancia es esta? ¿Porque no subes?

D. GREGORIO.

Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

D. MANUEL, *adelantándose hácia donde está don Gregorio.*

Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

D. GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

D. MANUEL.

¿De qué?

D. GREGORIO.

Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Dime, mi señora doña Leonor ¿en donde está?

D. MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine porque tenia una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿á qué viene esa pregunta?

D. GREGORIO.

Eh! Así, por hablar algo..

D. MANUEL.

Pero ¿qué quieres decirme?

D. GREGORIO.

Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

D. MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á que propósito puede venir nada de cuanto dices.

D. GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una muger perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

D. MANUEL.

Si no me declaras el misterio, dígote que...

D. GREGORIO.

El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

D. MANUEL.

¿Dices que Leonor...

D. GREGORIO.

Sí señor, la misma...

D. MANUEL.

Vaya, déjate de chanzas, y no me...

D. GREGORIO.

¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole á V., señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo

he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías...¿Lo entiendes?

D. MANUEL.

Pero es una cosa tan agena de verisimilitud...

D. GREGORIO.

Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Como me repudre la sangre!... Amigo, dígote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto.

(*Señalándose con el dedo en la frente.*)

D. MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

D. GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa: ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos.

(*Se encamina á casa de don Enrique, y despues vuelve.*)

D. MANUEL.

¡Haber cometido tal esceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

D. GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el Comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

D. MANUEL.

¿Eso hay?

D. GREGORIO.

Toma! Ya están allá el Comisario y un Escribano que venia con él... Digo, á no ser que V. halle en sus libros algun texto oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... Eh?

D. MANUEL.

Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á...

D. GREGORIO.

¡Que terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente.

(*Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el Comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.*)

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, D. GREGORIO, D. MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

D. GREGORIO.

¿Qué te parece?

D. MANUEL, *reprimiéndose.*

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

D. GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á V., señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades

que merece, á lo menos con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si V. permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á V. para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

D. MANUEL.

Ninguna..... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

D. GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cual es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya..... No puede ser.

D. MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon: paraque su crédito no padezca; paraque no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo.... Pero.... Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

D. GREGORIO.

Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

D. MANUEL.

Yo! ¡Que mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. MANUEL.

Leonor, no temas ningun esceso de cólera en mí, bien sabes cuanto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

Dª. LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Que accion indecorosa? que agravio? que esposo es ese de quien V. me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de V., mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo ha-

cer ni pensar cosa ninguna impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

D. MANUEL, *volviéndose á don Gregorio.*

¿Oyes lo que dice?

D. GREGORIO, *acercándose á doña Leonor.*

Ya se ve que lo oigo..... Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras..... ¿De donde vienes, hija?

Dª. LEONOR.

De casa de doña Beatriz.

D. GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

Dª. LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve V. á Pepe que nos ha venido á acompañar?

D. GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

Dª. LEONOR.

¿De quien? ¿De ese que vive aquí en... Eh! no por cierto.

D. GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del Comisario?

Dª. LEONOR.

Me hace reir... ¿Ves que desatino, Juliana?

D. GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

Dª. LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

D. GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? y no te hicieron salir de allí? y no te fuiste derechita á la de tu galan? y no te vi yo?

Dª. LEONOR.

Esto pasa de chanza. V. no sabe lo que se dice... (*Asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia: vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(*El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.*)

Dª. ROSA.

Leonor!... Hermana!...

(*Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.*)

D. GREGORIO.

Huf!...

(*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

Dª. ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me vali de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

Dª. LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece desacertada: repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

Dª. ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero..... (*Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin movimiento.*) V. ha sido la causa de tanto error, V.... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo.....

La aversion que V. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices..... Tal vez V. me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera V. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

D. ENRIQUE.

Dice bien, y V. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL, *acercándose á don Gregorio.*

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

Dª. LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME, *hablando con Juliana.*

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO.

(*No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su espresion.*)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanas en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y..... Ah! desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardías: sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevársele.

(*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.*)

D. MANUEL.

No dice bien... Las mugeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor Comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

Dª. ROSA.

¿La mia no mas?

D. MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

Dª. LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

Dª. ROSA.

Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

Dª. LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL.

¡Querida Leonor!

(*Se abrazan don Manuel y doña Leonor.*)

JULIANA.

¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

El Médico á palos.

El Médico á palos.

PERSONAS.

DON GERONIMO.	LEANDRO.	BARTOLO.	GINES.
DOÑA PAULA.	ANDREA.	MARTINA.	LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro, y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios y que durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (*Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.*) ¡Mucho trabajo es este!..... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo mas..... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de heredar..... Allí viene mi muger. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA, *saliendo por el lado derecho del teatro.*

Holgazan, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

BARTOLO.

Anda, que si no es hoy será mañana.

MARTINA.

Mira que respuesta.

BARTOLO.

Perdóname, muger. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, muger, si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

¡Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

Ay! qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

Miren que hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragan, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vas enfadando.

(*Se levanta desperezándose encamínase hácia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.*)

MARTINA.

¿Y que cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, *dando de palos á Martina.*

Sí? Pues toma.

MARTINA.

Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles..... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Despues de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Mal hayan mis manos que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven, dame un abrazo.

(*Tira el palo á un lado y la abraza.*)

MARTINA.

¡Si reventaras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevarémos á Miraflores. (*Hace que se va y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo,

y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedra azules.

(*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.*)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás..... Verdad es que á una muger no le pueden faltar medios para vengarse de su marido; pero no me satisface cualquier castigo, yo quisiera uno que él sintiera de veras.

ESCENA II.

MARTINA, GINES, LUCAS.

(*Salen por la izquierda.*)

LÚCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía que regalo tendrémos por este trabajo.

GINÉS.

¿Qué quieres, amigo Lúcas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; además, que la salud de su hija á todos nos interesa..... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LÚCAS.

Pero hombre, fuerte cosa es que los médicos que han venido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA, *aparte.*

¡Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

LÚCAS.

Verémos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA, *aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.*

(Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos)..... Pero, señores, perdonen Vds., que no los habia visto porque estaba distraida.

LÚCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Sí señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve V. aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINÉS.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

Ay! sí señor. Curaba en griego, pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.

¿Qué dice V.?

MARTINA.

Lo que V. oye. ¿Y para quien le iban Vds. á buscar?

LÚCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

Ah! sí. La hija de don Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LÚCAS.

¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Que lástima! Pues... (*Aparte, con espresion de complacencia.* ¡Ay que idea me ocurre!) Pues mire V., aquí

BARTOLO.

¿Y qué?

GINÉS.

¿Que si se llama V. don Bartolo?

BARTOLO.

Nó, y sí, conforme lo que Vds. quieran.

GINÉS.

Queremos hacerle á V. cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si así es, yo me llamo don Bartolo. (*Quítase el sombrero y le deja á un lado.*)

LÚCAS.

Pues con toda cortesía...

GINÉS.

Y con la mayor reverencia...

LÚCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

BARTOLO, *aparte.*

Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS.

Pues señor, venimos á implorar su auxilio de V. para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden Vds.? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.

Favor que V. nos hace... Pero cúbrase V., que el sol le incomodará.

LÚCAS.

Vaya, señor, cúbrase V.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto... (*Pónese el sombrero, y los otros tambien.*) ¿Y ahora?

GINÉS.

No estrañe V. que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de V., y de su...

BARTOLO.

Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LÚCAS.

Señor...

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINÉS.

Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire V...

GINÉS.

Oh! señor, eso es burlarse.

LÚCAS.

Suplico á V. que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me esplico.

GINÉS.

¡Un sugeto como V. ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.

¿Quien, yo?

GINÉS.

Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.

Usted será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (*Aparte.* Borrachos están.)

LÚCAS.

¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quien soy yo?

GINÉS.

Quien? Un gran médico.

BARTOLO.

¡Que disparate! *(Aparte. ¿No digo que están bebidos?)*

GINÉS.

Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.

Vengan Vds. como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LÚCAS.

Al cabo me parece que será necesario... *(Mirando á Ginés.)* Eh?

GINÉS.

Yo creo que sí.

LÚCAS.

En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.

Mire V. que se lo decimos por su bien.

LÚCAS.

Confiese V., con mil demonios, que es médico, y acabemos.

BARTOLO, *impaciente.*

¡Yo rabio!

GINÉS.

¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.

Pues digo á Vds. que no soy médico.

(Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban, y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)

GINÉS.

No?

BARTOLO.

No señor.

LÚCAS.

¿Con que no?

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.

Pues amigo, con su buena licencia de V., tendrémos que valernos del remedio consabido... Lúcas.

LÚCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y que remedio dice V.?

LÚCAS.

Éste.

(Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.)

BARTOLO.

Ay! ay! ay!... *(Quitándose el sombrero.)* Basta, que yo soy médico, y todo lo que Vds. quieran.

GINÉS.

Pues bien, ¿para qué nos obliga V. á esta violencia?

LÚCAS.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí que los llevo... Pero señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿es una humorada, ó están Vds. locos?

LÚCAS.

¿Aun no confiesa V. que es doctor en medicina?

BARTOLO.

No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.

¿Con que no es V. médico?... Lúcas.

LÚCAS.

¿Con que no? *(Vuelven á darle de palos.)* Eh?

BARTOLO.

Ay! ay! ¡Pobre de mí! *(Pónese de rodillas juntando las manos, en ade-*

man de súplica.) Sí que soy médico. Sí señor.

LÚCAS.

¿De veras?

BARTOLO.

Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.

Me alegro de verle á V. tan razonable.

(Levántanle cariñosamente entre los dos.)

LÚCAS.

Ahora sí que parece V. hombre de juicio.

BARTOLO.

(*Ap.* ¡Maldita sea vuestra alma!...) ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.

No hay que arrepentirse. A V. se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.

Certísimo.

BARTOLO.

Seguro?

GINÉS.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINÉS.

¿Pues cómo, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO, *riéndose.*

Ah! ah! ah!

GINÉS.

Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO, *con ironía.*

¡Válgame Dios!

LÚCAS.

Una muger que estaba ya enterrada...

GINÉS.

Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla....

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

LÚCAS.

Tambien.

GINÉS.

Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. V. estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LÚCAS.

Sí señor, y acabada la curacion le darán á V. qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO.

Pues señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuanto dinero?..... Vamos allá.

GINÉS.

Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No, poco á poco. (*Lúcas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS.

Pero señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... (*Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.*) La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán á sacudir el bulto; y si lo soy, me le

sacudirán tambien..... Pero díganme Vds., ¿les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.

No hay que afligirse. Antes de presentarle á V., le vestirémos con mucha decencia.

BARTOLO, *aparte.*

Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... saldria del apuro.

GINÉS.

Mira que se quiere escapar.

LÚCAS.

Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO, *aparte.*

Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINÉS.

Vaya, basta de meditacion.

LÚCAS.

¿Será cosa de que otra vez... (*En ademan de volverle á dar.*)

BARTOLO.

Qué! no señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

(*Los dos le cogen en medio, y se van con él por la izquierda del teatro.*)

****

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON GERONIMO, LUCAS, GINES, ANDREA.

D. GERÓNIMO.

¿Con que decís que es tan hábil?

LÚCAS.

Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.

Hace curas maravillosas.

LÚCAS.

Resucita muertos.

GINÉS.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. GERÓNIMO.

Me dejais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LÚCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él.

(*Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.*)

D. GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. GERONIMO, ANDREA, LUCAS.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no harémos nada.

D. GERÓNIMO.

Porque?

ANDREA.

Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso la conviene, lo demas es andarse

por las ramas. ¿Le parece á V. que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé como no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LÚCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

D. GERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA.

Niña! Sí, cásela V. y verá si es niña.

D. GERÓNIMO.

Mas adelante no digo que...

ANDREA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y...

D. GERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.

(*Ap.* Allí le duele.....) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

D. GERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En donde está ese novio?

ANDREA.

¡Que presto se le olvidan á V. las cosas! ¿Pues qué, no sabe V. que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe V.?

D. GERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no le he vuelto á ver.... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que le recoja y se le lleve á Buitrago, y allí se le tenga. Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.

Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de V., que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que V. dará á su hija, y con lo que...

D. GERÓNIMO.

Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA, *aparte.*

Allí le duele.

D. GERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me iré, señor.

D. GERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LÚCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, muger; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados agenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

D. GERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LÚCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO, GINES, D. GERONIMO, LUCAS ANDREA.

(*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.*)

GINÉS.

Aquí tiene V., señor don Geróni-

mo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

D. GERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á V. y de conocerle, señor doctor.

(*Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

D. GERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

¿Y en que capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

D. GERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

D. GERÓNIMO.

¿Con quien habla V.?

BARTOLO.

Con V.

D. GERÓNIMO.

Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

No?

D. GERÓNIMO.

No señor.

BARTOLO.

No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(*Arremete hácia él con el baston levantado en ademan de darle de palos. Huye don Gerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.*)

D. GERÓNIMO.

¿Qué hace V., hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

D. GERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traido aquí?

GINÉS.

¿No le dije á V. que era muy chancero?

D. GERÓNIMO.

Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LÚCAS.

No le dé á V. cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS.

Mire V., señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que V. ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? Oh! perdone V., señor padre, esta libertad que...

D. GERÓNIMO.

Soy de V.

BARTOLO.

Yo siento...

D. GERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Ap.* ¡Maldita sea tu casta!....) Pues señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. GERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

D. GERÓNIMO.

Como?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija

de V. necesite de mi ciencia, y ojalá que V. y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

D. GERÓNIMO.

Viva V. mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

D. GERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y como se llama su niña de V.?

D. GERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... ¿Y esta doncella quien es?

D. GERÓNIMO.

Esta doncella es muger de aquel. (*Señalando á Lúcas.*)

BARTOLO.

Oiga!

D. GERÓNIMO.

Sí señor..... Voy á hacer que salga aqui la chica para que V. la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

D. GERÓNIMO.

No importa, la despertarémos. Ven, Ginés.

GINÉS.

Allá voy.

(*Vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO. *acercándose á Andrea con ademanes y gestos espresivos.*

¿Con que V. es muger de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á V.

BARTOLO.

¡Y que frescota es! ¡Y que..... Regocijo da el verla..... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay que dientes tan blancos, tan igualitos, y que risa tan graciosa!.... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LÚCAS.

(*Ap.* ¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!....) Vaya, señor doctor, mude V. de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone V. á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé como no cojo un garrote y le...

(*Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuantas veces me han de examinar de médico?

LÚCAS.

Pues cuenta con ella.

ANDREA.

Yo reviento de risa.

(*Encaminándose á recibir á doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Gerónimo y Ginés.*)

ESCENA V.

DON GERONIMO, DOÑA PAULA, GINES, LUCAS, BARTOLO, ANDREA.

D. GERÓNIMO.

Anímate, hija mia, que yo confio en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.

(*Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.*)

BARTOLO.

¿Con que esta es su hija de V.?

D. GERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegara á morir me volveria loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay mas que morirse sin licencia del médico? No, señor; no se morirá... Vean Vds. aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á V..... ¡Bonita cara tiene!

Dª. PAULA.

Ah! ah! ah!

D. GERÓNIMO.

Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

Bueno! ¡Gran señal! gran señal! Cuando el médico hace reir á las enfermas es linda cosa..... Y bien, ¿qué la duele á V.?

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO.

Eh! ¿Qué dice V.?

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba.

BARTOLO.

Ba, ba, ba, bá. ¿Que diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. GERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea V. que desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¡Que bobería! Al contrario, una muger que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

D. GERÓNIMO.

A pesar de eso, yo le suplico á V. que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitará; pierda V. cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

Malo!... Duerme?

ANDREA.

Sí señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

D. GERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.

No? Malo!.. Venga el pulso... Pues amigo, este pulso indica... Claro! está claro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de V. tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. GERÓNIMO.

Secuestrada?

BARTOLO.

Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso espédito de la lengua.

D. GERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LÚCAS.

¿No se lo dijimos á V.?

ANDREA.

Pues á mí me parece un macho.

LÚCAS.

Calla.

D. GERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa V. que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el pulso á doña Paula.*) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... (*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita..... ¡Ay que monería!... Dijo.... ¿Entiende V. el latin?

D. GERÓNIMO.

No señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas; máscula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; amarylida sylvas.* Que quiere decir, que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores...... acres, proclives, espontáneos, y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Están Vds.?

ANDREA.

Sí señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo; de aquí es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores.... ¿Me esplico?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua*... ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

D. GERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

D. GERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO.

Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

D. GERÓNIMO.

Creo que dijo V. que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale V. con esas vejeces? Sí señor, antiguamente así sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. GERÓNIMO.

Perdone V. si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está V. perdonado. V. no sabe

latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué le parece á V. que deberémos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán Vds. que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas..... bien que eso yo mismo lo haré... y despues tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Que disparate!

D. GERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay amigo, y que falta le hace á V. un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. GERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si V. no sabe nada.

D. GERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni..

BARTOLO.

¿Pues no ha visto V., pobre hombre, no ha visto V. como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo darémos tambien á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. GERÓNIMO.

Algun ángel le ha traido á V. á mi casa, señor doctor..... Vamos, hijita, que ya querrás descansar..... Al instante vuelvo, señor don... ¿Como es su gracia de V.?

BARTOLO.

Don Bartolo.

D. GERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con V., señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea..... Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien, no se resfrie. A Dios, señorita.

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

D. GERÓNIMO, *hace que se va acompañando á doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lúcas.*

Lúcas, vé al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa ninguna... Estás?

LÚCAS, *marchando por la puerta de la derecha.*

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

Vamos, hija mia.

(*Vanse don Gerónimo doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible! Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo... Y si no, mal estamos..... En las espaldas siento una desazon que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(*Vase por la parte del lado derecho.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BARTOLO, DON GERONIMO.

(*Sale el primero sin sombrero ni baston por la derecha.*)

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO, *saliendo por la izquierda.*

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que V. mandó. Verémos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO, *sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.*

V., amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entretanto quiero que tenga V. la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame V. este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(*Los toma y se los guarda.*)

D. GERÓNIMO.

Ahora bien, quede V. con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO, BARTOLO.

(*Sale el primero por la puerta de la derecha, recatándose.*)

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de V., y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso..... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente V.?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que V. me cure: si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO, *con despego.*

¿Pues á qué diablos viene V.?

LEANDRO.

A decirle á V. en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que V. se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(*Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.*)

LEANDRO.

Diré á V. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á V. que me proporcione una ocasion, un pretesto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. (*Irritado y alzando mas la voz.*) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese V. de ahí.

LEANDRO.

Señor!

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.

Calle V., señor; no grite V.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es V. un temerario!

LEANDRO.

¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca V. que...

(*Se pasea inquieto.*)

LEANDRO.

¡Válgame Dios que hombre!... Probemos á ver si...

(*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome V... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Que errar? ¡Un sugeto como V.! ¡Que disparate! Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á V.?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á V.? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mis-

mo quede V. casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿ De veras ?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿ Seria posible ?

BARTOLO.

¿ No le he dicho á V. que sí ? Le casaré á V. con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es V.... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á V. cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿ Con que no es V. médico ?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que V. esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que V....
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

BARTOLO.

Vaya V. con Dios.

ESCENA III.

ANDREA, BARTOLO, LUCAS.

(*Andrea sale por la izquierda.*)

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á V. desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedís.

LÚCAS.

¿ No le he dicho á V., señor doctor, que no quiero esas chanzas ?... ¿ No se lo he dicho á V. ?

BARTOLO.

Pero hombre, si aquí no hay malicia ni...

LÚCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á V. la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿ Lo entiende V. ?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LÚCAS.

Cuidado conmigo... ¡ Se habrá visto trasto mas enredador !

ESCENA IV.

DON GERONIMO, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

(*Don Gerónimo sale por la izquierda.*)

D. GERÓNIMO.

¡ Ay, amigo don Bartolo ! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

Bueno ! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea V. agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (*Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.*) Digo, don Casimiro ! don Casimiro !

LEANDRO, *desde adentro.*

Señor !

BARTOLO.

¡ Don Casimiro !

LEANDRO, *saliendo.*

¿Qué manda V.?

D. GERÓNIMO.

¿Y quien es este hombre?

BARTOLO.

Un escelente didascálico... boticario que llaman Vds.... eminente profesor... Le he mandado venir paraque disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire V. que deoaida está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINES, DON GERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela V., obsérvela bien, y luego hablarémos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Gerónimo, y á otro Ginés y Lúcas.*)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á V. que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando V. se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Que ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

D.ª PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

Que? (*Volviéndose hácia donde está su hija.*) ¿Si será ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí señor, tres ó cuatro palabras ha hablado.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y que trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

D. GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, dí alguna cosa.

GINÉS, *aparte á Lúcas.*

Aquí me parece que hay gato encerrado... Eh?

LÚCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

D.ª PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á V. que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero si...

D.ª PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO.

Es que...

D.ª PAULA.

De nada servirá cuanto V. me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si V. me quiere bien, concédame su permiso sin escusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreton...

D.ª PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe V. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

Pero ¡ que borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues hija mia, no hay que cansarse. No será.

D.ª PAULA.

Pues cuente V. con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! *(Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.)* Señor doctor, hágame V. el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á V., será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¿ piensas tú, hija inobediente, que...

(Encaminándose hácia doña Paula. Bartolo le contiene.)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela V. que vaya á coger un rato el aire por el jardin, y verá V. como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya V. á acompañarla, don Casimiro, y cuide V. no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como V. mande, señor doctor. Vamos, señorita.

D.ª PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(A Lúcas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

DON GERONIMO, BARTOLO.

D. GERÓNIMO.

¡ Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fue sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogiόla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacíe, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO.

¿ Qué dice V.? Pues me convence esa reflexion.

(Saca la caja don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

Oh! y si V. supiera un poco de numismática, lo entenderia un poco mejor... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude V... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos.*

ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINES, DON GERONIMO, BARTOLO.

(*Van saliendo los tres primeros por la puerta del foro.*)

GINÉS.

¡Señor amo!

LÚCAS.

¡Señor don Gerónimo!.. ¡Ay que desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mio de mi alma! que se la llevan.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LÚCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LÚCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico...

BARTOLO, *aparte lleno de miedo.*

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete..... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LÚCAS.

Sí, sí, ya sé donde está. Voy por ella.

(*Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.*)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar..... Pero ¿hácia donde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LÚCAS.

Aquí está la soga.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor, aquí en esta silla... (*Bartolo quiere huir, y Lúcas y Ginés le detienen.*) Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda V. cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.*)

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona..... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(*Se va don Gerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lúcas y Ginés siguen atando á Bartolo.*)

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LÚCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Dios guarde á Vds., señores.

LÚCAS.

¡Calle, que está V. por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á V. por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho Vds. de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, *abrazándose con Bartolo.*

¡Ay, hijo de mi alma!

LÚCAS.

Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LÚCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está V. ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿porqué te ahorcan, pobrecito, porqué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. GERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

(*Sale don Gerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la de la izquierda.*)

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿Adonde se habrán ido?..... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO, DON GERONIMO, BARTOLO, ANDREA, LUCAS, GINES, MARTINA.

(*Los dos primeros salen por la puerta del lado derecho.*)

LEANDRO.

¡Señor don Gerónimo!

Dª. PAULA.

¡Querido padre!

D. GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO, *se arrodilla con doña Paula á los pies de don Gerónimo.*

Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de V.; que esto no seria decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que V. me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene V., dispuesta á hacer lo que V. la mande: pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si V. nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

Dª. PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de V.

D. GERÓNIMO, *alterándose.*

¡Su dinero de V.! su dinero de V.! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á V. que no le pedirémos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

Dª. PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quien os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tio. ¿Pues no ha oido V. que aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor; yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y que tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que... (*Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.*) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá V. en mí un hijo obediente.

Dª. PAULA.

V. nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quien me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quien le ha puesto á V. así, médico insigne?

(*Desatan los criados á Bartolo.*)

BARTOLO.

Sus pecados de V., que los mios no merecen tanto.

Dª. PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y noso-

tros sabrémos agradecerle á V. el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mio! (*Se abrazan Martina y Bartolo.*) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.

Y yo porque ella lo dijo, lo creí.

LÚCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.



Hamlet.[1]

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo estraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de escitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada: divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.

abandóna, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretesto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya; y á escepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demas, como cosa propia, lo abandona al exámen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

Hamlet.

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey } de Dinamarca.	VOLTIMAN } Cortesanos.	DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
GERTRUDIS, Reina } de Dinamarca.	CORNELIO } Cortesanos.	UN CURA.
HAMLET, Príncipe } de Dinamarca.	RICARDO } Cortesanos.	UN CABALLERO.
FORTIMBRAS, Prin. de Noruega.	GUILLERMO } Cortesanos.	UN CAPITAN.
La sombra del Rey HAMLET.	ENRIQUE } Cortesanos.	UN GUARDIA.
POLONIO, Sumiller de Corps.	MARCELO } Soldados.	UN CRIADO.
LAERTES, hijo } de Polonio.	BERNARDO } Soldados.	DOS MARINEROS.
OFELIA, hija } de Polonio.	FRANCISCO } Soldados.	DOS SEPULTUREROS.
HORACIO, amigo de Hamlet.	REINALDO, criado de Polonio.	CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór, en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Esplanada delante del palacio Real de Elsingór. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO.

(*Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.*)

BERNARDO.

¿Quien está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga quién es.

BERNARDO.

Viva el Rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya: bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido (2).

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, díles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo... Alto ahí. Eh! ¿Quien va?

ESCENA II.

HORACIO, MARCELO Y DICHOS.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quien te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(*Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.*)

MARCELO.

¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.

¿Quien está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio Marcelo, bien venido.

MARCELO.

¿Y qué, se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oidos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien, sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

(*Siéntanse los tres.*)

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una.....

MARCELO.

Chit. Calla: mírale (3) por donde viene otra vez.

(*Se aparece á un estremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.*)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenia el difunto Rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al Rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO, *encaminándose hácia donde está la sombra.*

¿Quien eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la ma-

jestad del Soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla: por el Cielo te lo pido.

(*Vase la sombra á paso lento.*)

MARCELO.

Parece que está irritado.

BERNARDO.

Ves? Se va como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fue. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Que tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creido sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al Rey?

HORACIO.

Como tú á ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; y así le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡ Estraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna estraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*); y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿porque fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce, y este acopio estranjero de máquinas de guerra? ¿A que fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Que causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias? ¿Quien de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último Rey (cuya imágen acaba de aparecérsenos) fue provocado á combate, como ya sabeis, por Fortimbras (5) de Noruega, estimulado este de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbras, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos paises que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbras, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbras, de un carácter fogoso, falto de esperiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro

que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cual puede ser... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del Rey que fue y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente... Pero... silencio... Veis?... Allí... Otra vez vuelve... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra, y los otros dos siguen detrás.*) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro..... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagais inquietos, decláralo..... Detente y habla..... Marcelo, detenle...

(*Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.*)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó (7).

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al Dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(*Empieza á iluminarse lentamente el teatro.*)

MARCELO.

En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro zelo y tan propia de nuestra obligacion?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en donde le hallarémos esta mañana con mas seguridad.

ESCENA III.

(*Salon de palacio.*)

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el Reino solo se observe la imágen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fue mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el jóven Fortimbras (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el Reino trastorno y desunion, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, veisle aquí. Escribo al Rey de Noruega, tio del jóven Fortimbras, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y uerzas. Prudente Cornelio, y tú Vol-

timan, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que esceda los límites espresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el zelo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os darémos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El Cielo os guarde.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretension: ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable Soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo (9).

CLAUDIO.

¿Que sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor; estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿porque aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el trage acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundan-

te rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí (*Tocándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el Cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés... Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

Oh! si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas! ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! oh Dios mio! ¡Cuan fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un

campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!.. No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel escelente Rey que fue, comparado con este, como con un Sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!.. ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes..... ah! no quisiera pensar en esto. Fragilidad! tú tienes (11) nombre de muger! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas acompañó el cuerpo de mi triste padre..... sí, ella, ella misma..... Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable... se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes..... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno..... Es Horacio, ó me he olvidado de mi propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese titulo que te das. ¿A qué has venido de Witemberga!.... ¡Ah Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, ¿á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero díme, ¿que asuntos tienes (13) en Elsingór? Aquí te enseñarémos á ser gran bebedor ántes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda..... Oh! yo quisiera haberme hallado en el Cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi pare.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche (14).

HAMLET.

¿Le viste? ¿A quien?

HORACIO.

Al Rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al Rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oido atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios; dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voyme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en donde (15) fue eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¡Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?

TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

¿De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET.

¿Y qué, parecia que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

¿Pálido ó encendido?

HORACIO.

No, muy pálido.

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví, no.

HAMLET.

La barba blanca, eh?

HORACIO.

Sí señor, como yo se la habia visto cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que así como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro zelo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. A Dios. *(Vanse los tres.)* El espíritu de mi padre..... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipaje á bordo. A Dios, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza

se adelanta á vivir y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas (16)?

LAERTES.

Pienso que no; porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede, como (18) una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino: y ve aquí porque esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cual pérdida padeceria tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en esceso si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos declamadores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del Cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

Oh! no lo receles... Yo me detengo demasiado, pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ¡Que mala vergüenza! A bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendicion y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos

amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas; pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no estravagante: porque el trage dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen órden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. A Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

A Dios, Ofelia (*Abrázanse Ofelia y Laertes.*), y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

A Dios.

ESCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Díme la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

Amor! ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin esperiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿y tú das credito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á ti propia, pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) co-

menzada alusion), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta que...

POLONIO.

Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al Príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan: son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversacion al Príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

ESCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasía.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Que hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(*Suena á lo lejos música de clarines y timbales.*)

HAMLET.

Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez; y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un esceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde Oriente á Occidente. Nos llaman ébrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que po-

seamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su orígen), sea cualquiera desórden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

¿Veis, señor? ya viene.

(*Aparécese la sombra del rey Hamlet hácia el fondo del teatro. Hamlet al verla, se retira lleno de horror, y despues se encamina hácia ella*)

HAMLET.

¡Angeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca..... Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Díme, ¿porque tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Porque el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cual puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna añadiendo á la noche horror? y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? Dí, ¿porqué es esto? porqué? ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con que espresivo ademan os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y porque no? ¿Que temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada; y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?..... Otra vez me llama.... Voyle á seguir.

HORACIO.

Pero señor, si os arrebata al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible capaz de impediros el uso de la razon, y enagenarla con frenesí... Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama..... Camina. Ya te sigo.

(*La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.*)

MARCELO.

No señor, no iréis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebata.

MARCELO.

Sigámoslo, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él... ¿Cual será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los Cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

—

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del palacio de Elsingór.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿Adonde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oidos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

Porque?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los

oidos humanos. Atiende, atiende, ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuan dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido, me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

Oh! Présago me lo decia el corazon. ¡Mi tio!...

LA SOMBRA.

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡Oh talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la Reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet, cuan grande fue su caida! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure escitarla bajo divina forma, así la incontinencia aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardin, segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fue que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la natura-

leza, no sufras, no, que el tálamo Real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al Cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. A Dios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. A Dios, á Dios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, Y DESPUES HORACIO Y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quien mas? ¿invocaré al infierno tambien?... Eh! no... Detente, corazon mio, detente; y vos, mis nervios, no asi os debiliteis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volúmen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh muger, la mas delincuente! ¡Oh malvado, malvado! halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... (*Saca un libro de memorias y escribe en él.*) si..... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tio..... Sí, tú eres..... Ah! pero la espresion que debo conservar es esta: «A Dios, á Dios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, *gritando desde adentro.*

Señor! señor!

MARCELO, *gritando desde adentro.*

Hamlet!

HORACIO.

Los Cielos le asistan.

HAMLET.

Oh! háganlo así.

MARCELO.

Hola! eh! señor.

HAMLET.

Hola! amigos, eh! venid, venid acá. (*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Que noticias nos dais?

HAMLET.

Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelaréis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazon humano..... Pero ¿guardaréis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que

un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, teneis razon; y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por san Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio..... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cual sea.

HAMLET.

Que nunca revelaréis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo dirémos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

(*Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.*)

HAMLET.

Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca diréis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿*Hic et ubique?* Mudarémos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿como puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡que estraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) estraño de-

beis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofia. Pero venid acá, y como antes dije, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por mas (33) singular y estraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo estravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que..... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! Oh! nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I (1).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO.

Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

(*Le da un bolsillo y unas cartas.*)

REINALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Seria un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en Paris, y cómo, en que términos, con quien, y en donde están, á quien tratan, que gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces vé en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

Sí señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vicio..... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y estravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.

Como el jugar, eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, mocear..... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto; además, que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, estravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REINALDO.

Pero señor...

POLONIO.

Ah! tú querrás saber con que fin debes hacer esto, eh?

REINALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo, ó caballero..... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del pais...

REINALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice.... (3) dice.... ¿Qué iba yo á decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente. Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto; y allí, como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y.... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad; que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.

Sí señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues á Dios, buen viaje.

REINALDO.

Señor...

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REINALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REINALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

A Dios.

ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con que motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven cónmigo; quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su esceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero díme, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte..... ¡Sospecha indigna! Eh! tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el dis-

gusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO GUILLERMO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo; y tú tambien, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo esterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi Corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cual sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sugetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gusteis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

Vuestras Majestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedecerémos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el zelo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el Cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Sí. Amen.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya, en estremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

ESCENA V.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegámos mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbras, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, espresadas aquí.

(*Saca unos papeles y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche seréis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: esplicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porqué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, seria gastar inútilmente el dia, la noche y el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis..... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision... notad lo que os digo..... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oid lo demas. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.

¿Y esta carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco espresar mis penas con arte: pero cree que te amo en estremo, con el mayor estremo posible. A Dios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista. — HAMLET.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del Príncipe segun ha ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

¿Y ella como ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En que opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido..... ¿qué hubiera pensado de mí vuestra Majestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: Hija, el Sr. Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y despues la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, despues inapetencia, despues vigilias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto... Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y como te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultarémos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra Corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero, veis? (10) ¡Que lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO, *al salir Hamlet leyendo en un libro.*

¿Como os va, mi buen señor?

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

Yo? No señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Sí señor que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Sí señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del Cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Es-

tá rematado, rematado!... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quien?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leeis.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

Adonde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no da el aire. ¡Con que agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud tal vez no se logran. Voyle á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, esceptuando la vida, eso sí, esceptuando la vida.

POLONIO.

A Dios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y estravagantes viejos!

POLONIO, *á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va.*

Si buscais al Príncipe, vedle ahi.

ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO.

Mi venerado Príncipe.

HAMLET.

¡Oh buenos amigos! ¿Como va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Como va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el dia del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no

son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por que delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasia. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso..... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos.... Irémos un rato á la Corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os irémos sirviendo.

HAMLET.

Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que á fe de hombre de bien me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quien os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decídmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envian sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey y tambien la Reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero ¿á que fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afec-

to, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO, *mirando á Guillermo.*

¿Qué dices tú?

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al Rey y á la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril: ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué espresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡Y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la muger... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

¿Pues porque te reias cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido, su majestad recibirá mis obsequios como es de razon, el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y que cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y porque andan vagando así? ¿No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los (13) últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

RICARDO.

No señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cria de (14) chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el esceso. Esta es la diversion del dia; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quien los sostiene? ¿Que sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la Nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

¿Y qué, los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es estraño. Ya veis mi tio Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues caballeros, muy bien venidos á Elsingór: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo esterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tio padre, y mi madre tia, á fe á fe que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien..... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado..... Pues señor, tú tienes razon: eso fue el lúnes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.

(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.*)

POLONIO.

Estos son los mas escelentes actores del mundo, así en la tragedia (15) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, trágicómico, histórico-pastoral, escena (16) indivisible, poema ilimitado..... Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡Oh Jepté, juez de Israel!...
¡Que tesoro poseiste!

POLONIO.

¿Y que tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿Que tesoro?
No mas que una hermosa hija
A quien amaba en estremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿No tengo razon, anciano Jepté?

POLONIO.

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en estremo.

HAMLET.

Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

¿Pues qué sigue, señor?

HAMLET.

Esto:
No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.
Y luego ya sabes:
Que cuanto nos sucede él lo previno.
Lee la primera (17) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demas. Pero, veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO Y CUATRO COMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores: me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos..... Oh! oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita: por la Vírgen, que ya está vuesamerced una cuarta

mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (18) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO 1.°

¿Y cual quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud: no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictámen vale mas que el mio, una escelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre.......

(*Todos los versos de esta escena los dicen con declamacion trágica.*)

No es este; pero empieza con Pirro... ah!...

Pirro (19) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado
Dentro en los senos del caballo enorme,
A la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto da. Todo le tiñe
De la cabeza al pie caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de vírgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso monton; á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve
Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca, instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Príamo.....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado, á fe mia! con buen acento y bella espresion.

CÓMICO 1.°

Al momento
Le ve lidiando ¡ resistencia breve!
Contra los Griegos: su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
A liza desigual: herirle intenta,
Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
A tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro.... ¿ Le veis? la espada que venia
A herir del Teucro la nevada frente
Se detiene en los aires, y él inmoble,
Absorto y mudo y sin accion su enojo,
La imágen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele
Tal vez el cielo en tempestad oscura
Parar su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta region, así un instante
Suspensa fue la cólera de Pirro,
Y así, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No mas tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamás los cíclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquíles.
¡Oh fortuna falaz!.... Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto:
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

CÓMICO 1.°

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina.....

HAMLET.

¡La mal ceñida Reina!

POLONIO.

Eso es bueno, mal ceñida Reina, bueno!

CÓMICO 1.°

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina, el pie desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Estinguir con sus lágrimas el fuego....
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un dia,
Con las ropas del lecho arrebatadas,
(Ni á mas la dió lugar el susto horrible)
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta.....
Ay! quien la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los Dioses mismos, si á piedad les mueve
El linaje mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada,
Del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y esclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de Olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epitome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¡Qué cabeza esta! No señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quien escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo: díme, ¿no pudierais representar *La Muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1.°

Sí señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? Podrás?

CÓMICO 1.°

Sí señor.

HAMLET.

Muy bien: pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Que abatido, que insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere espresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quien es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? ¡Pues qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaria el teatro con llanto, su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprenderia con asombro la facultad de los ojos y los oidos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué? ¿Nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quien se (20) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar legía que me llegue al pulmon? ¿Quien se atreve á tanto? ¿Seria yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible, sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles: á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿porque he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en execraciones vanas como una prostituta (21) vil ó un pillo de cocina? Ah! no, ni aun solo imaginarlo. Eh!... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas: si muda (22) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que ví, pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es dificil presentarse bajo la mas agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso, sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Galería de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fue posible indagar en la conversacion que con él tuvisteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

Él mismo reconoce los estravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el orígen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.

¿Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

GUILLERMO.

Pero se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO.

Preguntó poco, pero respondia á todo con prontitud.

GERTRUDIS.

¿Le habeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Sí señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino: se lo dijimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la Corte, y creo que tienen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras Majestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO.

Con mucho gusto: me complace en estremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, escitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Así lo harémos.

ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Gertrudis, deberás tambien retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocarémos donde veamos sin ser vistos: así podrémos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe conocerémos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh cuanto desearia que tu rara hermosura fuese el dichoso orígen de la demencia de Hamlet! Entonces

yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

ESCENA III.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Paséate por aquí, Ofelia. Si vuestra Majestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*Dándola un libro.*) : esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... ¡Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Cuantas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.

Demasiado cierto es..... (*Aparte.* ¡Que cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh que pesada carga me oprime!)

POLONIO.

Ya le siento llegar, señor; conviene retirarnos.

ESCENA IV.

HAMLET, OFELIA.

(*Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un estremo del teatro, lee.*)

HAMLET.

Existir (2) ó no existir, esta es la cuestion. ¿Cual es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, dirémos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que debemos solicitar con ansia. Morir es dormir..... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quien, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quien podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes : así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Como os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas espresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te dí nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad.....: Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con estremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. (*Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.*)

HAMLET.

Oh! oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor.....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendeis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad traté con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dabais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creido, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original..... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

HAMLET.

Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de esponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, seria mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para esplicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecucion. ¿A que fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento... ¿En donde está tu padre?

OFELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Sí: pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. A Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

OFELIA.

¡Oh mi buen Dios, favorecedle!

HAMLET.

Si te casas, quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo

en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. A Dios. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. A Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

OFELIA.

¡El Cielo con su poder le alivie!

HAMLET.

He oido hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os haceis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasais por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon..... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos: los que ya están casados (esceptuando uno), permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

ESCENA V.

OFELIA.

¡Oh que trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetracion del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los mas advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mugeres, que gusté algun dia la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesi. ¡Oh cuanta, cuanta es mi desdicha de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Amor! Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de órden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los paises diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginacion sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el orígen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe, que todo lo hemos oido.

ESCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, seria bien que la Reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir

este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atencion.

ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(*El salon estará iluminado: habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.*)

HAMLET, Y DOS COMICOS.

HAMLET.

Dirás (4) este pasaje en la forma que te le he declamado yo; con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos: mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire: moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracan de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en estremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarra los oidos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO 1°.

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio: tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, escitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz: tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO 1°.

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen (5) de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX.

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Y bien, Polonio, ¿gustará el Rey de oir esta pieza?

POLONIO.

Sí señor, al instante, y la Reina tambien.

HAMLET.

Vé á decir á los cómicos que se despachen. ¿Quereis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

ESCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

¿Quien es?... Ah! Horacio.

HORACIO.

Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

Oh! Señor...

HAMLET.

No creas que pretendo adularte: ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de tí, que esceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrá quien adule al pobre? No... Los que tienen almibarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardon. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazon; sí, en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey: una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes á mi tio con la mas viva atencion del alma: si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente; yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y despues unirémos nuestras observaciones para juzgar lo que su esterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion: vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, Y ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(*Suena marcha dánica.*)

CLAUDIO.

¿Como estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleon, engordo con esperanzas. No podréis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIO.

Sí señor, así es, y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fue el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(*Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su órden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.*)

HAMLET.

No señora; aquí hay un imán de mas atraccion para mí.

POLONIO.

Ah! ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Sí señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

¡Que dulce cosa es... (7)

OFELIA.

¿Qué decís, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quien, yo?

OFELIA.

Sí señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre que contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.

Eh! no señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? Oh! pues quiero ves-

tirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mio! ¿dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Vírgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(*Suenan* (8) *trompetas, y se da principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa* (*que lo harán los Cómicos 1°. y 2°.*): *al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente: ella se arrodilla, mostrando el mayor respeto: él la levanta, y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el Cómico 3°.* (*que hace el papel de Luciano, sobrino del duque*), *se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oido una porcion de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas: ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.*)

OFELIA.

¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.

Segun parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII.

COMICO 4.° Y DICHOS.

HAMLET.

Ahora lo sabrémos por lo que nos diga ese actor: los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá este lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET.

Sí por cierto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. Como no os avergonceis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.

¡Que malo, que malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO 4.°

Humildemente os pedimos
Que escucheis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

¡Que corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de muger.

ESCENA XIII.

COMICO 1.°, COMICO 2.° Y DICHOS.

CÓMICO 1.°

Ya treinta (9) vueltas dió de Febo el carro
A las ondas saladas de Nereo
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con luz prestada han alumbrado el suelo
Doce lunas, en giros repetidos,
Despues que el dios de Amor y el Himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazon y el cuello.

CÓMICO 2.°

Y ¡oh! quiera el Cielo que otros tantos giros
A la luna y al sol, señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
Doliente, triste, y tan diverso ahora
De aquel que fuisteis... Tímida recelo....
Mas toda mi afliccion nada os conturbe;
Que en pecho femenil llega al esceso
El temor y el amor. Allí residen

En igual proporcion ambos afectos,
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor estremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivos tal vez vive temiendo,
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO 1.°

Sí, yo debo dejarte, amada mia;
Inevitable es ya: cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entonces
Un digno esposo.....

CÓMICO 2.°

No, dad al silencio
Esos anuncios. Yo? ¿ Pues no serian
Traicion culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
Al segundo señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de agenjos.

CÓMICO 2.°

Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de Himeneo,
No motivos de amor: yo causaria
Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO 1.°

No dudaré que el corazon te dicta
Lo que aseguras hoy: fácil creemos
Cumplir lo prometido, y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,
Y así maduro, sin impulso ageno,
Se desprende despues. Difícilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasion cesa el empeño.
Cuando de la afliccion y la alegria
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
A que dieron lugar, y el mas ligero
Acaso los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aun se ignora si él manda á la fortuna,
O si esta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor: si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Mas enemigos su amistad procuran,
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus afectos,
Y solo en él la voluntad es libre,
Mas no la ejecucion, y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad..... Esas ideas
¡ Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO 2.°

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prision oscura,
Su mesa envidie al eremita austero;
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afan eterno,
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO 1.°

Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud: rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(*Se acuesta en un lecho de flores.*)

CÓMICO 2.°

Él te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el Cielo
En union tan feliz pesares mezcle. (*Vase.*)

HAMLET.

¿Y bien, señora, qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa muger promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asun-

to? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No señor, no. Si todo ello es mera ficcion: un veneno... fingido; pero mal ejemplo, qué! no señor.

CLAUDIO.

¿Como se intitula este drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí.. es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su muger Baptista... Ya, ya veréis presto..... Oh! es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A vuestra Majestad y á mi, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar: al rocin (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros, no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV.

COMICO 3.° Y DICHOS.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es: siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la eleccion de maridos, de mal en peor... Empieza, asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos..... el cuervo graznador está yà gritando venganza.

CÓMICO 3.°

Negros designios, brazo ya dispuesto
A ejecutarlos, tósigo oportuno,
Sitio remoto, favorable el tiempo,
Y nadie que lo observe. Tú, estraido
De la profunda noche en el silencio
Atroz veneno, de mortales yerbas
(Invocada Prosérpina) compuesto;
Infectadas tres veces, y otras tantas
Esprimidas despues, sirve á mi intento;
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital cede tan presto.

(*Acércase adonde está durmiendo el Cómico 1.°; destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oido.*)

HAMLET.

Veis? Ahora le envenena en el jardin para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis como la muger de Gonzago se enamora del matador.

(*Levántase Claudio lleno de indignacion. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*)

OFELIA.

El Rey se levanta.

HAMLET.

Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, COMICO 1.°, COMICO 3.°

HAMLET.

(*Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los Cómicos 1.° y 3.° estarán retirados á un estremo del teatro, esperando sus órdenes.*)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,
Se huelga por el prado;
Duerme aquel, y á deshora
Veis este desvelado:
Que tanto el mundo va desordenado (13).

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podria hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

Mediano? escelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un.... ¿ quien diré yo ? un.... un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

Ah! Quisiera algo de música (*A los cómicos*): traedme unas flautas..... Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLERMO.

El Rey...

HAMLET.

Muy bien, ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

¿De vino, eh?

GUILLERMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero ¿no seria mas acertado irselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales estravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

La Reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la Reina; si no, con pediros perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET.

Pues señor, no puedo.

GUILLERMO.

Como?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.

Señor lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

¡Oh maravilloso hijo! que así ha podido aturdir á su madre. Pero dime, ¿esa admiracion no ha traido otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero ¿cual puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Como es posible, cuando teneis el voto del Rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Sí, pero mientras nace la yerba..... Ya es un poco antiguo el tal refran. Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII.

COMICO 3.º Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? *(Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.)* Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

perdon habiendo caido?... Sí, alzaré mis ojos al Cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿que género de oracion habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambicion, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes: no así en el Cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á reconocer nuestras faltas todas sin escusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situacion infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazon mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(*Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.*)

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... (*Saca la espada; da algunos pasos en ademan de ir á herirle; se detiene, y se retira otra vez hácia la puerta.*) Y así se irá al Cielo... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la Gloria: ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores... ¿Quien sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérele entonces: caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaina la espada.*) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al Cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con agitacion.*) Palabras sin afectos nunca llegan á los oidos de Dios.

ESCENA XXV.

(*Cuarto de la Reina.*)

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han

sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que escitó. Yo entretanto (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET, *gritando desde adentro.*

Madre! madre!

GERTRUDIS.

Así te lo prometo: nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detrás de unos tapices.*)

ESCENA XXVI.

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

¿Qué me (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS.

Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.

¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuera así... Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid (*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar.*), sentaos, y no saldréis de aquí; no os movereis, sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?..... ¿Quien me socorre?..... Cielos!

(*Al ver Gertrudis la estraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.*)

POLONIO.

Socorro pide... oh!...

HAMLET.

¿Qué es esto?.... Un raton..... Murió... (21) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GERTRUDIS.

¿Qué has hecho?

HAMLET.

Nada.... ¿Qué sé yo?... ¿Si seria el Rey?

GERTRUDIS.

¡Que accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, accion sangrienta, y casi tan horrible como la de matar á un rey y casarse despues con su hermano.

GERTRUDIS.

¿Matar á un rey?

HAMLET.

Sí señora, eso he dicho. (*Alza el*

tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco..... A Dios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido: ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... *(Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.)* No, no os torzais las manos.... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hiçe yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace mas pérfidos los votòs conyugales que las promesas del tahur; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y que accion es esa, que así esclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura *(Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.)* los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora cómo la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Éste fue vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? Ah! ¿lo veis bien?.. Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia: ¿y que prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal esceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible..... ¿Que espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se

enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas..... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!...

GERTRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oidos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino..... un malvado..... vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.

No mas...

ESCENA XXVII.

GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

Un rey de botarga..... ¡Oh espíritus (23) celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerable sombra?

GERTRUDIS.

Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible?.. Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi estinguido. Pero, ves? Mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

¿En qué pensais, señora?

GERTRUDIS.

¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?.... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria... ¿A quien estás mirando?

HAMLET.

A él, á él... ¿Le veis que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras..... Ay! no me mires así: no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles; no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.

¿A quien dices eso?

HAMLET.

¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¿Ni oisteis nada tampoco?

GERTRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablámos.

HAMLET.

Mirad allí.... ¿Le veis?. . Ahora se va... Mi padre.... con el trage mismo que se vestia... ¿Veis por donde va?.. Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo: ¡Ah madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al Cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendais el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay Hamlet! tú despedazas mi corazon.

HAMLET.

Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues la hallaréis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones, y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendicion del Cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion.... La desgracia de este hombre *(Hace ademan de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Gertrudis.)* me aflige en estremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que despues ha de ejecutarse... Eh! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cual es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Debeis declarar al Rey cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio..... Sí, decídselo; porque ¿como es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Como seria posible callárselo?

Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer esperiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS.

Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una vívora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha, y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo escavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su ganapan... (*Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando.*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fue en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: díme cual es; conviene que la sepa yo..... ¿En donde está tu hijo?

GERTRUDIS.

Dejadnos solos un instante. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) ¡Ah señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¡Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.

Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cual es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un raton, un raton; y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á tí misma, á todos en fin. Oh!... ¿y como disculparémos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el escesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y adonde ha ido?

GERTRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya: en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude..... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la estension del

orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. Oh!..... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro..... Pero.....

RICARDO, *desde adentro.*

Hamlet! señor!

HAMLET.

¿Que ruido es este? ¿Quien llama á Hamlet?... Oh! ya están aquí.

(*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Si señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe: porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en estremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en donde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al Rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada... pero guarda Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de palacio.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Que peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Con-

viene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adonde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero él ¿en donde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el Príncipe.

ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en donde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? Adonde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come despues. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO.

Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar como un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En donde está Polonio?

HAMLET.

En el Cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que si no le hallais en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡A Dios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre..... Padre y madre son marido y muger: marido y muger son una carne misma; con que... mi madre... Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRAS, UN CAPITAN, SOLDADOS.

FORTIMBRAS.

Id, capitan (4), saludad en mi nombre al Monarca danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortimbras pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su Majestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRAS.

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX.

UN CAPITAN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (5), ¿de donde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adonde se encaminan?

CAPITAN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quien las acaudilla?

CAPITAN.

Fortimbras, sobrino del anciano Rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia,

ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tièrra, de la cnal (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y escesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que esteriormente se vea la razon por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(*Vanse el capitan y los soldados.*)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, escitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan estenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y èspone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Como, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de escitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea

ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galería de palacio.

GERTRUDÍS, HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe escitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma estravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dandó á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion espresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos qué todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Horacio.)* El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

(*Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Como al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiría?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á que propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decís?... Atended á esta:

Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí.
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.

Ah! ah! ah! *(Dando risotadas.)*

GERTRUDIS.

Sí, pero Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian.....

ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRUDIS.

Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen

Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Como estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague..... Dicen que la lechuza fue antes una doncella, hija de un panadero... Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser..... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

De san Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galan desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
Le dice indignada:
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

CLAUDIO.

¿Cuanto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos..... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, *á Horacio.*

Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO.

Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos; y por último, (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan estraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oidos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejarémos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dis-

para, me dan muchas muertes á un tiempo.

(*Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.*)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Que estruendo es este?

ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En donde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, viva Laertes.

GERTRUDIS.

¡Con que alegría sigue ladrando esa traílla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En donde está el Rey? (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno Príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero Laertes, ¿cual es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrudis, no le contengas... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes: la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Díme, Laertes, ¿por qué estás tan airado?... Déjale Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.

¿En donde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y como ha sido su muerte?... Eh!...

no, á mi no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quien te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados ó inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

Querrás, sin duda, conocerlos.

LAERTES.

Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar.

(*Ruido y voces dentro.*)

LAERTES.

¿Que novedad... que ruido es este?

ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, ACOMPAÑAMIENTO.

(*Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.*)

LAERTES.

¡Oh calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en estremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal esceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza..... ¡Oh rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!.... ¡Oh Cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?.... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al esceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Lleváronle en su ataud
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

A Dios, querido mio. A Dios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):
Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pícaro del mayordomo fue el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efècto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordeis...... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA, *á Gertrudis.*

Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí..... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usaréis con la distincion que os parezca..... (*A Claudio.*) Esta es una margarita..... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13),
De plumas vario
Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
Su pelo tambien.
Se fue ¡ dolorosa
Partida! se fue.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los Cielos piadosos
Descanso le dén.

A él y, á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... Eh! señores, á Dios.

ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oiganos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano agena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscarémos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís..... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del Cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quienes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de que parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO 1.°

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO 1.°

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO, *lee la carta.*

«Horacio: luego que hayas leido esta, dirigirás esos hombres al Rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos dias de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vímos precisados á apelar al valor. Llegámos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envio, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oido, que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes á espresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. A Dios. Tuyo siempre — HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presenteis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis despues adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta..... Pero decidme: ¿porque no procedeis contra escesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian escitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (14) que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan es-

trechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la..... Pero..... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del Príncipe: esta para vuestra Majestad, y esta para la Reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO.

¡De Hamlet! ¿Quien las ha traido?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO, *lee una carta.*

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia Real; y entonces, mediante vuestro perdon, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta. — HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, *examinando con atencion la carta.*

Sí, es de Hamlet.. *Desnudo* .. y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo..... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fue de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto... Eh! ¿Como es posible?..... ¿Y qué otra cosa puede ser?..... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion: su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y que habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que la es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los Franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo; y tanto escedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era normando?

CLAUDIO.

Sí, normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este, hablando de tí públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que seria un espéctaculo admirable verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...

LAERTES.

¿Y qué hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazon?

LAERTES.

¿Porque lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15) está sujeto al tiempo, y

que el tiempo estingue su ardor y sus centellas, segun me lo hace ver la esperiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio esceso. Cuanto nos proponemos hacer, deberia ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve..... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no deberia un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza dén un nuevo lustre á los elogios que hizo de ti el francés. Por último (16), llegaréis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro..... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte, que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatan; de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto..... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño: porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera..... Déjame ver si..... Harémos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada, verémos cumplido nuestro deseo. Pero... calla..... ¿Qué ruido se escucha?

(*Suena ruido dentro.*)

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra: tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

Ahogada!... ¿En donde?... Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imágen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio..... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbian, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

¿Que en fin se ahogó? Mísero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos..... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por mas que el valor se avergüence..... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... A Dios, señores... Mis palabras de fuego arderian en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laertes.*)

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Cementerio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREROS 1°. Y 2°.

SEPULTURERO 1°.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO 2°.

Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1°.

Yo no entiendo como va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2°.

Así han juzgado que fue.

SEPULTURERO. 1°.

No, no, eso fue *se offendendo;* ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2°.

Qué!..... Pero óigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO 1°.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien..... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2°.

¿Y que hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1°.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2°.

¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1°.

En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadon... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2°.

¿Pues qué, Adan fue caballero (2)?

SEPULTURERO 1°.

Toma! como que fue el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á

cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO 2°.

Adelante.

SEPULTURERO 1°.

¿Cual es el que construye edificios mas fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2°.

El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1°.

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca; pero ¿como es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2°.

¿Cual es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO 1°.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO 2°.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1°.

Pues vamos.

SEPULTURERO 2°.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, vé ahí á casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1°.

SEPULTURERO 1°., *cantando.*

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Que poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1°., *cantando.*

La edad callada en la burla
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Como la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar el Cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor escelentísimo; ¿como va de salud, mi venerado señor?... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírsele prestado despues. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Si señor.

HAMLET.

Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero.... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas..... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... Eh! Los mios se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1°. *cantando.*

Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra ¿porque no podria ser la calavera de un letrado?...¿Adonde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Porque sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro?... ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este seria quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Vé aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó, cabrian dificilmente en su ataud; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas.

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues dígote que son mas irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos... Voy á tramar conversacion con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿De quien es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1°.

Mia, señor (5). (*Canta.*)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1°.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO 1°.

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, ¿para qué muger?

SEPULTURERO 1°.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1°.

Un cadáver que fue muger; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.

¡Que taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque sino es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuanto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuanto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1°.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbras.

HAMLET.

¿Y cuanto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1°.

Toma! ¿No lo sabeis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

Oiga! ¿Y porque se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1°.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.

Porque?

SEPULTURERO 1°.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y como ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1°.

De un modo muy estraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De que modo?

SEPULTURERO 1°.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero ¿que motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1°.

¿Que lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuanto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1°.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1°.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quien es?

SEPULTURERO 1°.

¡Mayor hideputa, loco!..... ¿De quien os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿como he de saberlo?

SEPULTURERO 1°.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones.... Pues señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del Rey.

(*El sepulturero le da una calavera á Hamlet.*)

HAMLET.

Esta?

SEPULTURERO 1°.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares, y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Vé al tocador de alguna de nuestras damas, y díla para escitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de esperimentar esta misma trasformacion... (*Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.*) Díme una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cual es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaria ese mismo hedor?... Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(*El Sepulturero 1°., acabada la escavacion, sale de la sepultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el Sepulturero 2°. que trae el aguardiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.*)

HAMLET.

¡En que abatimiento hemos de parar, Horacio!... ¿Y porque no podria la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fe que seria escesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿Y porque con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el Rey, la Reina, los grandes... ¿A quien acompañan? ¡Que ceremonial tan incompleto es este!..... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(*Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y corona de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un estremo del teatro.*)

LAERTES.

¿Que otra ceremonia falta (6)?

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Que ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo safio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

Qué!... ¡La hermosa Ofelia!...

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) A Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!.. No... esperad un instante, no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quien es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quita esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

Hamlet! Hamlet!

TODOS.

Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Que causa puede haber, hijo mio?..

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio.... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Díme lo que intentas hacer. *(Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.)* ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien..... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, le veréis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿cual es la razon de obrar así conmigo?.. Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)

CLAUDIO.

Horacio, vé, no le abandones..... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozarémos brevemente horas más tranquilas; pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas; pero ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran: prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una órden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y..... oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo..... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

Mira la órden aquí *(Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele.)*: podrás leerla en mejor ocasion. Pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuan útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y como la pudiste sellar?

HAMLET.

Aun esto mismo parece que lo dispuso el Cielo; porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota

el cambio..... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo..... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué Rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer como hasta aquí maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cual ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no ví en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí..... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en esceso mi cólera.

HORACIO.

Callad... ¿Quien viene aquí?

ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado vuestra Alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero.... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey..... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

HENRIQUE.

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del Rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion... Pero emplead el sombrero en el uso á que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor..... Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo..... á lo menos para mi complexion hace un calor que abrasa.

HENRIQUE.

Oh! en estremo... sumamente fuerte, como..... yo no sé cómo diga..... Pues señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se.....

HENRIQUE.

Oh! señor... lo hago por comodidad... cierto .. Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la Corte.... Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Escelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y estraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presuma buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí; pero sépase á que propósito nos enronquecemos ahora entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

HENRIQUE.

¿Como decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os seria dificil.

HAMLET.

Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estaréis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

HENRIQUE.

Decia que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y que arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!..... Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á que cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamarémos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á que fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

HENRIQUE.

El Rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si su Majestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la sustancia; despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al

gusto del dia con esa esterioridad halagüeña y obsequiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

Señor, parece que su Majestad os envió un recado con el jóven Henrique, y este ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El Rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El Rey y la Reina bajan ya con toda la Corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La Reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y espresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja..... Pero..... no podrás imaginarte que angustia siento aquí en el corazon...... ¿Y sobre qué?.... No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor...

HAMLET.

¡Ilusiones vanas!... Especie de presentimientos, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuesto.

HAMLET.

No, no..... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, HENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. (*Hace que Hamlet y Laertes se dén la mano.*)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion en fin capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar, que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fue Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quien pudo ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio, y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Miéntras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento; y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos... Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Henrique. Hamlet, ya sabes cuales son las condiciones.

HAMLET.

Sí señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(*Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Henrique en calidad de jueces ó padrinos.*)

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado despues, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(*Henrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.*)

HAMLET.

Este me parece bueno..... ¿Son todos iguales?

HENRIQUE.

Sí señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El Rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el Rey de Dinamarca á la salud de Hamlet..... Comenzad, y vosotros que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos (13).

LAERTES.

Vamos, señor. (*Batallan Hamlet y Laertes.*)

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

HENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien, á otra.

CLAUDIO.

Esperad... Dadme de beber. (*Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.*) Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco... (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro... La Reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. (*Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar, y Gertrudis bebe segunda vez.*)

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!... Pero.. no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Ven, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora veréis si le acierto.

(*Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*)

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé que repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomais á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos.

(*Batallan.*)

HENRIQUE.

Nada, ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora... esta...

(*Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad. Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

HENRIQUE.

Ved que tiene la Reina... Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

HENRIQUE.

¿Como ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la Reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... ¡Me han envenenado!

(*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.

¡Oh, que alevosía... Oh!... Cerrad las puertas... Traicion... Buscad por todas partes... (14).

LAERTES.

No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Henrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento aleve bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo..... No puedo proseguir..... El Rey, el Rey es el delincuente.

(*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.*)

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... Él mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mia, ni sobre mí la tuya!

(*Cae muerto.*)

HAMLET.

El Cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio... A Dios,

Reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrudis.*) Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace estremos de dolor.*) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecucion..... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO.

Vivir? No lo creais. Yo tengo alma romana, y aun ha quedado aquí parte del tósigo.

(*Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet, y la tira al suelo.*)

HAMLET.

Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio! si esto permanece oculto, qué manchada reputacion dejaré despues de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apeteces: alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia..... ¿Qué estrépito militar es este?

(*Suena música militar, que se va aproximando lentamente.*)

ESCENA X.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE, UN CABALLERO, ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

El jóven Fortimbras, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio: la activa ponzoña sufoca mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo (16) á anunciar que Fortimbras será elegido por aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto... Díselo tú, é infórmale de cuanto acaba de ocurrir... Oh! Para mí solo queda ya... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO.

¡En fin se rompe ese gran corazon!.. A Dios, á Dios, amado Príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero ¿como se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

ESCENA XI.

FORTIMBRAS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, HENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRAS.

¿En donde está ese espectáculo (17)?

HORACIO.

¿Qué buscais aquí? Si no quereis ver desgracias espantosas, no paseis adelante.

FORTIMBRAS.

Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza..... Soberbia muerte, ¿qué festin dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR 1.°

¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oidos á quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero ¿quien nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibiriais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió órden para tales muertes. Pero puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces; sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRAS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRAS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un escelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra..... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

Notas.

ACTO PRIMERO.

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion, le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Geruta, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera, que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del dia y hablase con él, esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso: pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el Rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la Corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la Reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el Príncipe, y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolucion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el Rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de acabar con el Príncipe por cualquier medio que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel Rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, durante el viaje, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban; y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima espresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el Rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al Príncipe con estraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el Rey á los señores de la Corte: Hamlet, en el desórden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes; cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fue al cuarto del Rey que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los nobles del Reino, justificó ante ellos su conducta, le aclamaron rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió á sus manos en una batalla año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesucristo, segun el cómputo vulgar.

(2) *Ni un raton se ha movido.* Espresion muy natural en un soldado, y muy agena de la sublimidad trágica. Mr. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia*.

Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia, ó mucha pasion para dar tal fallo.

(3) *Mírale por donde viene.* La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? ¿Que objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama? ¿Por qué no se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿Sale del Purgatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á oscuras y espantar centinelas? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo? Es increible que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno.

(4) *Nuestro último Rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden solamente con su conversacion. El desafío del Rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbras, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia: de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbras de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota 1.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quien fue César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptunó,* puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta escepcion.

(7) *El iba ya a hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Lóndres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbras estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbras y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbras, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Henrique, el capitan, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe: todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo, y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer, en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *Fragilidad! tú tienes nombre de muger.* Literalmente dice: *Fragilidad! tu nombre es muger.* Letourneur traduce: *¡ Oh fragilidad! la muger y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga sera una locucion impropia para espresar que las mugeres son frágiles. ¿A que fin usar de circunloquios falsos y pueriles para esprimir una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imágen ridícula y humilde, véase estotra: *En un mes..... enrojecidos aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(13) *¿ Que asuntos tienes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabia cual fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le ví anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿ Y en donde fue eso?* En todo este diálogo animado y rápido se espresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del Príncipe.

(16) *¿ Nada mas?* ¿Quien duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡Con que amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasaje está oscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *Él no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Miscelaneas literarias* traduce mal este pasaje, diciendo: *Un príncipe, un heredero del Reino no debe trinchar la vianda por sí mismo: es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos declamadores.* Sarcasmo del autor contra algunos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo: ¿y no es error tambien introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relampagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de

palabras é imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue despues.

(25) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡ Que pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡ Con que muda inquietud se espera el éxito! Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez; no adornos, que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hara.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, a media noche, á oscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡ Qué paraje y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años despues. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Vírgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la Cuaresma, Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas espresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas; de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Sí, sí, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los Dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los Escitas era por la espada y el fuego. Los Irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer, en sus *Notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, espresando en la fórmula: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

(31) *Ah! ¿eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las espresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real;* lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuan ridículo es en latin; y el *topo viejo* le trasforma en *fantasma invisible.* Esto no se llama traducir.

(32) *Por eso como á un estraño debeis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *estraño* la significacion de *estranjero.*

(33) *Por mas singular y estraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica despues.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena I.* Esta escena se omite en la representacion, es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en espresiones poco decentes.

(2) *Seria un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del Rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakespeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y tambien es cierto: pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil é inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo la túnica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa que en un rincon vendiese higos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse, que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir; es natural, pero inoportuno y ridículo, y tú eres un artífice ignorante, puesto que debiendo imitar la naturaleza te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces el dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen

á su propósito: su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habla sin tino, y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el Príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio, pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por esceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario, carecen de esperiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será despues, la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí, proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado, les hace en estremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento son sin duda el orígen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes de quienes no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenstern* y *Rosencrantz.*

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsingór, han ido á Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi Soberano, y vos, Señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido á escitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores, se equivocan mucho. Los Ingleses y los Españoles no son ciertamente mas risueños que los Franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesía dramática, han aplicado á cada uno de sus géneros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio; y aquella nacion, ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Turcaret* y llora con *Fedra.*

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será breve (cosa que en él es imposible), las antítesis y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¡Que lástima!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado casi siempre en verso, pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa, en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas espresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasaje aluda á unos versos de Juvenal, sát. X.

(13) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos. (Hanmer.) Véase tambien la nota 22 del acto primero (*).

(14) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Lóndres á fines del siglo XVI, entre las cuales tenían mucho aplauso la de los músicos de la Capilla real, y otra que llamaron *Children of the revels* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraian escitaron la envidia de los demas comicos, como se ve en esta escena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe que en este pasaje Shakespeare *se aparta un poco de su asunto.* En efecto, se aparta un poco.

(15) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos, han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas: *Auto, Comedia, Tragicomedia; Tragedia, Sainete* (que no es mas que comedia en un acto), *Entremès* (que equivale á farsa), y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica), y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Betinelli en su obra de *il Risorgimento d' Italia*, cap. 3, dice hablando del teatro español: *Nuevos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba comedia de capa y espada, otra de dos partes ó jornadas, otra de tres ingenios, autos sacramentales, alegóricos, historiales, y otras estravagancias semejantes á estas.* Es lástima por cierto hallar en un literato de tan conocido mérito equivocaciones que desacreditarian á un pedante foliculario y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarmente se llaman así aquellas en que no entran personajes heróicos, para distinguirlas de las demas. Los *autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *autos*; y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia, ni el formar dos ó tres

ó mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris* no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julfa*, é *Ircana en Hispahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de estravagancia, que no hallará tan abundantes ni en el español, ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa; y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial á quien pertenece por escelencia el título de inventor: *Archicomedia caprichosa-moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragicomedia en comedia. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama heroi-cómico-histórico. Drama civil y rústico. Drama melo-trágico. Dramática grotesca. Etopeya trágica. Fábula eteróclita. Fábula trágico-regia-pastoral. Inventiva pastoral escenica-representable. Opera heroi-tragi-satiri-cómica. Opera anagramati-cómica. Parábola sacro-dramática. Representacion eremítica espiritual. Tragi-comedia ideal. Tragi-comedia pastoral piscatoria. Trágico-sátira. Tragi-comedia pastrocómica-tricumena.* Si no bastan los títulos citados, véase la *Dramaturgia de Leon Alacci*, y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura estranjera, que faltó á la imparcialidad de buen crítico, y que fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habian escrito *Archidramas, Anatopismos y Etopeyas, y Fábulas eteróclitas y anagramati-cómicas, infernales, eremíticas y tricumenas.*

(16) *Escena indivisible.* Hay quien ha creido que por *escena indivisible* deba entenderse *escena fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fue el poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vió, no será temeridad presumir que jamás habrán existido. Estas piezas y las tres comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una, pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(17) *La primera línea de aquella devota cancion.* En este pasaje y el anterior en que habla de Jepté, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(18) *Dios quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muger.

(19) *Pirro feroz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó agenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchádo y retumbante: otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta, imágenes atrevidas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia; tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje, y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro; la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pie; el aire de su espada, que postra al débil Príamo; el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hécuba, que intenta estinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Priamo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas, son espresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas impide á sus apasionados reconocerlas por suyas, sirvan de compensacion á estos defectos las dos escelentes comparaciones de la calma que precede al rayo, y el golpe de los cíclopes sobre las armas de Marte.

(20) *¿Quien se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: ¿será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insulte) tolere ahora tan graves ofensas? Sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con que la amplifica y adorna, lo echan todo á perder.

(21) *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lejía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traduccion *será exacta y fiel, formando una copia parecida donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

(22) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el Rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del Príncipe? Cuando vea por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos.* Véase la nota primera del primer acto.

(2) *Existir ó no existir.* Johnson esplica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en

esta forma: «Hamlet que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin esponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera. Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si despues de esta vida hemos de existir ó no. Vé aquí la cuestion, cuya resolucion determinará si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este seria un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir despues de la muerte. Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad: esto da fuerzas á la conciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de esponer, podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque ¿cuales pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? No es ocasion: su padre le pide venganza, el Cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿es bien que tema la muerte, ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? Pues si todo es falso, nada hay que emprender: su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al Príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te dí nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Dirás este pasaje.* Vé aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos.* En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y a este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fue el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *Vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie between maids' legs!

(8) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razon. O debió interrumpir esta escena luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder: cuando ve la representacion muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. En cuanto á la temeridad del Príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 22 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo.* Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta él Rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la Reina, y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocin que este lleno de mataduras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia: el Rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el gran secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; cierto es que la Providencia quiere su muerte; la vision terrible que habló al Príncipe no es ficcion diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Que ideas, que afectos no debe escitar en el jóven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas; esto ha de sentir, de esto ha de hablar..... ¿Quien hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*)

(16) *Dejame ser cruel, pero no parricida.* La

ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la Reina, la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la conmiseracion y al llanto.

Hanmer en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así: «En ambas tragedias se ve precisado un jóven príncipe á vengar la muerte de su padre: sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado despues con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra pidiendo favor á Egisto é implorando perdon de su hijo que la mata, mientras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la última de estas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato."

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

(17) *Oh! mi culpa es atroz*. Ya se ha dicho que el carácter del Rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue, y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella escelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico, sino que tocadas ligeramente y unidas á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego*. Hamlet quisiera matar al Rey, pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entretanto retirado aquí*. Véase la nota 11 del primer acto.

(20) *¿Qué me mandais, señora?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situacion, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

(21) *Murió*. La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha escitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol*. Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Espíritus celestes defendedme*. Esta aparicion del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor casi estinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razon: nunca el Príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo*. Estas reflexiones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente dan espresion y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(26) *Porque soy piadoso debo ser cruel*. Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo*. A Letourneur se le olvidó traducir todo este pasaje.

ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro*. Como el Rey acaba su discurso con una comparacion, la Reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto tambien. Si don Félix se compara con el eliotropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es como el iman enamorado del norte: si dice don Cárlos que su amor es único y solo como el fénix de Arabia, doña Leonor le replica que su constancia es el escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretear, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y agenos de toda verisimilitud.

(2) *El cuerpo está con el Rey*. Steevens lo in-

terpreta así : *El cuerpo está en la casa del actual Rey; pero el verdadero* (esto es, el precedente Rey) *no está con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece mas natural de esta manera : *El ataud está cerca del Rey; pero el Rey no está todavía en el ataud;* que es decir : no está muerto aun como debia estarlo. Letourneur cree que se pudiera esplicar en estos términos : *El Rey no está con el cuerpo*, esto es : *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no tenemos Rey, no hay un verdadero Rey dentro de su cuerpo.* Si todos los comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no podrian disipar la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet que engordamos á los demas animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan despues comiéndonos á nosotros : tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se habia alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdadero y posible ; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un príncipe de Dinamarca se esplica en este pasaje como un arriero de Sacedon.

(4) *Id, capitan.* Este es el Príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personaje tome parte alguna en el enredo de la fábula ; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta antes que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de donde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet habiéndose embarcado en Elsingór para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografía de Shakespeare no es de las mas exactas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces : culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran malísima doctrina. Fortimbras, que emprende la conquista de un pais que no vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningun príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida ; la diferencia está en que aquellos la esponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale) hacen de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias, su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

(7) *De san Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de mayo al rayar el alba ; y el jóven que las veia primero, aquel creian que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galan.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas*, se hace mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana en la noche de san Juan, con el cabello suelto y un pie desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijesen en la calle, suponiendo que así debia llamarse el que habia de ser su marido. A esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la citada comedia :

Yo por conseguir mi intento
Los cabellos doy al viento,
Y el pie izquierdo á una bacía
Llena de agua clara y fria,
Y el oido al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en tí suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena
A quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
Alguna que me provoque
A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza, como la del Príncipe, con bufonadas ni chocarrerías, ni indirectas amargas : la demencia de Ofelia es verdadera ; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin eleccion ; con ellos se corona y adorna ; vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer ; solloza y rie, se enfada tal vez, pero á nadie ofende ; pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica, y prorumpe despues cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se ve conexion ni objeto ; á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda : á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á esta figura toda la espresion imaginable.

(9) *Huid, señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atropellados é inverisímiles. Laertes, que partió para Francia al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama Rey, combate y dispersa las guardias del palacio y entra en él seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el Soberano, sin que se alcance porque el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del Príncipe legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente, que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia ; pero en aquel tiempo (esceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) todos los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(10) *La naturaleza.* Este concepto alambicado, que se rompe de puro sutil, pudiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto de Villamediana ; en boca de Laertes son muy inverisímiles tales espresiones :

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

(11) *Abajito está.* Por no dejar este pasaje en blanco ha sido necesario sustituir una traduccion casi arbitraria. El original dice: *Down a-down an you call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de *Ay no ni, ay ay no ni,* son estribillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por ejemplo, en la de *Guardarse á sí mismo*, cantan:

Luneta
Atalá allá de la sonsoneta.

En la de *El garrote mas bien dado:*

Yo soy tiritiritayna,
Flor de la jacarandayna.
Yo soy tiritiritina,
Flor de la jacarandina.

Esto y los estribillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cucú, holeholc, chandé, trompilipitrompili, zerengue, cachirulo y otros de esta especie, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(12) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *Notas á Shakespeare.*)

(13) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Letourneur, *Notas á Shakespeare.*)

(14) *Una es que la Reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del Príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al huracan y se vuelven al arco, son floreos calderonianos que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Lóndres que en el de Madrid.

(15) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasaje se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(16) *Por último llegaréis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al Príncipe, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacerle morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un florete sin boton, ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues como no teme que la muerte de Hamlet producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue autor ó cómplice? ¿Como no teme que resulten alborotos en el pueblo, ú ofendido de la alevosa muerte de su Príncipe, ó haciéndose de la parte del matador, á quien poco antes ha proclamado rey? ¿No es de creer que en esta general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un rey malvado no halla medios mas seguros de consumar un delito de esta especie sin dilacion, sin publicidad, sin esponerse á perder en la empresa el cetro y la vida? La ausencia del Príncipe le facilita la ejecucion: ¿porque no estorba su venida á Elsingór? porque no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni lo sepa, y salva entonces todas las dificultades, su maldad queda oculta, y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cual fuese el carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el Rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor ni de virtud.

(17) *Donde hallaréis un sauce.* La narracion de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo período, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situaciones semejantes á esta no se toleran largos discursos; porque si el suceso debe escitar violentos afectos en el personaje que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca con una vana verbosidad.

(18) *Demasiada agua tienes ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse: por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás; y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laertes en este pasaje es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerías de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el Sumiller de corps del Rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios, para escitar la risa del vulgo en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro, y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altísono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *¿Pues qué, Adan fue caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tio Socaba que Adan fue el primero que tuvo brazos; el tio Rasura lo entiende mal, y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cavar si no hubiese tenido brazos. Los

apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasaje, el cual traducido á la letra es como sigue:

SEPULTURERO 1°.

Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2°.

¿ Pues qué, Adan fue caballero?

SEPULTURERO 1.°

Toma! como que fue el primero que llevó armas (brazos).

SEPULTURERO 2°.

Qué! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, tú debes de ser algun gentil... ¿Pues como entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adan cavó; ¿y como podia cavar sin brazos (armas.)? *No hay remedio. Pero voy á hacerte una pregunta, etc.*

(3) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece estraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necedades, y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡ Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas. ¡ Y qué estilo tan ageno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la esplicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro.... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *loggats*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba, solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, señor.* La oscuridad que se nota en este pasaje nace de la varia significacion del verbo *to lie*, que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya porque estás (mientes) *ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO.

Vos estais (mentís) *fuera de ella, y por teso no es vuestra: por lo que hace á mí, yo no esoy* (no miento) *dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET.

Tú estás (mientes) *en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.*

(6) *¿ Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su ataud, sus clérigos y su acompañamiento detrás; en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quienes adulen su ignorancia, y le aturdan sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Vé aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la Reina, y todo es diferente. ¡ En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡ Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡ Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crias!

(8) *Esil.* Lago inmediato á Elsingór.

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marineros fue á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al Príncipe, y pór que estraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el Príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverisímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del Príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del Rey, que así se los dejan quitar? ¿ Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿ Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el Príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al Príncipe. Preso Hamlet, se ignora por que medios pudo librarse, ni como halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena

se confirme, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el Rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al Rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi. Vease la nota 1 del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento: así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe que decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Henrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caloroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es escesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz comun de que el corazon no es traidor carece de fundamento: despues de ocurrido un mal, se dice que lo anunciaba el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal oscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá despues; y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor mas amable al protagonista. Hamlet, reconociendo el esceso que cometió, pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen saltar mas la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mojicones, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto el haber introducido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. La Reina muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la Reina, á quien ciertamente no queria matar. Laertes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza como pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situacion y los personajes.

(15) *Toma, acompaña á mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el Cielo encargó la ejecucion. Todos los principales personajes de esta tragedia mueren, culpados é inocentes; sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico; pues al contrario le disminuye, dividiendo el interés que deberia concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortimbras que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco oscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortimbras le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *¿En donde está este espectáculo?* Como el personaje de Fortimbras es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingór con la noticia del mal despacho que hallaron en Lóndres aquellos infelices.

La Derrota de los Pedantes.

Esta obra no necesita prólogo : por éso no le tiene. Necesitaba notas ; pero el autor no ha querido ponérselas.

Estabase Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas ; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio ; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio; dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobre manera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? — ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes; ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual menos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. — ¿Pero no sabrémos.... — No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡Cáspita, dijo Mercurio, y en que lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que

mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. ¡Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna!»

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. —Ay, hijo mio; ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? —No sé quien me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion? —No son esos, replicó Polimnia; ni ¿como era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros, que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del Cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire ma-

gistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al Cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. Pero ¿qué me detengo?... Mísera!... Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja,

aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobre manera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen; Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? en donde me los has puesto, picarona? —Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. —¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alígeros: ¿yo escapar? no en mis dias: ahora sí, escapar: dejadme á mí, y veréis quien es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. «¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?»

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviereis, me la digais al instante, sin andaros en ambajes ni tranquillas, que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido

decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recien buidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en estremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fue á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fue en derechura á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte y llorando su prision como pudiera el mismo Macias.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y que pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitril diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galan, salga

acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

—¡Oh favor! esclamó el de los ovillejos, ¡oh favor!» y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

«¡Que es posible, decia árqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero ¿es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física, ó estravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine... —No es calígine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

—¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. —Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. —*Sileo libenter,*» dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¡Que variedad! que diferencia! que opuestos polos! esclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡que variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quien dirá que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto es, *pau-*

periem la pobreza, *pati*, sea para tí que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada. ¿Y qué obras son estas que conservo? qué felices partos? ¡Ahí es nada! ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios..... ¿Que tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrian? ¡Pero qué sonetos! qué madrigales! qué romances! qué estrambotes! qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza... ¡Ay mi dulce Nise! ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen así ni mas ni menos, *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño).
Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta.....

—Basta, basta, dijo Mercurio, no

me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores: callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

—Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuando me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! oh ignorancia! oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! yo sin haber almorzado todavía! yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Cármen por los alquileres de mi desvan! yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio!* yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quien ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? quien ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfion armónico? Sí señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe: ¿qué seria ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo.....—El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¿qué es esto? ¿No os he dicho ya que calleis? ¿Os estaréis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y que pesado es el pedanton, y que insolente!

—*Parce domine*,» respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los Egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su orígen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admira-

ba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los Arabes y Caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponia sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxíteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducia á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadia la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos Chinos. Eaco, Radamanto, Mínos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veian florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el P. Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetia muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudia la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para oscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense; le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milcíades, Conon, Cimon y el justo Arístides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veia á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las Musas le acompañaban inmediatas al solio; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de

un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber.» Y acercándose á él, le dijo al oido: «Mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quienes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos; porque si así no lo hiciereis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde;» y habiendo dicho esto, se fue volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Númen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasion, ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.»

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa; las Musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia á proseguir disparatando en culto: pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos: lo que únicamente quiere es..... Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Símil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
No ya disímil yo, si el Indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

—¡Hola ministros! dijo Apolo; al instante coged á ese hombre, atadle y enviádsele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Que desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo; no quiero verle.»

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las Musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á

Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesífone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

«Haré cuanto me decis, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este.

«Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan, somos alumnos vuestros; la divina Poesis fue nuestra delicia desde los años infantes; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar: pero reflexionemos.

«¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

«Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudarémos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quien nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

«Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cual debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo: así pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa; debemos ilustrar á la Nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

«Pero esta nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido

segun la hemos visto decadente y mal parada.

«Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

«Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

«Pero ¡con que novedad, con que acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Que felices invenciones las nuestras! oh que felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esaú! oh Rómulo y Remo! con que oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con que gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

«¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personaje alegórico, con gran concurso de geniezuelos al rededor; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

«¿Y el estilo? y la versificacion? y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? no es particular? no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro pe-

renne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

«Así nos lo persuadíamos: con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

«Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! oh livor! oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que así como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le estrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

«Este fue el galardon, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocido los sesos en amontonar erudicion gentílica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quien, en no sé que libro.

«Pero como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrímos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan ecónomos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á estractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nacion gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspirámos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh como regurgitámos ciencia por todas partes! ¡Oh que traducciones hicímos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y que comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y que apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo,

si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

«¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la escelente moral de los Caribes y Hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Porqué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Porqué, siendo tan desaforadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

«Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho dias: el público se desengaña, ó nosotros por un quítame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

«Pero en el *hic et nunc* en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y faltos de consejo hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobregueces, *ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Astúrias va á tener un Príncipe, la Nacion le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

«Queremos cantar, sí señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe don Fernando con la misma gracia con que desempeñámos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volverémos á extasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que será una confusion.

«¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias esquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan,

para los que no se caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y que lindas comparaciones en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Márcos, el toro de Europa, y el *toro pater!*

« Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras... Pero ¡ay, cirreo Númen! ay, reverendo Citarista fúlgido! ¡ Como nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

«¿Qué harémos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor ¡ oh deidad crinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

« Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente, firmada y sellada segun estilo, en la cual se esprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis además que nosotros los que tales obritas hicímos y harémos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcísonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantarémos hasta soltar la piel. Diréis que para que la Nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la Corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

mas, y en donde se ve estropeada hasta el esceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

«¿Llegará el día en que se aprenda por principios? en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron despues en su pais, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

«Entonces no se instruian los Españoles en compendios y polianteas; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo; las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadlas.

«Su lectura os dará á conocer cuales fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia: veréis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los estranjeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

«Sí, de imitarse: porque seria indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: seria indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

«Entonces se estinguirá quizás aquel espíritu de partido, tan funesto á la sabiduría como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros por el estremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como escelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

«Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor inge-

nuo tales artificios: la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

«Por estos principios conoceréis cuan despreciables han sido vuestras fatigas, y cuanto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla: veréis tambien que no son doctos, ni jamás han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lea porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque escitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

«Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

«Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices; que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden escitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

«¿Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con aullido disonante las felicidades de la Nacion española en la jura de su querido Príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la Monarquía. Rueguen al Cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del tronco ilustre de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al Cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al Cielo que al tiempo mismo que el jóven Príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz, le halague con ósculo dulce, y entorno le sigan las ciencias y las artes todas que moderan la natural ferocidad del corazon hu-

mano, paraque á su vista conozca cuanto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. Oh! ilustren tales máximas su ánimo Real, paraque el mundo goce lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno Príncipe, aun mas allá de los límites de su grande imperio.

«Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

«Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.»

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos viéndole venir se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fue á un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa: habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa y pudieran ser útiles para convertirlos en armas ar-

rojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y esperiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hácia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento: acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuese volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mugeres é hijos si los tenian. Que no creyesen que la Nacion perderia nada perdiéndolos á ellos, pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles tambien que los hombres habian nacido para tra-

bajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacedera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta; y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguan, los gritos y amenazas, que Apolo temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entretanto la griteria y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué estremo llegó entonces su frenesi. «No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira: que venga el hijo de Latona, que venga; él nos conocerá, y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

—Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos han moscas: para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.»

Dicho esto, se metió entre los suyos: repitió las órdenes; previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian librotes sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas, y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que ca-

yeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los gefes procuraban contenerlos conociendo cuan cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fue la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Machâbeo de Silbeira*, que arrojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el ímpetu que traia: hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentos de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios; lo que advertido por los de Apolo, se adelantaron algunos á querer seguir hácia aquella parte la derrota: pero asi que se alejaron de los demas, se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera: dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desórden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos hácia el patio asaz dolientes y mal feridos; otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su órden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan maseado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines, y buenas razones.

Observado esto, partió hácia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia: preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demas mugeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo, porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros, vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

«Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último

esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que manda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen órden siempre hácia el patio describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.»

Así se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano: Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla don Alonso de Ercilla gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*»

Corrió la órden, y al repetir la línea «*descarga, y al patio*,» comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿Y como la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre: allí las historias sacroprofanas de imágenes aparecidas: allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban: allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cancer, Benegasi, Villamediana, Bocangel, Tafalla, Zabaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte* de Gracian, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez: allí el *Don Quijote* de

Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron á estas las de don Tomas de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Cárlos famoso*, la *Hesperoida*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagran, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de *los Inventores de las cosas;* siguiendo á este turbion la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entrádas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al Nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubó resistencia: los eruditos huyeron al patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio, alegre en estremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente donde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! entre humanistas! entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y porqué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia: pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿quien se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me ví en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubímos de volver de la manera que ya visteis.

«Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza: he hablado á Apolo; y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que

se hubiera de negar á complaceros: así que, señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningun chisgaravis, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la escelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quien es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto: con que así no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quien debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quien era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuan poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños

encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la oscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen, como algunos de ellos lo habian hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguian, perecerian todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravancar malezas, y no dar oidos á cuanto les decian: esto fue lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las feridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban de dar gracias al Cielo por tan feliz victoria: despacháronse estraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuantás estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

La toma de Granada.

La toma de Granada

POR LOS REYES CATÓLICOS

DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL.

Cesse tuto o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se levanta.
CAMOENS. LUSIADAS, CANTO I.

ROMANCE ENDECASILABO.

Era la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se estendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.

Éste, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculta estancia en que el primor lucia.

Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follajes varios y labores ricas.

Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.

En pedestales del mosáico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes y califas.

De Osman y Alí, terror del Oriente,
El mármol muestra la presencia misma,
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato y majestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fe confia.

Este miraba el Rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podia:
Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.

«¿Donde vas? dijo: ¿donde, desgracia-
Monarca, evitarás la saña mia, [do
Huyendo del que nunca desampara
A los creyentes que en su amor se fian?

Detente, y en el lecho á quien adornan
Ricas alhombras, turcas alcatifas

Reposa, y con el ocio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.

¿Qué importa que al furor del Nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?

Mientras Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,

¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre
De la cadena que arrastró algun dia,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tra-
Negar los pactos, y la fe rompida? [tos,

Borra, borra el baldon de haber firma-
[do
Las paces que detesto, envilecidas:
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confia:
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia,
El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al Cielo súplicas envia;
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.

¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfan-
[tes
En los blancos pendones de Castilla?

Cuando medroso en tu ciudad te
[encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido á vista de tus muros
Otra ciudad levanta ¡qué ignominia!

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo
En bandos á la Corte dividian,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina:
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y
[guia.

Yo haré que al ver tus fuertes escua-
[drones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas:

Y pasando del Tajo la corriente,
En la Corte imperial fijes tu silla,
Despues de haber deshecho en las As-
[turias
La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderraman, y un nuevo [Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santia- [go
Renovará el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imágen venerada de María.

El Coran se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Gijon á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será, que así te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
A quien los Querubines acompañan
Y las Dominaciones se le humillan:

Que ocupando ante Dios glorioso [asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luceros se apagan á su vista.»

Dijo: y al ir el Rey á responderle,
Veloz de entre sus brazos se retira,
Y á ocupar vuelve la animada estatua
El pedestal robusto que oprimia.

Mientras en Santa Fe mira Fernando,
Vistoso alarde haciendo su milicia,
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar é infantería,

Cuando del claro sol lucientes rayos
A los objetos su color volvian,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el céfiro movia,

Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del Oriente empobreció las minas,
Fernando é Isabel el trono ocupan,
Alto campeon, castísima heroína.

En tanto que en el templo de la Fama,
Venciendo á las edades fugitivas,
Vuestros nombres en mármoles escri- [tos
Causen al orbe admiracion y envidia,

Yo haré, á pesar del tiempo y del ol- [vido,
Que su trompa sonante los repita,
Y vuestras merecidas alabanzas
Las hijas de Memnósine divinas.

Muéstranse alrededor del alto asiento
Los príncipes y grandes de Castilla,
Los Ponces de Leon y los Mendozas,
Portocarreros, Laras y Mejías;

El que de Alhama el defendido muro
Guardó á pesar de la morisma impía,
Y con débil defensa reparado,
Burló su muchedumbre descreida.

Pacheco y el Guzman van á sus lados,
Que dos robustos potros oprimian,
Mostrando el noble varonil semblante,
Alzada la luciente sobrevista.

Del jóven de Alba la tristeza muestran
Las pavonadas armas que vestia:
Negro el plumaje sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturon y hebillas.

El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fue de la morisma,
Y el que llegando hasta Granánda, [puso
El *Ave* de Gabriel en su mezquita.

Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mia,
Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas:

Lujan se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos ginetes que acaudilla,
Que el Manzanares entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.

¡Oh patrio suelo! si al acento mio
Prestar Apolo quiere melodía,
Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcísona armonía,

Yo sabré levantar el nombre tuyo
A la esfera que Vénus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas,

Pues para trono del mayor Monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
A Eton fogoso y á Flegon fatiga.

El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo
El nombre que ultrajaba de María,

Del gallardo Aguilar ocupa el lado:
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.

Hacen-Benel Farax Abencerrage
Lucida escuadra de su gente guia
En tordas yeguas que produce el Betis,
Y á su veloz corriente desafian.

Blancos bonetes con azules plumas,
En las adargas la comun divisa,
Corvos alfanges, largos alquiceles,
Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitan, que de Lucena
Defendió la muralla combatida,
Derramando al impulso de su diestra
La sangre del infiel Ismaelita,

Muestra en su escudo entre cadenas [preso
Al Monarca que audaz le resistia,
Y los nueve estandartes matizados
Con caracteres árabes y cifras:

¡Cuantos esclarecidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de Fernando se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina:

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
Por quien se vieron rotas y vencidas
Las escuadras de Agar, que el dogma [siguen
Del fementido esposo de Cadiga.

Fernando al verlos: «Claros campeones,
Dice, blason de la corona mia,
Por cuyo diestra las cristianas cruces
Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que mireis cerca-
De esa ciudad rebelde la ruina, [na
Y en premio de fatigas tan dichosas
Laurel eterno vuestra frente ciña.

Desde que en Zahara combatiendo el [muro
Rompió Muley Hacen la union amiga,
Hasta que Boabdeli preso y rendido
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,

¡Cuantas veces, dudosa la victoria,
Espusisteis por ella hacienda y vida,
Ya combatiendo en Baza las almenas,
O en el alto peñon de la Axarquía!

Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abenconixa:
Y Dordux, recelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruida.

Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almería,
Y de Huescar á Ronda vuestra espada
Estrago fue y horror de la morisma.

Aun hay mas que vencer: á vuestro [brio
Es corto triunfo esa ciudad vecina;
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.

Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,

Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida:
Mas ¡oh cuan presto la hollará mi planta
Si ayuda vuestro ardor la intencion [mia!

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos [afanes,
Nuestros ginetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas:

Que el Cielo, que hasta aquí miró pro- [picio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo de rigor armado
A nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.»

Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de Fernando repetia:
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.

Suena confuso estrépito: el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el ginete,
El caballo belígero relincha.

Ya corren por la vega dilatada,
Que el Jenil baña con corriente fria:
Los campos queman, roban el ganado,
Huye el pastor á la contraria orilla.

Tristes gemidos é incesante lloro
En la infeliz ciudad el aire hendian:
El vulgo corre temeroso y ciego:
Deja el muro y ocupa la mezquita.

Así venciendo Vespasiano y Tito
Los fuertes muros de la sacra Elía,
Esta lloró su mísera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destrui- [da.

Boabdelí, de valor y fuerzas falto,
Al Albaicin medroso se retira:
Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.

Quien le aconseja que la gente anime,
Tienda al aire las árabes insignias,
Salga á campaña, y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.

Quien pretende, primero que ren- [dirse,
Que en llamas arda la ciudad querida,
Dando la vida al tósigo y al hierro,
Cual los de Ástapa ó la Sagunto anti- [gua.

Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sexto lustro de su edad cumplia,
Arabe en patria, Aldoradin en sangre,
Hijo de Abenhucen y Geloíra:

Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica:

«Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo, que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni [gente
Para librar la patria que peligra.

¿Espondrémos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruina?

No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,

No Agamenon ni Aquíles de Larisa.

Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heróica accion, si Boabdelí la anima.

—Sí, yo la apruebo,» dijo, y de los [hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admi- [te,
Doblando reverente la rodilla.

Vístese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,
En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envia,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.

Del ancho tahalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abue- [lo
Cuando á servir á Soliman partia.

La istriada lanza acomodó en la cuja
Que cual un mimbre el bárbaro blan- [dia,
A cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazon que en fuego ardia,
Y en campo azul alrededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daria.

La rica manga adorna el diestro lado,
Que de aljofar bordó y argentería
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecen vivia.

De un tostado alazan oprime el lomo
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca,
Y dócil á la rienda que le guia.

Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Ilíberis antigua,
Sus muros deja atrás y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.

Cuando, al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,
Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover cru- [jian.

Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenia,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en ligero tropel tras él venia.

Sale á encontrarle, y previniendo el [asta,
«¿Quien eres? dijo: ¿donde te encami- [nas?
Dí si eres granadino ó castellano,
Y cual es el intento que te guia.

—Soy granadino, respondió; y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,
Tu primo Zuleman es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzman valiente,
Impio verdugo de agarenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
Caudillo y Alhagib de su milicia.

Sabes cuanto lloré la injusta muerte,
Sabes cuanto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alárabes ginetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabarán que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas
A manos del que causa mi desdicha,
O á que, logrando la venganza, vuelva
A consolar la pena que origina.»

Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se estendia.

Bajan ardiendo de la escelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
A quien el Tajo aurífero salpica,

Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.

Salta del lecho intrépido Fernando:
Su presencia á los débiles anima:
Manda al de Cádiz que al encuentro [salga,
Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.

Zuleman, que advirtió salir armada
La gente que el de Cádiz acaudilla,
Vuelve la rienda, y hácia el bosque [parte
A prevenirlo al comenzar el dia.

El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hácia sí venia:
Mas ¿quien pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El fresno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galan Adonis
Miró difunto Vénus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte [lamentaron
De sus bosques las bellas hamadrías.

Cual blanco azar, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,
Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;

Así, exhalando el último suspiro,

Los ojos ciera en tristes agonías:
Revuélcase muriendo, y se estremece,
Y el alma baja á la tartárea orilla.

Hamet, que viendo el caso lastimoso,
Batió la espuela y aflojó las bridas,
En venganza y furor y saña ardiendo
Con ronca voz: «Cristiano, le decia,

Si juzgas que la sangre de mi primo
En tiernos años sin piedad vertida,
Con la tuya, á pesar del universo,
No la podré vengar, mal imaginas.»

Y arremetiendo cual ardiente rayo,
La peligrosa lid acabaria
Si en menos fuerte escudo diera el [golpe
Que atronó las cavernas convecinas.

Rota la lanza, con la espada embiste:
Ciego de enojo el moro combatia,
El alquicel arrastra por la arena,
Que el potro al revolver desgarra y pisa.

Cual en el ancho circo matritense
Con medrosa atencion la plebe admira
Robusta fiera que bebió el Jarama,
Que el jóven andaluz acosa y lidia;

Así, burlando al moro granadino,
El cristiano sus golpes detenia:
Aquel le sigue, y este levantando
La poderosa espada vengativa,

Tal golpe descargó con brazo fuerte
Sobre las plumas y cimera altiva,
Que juntas se estamparon en la arena
Penacho verdegay, bonete y cintas.

No vuelve mas veloz manchada tigre
Al flechazo que el árabe le tira,
Que el moro al golpe, del pavés [cubierto,
Alta la diestra, en roja sangre tinta.

Quiso al contrario dividir de un golpe:
Llega, da, hiere; y en la lid reñida
Ninguno de los dos fuertes soldados
A su enemigo superior se mira.

Mas viendo el Ponce á un lado ya [cercana
La mora gente, y bárbaras insignias,
Y al otro en las banderas sus leones,
Señales de su tercio conocidas,

De punta á puño le metió la espada,
Que al querer su enemigo resistirla,
Cayó difunto del arzon al suelo,
Abierto el pecho en penetrante herida.

No de otra suerte encelado arrogante
Del rayo herido de la luz divina,
Precipitándose de monte en monte,
Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafiles y atabales roncos
Confuso estruendo militar se oia,
Y en lid sangrienta entrambos [escuadrones
Por su ley y su patria combatian.

Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,
Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,
Que en la vega mostraron algun dia
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte [suya
Su patria, opresa, y su nacion cautiva.

Unos con otros en atroz desórden
El tremendo combate sostenian,
Causando á un tiempo en una y otra [parte
Con igual confusion muertes distintas.

Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que Fernando envia,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almayzares revolvia.

Ya la escuadra de Agar la espalda
[vuelve
Precipitada con veloz huida,
Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrian.

Boabdelí, que advirtió destrozo tanto,
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,
El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,

Maldice airado del Profeta suyo
Las promesas, que ya fallidas mira,
Viendo á Fernando que triunfante
[llega,
Y el difícil asalto premedita.

La cristiana Amazona que le sigue,
Su intento aprueba, y á su gente
[anima:
Corona el muro desarmada gente,
Y al cielo sube inmensa vocería.

Suena el clarin belígero, y apenas
Las tropas á embestir se prevenian,
Blanca bandera el Albaicin tremola,
Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas el Monarca moro
Busca á Fernando, y á sus pies se
[humilla.
«Cidi, venciste, reverente dice:
Tuyo es mí reino ya, tuya es mi vida.

—Alza, le dijo: en mi bondad piadosa
Perdon hallar podrá tu rebeldía,
Vivirás como rey y amigo mio,
Pues supiste aplacar todas mis iras.»

Marcha á Granada el campo: el
[bando moro,
Lágrimas derramando de alegría,
El nombre de Isabel y de Fernando
Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del Oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cria;
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombras chinas.

El sucesor invicto de Pelayo
Y la escelsa Matrona de Castilla
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la herejía.

La Fe y la Religion iban delante,
Que dirigieron la feliz conquista,
Arrollando moriscos estandartes,
Y eclipsando las lunas enemigas.....

Cante otro lo demas, si á objeto tanto
Menos puede bastar que voz divina;
Pues fatigada del asunto heróico,
Enmudece esta vez la trompa mia.

Leccion poética.

Leccion poética.

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESIA CASTELLANA.

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada dia,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó frusleria?

¿O que puede adquirirse el númen santo
Del Dios de Delo á modo de escalada,
O por combinacion ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fue la desgraciada,

¿Porqué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan: ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto
Desengañar al que el error desea:
Vaya por donda va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las Musas,
Y trepar á la fuente Pegaséa.

Pues si el aceite y la labor no escusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Díla que es nieve cuando mas te irrite;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desden sonoro hielo;
Breve disgusto, que incomoda y pasa:

Dirás que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!

Díla que el alma, agena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso.

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te clavaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.

Dí que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto.

Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon; y *el agua arroja*
Por los tersos balcones de los ojos.

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes,
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y dí que venga un literato al uso,
Con su Luzan y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:

Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.

Así tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana;
Tigre, de rosa y alhelí vestido.

Mas quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:

No importa, así va bien. Luego compo-[nes
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.

Dirás que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡Inexorable amor! fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
Fabio, que se murió de mal de amores,
Culpa de una muchacha melindrosa,»

Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugeto su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
Trasformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara: cada cual despega
Un frasco y otro: la embriagada gente
Empieza á improvisar... ¿Y quien se [niega?

¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,

Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.

La quintilla acabó: los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso:
Vuelve á beber, y á desatar la vena.

«Bomba, bomba,» repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pie forzado el bacanal furioso.

Y qué, ¿tú callarás? ¿Nada te escita
A mostrar de tu númen la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?

Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.

¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Pienses que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás que aplauso en Avapies grangeas.

Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberías
Al público darás, de tomo en tomo;
Que ansioso comprará lo que le envias.

Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo oscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas:

Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, agena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar: la vírgen treme,
Y al juvenco los álgidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes,
Prorumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas,
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas estendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy estendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura tambien faetontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada gerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante

Que él solo entiende; y ensartando dies- [tro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado,
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
A dominar imperios enseñado,

Que, dando ley al báratro profundo
Su fuerte brazo, sujetó invencible
La dilatada redondez del mundo.»

Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,*
La cólera de Aquíles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa;

Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son estremados.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardia:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que así lo debe hacer un hombre hon-
[rado.

Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con espresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados:
Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezqui-
Sin interés, sin fábula, sin arte; [na,
Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á esplicarte.

Despues que entre centellas y estampi-
[dos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente,
E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.

Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.

A espuertas verterás, á carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuanta aventura, y cuanto
[encantamento!
¡Cuantos enamorados campeones!
¡Cuanto jardin y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,
Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece?

En un valle oscurisimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuanta vasija y unto preparado
Tiene! ¡Cuanto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo ve deja admirado!

Allí le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada
Que el nombre suyo ha de ilustrar
[famoso.

Y mira una ficcion muy adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,

Siempre logras con esta fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mia.

Y si tales patrañas son agenas [viene,
De su alcurnia, ¿qué importa? Si con-
Con Héctor el troyano la encadenas;

Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo.

¡Válame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!

De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alboro-
Montes nevados, prados olorosos. [ta,

De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llam
Del sol se oculta, al espirar el dia,
Dándole Tetis hospedaje y cama.

Y en su precipitada correría,
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvia

Muda el auriga hácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la auror
Los lleva el carro de piropo ardiente..

Pero de un criticon me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Como salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡Cual blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le
[aguante.

No quiere que haya encantos ¡linda
[tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló desgarra y
[quema.

Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas,

Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebron degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella;

Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No señor, nada basta: enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.

"¡Abundancia infeliz! vena maldita!
Dice en horrenda voz; que impetuosa
Como turbio raudal se precipita.

El gusto y la razon, en verso, en prosa,
La invencion rectifiquen; que sin esto,
Jamás se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en errores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto,

Muestra lo que produce el estragado
Talento que sin luz se descamina,
De la docta eleccion abandonado.

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil ó tenebroso,
De la debida propiedad distante.

Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.

Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,

Oye solo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.

¡Qué es ver saltar entre hacinados [muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladin, enderezando tuertos!

¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una muger guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!

A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,

Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y celos repetidos;

Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir ámantes al careo.

Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.

Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heróica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.

Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.

No es mas que un mentecato [pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y gifero.

Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el númen ignorante
Que á tanto delirar se desenfrena.

Ya veis los muros de Florencia ó Gante:
Ya el son del pito los trasforma al [punto
En los desiertos que corona Atlante.

Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.

Pero ¿que mucho, si en el drama [mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo,

Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas?

¡Oh qué abominacion!» Dice el [sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de tí ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.

Pues aunque el tema popular no igno-
De que Cintio corona los poetas [ro,
De verde lauro, y no de perlas y oro,

Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio: las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el esceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no dés sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte; salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
Él te celebre cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamentos,
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se trasforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo porten-[tos.

De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su gefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto,

Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque!* Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borra-
[chera.

Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura: no lo dudes,
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decia,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero, qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre oyendo cuchilladas, vino;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila:

Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El númen y las sílabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ga-
[nas,
Y agradécelo á mí que te he instruido.

Epistolas.

Epístolas.

A DON SIMON RODRIGUEZ LASO,

Rector del colegio de san Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error discul-
[pen
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos donde truena el bronce,
Infelices se llaman. Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creidos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muer-
Así buscando el navegante asturo [te.
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se enga-
[ña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilon sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
O yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue [ma,
Sin que el furor de su ambicion repri-
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperacion y los delitos,
Ni los metales que á mi Rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso: la prudente
Moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos estremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ageno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro
[empuñe
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,
A nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cual frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las
[horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupcion, ¿hallaste
[alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez
[descanse?
¡Y como burla su esperanza, y postra
La suerte su ambicion! Los sube en
[alto,
Para que al suelo con mayor ruina

Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe;
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz: retumba y muere.

¿Ves, adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto
Y púrpuras del Sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito levanta?
Ay! no le envidies, que en su pecho [anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle [asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Céres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Aspero monte, opaca selva y fria!
¿Cuando será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen trasparente lago
A los cisnes de Vénus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores;
Esto á mi corazon le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

A DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Si: la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives:
Siempre animado de incansable zelo,
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el Cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cum- [bres
Del Apenino, y la que en humo ar- [diente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las [artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,

Si al hombre estudias en el hombre
[mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las
[ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza
[nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuanta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuantas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se
[escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
Ay! si todo es mortal, si al tiempo
[ceden
Como la débil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quien guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿A quien promete
Nombre inmortal la adulacion trai-
[dora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Porque á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve, todo es ruinas?
Todo: que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Númen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

A LA MARQUESA DE VILLAFRANCA,

con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla.

Faltó mi anuncio, y generoso el Cielo,
Mas que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre,
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que
[vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y rie.
¡Oh vana prediccion! Mayor cuidado
Merece al Númen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia escelsa:
Premios mas altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no man-
[chada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los tuyos tambien, y los de tantos
Pueblos que ven en tí señora y madre.

Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante, es un Guzman; de [aquella
Estirpe clara sucesor, que un dia
Fue de la patria impenetrable escudo,
Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El jóven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal: Le ofrece el moro
Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzman resiste;
Él se desciñe la temida espada,
La tira al campo, y «Si no quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mia.»
¡Oh constancia! oh valor! Vive, pre- [cioso
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre accion te ha de inflamar la [gloria,
Que ya del vicio y corrupcion infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el zelo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron... Vive: que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ,

dedicándole la comedia de la Mojigata.

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion, y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y for- [mas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor: que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas [veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuantas, pulsando las aonias cuerdas,
Quise prendar con números suaves
La esquiva hermosa que en silencio [adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta [verde
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desórden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la musa de *Menandro*,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarin de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en tí los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.
No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro: ¿y cual seria
De la grandeza de tu nombre digno
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á mas la vena estéril,
Cuanto puedo te doy. Así postrado

Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo; y los ofrece
Al alto númen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO.

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, [silencio,
Paz en el alma, soledad queria,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros, que el talento ilus- [tran,
Y el vigor al estómago destruyen.
Holgar quise y vivir; y apenas llego
A las orillas que fecunda el Arlas,
Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adonde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que res- [pira,
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el alguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pa- [gue,
Y no las paga: al Soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza es- [trema
Privilegio le da seguro y cierto
De no pagar jamás. Yo así, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector, me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciria
En culta frase de Leon y Herrera,
Los garabatos que del Norte frio
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. O si aspirase
A conseguir, sin merecerle, el nombre
De poligloto y helenista insigne,
Amigos tengo, y con agenas plumas
Me presentara intrépido y soberbio,
Y la alquilada erudicion pudiera
Valerme aplauso entre la plebe osada
De los pedantes, cuya ciencia es solo
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
Mucha constancia y direccion pru- [dente,
El acercarse de Minerva al templo.
La vida es breve: el límite se ignora
Que debió á su Hacedor la siempre [varia
Robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
A conseguir la perfeccion, desisten
A su vista confusas y cobardes
Del atrevido intento. Un primor solo,
Una sola verdad, á sus alumnos
Cuesta prolijo afan, y aquel que logra
Adelantarse en la dificil via
A los que siguen con incierta planta
El mismo generoso intento, adquiere
Ilustre honor que en las edades vive.
Sabio le llama el mundo, porque en una
Ciencia alcanzó lo que anhelaron mu- [chos;
No porque en ella al término llegase,
Que inaccesible de los hombres huye.
Solo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia,
Todo lo sabe. En el café gobierna
Los imperios del orbe, y mientras bebe
Diez copas de licor, sorprende, asalta,
Gana de Gibraltar el puerto y muro.

Consultadle, señor, veréis que pronto
Cubriendo el mar de naves españolas,
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
Y los tesoros de Jamáica os pone
En la calle Mayor. ¿Quereis oirle
Por tres horas no mas? Latin, tudesco,
Arabe, griego, mejicano y chino,
Cuantos idiomas hay, cuántos pudiera
Haber, los sabe. Erudicion, historia,
Náutica, esgrima, metalurgia y leyes,
En todo es superior, único y solo.
Poco estima á Mozart: nota con ceño
Que Cimarosa en tal ó tal motivo
No estuvo muy feliz. Habla y decide
En materia de escorzos y contrastes,
Tonos de luz, degradacion de tintas,
Pliegues y grupos. Convulsion padece
Con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!
Las faltas ve de propiedad y estilo
En que se deslizó la mal tajada
Péñola de Cervantes... Vive, insigne
Honor y gloria de la edad presente,
Para instruccion comun: esplendorosa
Lámpara, no te apagues. Yo, que ad-[miro
La vasta enciclopédica doctrina
Que ostentas en banquetes [clamorosos,
No te la sé envidiar, y si consigo
Que alguna vez mi rudo verso escuche
Aquel que alivia el grave peso á Cárlos
En la dominacion de tanto imperio,
A mas no aspira mi talento humilde.

—

AL MISMO, EN LENGUAJE Y VERSO ANTIGUO.

A vos el apuesto complido garzon,
Asmándovos grato la péñola mia,
Vos faz omildosa la su cortesia
Con metros polidos vulgares en son;
Cá non era suyo latino sermon
Trobar, é con ese decirvos loores:
Calonges é prestes, que son sabidores,
La parla vos fablen de Tulio y Maron.

Por ende, si tanto la suerte me da,
Maguer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe é vecino
La gen acuciosa mi carta verá:
E vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotíl,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor
Aquel que alegroso nos dió bienan-[danza,
E al comun conorte la mucha amis-[tanza,
Ovo de don Cárlos, el nueso señor.
«Sepades, le dijo, buen alcanzador,
Que en todo el mi regno vos fago im-[perante;
A tal que del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad:
A non acuitallos las mientes parad:
En algos abonden é pan otrosí;
E cuando mis tierras (que tal non crei)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los mios punar é vencer,
Cá siempre ganosos de liza los ví.

E ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses é todo lo al,
E mucho trotero ardido é leal
De los mas preciados que en Córdoba [son,
E fustas con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus [flotas
Al nueso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas le dieron asaz.

Allí do pregonan olganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é pu-
[nido:
Ansí el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
É parte, al agudo estímulo pronta,
O párase dócil, el freno sentido.

A tal platicaba la su señoría,
E cedo el magnate repuso á don Rey:
Non fuera nascido de alcuña de ley
Se al vueso talante non obedescia.
Solene homenaje fago é pleitesía,
(E dijol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
E España recabde su prez é valía.

De entonce colmalla de bienes cuidó:
La paz se posara á su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tris-
[tura,
É quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.

É vímosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, é á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid:
Ansí de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

Oh! fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el troton!
Tímidos fuyeran ginete é peon,
En llama aburando sus tiendas caidas;
E á la funerea matanza é feridas,
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,
É del alto alcázar do tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla;
Sotíl palaciano, sirviente leal:
Largosa, por ende, la mano Real
Quisiera abastalle de dones subidos,
Cual nunca de alguno non fueron ha-
[bidos,
Siquier home bueno, siquier principal.

É ved de cual arte ser quito pensó
El Rey, que sesudo catara sus fechos:
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
É luego é de sí voceros mandó
Que cedo á la rica Toledo se vayan,
É aquesa manceba garrida le trayan,
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura,
La voz falagosa, gentil su ademan:
Florinda, la causa del nueso desman,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

Oh! vivan entramos en plácida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado é blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura perínclita cante,
É aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

—

A UN MINISTRO, SOBRE LA UTILIDAD DE LA HISTORIA.

Ya el invierno, de nubes coronado,

Detuvo en hielos su corriente al rio:
Brama el Bóreas. Felices
Campos, á Dios; y tú, valle sombrío,
A los placeres del amor sagrado,
Vénus hoy te abandona y los amores,
Y el sol; cercano al capricornio frio,
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata,
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida,
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte:
Justa obediencia, y justo imperio en-
Si á tí benigno el Cielo [seña.
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta:
Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio
[espire.
Docta la historia ejemplo verdadero
A tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha
[sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que redimen sus fastos del olvido,
Si políticos ya, si belicosos
A tanta gloria, á tal poder llegaron;
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres pu-
[ras;
Si fue de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas;
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Eufrates que tronando suena
Y el lugar desconoce
Donde la Asiria Babilonia estuvo,
Que al héroe macedon miró triunfante.
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos,
Encuentra solo; y la ciudad que pudo
Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora:
Sus arcos y obeliscos suntuosos,
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son ruinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras
Los pórticos del foro
En colunas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro
Donde el arte espresó formas divinas...
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Como repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro oscuro el aquilon compite,
Y Jove en alto carro conducido
Fulmina á los alcázares centellas;
O cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra, el fuego brama
Con rumor espantoso,
Y en su reventazon muda los montes,
Ciudades arruina,

Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, escede
A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado
Para ejemplo á los siglos espantoso.
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el márgen con ímpetu violento,
Arboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así bárbaras gentes, descendiendo
Del Norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago hor- [rendo,
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron vengan- [za.
Así, en edad distinta,
Osado el trace, sin hallar defensa,
Escediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del Oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente;
El Araxes y el Tígris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra que llenó de espanto y luto
De sus vagos ejércitos impíos
La furia poderosa.

Mas, como suele en los despojos frios
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,
Buscar alivios á la frágil vida
La física estudiosa,
Tú así, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su ruina,
Propio escarmiento harás la culpa age- [na,
Esperiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.
Verás entonces que el que sabe impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera,
O la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La union social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se ase- [gura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es [vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud oscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado
El mérito se vió, tú le coronas:
Las letras á tu sombra florecieron,
El zelo aplaudes, el error perdonas,
Y el premio á tus aciertos recibiste
En placer interior que el alma siente.

Oh! pues tan altos dones mereciste
Al Númen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna,
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna.

A ANDRÉS.

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propo- [nes

A mi dictámen acceder sumiso?
¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso
El mérito será de tu futura
Doña Gregoria, que el quererla mucho
O no quererla de mi voz depende?
En fin, si mi opinion saber deseas,
Te la diré; pero el asunto es grave
Y toca en lo moral filosofía:
No se diga de mí que en delicadas
Materias uso de pedestre estilo
Y frase popular. Tú, que las noches
Pasas leyendo la moderna solfa
De nuestros cisnes, y por ella olvidas
De Lope y Laso la diccion, escucha,
Que en la misiva que á copiarte em-
[piezo,
Mi dictámen te doy, no te conjuro.

«Si tus abriles, bonancibles años,
Que meció cuna en menear dormido,
Del bostezante sueñecito umbratil
Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no
[tornan;
¿Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor? Ay! teme, teme
Letargoso placer, velar cargoso
Y rugosa inquietud que á par te cercan.
Entra, amigo, en tí mismo, ó si te place
Huye dentro de tí: consulta un rato
La sensatez en lóbrego silencio,
Y hondamente esclamante ella te aleje
De la deshermandad desamistada,
Que los cuidados cárdenos profusa.
Presto será que el pestilente soplo
Del ejemplo mortal de un mundo in-
[fecto,
Arideciendo el alma infructuosa,
Sin esperanza la semilla ahogue
Que natura plantó: ni el freno triste,
Ni el helado compás de la prudencia,
Su vividor hervir harán que cese.

«Todo al tiempo sucumbe: el cedro
[añoso,
La dócil caña en gratitud riendo
Dulce, como de leve niebla umbría
El insensato orgullo. Infortunado
Clima aridece ya con sus heladas,
Crujientes pesadumbres y fraguras
El númen invernal: llegan las horas
De hielo y luto, y se empavesa el cielo.
Salud, lúgubres dias, horrorosos
Aquilones, salud; que ya se cubre
Selvosa soledad de nieve fria,
Y el alto sol mirándola se embebe.
Abrego silbador, cierzo bramante
Ya la tormenta escitan borrascosa:
Soplan el soplo de venganza, y nubes
Oscuras en los vientos cabalgando
Bañan y abisman los tranquilos surcos.

«Empero ley primaveral que vuelve
Dócil se presta al oreante soplo
Del aura matinal: cuanto es so el cielo
Todo anuncia placer; la etérea playa
Velada en esplendor, colma la selva
De profusion fragante, los soplillos
Del favonio y el *beé* de las simplillas
Corderas, que yerbilla pastan verde.
¡Oh coronilla! á tí tambien te veo
Y la sien de la espiga, aunque levante
El abrojo su frente ignominiosa.
Las fuentes, los arroyos saltadores,
Sierpes de nácar, con albores giran;
Forman torcidas calles, y jugando
Con las flores se van. Canta el pardillo
Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
O al vislumbrar de la modesta luna,
Le responde la eco solitaria.

«La estacion estival en pos se sigue,
Y el agosto abrasado ahoga las flores
Con ardor descollante. Palidece
El musgoso verdor, oigo quejarse
En seco son el vértigo del polvo,
Y lo que por do quier bañado en vida
El céfiro halagaba, estinto yace.
El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
Y mientra amiga la espigosa Céres
Con la pecha del trigo desuraña
Al cultor fatigado, los umbrosos
Frescores el postrer aliento rien.
Luego con sus guirnaldas pampanosas

Octubre empampanado, en calma [frente,
La alegría otoñal nos da que vuelva:
A la esperanza la corona el goce,
Y la balanza justa al sol voluble
Ya le aprisiona en sus palacios frescos.
Cefirillo, tal vez enamorado
De alguna poma, bate el ala, y llega,
Y la besa, y la deja, y torna, y mece
Las hojitas, y bulle, y gira, y pára,
Y huye, y torna á mecer... Dejad que [ciña
La temulenta sien, ¡oh ninfas blondas!
Mil veces Evohé... Cien copas pido,
Y en pos, y á par, y cabe mi colmadlas,
Y otras ciento me dad... Así natura,
Las leyes no exorables acatando,
Próvida el perenal destino sigue,
Engranando los séres con los séres;
Que unos de otros en pos, en rauda [marcha,
Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.

«¡Ay, amigo hermanal! Cauto desoye
Luengos trasportes y cobarde miedo,
Que á la infantina juventud apena.
Se alejan ya los intornables dias,
Tremolando el terror. Ocia, si es dado;
No quieras zozobrar en el arrollo,
Con los reveses reluchando indócil.
¿Ves la rueda insociable de fortuna
Resaltar vacilante, en rechinido
Y agudo retiñir? ¿y como torva
La insaciabilidad del oro insomne
La avaricia clavó dentro del pecho?
¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
Riendo muertes, profusar protervias,
Y el puñal del desprecio, la ponzoña
De la doblez, los hielos del olvido,
Que la alma fuente del sentir cegaron?
Héme en fin junto á tí; que ya te tiendo
Un brazo de salud. Ay! no disocies
A la fiel confianza de tu frente.
Con el destino escuda la dureza,
Y flecha tu interior con las memorias.
No el díscolo interés, soplando estéril,
Impida de tu pecho al golfo umbrío
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

«El hombre es solo quien guarnece al [hombre,
Mi buen Andrés. No marques en opro- [bio
Tu vivir breve; al sexual cariño
El brutal apetito rinda el cetro,
Y cubre con tu mano tu deshonra.
Que en cuanto vieres navegar los astros,
Verás, ay! ay! ay! que es llanto el [gozo;
Que las pasiones para siempre yacen,
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
El frio del no ser; entre horfandades
Pasea en espectáculo profundo
La muerte el carro, y propiciar no [puede
Mas al mortal que suspirar deseos.»

¿Me has entendido, Andrés? Si reco- [noces
Que de tan inhumana gerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á os- [curas,
Quema tus libros y renuncia al pacto,
Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solteron te queda;
Y que doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas: cásate esta noche,
Y larga sucesion te dén las Furias.

A CLAUDIO.

El Filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuer- [das,
Sabrás que no tan solo es importuno,

Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andujar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuanta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupcion!» esclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en Africa compró, simple y desnudo.
Oh! que abominacion!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de mármol eres:
Que es mucha erudicion, zelo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este zelo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, mas inovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y *come*
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Névio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;

Y habla de patriotismo... Claudio, to-
[dos
Predican ya virtud como el hambriento
D. Ermeguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel que la practica y ca-
[lla.



60

Odas.

Odas.

A LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA,

con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (estado veneciano) el año de 1795.

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna Doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen: dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Númen adoran.

Madre piadosa, que el lamento hu- [mano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo;

Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio
Los elementos ceden. [prontos

Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, orígen
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos;

O ya, sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible;

Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á sus pies ve las estrellas,
Quietud impone al mundo, y los estra-
Cesan, y huye la muerte. [gos

Oh! celebradla: y el dichoso dia,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud, ejemplo sea
A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,
Ella comprende, aunque de voz ca-
El idioma del alma. [rezca,

Sí: tú me inspira, y en amor divino
Arda por tí mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,
Vírgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre
Si religion le dicta.

El suspirado instante nos avisa:
El son de Marte las esferas hiende:
A Cárlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo Señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin canoro
Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor [respetas,
Si el vuestro ensalza de mi Rey la glo-
Nunca mas venturoso [ria,
Objeto tuvo el verso ni la historia.
¡Oh si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el númida feroz me escucharia.
Mas no, mi dulce musa,
No te enagene el atrevido intento;
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el [mio.

—

A LA MEMORIA DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Flumisbo, el celebrado
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fue de Dorisa el nombre,

Ya las sombras habita
De los elisios bosques:
Llora, Vénus hermosa,
Llorad, dulces amores.

Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone;
La rica vestidura
Desceñida sin órden;

Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,

Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana,
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
Con mirtos de Diome,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,

Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,

Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Vénus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
A números acordes,

De la region que tiene
Por su cenit al Norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,

Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

A DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mantua escelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las musas,
Para mí siempre númen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
O en larga ausencia viva remoto,
Olvida méritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al númen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbría,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro á Minerva
La sien ceñida, flores y pámpanos.
Tál vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al ínclito varon aplauden,
Dando á los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

A LOS COLEGIALES DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa,
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?

Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor.

¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pie?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre [hablé?

Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.

Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postrados ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones.....
Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

A NISIDA.

¿Ves cuan acelerados,
Nísida, corren á su fin los dias?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reias,
Ves que no vuelven, y en amar porfi

Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undosa:
Todo la edad se lo llevó envidiosa

¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus pies un amador constant
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
Que es indomable corazon el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frio,
Del ruego que me cansa me desvio.

Que Cupidillo ciego,
Hijo de Vénus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas

¡Qué amable, si el oido
Presta suspensa á mi pasion doliente

¡O el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!

Ay! si benigna un dia
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

A ROSINDA HISTRIONISA.

Cupido no permite
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste
A que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
O en tu placer se goza,
O en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:

¡Qué honesta, si declaras
La pasion que te vence,
O imaginados celos
Tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste
Que dictó Melpomene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quien con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso
Cuanta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus pies humillado
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,

Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;

Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.

Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.

Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,

Veréis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poeta
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
¿Ni galardon mas alto
Quién pudo merecerle?

Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho
Del afan que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
Las dotes escelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
En acentos suaves
De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero qué!... No la cierres:
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!

Oh! ya está aquí don Lúcas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,

Don Genaro, don Zoylo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa acuestas
Un cangilon de almíbar;

Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita;

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.
Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

AL NUEVO PLANTÍO QUE MANDÓ HACER EN LA ALAMEDA DE VALENCIA EL MARISCAL SUCHET, AÑO DE 1812.

Ya la feliz ribera
Del Edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.

Oh! prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo dén suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quien de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa
Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo oscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Túria! si difunde el Cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolinea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

A LA MARQUESA DE VILLAFRANCA,

con motivo de la muerte de su hijo el conde de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.

A los acerbos dias
Otros siguen de paz : la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en órden admirable,
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.

Esa vida fugaz no toda es tuya:
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza:
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía
Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió: sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
Oh! como hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
A su nacion laureles,
Gloria á su estirpe, y á su Rey ven-
[ganza.

Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco
[duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.
Él, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que aban-
[dona,
Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.

Ya no es mortal: entre los suyos vive:
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo, luminoso.
Debajo de sus pies parece oscuro
El gran planeta que preside al dia.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éter puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

A los dias de la duquesa de Wervick y Alba.

Admite benigna,
Duquesa escelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al Cielo:
Su amor y su zelo
No vanos serán.

La voz inocente
Al Númen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
Oh! llegue á su oido
La súplica nuestra:
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él,

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los Cielos
Honor inmortal.
Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

A LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE,

docto anticuario, historiador y humanista.

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al Cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion:

O á mí solo llevara
La muerte presurosa,

Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuanto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al Númen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el Cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos Arabes
Las cruces de Isabel:

A tí fue concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida

Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon,

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

Traducciones de Horacio.

A VÉNUS. *(Lib. I, oda* 30.*)*

Deja tu Chipre amada,
Vénus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin tí no apetecida.

A LEUCÓNOE. *(I,* 11.*)*

No pretendas saber (que es imposible)
Cual fin el Cielo á tí y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. O ya el tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
Ay! goza del presente, y nunca fies,
Crédula, del futuro incierto dia.

A ICCIO. *(I,* 29.*)*

¿Qué, al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los Reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cual servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cual en regio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quien ya dudaria
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su fuente,
Si tu de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela

(No á costa de leve
Afan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

A LICINO. *(II, 10.)*

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.

El que la mediania
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
Arboles altos rompe: levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas:
Hiere el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confia
El varon fuerte; en la afliccion espera
Mas favorable dia:
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

QUE LA VIRTUD NADA TEME. *(III, 3.)*

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos; ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas,
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afan el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Dáunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones

Carece y aguas:
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si rie,
Dulce si canta.

A PÓSTUMO. *(II, 14.)*

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo dés tres heca-[tombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra ha-[bitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el [maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro:
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cócito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. Ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

A AUGUSTO. *(I, 12.)*

¿De cuál varon ó semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad? ¿á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,
Que el curso detenia
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movia,
Y el ímpetu veloz paró del viento?

¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran padre, que la estirpe hu-[mana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe en-[cierra?
Él es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el honor divino,
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á tí, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la Vírgen cazadora,
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcí-[des,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Ginete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El raudo viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
Despues de aquellos, del prudente Nu-[ma
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,

O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo:
Y vemos ya en el cielo
Brillar de julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el des-[tino
La proteccion de Augusto,
Tú reina, y él á tí segundo sea.
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
Él, inferior á tí, dé soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ar-[diente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

PROFECIA DE NEREO. *(I, 15.)*

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: «En mal hora, esclama,
Llevas á tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bo-[das,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afan! ¡Oh cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Vénus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato á las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en [polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merion conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te bus-[ca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, así cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe:
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama argiva.»

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA DE SU TIEMPO. *(II, 18.)*

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,

Ni columnas, que corta en sus regiones
Apartadas el moro,
Sostienen trabes áticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
De su señor mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamás faltaron
En mí virtud y númen afluente.
Soy pobre; pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas á la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso:
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra despues arrebatadas
Huyen las horas, y de igual manera
Las nuevas lunas á morir caminan.
Tú, cercano á la muerte,
De mármol edificas levantadas
Fábricas, olvidado de la tumba;
Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba
Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
Por ásperos caminos
Tímidos huyen la muger y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio mas seguro
Que la mansion del Aqueronte avara
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas mas? ¿si al que mendiga
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa:
Él de quien sufre angustia dolorosa,
(Invocado tal vez, ó aborrecido)
El llanto acalla en el horror eterno.



Sonetos.

Sonetos.

A LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
A quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa
Donde el Señor en majestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.

Don que la fe dictó, y erige eterno
Religiosa nacion á la divina
Madre, que adora en simulacro santo.

Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el Cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

A DON JUAN BAUTISTA CONTI.

Febo desde la tierna infancia mia
Quiso que el plectro de marfil pulsara,
Y en las alturas de Helicon gozara
Sus verdes bosques y su fuente fria.

Mas dudosa la mente desconfia,
Conti, aspirar al premio que prepara
A solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta poesía.

Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no escusas,

Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente
Suspenso al canto el coro de las Musas.

A FLÉRIDA POETISA.

Basta, Cupido, ya, que á la divina
Ninfa del Turia reverente adoro:
Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.

¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada del laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder débil trofeo
Adquieres tú, si sola su hermosura
Bastó á rendir mi corazon amante.

LAS MUSAS.

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdades dicta, disipando errores:
Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro:

Une en la historia al interés decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores:
Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz, bañada en lloro:

Calíope victorias: danzas guia
Tersícore gentil: Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco:

Pinta vicios ridículos Talía
En fábulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español Inarco.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad : corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro:
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice :
«Gracias, Jove inmortal : ya es libre [Roma.»

RODRIGO.

Cesa en la octava noche el ronco es- [truendo
De la sangrienta militar porfía:
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago hor- [rendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvia,
Y muerto Orelia, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al Príncipe, á quien [ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
Ímpetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el [manto.

CUENTAS DE ELIODORA, SALTATRIZ.

Siete duros al mes de peluquero:
Para calzarme nueve: las criadas,
Que necesito dos, no están pagadas,
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribon de mi casero:
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,

Noventa duros, poco mas.—Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la co- [mida?
—Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

—¿Y esto en un mes?—Si á V. no le [contenta...
—Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vi- [da!...
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

LA NOCHE DE MONTIEL.

¿Adonde, adonde está, dice el Infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,

Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra, y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el Rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la suerte
Por un delito atroz una corona.

A CLORI HISTRIONISA, EN COCHE SIMON.

Esa que veis llegar máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,
Que en vano, de rigor la diestra ar-
[mada,
Vinoso auriga acelerar intenta,

No menos va dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Vénus, cuando en la morada
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es esta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del Oriente espira.

Flores al viento esparcen las hermosas
Gracias, y el vírgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y sus-
[pira.

A CLORI, DECLAMANDO EN FABULA TRAGICA.

¿Que acento de dolor el alma vino
A herir? ¿Que funeral adorno es este?
¿Qué hay en el orbe que á tus luces
[cueste
El llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?...
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor
[que preste
A su labio y su accion poder divino?

Quiere, que exenta del pesar que ins-
[pira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y llore:

Que el tierno amante que la atiende y
[mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

PARA EL RETRATO DE FELIPE BLANCO,
primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿Me veis que serio estoy? Pues no os
[espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona:
Diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa ó verso me dicten elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo eroicidades tristes;

Mas si quereis vosotros divertiros,
Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

A LA MEMORIA DE DON JUAN MELENDEZ VALDES.

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.

Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

LA DESPEDIDA.

Naci de honesta madre: dióme el Cielo
Fácil ingenio en gracias afluente:
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas á mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el [vuelo.

Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.

Pero si así las leyes atropellas,
Si para tí los méritos han sido
Culpas; á Dios, ingrata patria mia.

—

A LA ESPOSICION DE LOS PRODUCTOS DE INDUSTRIA Y ARTES,

hecha en el palacio del Louvre el año de 1819.

Hoy que cerrado el templo de Belona
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal áurea corona;

Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,
Que cuando para hacer á Europa sier- [va,
Al ímpetu de Marte se abandona.

Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio;

Mientras su claro Príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
A la estabilidad de tanto imperio.

—

A LA MUERTE DEL ESCELENTE ACTOR ISIDORO MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma:
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion re- [siste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;

¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde, y abandonas?

Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Cetros depone y púrpura y coronas.

—

COPIA DE UN CÉLEBRE CUADRO DE M. GUERIN,

que se conserva en Paris, en la galería de Luxemburgo.

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio ado- [ra,
A que la fuga de Sinon traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.

Él otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquíles vengadora,
Héctor sin vida y Hécuba doliente.

Pinta el horror de aquella última y [triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad escita.

Y en tanto Amor, que á su regazo asis- [te,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

A DON LUIS DE SILVA, MOZIÑO DE ALBUQUERQUE,

autor de las Geórgicas portuguesas.

Cantó el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores,
Despues empresas celebró mayores,
Y á Roma alzó durable monumento.

Tú así, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.

Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.

Y si al valor y á la virtud procura,
Silvà, tu verso inestinguible gloria,
De tu patria serás Maron segundo.

—

A DOÑA LUISA GOMEZ CARABAÑO,

premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,
Premio de docto afan, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le dén al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa; y su esfuerzo y sus hazañas [llora
La humanidad, si el lloro se consiente,
En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ningu- [na:
Préciala en mucho, y tus humildes flo- [res
Al suelo patrio añadirán decoro.

—

A LA SEÑORA M. D., BAILARINA DEL TEATRO DE BURDEOS,

haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado Amor en la aldea.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco ar- (mada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prision burlada;
Dulces afectos inspirar la agrada:
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera,
No es el Amor; que no es Amor tan be- [llo.

Romances.

Romances.

A UN MINISTRO.

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo,
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezámos
Este diálogo molesto:
«Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende V!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á V. el invierno.
¿Con que va bien?... —Lindamente.
—Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
—Tengo que hacer.—Ya lo entiendo:
Vaya, el barrio es achacoso,
V. un poco travieso.....
Digo, será la andaluza
De ahí abajo. —No por cierto.
—¿Con que no?... —¡Qué bobería!
Ni la conozco ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
—Pues, amigo, linda moza.
Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona... La trajo
De Cádiz don Hemeterio,
Y en un año le ha roido
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. —Buen provecho:
Pero á mas ver, porque ahora
Voy de prisa y hace fresco.
—Hombre, para ir á Palacio
Es temprano. —Estoy en eso,
Pero no voy. —No? ¿Pues qué,
Nunca va V.? —Yo me entiendo.
—Ah! ya caigo; con que siempre.....
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor Conde
Le estima á V. —A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
—Sí, yo sé de buena tinta
Que á V. le estima. Un sugeto
Que va allí mucho... ¿Y qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? —No es verdad,
No señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, ligeros,

Alegres, claros, suaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
—Ya, ya; pero V. debia
Mudar de tono...—En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y oscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto:
No señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
—Bien está; pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?...—Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos;
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y á Dios que es tarde. Oiga usted.
—Que voy de prisa.—Un momento.
Mire usted... yo... la verdad...
Tambien... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena; y en fin...
—¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué?—Digo que á las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque...—Bien.
¡Admirable pensamiento!
—Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
A aquel portal.—Nos verémos.
—Pero un instante.—Otro dia.
—Y una cancion que he compuesto
Filosófica.—Al diario.
—Y una tragedia que pienso
Acabar hoy.—A los Caños.
—Y un arbitrio.—A los infiernos.»
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay señor! entre las dichas
Que para vos pido al Cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda
Os vais á habitar el yermo.

A UNA DAMA QUE LE PIDIÓ VERSOS.

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabeis que malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabeis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,

Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se estasía,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Númen, furor los que envian
A Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo
Que los urga y que los ciega:
Él los inspira, y así
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras;
Otro diablo comilon
Que corre de mesa en mesa;
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras;
Y otro en fin, que es el que temo,
Jugueton, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lágrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda:
Así tambien, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro mas enfadoso,
Mas insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Este el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,
Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña á hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
Él apuntó á Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncin
Sus nefandas Roncalesas,
A don Bruno sus tramoyas,
A Luciano sus endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico don Fermin
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Solo este diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y por divertirse hacerte
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero,
A don Lúcas, á Cacea,
Y á tanto varon famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta Biblioteca.

Y tú, que desde tu silla
Presides á sus tareas,
Y en pérfidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algun conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la legua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas,
Bien presto libertaria
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano: los Cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras,
Que aquí y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas ligeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni al aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca:
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta
De copleros chabacanos,
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente aulla,
Y al run run de sus cencerras
Las Musas desaparecen,
Febo y las Gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quien osara acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salanova gobierna?
¿Y vos, señora, pedís
(Supongo que fue por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta;
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela;
Mientras Concha, haciendo ajustes
Con Martinez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta,
¿Yo he de escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe oscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen
Resucitadas las letras,

De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
O han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran,

AGUINALDO POÉTICO.

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos:
Para el que ha de recibir,
El mas alegre del daño;
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto, que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo, en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy estravagante y raro
Que el pobre regale al rico,
Y al provincial el donado;
Pero al fin si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quien me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he de portar con garbo;
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto,
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no espereis que os envie
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria esquisita,
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi escelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Fácil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
A Apolo mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto;
Y en vez de tanta morcilla,
Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que solo producen
Indigestiones y hartazgos,
Si quereis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos,
Ahí está el fénix de Arabia,
Que es un manjar delicado,
Y los pavones soberbios
Que tiran de Juno el carro;
Las palomitas de Vénus,
Píscis, Capricornio y Tauro
Que pace estrellas, segun
Dice un autor castellano:
Las sirenas las pondrémos
En escabeche con caldo,
Que en quitándolas las colas
Son estupendo regalo;
Los tritones, las harpías,
Hipógrifos y centauros,
Unos en gigote, y otros
Fritos y otros empanados:
Y en cuanto á vinos... El vino
Primeramente es muy malo,
Da cólera y convulsiones,
Y hace en la cabeza estragos:

El agua es mejor, y el agua
Que se baja despeñandò
De la fuente Cabalina
Por las faldas del Parnaso,
Vale mas que los licores
De Marsella celebrados,
Rescoldo líquido ardiente,
Veneno sabroso y caro.
Pero si á fin de comida
Gustais de beber un trago,
Yo os daré el néctar que sirve
A Jove el garzon troyano.
Este presente, capaz
De templar el ceño airado
De un vista, de un relator,
De un virey americano,
Solo para vos le tengo
Prevenido y arreglado:
Buen apetito, y picar
De todo, y muérase el diablo.
Si ha de ir por tierra, Pluton,
Cibéles, Céres y Baco
Me prestarán á porfía
Cuando los quiera sus carros.
Si ha de ir por el mar, Neptuno,
Tétis, Anfitrite y Glauco
De Génova á Barcelona
Llegan en dos latigazos.
Y si quereis que se lleve
Por el aire, y evitamos
Registro de los Ingleses,
Que en todo meten el gancho,
Júpiter, Apolo y Vénus
Os le llevarán volando;
Y á fe que en las aduanas
No visitarán el cargo.
Éste, en lugar de cubrirle
De pañuelos valencianos,
O de conclusiones llenas
De inepcias y mamarrachos,
Le cubrirémos de versos,
Puesto que siendo el regalo
Fruta del Pindo, ¿quien pone
El envoltorio prosáico?
Versos irán, que las Musas,
Siendo para vos el canto,
Con su inspiracion divina
Agitan mi númen tardo.
Y veis aquí como quedo
Lucido y desempeñado,
Y el mucho favor que os debo
A costa de Ovidio os pago.

MAS VALE CALLAR.

¿Qué será que habiendo sido
La Musa que tanto honrais
En obedeceros pronta
Con sumisá voluntad,
Hoy tan perezosa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores
Con su vena perenal?
¿O fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazan,
Ella se abanica y rie,
Yo me apuro, y vos instais.
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locúras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpara
Su silencio pertinaz:
Que es mejor cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,

¿No es decirla claramente,
Musa, dínos la verdad?
Pues ¿porque de la ocasion
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatan;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamás;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desvan,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demas?
¿Y porque tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan á escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fue la que un dia
Dió leccion tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afan,
Creyendo cercano el punto
De su esterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilleis mas.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
A los Caños del Peral.
Pero, señor, si la Musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio
O el cáustico Juvenal;
¿No será de tanto monstruo
Las cóleras provocar,
Y esponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas están?
No señor: pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;
Y entre los tontos, padece
Martirio la ingenuidad.

A GERONCIO.

Cosas pretenden de mí
Bien opuestas en verdad
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: «Señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.

Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:
¿Pues qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion;
Si ayuna, crece su mal;
A la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamás.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital;
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal.
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar.»
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen: «¡Oh, si Moratin
No fuese tan haragan,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimacion general;
Aplauso y envidia escita
Cuanto llega á publicar:
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va:
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adonde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador que á su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No señor, quien ha tenido
La culpa de este desman,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar:
Y allí, con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo;
Almuerza y vuelve al telar:
Come, si llenaste cuatro:
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental.*
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y mas.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El esprimido caudal.»
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad):
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, don Senen,
Don Cristóbal, don Beltran,
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,

Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen: « Moratin cayó,
Bien le pueden olear:
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada;
No hay enredo allí, ni sal,
Ni caracteres, ni versos,
Ni lenguaje, ni... — Es verdad,
Dice don Tiburcio: ayer
Me aseguró don Cleofas,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo aleman.....
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos á la par,
Traduccion..... ¿Pues él por donde
Ha de saber inventar?
No señor, es traduccion.
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamás,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber? — ¡Pobre diablo!
Esclama don Bonifaz:
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
— Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya,
Díganos V. — No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible; soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, suaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almíbares, y todo
Deliquios de amor social:
Pero es cierto que... Si Vds.
Me prometieran callar,
Yo les contara. — Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá:
Diga V. — Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese drámatico insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear:
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y..... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me esplico? — En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está. »
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni sé qué hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da,
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a;*
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí:
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo. ¿Como supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar;
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas

Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Díme si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan:
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.



EPIGRAMAS

y composiciones diversas.

EPIGRAMAS
y composiciones diversas.

Epigramas.

PARA UNA ESTATUA DE LA FARMACIA.

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

PARA EL SEPULCRO DE ALMANZOR.

No existe ya, pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fue, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

PARA LA CORTINA DE UN TEATRO.

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y máscara engañosa,
Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz majestuosa
Bañada en lloro, al corazon envia
Piedad, terror cuando declama triste.

PARA EL SEPULCRO DE DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

En esta venerada tumba, humilde,
Yace Salicio: el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardon. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambicion remoto,
A el trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció ni orgullo insano.
Su corazon, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

PARA UN RETRATO DEL AUTOR REMITIÉNDOSELE A UNA SEÑORA VALENCIANA.

A la Ninfa del Turia ilustre y bella
Mi imágen doy, y el corazon con ella.

A UN NIÑO LLORANDO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE.

Traduccion del inglés.

Tú que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
Oh! vive á la virtud, niño inocente:
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rias.

A UN ESCRITOR DESVENTURADO, CUYO LIBRO NADIE QUISO COMPRAR.

En un cartelon leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende...
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

IRREVOCABLE DESTINO DE UN AUTOR SILBADO.

«Cayó á silbidos mi *Filomena.*
— Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es [buena.
—¿Y que cristiano la ha de leer?»

La tierra te vió.

VOZ 2.ª

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

VOZ 1.ª Y 2.ª

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

VOZ 3.ª

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El Angel del Señor, y resplandece
La estancia de María:
De fragrantes aromas se enriquece
El aire en torno, y suena melodía
Igual á la del Cielo.
La honesta Vírgen, ruborosa y muda,
Se postra absorta al paraninfo hermo-
[so:
Ve tanto bien, y merecerle duda.
Él, con acento grave y amoroso,
«No temas, no, la dice,
De las hijas de Adan la mas felice.
Llena de gracia estás: está contigo
El Dios que adoras inefable, eterno;
Y el fruto santo que de tí se espera
Se ha de llamar Jesus.» Dijo, y la esfera
Que en luces arde y arreboles de oro
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ 4.ª

¡Oh instante dichoso
De amor y consuelo,
Que la tierra al cielo
Para siempre unió!
¡Y al Dios poderoso,
Que truena indignado,
Piadoso, humanado,
Sumiso le vió!

CORO.

Vírgen, madre, casta esposa,
Sola tú la venturosa,
La escogida sola fuiste,
Que en tu seno recibiste
El tesoro celestial.
Sola tú con tierna planta
Oprimiste la garganta
De la sierpe aborrecida,
Que en la humana frágil vida
Esparció dolor mortal.

CANTICO A NOMBRE DE UNAS NIÑ
ESPAÑOLAS DE FAMILIA REFUGIAD
EN FRANCIA,

con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente
Eco doliente, lamentos y voces:
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ 1.ª

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos,
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad, ¡oh Númen poderoso
Si súplica mortal merece tanto.
Por tí los orbes giran refulgentes,
Por tí naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
Ay! no perezca la estimable vida
De la que fue nuestro comun consuelo
En la no merecida,
Constante desventura,
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fue nuestro amparo: ella seren
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas:
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guia,
Si las tinieblas del error desvía
Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya.
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omn
[potent
Al mundo, á nuestro amor la restituya

CORO.

Si la que fiel se ajusta
A tu ley soberana,
En leve sombra y vana

Se debe disipar;
Antes la parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

ALOCUCION CON QUE ANUNCIÓ SU BENEFICIO FRANCISCO CHINER,

primer galan de la Compañía cómica de Barcelona. en el año de 1814.

Público ilustre, que benigno siempre
Sabes suplir la insuficiencia mia,
Perdonas el error por el deseo,
Y al mas cobarde generoso animas;

Si el don que te presento no es bastante
A igualar los afectos que le dictan,
Sé que mereces mas; pero no alcanzo
La perfeccion á que mi zelo aspira.

Tiempo será que en esta escena admi-
[res
A quien mas docto y mas feliz te sirva:
Que la suerte reparte desiguales
Las gracias, los talentos y la dicha.

A mí me dió humildad: con esta solo
Esperar debo tu atencion benigna.
Damas hermosas, de vosotras fio
Que mi esperanza se verá cumplida.

Hechiceras de amor, en cuyos ojos
La libertad del corazon peligra,
Pues el don celestial de hacer felices
Es vuestra principal prerogativa,

¿Qué harán los hombres si aplaudís
[piadosas?
Las leyes que dictais, ellos confirman,
Y el orbe entero en voluntarios nudos
Adora vuestra dulce tiranía.

EL COCHE EN VENTA.

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé.

Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,
Y las mentiras
De tres en tres.
«Y, no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la veréis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer

El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo;
Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalen.»
¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.

Quise cansarle,
Me equivoqué:
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de pies,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De san Ginés;
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaiven
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fue,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

TRADUCCION DE GRECOURT.

El niño ceguezuelo
Adormecióse un dia
En el recinto oscuro
De los bosques del Ida.

Vénus temor concibe
Al ver que no volvia
De tan largo reposo,
Que al de la muerte imita.

Y en lágrimas hermosas
Bañando las mejillas,
Al Padre omnipotente
Su dolor comunica.

Jove, que tanta pena
Mitigar determina,

A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.

Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,
Al medio menos tardo
Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso
Donde el Amor dormia
Vayan los celos tristes,
Y en torno de él asistan.

Parten ellos veloces,
Y al rumor que traian
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.

¡Mas ay! que desde entonces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el dulce sueño
Sus párpados visita.

TRADUCCION DE PABLO ROLLI.

Diálogo.

«¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?
— Sí, que la he visto pasar el puente,
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cuello verde liston.
— ¿Solo el cordero la acompañaba?
— Tambien con ella iba un pastor.
— Lícidas? — Ese; Lícidas era:
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?
— ¡Ay vaquerillo! ¡Qué feliz eres!
Pues aun ignoras lo que es amor.»

IDILIO A LA AUSENCIA.

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
Van á crecer del Tajo la corriente:
Esta la selva deliciosa, donde
Gozan las horas del ardor estivo
Las bellas Hamadríades, formando
Ligeras danzas y festivos coros.
Inarco, ¡ay infeliz! ¿así la cumbre
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
¿Así á pisar esta ribera vuelves?

Prófugo, triste, en mi destino incierto,
Dejé mi choza y mis alegres campos,
Y los muros de Mantua generosa,
Y al bienhadado Coridon y Aminta,
Y al constante en amor Alfesibeo;
Todo lo abandoné. Por ignorada
Senda me aparto con errante huella,
Y atrás volviendo alguna vez los ojos:
«A Dios, mi patria, sollozando dije;
A Dios, praderas verdes, donde oculto
Entre juncos y débiles cañerlas,
Manzanares humilde se adormece
Sobre las urnas de oro. A Dios, y acaso
Para nunca volver.» A la espesura
De incultos bosques y profundo valle
La planta muevo apresuradamente;
Bien como el ciervo al conocerse herido
De enherbolado arpon las cumbres al-[tas
Sube, desciende de la sierra al llano
Y los anchos arroyos atraviesa:
En vano ¡ay triste! en vano, que el [agudo
Hierro, teñido en la caliente sangre,
Cerca del corazon lleva pendiente.

Yo así en el pecho abrasadora llama
Siento: ni la distancia ni los dias
Alivian mi dolor; que en la memoria
Mi bella ausente y sus hechizos duran.
El donaire gentil, la risa, el canto,
El pie que mueve en ágil danza, hones-[ta,
Los dorados undívagos cabellos,
El claro resplandor de entrambas luces,
Y el alto pecho que suavemente
Se agita al suspirar: delicioso,
Cándido seno donde Amor se anida,
Disculpa de mi ciego desvarío.

Si alguna vez á mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada, húmida noche,
Al fatigado espíritu aparece
De mi partida el infeliz instante.

Miro los ojos de esplendor divino,
Que en lágrimas se inundan amorosas,
La trenza ondosa deslazada al viento,
Suelta la veste cándida, y escucho
La conocida voz, las dulces quejas,
Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad oscura.
Tiemblo, y en vano la funesta imágen
Quiero de mí apartar. Ya me parece
Que con halagos de pasion nacidos
La linda Isaura mi partida estorba;
Ya, que indignada á su amador acusa
De ingrato y desleal; ya, que rendida
A su afliccion, la voz y el llanto cesan...
Yo, mísero! ciñendo el cuello hermoso,
Y á su labio tal vez uniendo el mio,
Juro á los Cielos que primero falte
Mi aliento débil, que en agenos brazos
Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
Antes que olvide mi pasion primera.
Mas ya se acerca el trance aborrecido:
Late oprimido el corazon... Entonces
Al violento pesar de mí se aparta
Leve la imágen de la muerte triste,
Mas que la muerte inexorable y dura.

Vénus, hija del mar, diosa de Gnido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,
La aljaba de marfil pendiente al lado;
Si hay piedad en el Cielo, si el humilde
Ruego de un infeliz no vos ofende,
Oh! basten ya las padecidas penas.
Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
Aquel dulce reir, y la suave
Voz de sirena escuche, y sus favores
Gozando, tornen las alegres horas.
Pero si acaso mi destino fuere
Tan enemigo á la ventura mia,
Que en larga ausencia padecer me
[manda;
Alma Citéres, flechador Cupido,
Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
Fugaz descienda, en vana sombra y
[fria,
A la morada de Pluton terrible.
Inarco así, de la que adora ausente,
A las Deidades del Olimpo sordas
Demandaba piedad. Damon en tanto,
Jóven pastor, que al valle reducia
Pobre rebaño de manchadas cabras,
Al pie de un olmo halló sobre la yerba
Al amante zagal, apenas vivo.
Le alzó del suelo con amiga mano,
Razones, no escuchadas, repitiendo,
Por si con ellas aliviar lograse
Su grave afan: piadoso le conduce
A su rústico albergue, y vagaroso
El fiel Melampo á su señor seguia.

LA SOMBRA DE NELSON.

. . . . Iz,
Ferte citi flammas, date vela, impellite remos.
VIRG. ÆNEID IV.

Cuando al estrago de naval pelea
Cayó sin vida el adalid britano,
Fiero terror del mar, la yerta cumbre,
Del opulento Gerion sepulcro,
Toda en las sombras de profunda no-
[che
Arder se vió con pálidas centellas;
Y á la dudosa lumbre, pavoroso
Espectro apareció, de sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto,
La frente herida, y á sus plantas rota
Naval corona y militares lauros.
Y en voz terrible, que el estruendo
[pudo
Y el ímpetu calmar del espumoso
Piélago hinchado en la tartesia orilla,
«Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el te-
[mido
Instante que los Cielos señalaron
En su furor contra mi patria. ¡Oh,
[nunca
Tanto la suerte amiga sublimara
Tu gloria y tu poder para que fueras
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
Que ya cercana, inevitable miro,
Ambiciosa Albion! Vive, y el trono
Ocupa que afirmó de Clodoveo
El gran caudillo, cuyo nombre adoran

El Sena y el Tesin precipitado,
Y dos coronas á su frente ciñe.
Vive, y sus armas vencen, y al sonido
De sus trompetas vuelan fugitivas
Las águilas augustas. Inflamada
En belicoso ardor la fuerte Hesperia,
Une á las rojas cruces de Pelayo
El blason imperial, que en sus pendones
Tiende el francés al aire. ¡Poderosa
Union, que tanto aborreciste y temes!
«Tronó el cañon, y huyendo de las playas
Corvas, al mar se entregan animosos:
Entre enemigos vientos, niebla oscura,
Hórrida tempestad..... Yo ví el sangriento
Choque, el incendio y la comun ruina:
Yo de tus armas el honor temido
Sostuvè en tanto que á la suerte plugo:
Supe en los tuyos escitar crueles
Alientos, supe acometer terrible,
Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
Cóncavas suena del peñasco enorme,
Gloria de Alcídes, funeral lamento,
Debido á tanto horror. Las crespas ondas
Sacan bramando á la desierta orilla
Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desnudos,
Las que no oculta su profundo centro,
Naves soberbias, que á merced llevadas
Del huracan, contra su muro embisten.
¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena
Hoy meditabas aclamar festiva
El triunfo y dar coronas á mi frente,
Cubre la tuya de ciprés funesto,
Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
Vuelve á la patria, y para siempre llore,
Que es justo su dolor... No en esta sola
Víctima, no, los hados enemigos
A nuestra gente su rigor limitan:
Mayor desolacion y estragos piden,
Que al pie del solio del Ibero Augusto
Próvido asiste de la guerra el númen:
La espada y el tridente húmido empuña,
Y la tierra y el mar de numerosas
Huestes se cubre, y de nadantes pinos
Al eco de su voz... Cede á la eterna
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
Grabó el destino. Los imperios mueren,
Su esplendor se oscurece, la fortuna
Que los engrandeció los abandona,
Y aun la memoria de su nombre acaba.
Si es dado al tuyo que su fin dilate,
No el ceño irrites del leon, que ruge
En su caverna, y de temor desnudo
Lame las garras con tu sangre tintas.
«Divide y vencerás. Enciende el fuego
De la discordia, y sientan las naciones
Del oro corruptor, que los delitos
Compra, el poder irresistible. Cerque
Los tronos altos sedicion traidora,
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
El favor que los débiles te pidan.
Ni guardes fe, ni los jurados pactos
Cumplas: invade, usurpa...» Dijo: y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
A los Cielos clamó: *¡Guerra y venganza!*
— *Venganza!* repitió desde sus muros
De bronce armados, Cádiz Eritrea,
Y el Espartario golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino
Clamó: *Venganza!*... Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto
En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
Cárlos, la tierra que á tu pie su humilla
Pide venganza. Cumple los deseos

De los que imploran tu favor, y espe-
[ran
En nuevas lides, combatiendo auda-
[ces,
Castigar al soberbio que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte...
Arma su diestra, y te darán victorias.

AL NACIMIENTO DE LA ACTUAL CONDESA DE CHINCHON.

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla al tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve,
[hermosa
Prole Real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envia.
¡Dos lustros de furor, en llama ar-
[diendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Céres,
Teñido en sangre el mar, rotas dia-
[demas,
Trastornados imperios!... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuantas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flo-
[res
La móvil cuna, y al rumor suave
Que al aire esparcen las heridas cuer-
[das,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando ar-
[rullo
De acorde voz, sombra la cerque os-
[cura,
Reine muda quietud, ni el viento
[mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imágen celestial. Vos entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los Dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el orígen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla
A los que ya de estrellas se corona
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo.
Y el Salado y Genil correr sangrientos,
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de Occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto;
Del hondo Betis á los campos frios
Que al mar usurpa el Belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente his-
[pana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la escitea
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el Cielo
Quiso el dominio conceder del mundo
Filipo, que las cumbres de Pirene

Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona.
Muerte infeliz le estorba que en suave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el Cielo habita, y ya con él per-
[mite
Cárlos que en urna breve los despojos
Tambien descansen de su digno her-
[mano,
Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral: que tanto pudo
Imperiosa opinion, y así condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, Príncipe escelso, á quien co-
[rona
De gloria no mortal la amiga mano
De Cárlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supisteis,
Y humillado á sus pies regir su impe-
[rio,
Ved ya del zelo y el afan constante
La adquirida merced, y cuanta anun-
[cian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con el tálamo y trono
Suprema augusta. Así la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

SILVA A D. FRANCISCO GOYA, INSIGNE PINTOR.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la ví distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio á mi teson constante,
Y á tí, sublime artífice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futu-
[ra,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al Cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

ELEGÍA A LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algun dia
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca hu-
[milde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fue dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando inso-
[lente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y
[llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quien pudo en tanto horror mover
[el plectro?
¿Quien dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No mas trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region estraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mez-
[cla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.



